



JENNIFER L. ARMENTROUT

OBSIDIAN

SAGA LUX

¿Y si el amor viajara a la velocidad de la luz?



Lectulandia

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes... y también insufrible, arrogante y malcriado.

Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

Lectulandia

Jennifer L. Armentrout

OBSIDIAN

Saga Lux, 1

ePUB v1.0

Kundalpanico 26.04.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Obsidian*

©2011, Jennifer L. Armentrout.

Traducción: Laura Ibáñez

Diseño/retoque portada: Lola Rodríguez

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

Para mi familia y amigos
Os quiero tanto que os comería

CAPITULO 1

Me quedé mirando el montón de cajas que se apilaban en mi nuevo dormitorio mientras suspiraba por tener Internet. No había podido actualizar mi blog desde que nos mudamos, y aquello era casi tan terrible como que me arrancaran un brazo o una pierna. Según mi madre, *Katy's Krazy Obsession* es mi vida. Yo no diría tanto, la verdad, pero es cierto que para mí es importante. Para ella los libros no significan lo mismo que para mí.

Suspiré. Llevábamos dos días aquí y todavía había muchísimo que desempaquetar. Odiaba ver cajas por todas partes. Eso me desagradaba incluso más que estar aquí.

Por lo menos, desde que nos mudamos a la puritana Virginia Occidental ya no me sobresaltaba ante cualquier crujido: aquella casa parecía salida de una película de terror. Hasta tenía una torre, una escalofriante torre. ¿Para qué leches quiero yo una en casa?

Ketterman no es una población propiamente dicha; lo que quiero decir es que no es un pueblo «de verdad». El núcleo más cercano es Petersburgo, que como mucho tendrá tres semáforos en total... Está cerca de otros pueblos en los que seguro que no hay ni un Starbucks en kilómetros a la redonda. No íbamos a recibir el correo en casa: tendríamos que ir en cache a Petersburgo y recogerlo allí.

La barbarie

De repente, me asaltó la idea de que Florida se había esfumado en la nebulosa de kilómetros que habíamos recorrido porque mamá quiso empezar de cero. No es que echara de menos Gainesville, el tiempo, mi antigua escuela o nuestro apartamento... Me froté la frente con la mano mientras me apoyaba en la pared.

Echaba de menos a papá.

Y Florida era papá. Allí había nacido y allí había conocido a mamá. Y todo había sido perfecto... hasta que empezó a desmoronarse. Los ojos me abrasaban, pero me negaba a llorar, porque así no iba a lograr cambiar el pasado, y a papá no le habría gustado saber que yo todavía seguía con mis lloriqueos a pesar de que había pasado tanto tiempo.

También echaba de menos a mamá. Añoraba a la madre de antes de que papá muriera. La que solía acurrucarse junto a mí en el sofá y leerme una de esas novelas románticas tan petardas que tanto le gustaban. Parecía que hiciera siglos de aquello.

Cuando papá murió, mamá empezó a trabajar de forma obsesiva. Antes siempre quería estar en casa. Después de que sucediera aquello, parecía que quisiera estar lo

más lejos posible de nuestro hogar. Al final se dio por vencida y decidió que teníamos que irnos de allí, muy lejos. Por lo menos, desde que vivimos aquí, parece que quiere estar más presente en mi vida, aunque siga trabajando como una esclava.

Había decidido hacer caso omiso de mi furia compulsiva interior y pasar totalmente de las cajas cuando percibí un aroma familiar. Mamá se había puesto a cocinar. Algo malo pasaba.

Bajé las escaleras a toda prisa.

Allí estaba ella, delante de los fogones, con su uniforme de lunares del hospital. Solo mi madre es capaz de llevar lunares de los pies a la cabeza y estar guapa. Mamá tiene un precioso pelo rubio y liso y unos ojos color avellana muy vivaces. Incluso con el uniforme puesto hacía que mis ojos grises y mi pelo castaño corriente y moliente pareciera del montón.

Además, yo soy... más redondita, por así decirlo. Tengo las caderas más anchas, los labios carnosos y los ojos muy grandes, como de muñeca pepona (aunque a mamá le encantan).

Mamá se dio la vuelta y agitó la espátula de madera a modo de saludo, salpicando la cocina de huevo a medio cocinar.

—Buenos días, cielo.

Me quedé mirando aquel desorden, preguntándome cómo podría ofrecerme para arreglar aquel desastre sin herir los sentimientos de mi madre, que se estaba esforzando por parecer una de verdad. Aquello era un progreso enorme.

—Has llegado pronto a casa.

—Casi doblé mi turno entre ayer y hoy. Me las he apañado para trabajar de miércoles a sábado, desde las once hasta las nueve de la noche. Así me quedarán tres días libres. Y estoy pensando en trabajar a tiempo parcial en una de las clínicas de por aquí, o quizá en Winchester. —Despegó los huevos medio quemados de la sartén antes de colocarlos en dos platos y ofrecerme uno.

Ñam. Supuse que había llegado tarde para intervenir, así que me puse a rebuscar en la caja que estaba marcada como «Cubertería y demás».

—Ya sabes que no me gusta quedarme de brazos cruzados; por eso iré pronto a echarles un vistazo a esas clínicas.

Lo sabía, sí.

Y también sabía que la mayoría de los padres preferían cortarse un brazo antes que dejar a una chica adolescente siempre sola en casa; pero mi madre no era así. Confiaba en mí porque nunca le había dado ninguna razón para que pensara lo contrario. No porque yo fuera de las que nunca hacen nada... Bueno, vale, quizá si era esa la razón.

Supongo que soy aburrida.

En mi pandilla de Florida no era de las más calladitas, pero nunca faltaba a clase,

sacaba buenas notas y era bastante buena niña. No porque me diera miedo desmadrarme o ser imprudente, sino porque no quería ser un problema más para mamá. Por lo menos, no entonces...

—¿Quieres que vaya hoy a comprar? No tenemos nada de nada.

Asintió y se puso a hablar con la boca llena.

—Hija, estás en todo. Si pudieras ir a comprar sería genial. —Cogió el monedero de la mesa para sacar el dinero—. Con esto tendrás de sobra.

Me puse el dinero en el bolsillo de los vaqueros sin mirar cuánto me daba. Siempre me daba demasiado; se pasaba tres pueblos.

—Gracias —le dije entre dientes.

Se inclinó hacia delante, con un brillo en la mirada.

—Bueno, bueno... ¿Sabes que esta mañana he visto algo que me ha parecido muy interesante?

—¿El qué? —De ella se podía esperar cualquier cosa.

—¿Te has dado cuenta de que tenemos por vecinos a dos chicos de tu edad?

El sabueso que llevo en mi interior se despertó de repente, levantando las orejas.

—¿Ah, sí?

—Todavía no has salido de casa, ¿no? —Sonrió—. Y yo que pensaba que ya te habrías puesto manos a la obra para arreglar ese jardín tan ruidoso que tenemos ahí fuera.

—Tengo intención de arreglarlo, pero resulta que las cajas no se desempaquetan solas, ¿sabes? —Le dediqué una mirada mordaz. Adoro a mi madre, aunque era típico de ella que olvidara hacer tareas como esa—. En fin, dejémoslo y háblame de los chavales esos.

—Bueno; son dos, una es una chica que parece de tu edad y luego está el chico... —Sonrió al ponerse de pie—. Está como un tren.

Me atraganté con un trozo de huevo. Que mamá hablara de los chicos de mi edad de esa manera me parecía muy fuerte.

—Ay, mamá, no digas que está como un tren, que es muy raro.

Mamá se apartó de la encimera, recogió el plato de la mesa y lo llevó al fregadero.

—Cielo, puede que sea mayor, pero te aseguro que mis ojos funcionan de maravilla; especialmente hace un rato.

Volví a sentir vergüenza.

—¿Es que tienes pensado volverte una asaltacunas? ¿Estás en plena crisis de los cuarenta y debo preocuparme?

Mi madre me miró por encima del hombro mientras aclaraba el plato.

—Katy, hija, espero que hagas un esfuerzo por conocerlos. Creo que sería bueno para ti que hicieras amigos antes de que empiece el instituto. —Se quedó callada un

instante antes de bostezar—. Podrían enseñarte cómo es todo por aquí, ¿no?

Me obligué a no pensar en el primer día del colegio, en ser ña nueva y todo lo que comporta. Tiré a la basura los huevos que no me había comido.

—Sí, supongo que me vendría bien. Pero no pienso acudir a su puerta para suplicarles que sean mis amigos.

—No tendrías que suplicarles nada si te pusieras uno de esos vestidos tan bonitos de flores que llevabas en Florida en vez de eso que llevas. —Tiró del dobladillo de mi camiseta—. Solo tendrías que coquetear un poco.

Bajé la vista. En mi camiseta se leía: «MI BLOG ES MEJOR QUE TU VLOG». Pues no estaba nada mal. ¿Qué tenía de malo?

—¿Qué prefieres, que me presente en paños menores?

Se dio unos golpecitos con los dedos en el mentón.

—Eso si que sería una presentación que no olvidarían jamás...

—¡Mamá! —le dije riendo—. ¡Se supone que tendrías que gritarme y decirme que no es una buena idea!

—Cielo, ya sabes que sé que no vas a hacer ninguna tontería. Ahora en serio, haz un esfuerzo, hija.

No sabía exactamente cómo debía llevar a la práctica lo de «hacer un esfuerzo».

Bostezó otra vez.

—Bueno, cariño, voy a acostarme un rato para recuperar horas de sueño.

—Vale, yo me ocupo de ir a comprar comida. —Y quizá algo de abono y plantas. El jardín daba verdadera pena.

—¿Katy? —Mamá se había quedado quieta junto a la puerta, con el ceño fruncido.

—¿Sí?

Sus ojos se ensombrecieron.

—Sé que este cambio es difícil para ti, especialmente antes de tu último año de instituto, pero era lo mejor para nosotras. Estar allá, en aquel apartamento, sin él... Había llegado el momento de que volviéramos a empezar. Es lo que tu padre habría querido.

El nudo en la garganta que creía haber dejado en Florida había vuelto.

—Ya lo sé, mamá. Estoy bien.

¿Seguro? —Apretó el puño. Los rayos de sol que se colaban por la ventana se reflejaban en la alianza dorada que llevaba en el dedo anular.

Asentí con la cabeza, en un gesto rápido, para tranquilizarla.

—Sí. E iré a ver a los vecinos. Quizás puedan decirme dónde está la tienda. Y así haré un esfuerzo...

—¡Me parece perfecto! Si necesitas algo, llámame, ¿vale? —Los ojos de mamá se volvieron vidriosos a consecuencia de otro bostezo—. Te quiero, cielo.

Antes de poder decirle que yo también la quería, ya había desaparecido escaleras arriba.

Por lo menos mi madre estaba intentando cambiar, y yo estaba decidida a intentar encontrar mi hueco aquí.

No iba a esconderme en mi habitación, con el portátil, como mamá temía que hiciera. Aunque relacionarme con gente de mi edad no era lo mío. Prefería leer un libro y rastrear en plan psicópata los comentarios que dejaban en mi blog.

Me mordisqueé el labio. Oía la voz de mi padre, animándome con su frase preferida: «Adelante, Kat, no seas una simple espectadora». Erguí la espalda. Papá no era de los que se quedaban mirando la vida pasar...

Y preguntar dónde estaba la tienda más cercana era una razón de los más inocente para presentarme. Si mamá no se equivocaba y aquellos chicos eran de mi edad, quizá mudarnos aquí no hubiera sido una cagada total. Todo aquello era de locos, pero salí a toda prisa y atravesé el césped antes de tener tiempo de arrepentirme.

Subí de un salto al amplio porche, abrí la puerta de tela metálica, llamé a la puerta y me aparté antes de pasarme la mano por la camiseta para alisar las arrugas. «Todo controlado. Lo llevo bien.» Al fin y al cabo, preguntar por una dirección no tiene nada de raro.

Al otro lado se oyeron unos pasos contundentes y entonces se abrió la puerta y sin apenas darme cuenta me había quedado absorta contemplando un torso ancho, musculado y bronceado. Desnudo. Bajé la vista y creo que me quedé... sin respiración. Los tejanos le quedaban por debajo de las caderas y dejaban al descubierto una fina línea de oscuro vello que nacía debajo del ombligo y desaparecía bajo la cinturilla del vaquero.

Se le marcaban los abdominales: tenía una tableta de chocolate perfecta y muy apetecible. No esperaba que un chico de diecisiete años —la edad que sospechaba que tenía—. estuviera tan bien formado... Pero, vaya, no pensaba quejarme. Además, me había quedado sin habla. Y no podía apartar la vista de allí.

Cuando logré que mis ojos se desplazaran en dirección norte, me encontré frente a unas pestañas espesas que abanicaban la parte superior de unos pómulos marcados y que ocultaban la parte superior de sus ojos al bajar la vista para mirarme. Tenía que saber de que color eran.

—¿Necesitas algo? —preguntaron, molestos, unos labios carnosos y muy besables.

Tenía una voz profunda y firme; de esas acostumbradas a ser escuchadas y obedecidas sin vacilación. Las pestañas se alzaron, revelando unos ojos tan verdes y brillantes que no podían ser de verdad. Eran de un tono esmeralda intenso que destacaba por contraste contra la piel bronceada.

—¿Hola? —volvió a intervenir mientras apoyaba una mano en el marco de la

puerta, inclinándose—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Respiré hondo y di un paso atrás. Noté que me ponía roja como un tomate de la vergüenza.

El chico levantó el brazo para apartarse un mechón de la frente. Miró a lo lejos y después me miró a mí.

—Te lo voy a preguntar...

Cuando logré recuperar la voz quería morirme.

Me... me preguntaba si sabrías dónde está la tienda más cercana. Me llamo Katy, me he mudado a la casa de al lado —seguí divagando mientras señalaba hacia mi casa— hace un par de días...

—Ya lo sé.

«¿Ah, sí? Pues vale.

—Bueno, es que me preguntaba si alguien sabría decirme por dónde se llega a alguna tienda y quizá a algún sitio que venda plantas.

—¿Plantas?.

No parecía que me estuviera haciendo una pregunta, pero yo me apresuré a responderle de todos modos:

—Sí, es que tengo un jardín delante de...

Se limitó a arquear una ceja, desdeñoso.

—Ya.

Notaba que la vergüenza desaparecía y la rabia empezaba a ocupar su lugar.

—Bueno, verás, tengo que comprar plantas...

—Para el jardín; ya lo he pillado. —Apoyó la cadera contra el marco de la puerta y se cruzó de brazos. Algo brillaba en sus ojos verdes. No era enfado; era algo diferente.

Respiré hondo. Si aquel tío me pegaba otro corte... Mi voz adoptó el tono que mi madre usaba cuando me veía jugando con objetos puntiagudos de pequeña.

—Me gustaría saber dónde puedo encontrar comida y plantas.

—¿Sabes que en este pueblo no hay más que un semáforo y gracias, verdad? —Arqueaba las cejas hasta el nacimiento del pelo, como si estuviera preguntándose cómo podía ser tan boba. Entonces supe por qué le brillaban los ojos: se estaba riendo de mí, y encima iba de superior por la vida.

Durante unos instantes no pude hacer más que mirarlo. Probablemente era el tío más cañón que había visto en toda mi vida, pero era un cretino total. Ver para creer.

—Bueno, solo quería saber por dónde tenía que tirar. Veo que no he venido en el mejor momento.

Levantó la comisura de los labios.

—Nunca será un buen momento para que vengas a llamar a mi puerta, niña.

—¿Niña? —repetí incrédula.

Volvió a arquear aquella ceja burlona que ya empezaba a odiar.

—No soy ninguna niña, tengo diecisiete años.

—¿Ah, sí? —Pestañeó—. Pues parece que tengas doce. Bueno, no; trece. Mi hermana tiene una muñeca que me recuerda a ti, con los ojos grandes y la expresión vacía.

¿Qué le recordaba a una muñeca? ¡A una muñeca con la expresión vacía! La ira se me agolpaba en el pecho y me subía por la garganta.

—Oye, vale; perdona por molestarte. No te preocupes: no volveré a llamar a la puerta de tu casa, créeme. —Empecé a darme la vuelta para marcharme y no sucumbir al imperioso deseo de partirle la cara. O de ponerme a llorar.

—Eh —me dijo.

Me detuve en el escalón de abajo pero no quise volverme para que no se diera cuenta de lo disgustada que estaba.

—¿Qué?

—Ve a la carretera 2 y gira cuando llegues a la 220 en dirección norte; te llevará a Petersburgo. —Exhaló irritado, como si estuviera haciéndome un gradísimo favor—. Foodland está justo en el centro; lo verás seguro. Bueno, quizá a ti te cueste encontrarlo. Creo que está al lado de una ferretería. Allí encontrarás cosas para tus plantas.

—Gracias —musité antes de añadir entre dientes—, gilipollas.

Soltó una carcajada.

—Eso no es propio de una señorita, gatita.

Me volví dando un respingo.

—Nunca vuelvas a llamarme así —le espeté.

—Es mejor que llamarle «gilipollas» a alguien, ¿no? —Salió por la puerta—. Que visita tan estimulante. La recordaré mucho tiempo.

Aquello ya era suficiente.

—¿Sabes qué? Tienes toda la razón. Mira que llamarte gilipollas... Esa es una palabra que no te define bien —le dije sonriendo—: «subnormal» te pega más.

—Conque «subnormal», ¿eh? —repitió—. Eres un encanto.

Levanté el dedo corazón.

Se rió se nuevo y agachó la cabeza. Un mar de mechones se le deslizó sobre la frente y casi oscureció sus intensos ojos verdes.

—Que fina eres, gatita. Seguro que tienes una buena selección de gestos y de apodos interesantes que dedicarme, pero no me interesan.

En efecto, podía haberle dicho y hecho más cosas, pero me volví, muy digna y regresé a casa pegando unos buenos pisotones sobre el césped, sin darle el placer de saber lo enfadada que estaba. Antes siempre había evitado sacar la arpía que llevaba dentro. Cuando llegué mi coche, abrí la puerta con un gesto brusco.

—¡Hasta luego, gatita! —dijo riéndose mientras daba un portazo.

Unas lágrimas llenas de rabia y vergüenza me quemaban los ojos. Metí las llaves en el contacto y di marcha atrás. «Haz un esfuerzo», me había dicho mi madre. Eso es lo que pasa cuando haces un esfuerzo.

CAPITULO 2

No logré calmarme hasta que llegué a Peterburgo y, aun así, todavía sentía un torbellino de rabia y humillación dentro de mí. ¿De qué iba aquel tío? Se supone que las gentes del pueblo son amables y no se comportan como si fueran discípulos de Satán.

Encontré la calle Mayor sin mucha dificultad. Literalmente era la calle mayor. En Mount View estaba la biblioteca del condado, con lo que me recordé que debía sacarme ya el carné. La cosa estaba bastante limitadita para comprar comida. Había un supermercado llamado Foodland, aunque el letrero en realidad ponía FOO LAND, porque faltaba la letra *D*, exactamente donde aquel desgraciado había dicho que estaría.

Los ventanales frontales estaban cubiertos de carteles con la foto de una chica desaparecida: una chica que debía de tener mi edad, de pelo largo y lacio y ojos alegres. Se decía que llevaba desaparecida algo más de un año, y se ofrecía recompensa a quien la encontrara. Llevaba tanto tiempo desaparecida que dudaba que alguien reclama jamás el dinero... Entristecida por aquel pensamiento entré en el supermercado.

Siempre hago la compra a toda pastilla y no me entretengo por los pasillos. A medida que iba llenado el carro, me daba cuenta de que iba a necesitar mucho más de lo que pensaba. En casa sólo teníamos lo básico. Muy pronto lo había llenado hasta los bordes.

—¿Katy?

Aquella dulce voz femenina me sobresaltó, sacándome de mi ensimismamiento. Se me cayó un cartón de huevos al suelo.

—Mierda

—¡Ay, lo siento! Te he asustado, lo hago muy a menudo. —Unos brazos muy bronceados aparecieron de la nada y recogieron el cartón para colocarlo de nuevo en la balda. La chica cogió otro cartón y lo sostuvo con sus esbeltos brazos—. Seguro que estos no están rotos.

Aparté la vista de aquella masacre de huevos cuyas yemas resbalaban brillantes por el suelo de linóleo y me quedé impresionada. Lo primero que pensé de aquella chica es que era demasiado guapa para estar en un supermercado con una caja de huevos en la mano.

Destacaba tanto como un girasol en un campo de trigo

El resto de la gente no era sino un pálido reflejo. La chica tenía el pelo oscuro,

rizado y más largo que el mío, porque le llegaba hasta la cintura. Era alta, delgada, tenía unas facciones prácticamente perfectas y desprendía un aura de inocencia. Me recordaba a alguien, especialmente por aquellos ojos verdes tan extraordinarios. Apreté los dientes. Las posibilidades eran remotas...

Sonrió.

—Soy la hermana de Daemon; me llamo Dee. —Colocó el cartón de huevos intacto en mi carro—. ¡Está nuevecitos! —Sonrió.

—¿Daemon?

Dee señaló el bolso rosa chicle que llevaba en la parte frontal del carro. Encima de él descansaba un teléfono móvil.

—Has hablado con él hace media hora. Te acercaste a casa en busca de indicaciones, ¿no?

Así que aquel capullo tenía nombre. Daemon. Le pegaba bastante. Y, claro, su hermana tenía que ser por fuerza tan atractiva como él. ¿Cómo no? ¡Bienvenidos a Virginia Occidental, la tierra de los supermodelos! Empezaba a dudar que yo pudiera encajar allí.

—Sí, perdona. No esperaba que alguien fuera a decir mi nombre —dije antes de quedarme en silencio un instante—. ¿Te ha llamado?

—Sí. —Apartó con mucha destreza el carro para que pasara un niño pequeño que correteaba sin control por el estrecho pasillo—. Bueno, el caso es que he visto que os mudabais y he querido acercarme a saludaros desde entonces, y como mi hermano me ha dicho que estabas por aquí... tenía tantas ganas de conocerte que vine a toda prisa. Me dijo que aspecto tenías.

Me imaginaba perfectamente como me habría descrito.

La chica me miraba curiosa con aquellos intensos ojos verdes.

—Aunque, la verdad, no te pareces en nada a su descripción. Bueno; el caso es que sabía quien eras. Aquí casi todos nos conocemos de vista.

Me quedé mirando a un niño pequeño que trepaba por la estantería del pan.

—Creo que a tu hermano no le caigo nada bien.

Frunció el ceño.

—¿Qué?

—He dicho que a tu hermano no le caigo bien. —Me volví hacia el carrito y me puse a toquetear un paquete de carne envasada—. Digamos que no fue demasiado amable.

—Ostras —dijo, antes de reírse. Le dediqué una mirada severa—. Perdona, es que mi hermano tiene unos cambios de humor bastante bruscos.

«¿Me lo dices o me lo cuentas?»

—No parecía que fuera sólo mal genio la verdad.

Negó con la cabeza.

Tenía un mal día. es peor que una chica, créeme. No te odia. Somos gemelos, y te aseguro que me entran ganas de matarle todos los días. Daemon es un poco bruto, no se lleva bien con... la gente.

—¿Ah, sí? —Me reí.

—Bueno, ¡me alegro de haberte encontrado aquí! —exclamó cambiando de tema otra vez—. No sabía si te molestaría que me presentara en tu casa, como todavía os estáis instalando...

—No, no me habría molestado —Me esforzaba por seguir la conversación. Aquella chica cambiaba de tema con tanta facilidad que parecía hiperactiva.

—Tendrías que haber visto la cara que he puesto cuando Daemon me ha dicho que tenías nuestra edad. Casi me voy a casa corriendo para darle un abrazo. —La chica gesticulaba entusiasmada—. Pero, si hubiera sabido que había sido tan maleducado contigo, le hubiera dado un puñetazo.

—Me lo imagino. —Sonreí—. A mí también me habría gustado darle un buen sopapo.

—Imagínate ser la única chica que hay en todo el barrio: todo el día estoy pegada al pesado de mi hermano. —Miró por encima del hombro y de repente frunció las delicadas cejas.

Seguí su mirada. El niño pequeño tenía un cartón de leche en cada mano, cosa que me recordó que debía comprar leche.

—Ahora mismo vuelvo. —Me fui hacia la sección de refrigerados.

La madre del niño apareció por fin por la esquina del pasillo, gritando:

—¡Timotht Roberts, haz el favor de dejar eso donde estaba! ¿Qué crees que estás...?

El niño le sacó la lengua. Nada como estar cerca de algún niño para optar por la abstinencia sexual. No es que yo estuviera en esa situación, pero... Me fui con los cartones de leche hacia donde me esperaba Dee, quien miraba al suelo. Con los dedos rodeaba el mango del carrito y los apretaba hasta que los nudillos se le quedaban blancos.

—¡Timothy, ven aquí inmediatamente! —La madre lo atrapó por el gordezuelo brazo. Del severo moño se le escaparon algunos mechones rebeldes—. ¿Es que no entiendes lo que te tengo dicho? —le dijo entre dientes—. No puedes estar cerca de ellos.

¿A quién se refería con aquel «ellos»? Allí sólo estábamos Dee y yo. Miré confundida a la mujer y me sorprendió la repugnancia que se reflejaban en sus ojos oscuros. Era una mirada llena de asco, pero, además, su modo de apretar los labios, temblorosos, me rebeló que en aquel gesto había algo más: miedo.

Y a quien miraba era a Dee.

Cogió en brazos al niño y se marchó a toda prisa, dejando el carro en medio del

pasillo.

Me volví hacia Dee.

—¿Y a esa qué mosca le ha picado?

La sonrisa de Dee se volvió frágil.

—Es un pueblo pequeño. La gente del lugar es bastante rara; no les hagas caso. Oye, debes estar harta entre la mudanza y el supermercado... Vaya palo, ¿no? Creo que no hay castigo peor que deshacer cajas y salir a hacer la compra. ¿Te imaginas como sería ir al infierno y que te condenaran eternamente a hacer estas dos tareas?

No pude evitar sonreír mientras intentaba seguir el parloteo incesante de Dee y acabábamos de llenar los carros. Alguien así normalmente me cansaba a los cinco segundos, pero ella tenía un modo muy peculiar de balancearse sobre los talones y su alegría era contagiosa.

—¿Tienes que comprar más cosas? —me preguntó—. Yo creo que ya he acabado. En realidad, vine para verte y no he podido ir más allá del pasillo de los helados, ¡me he quedado atrapada!

Me reí y le eché un vistazo a mi carro, lleno hasta los topes.

—No, creo que he acabado yo también.

—Pues vámonos, podemos ir juntas hacia las cajas.

Mientras esperábamos a pasar por caja, Dee seguía con su cháchara, y no volví a pensar en el incidente del pasillo. Dee pensaba que Petersburgo necesitaba otro supermercado, porque ese no tenía alimentos de cultivo ecológico, y ella quería comprar un pollo de granja para la receta que iba a prepararle Daemon para cenar. Minutos más tarde, ya no me preocupaba seguir el ritmo de su conversación y empecé a relajarme. No es que fuera simplemente una chica animada, era pura vida... Deseé que se me pegara un poco de aquel entusiasmo vital.

La fila avanzaba más rápido que en las ciudades grandes. Cuando ya estuvimos fuera, se detuvo junto a un Volkswagen nuevito y abrió el maletero.

—Qué coche más chulo —le dije. Debían de tener bastante pasta, a no ser que Dee trabajara.

—Me encanta. —Le dio un golpecito al parachoques trasero—. Es mi bebé.

Coloqué las bolsas de la compra en los asientos de atrás de mi coche.

—¿Katy?

—¿Sí? —Jugueteé con las llaves mientras deseaba que, a pesa de tener un hermano tan capullo, quisiera quedar conmigo después. Era difícil saber si mamá iba a despertarse tarde.

—Tengo que pedirte disculpas por lo de mi hermano. Sabiendo cómo es, seguro que se pasó un poco.

Me sentí mal por ella, por tener que ser familia de un idiota así...

—Tú no tienes la culpa.

Jugueteó con las llaves alrededor del dedo anular antes de mirarme.

—Es demasiado protector, no le gustan los desconocidos.

¿Protector, como un perro? Casi se me escapa una risita, pero al ver la cara de pena de Dee al pensar que quizá no iba a perdonarla, no lo hice. Vaya rollo tener un hermano como aquel.

—No pasa nada. Quizá tenía un mal día.

—Quizá. —Sonrió, pero el gesto parecía forzado.

—De verdad, no te preocupes. No estoy enfadada contigo —le dije.

—¡Gracias! En serio, no soy una pesada que va acosando por ahí a los demás, te lo juro. —Me guiñó un ojo—. Pero sería genial que quedáramos esta tarde, ¿tienes planes?

—La verdad es que pensaba arreglar el jardín que tenemos delante de casa. ¿Te apetece ayudarme? —Tener compañía podría ser divertido.

—¡Me parece genial! Voy a dejar la compra en casa y vuelvo enseguida —dijo—. ¡Nunca he hecho nada de jardinería, qué emocionante!

Antes de poder preguntarle qué tipo de infancia había tenido para no tener algunas nociones mínimas, ya se había subido al coche y había salido del aparcamiento. Me aparté del parachoques y me dirigí hacia el lado del copiloto. Abrí la puerta y me disponía a entrar cuando tuve la desagradable sensación de que alguien me observaba.

Miré en todas direcciones, pero sólo vi a un tipo vestido de negro y con gafas de sol, en plan *Men in Black*. Estaba mirando fijamente la foto de una persona desaparecida en un tablón comunitario.

Sólo le faltaba el borrador de memoria y el perrillo parlante para parecer salido de aquella película. Me habría reído de no ser porque aquel hombre no me hacía ninguna gracia... Especialmente después de que se quedara mirándome.

Pasaban unos minutos de la una cuando Dee llamó a la puerta de casa. Cuando salí, me la encontré de pie, cerca de los escalones. Levantaba el empeine y apoyaba el peso del cuerpo sobre sus sandalias de cuña; una indumentaria un tanto peculiar para las labores de jardinería... El sol proyectaba un halo alrededor de su oscura cabellera y tenía una expresión pícara en el rostro. era igualita que una princesa de cuento. O como Campanilla después de haberse tomado algunas sustancia extraña, teniendo en cuenta lo hiperactiva que era.

—Hola. —Salí al porche y cerré la puerta sin hacer apenas ruido—. Mi madre duerme.

—Espero no haberla despertado —susurró haciendo un poco de teatrillo.

Negué con la cabeza.

—Tranquila, ni un huracán es capaz de despertarla. Y te digo porque a pasado de

verdad.

Dee sonrió divertida y se sentó en el columpio del porche. Se llevó las manos a los codos, en un abrazo, y de repente pareció tímida.

—Tan pronto como entré con las compras, Daemon se zampó media bolsa de patatas, dos helados que eran míos y medio bote de mantequilla de cacahuete.

—¡Joder! ¿Y como consigue estar tan... en forma?

—Es increíble. —Puso los pies en el asiento del columpio y se abrazó las rodillas—. Come como una lima; tanto que tenemos que coger el coche para ir al supermercado unas dos o tres veces por semana. —Un destello pícaro apareció en su mirada—. Claro que yo no me quedo corta; te vaciaría la despensa de casa en un abrir y cerrar de ojos. Mejor me quedo calladita.

La envidia me corroía. No tengo la suerte de contar con un metabolismo rápido (de ello dan buena fe las caderas y el culo que tengo). No es que esté gordísima, pero no me gusta que mamá diga que «tengo curvas». No es justo. Si me como una bolsa de patatas fritas, engordo dos kilos como mínimo.

—Tenemos suerte en eso. —Su sonrisa se había vuelto un poco tensa—. Bueno, oye, tienes que hablarme de Florida. Nunca he estado allí.

Me apoyé en la barandilla del porche.

—Pues imagínate: hay mogollón de centros comerciales, uno detrás de otro, y aparcamientos por todas partes. Ah, y playas, claro. Sí, eso sí que vale la pena. —Me encanta sentir los rayos del sol sobre la piel y el tacto de la arena mojada contra los dedos de los pies.

—¡Guau! —exclamó Dee, mirando hacia su casa, como si estuviera esperando a alguien—. Te va a costar bastante acostumbrarte a vivir aquí. Es difícil adaptarse a algo cuando estás lejos de tu elemento natural...

Me encogí de hombros.

Bueno, no sé. Esto no está tan mal. Aunque cuando supe que veníamos a vivir aquí pensé que mi madre me tomaba el pelo. Ni siquiera sabía que este sitio existía.

Dee se rió.

—Ya, mucha gente no lo conoce. Para nosotros también fue bastante fuerte.

—Ah, ¿entonces tampoco sois de por aquí?

Apartó la mirada y dejó de reír.

—No, no somos de por aquí.

—¿Vuestros padres vinieron por trabajo? —le pregunté sin tener ni idea de qué tipo de trabajos había por esta zona.

—Sí, trabajan en la ciudad; no los vemos demasiado.

Tuve la extraña sensación de que no me lo explicaba todo.

—Tiene que ser difícil... Aunque así sois más libres para hacer lo que queráis, supongo. Mi madre tampoco está mucho en casa.

—Supongo que entonces no entiendes. —La expresión de sus ojos se volvió triste —. Nos las tenemos que apañar solos.

—Y te gustaría que la vida fuera un poco más emocionante, ¿verdad?

Dee se había puesto melancólica.

—¿Alguna vez has oído eso de «ten cuidado con lo que desees porque puede cumplirse»? Pues eso me pasó a mí. —Se mecía adelante y atrás en el columpio, sin que ninguna de las dos hiciera nada por romper el silencio. La entendía perfectamente. Ni recordaba la de veces que, despierta en la cama, había deseado que mamá reaccionara y le diera un giro a su vida... y aquí estábamos, en Virginia Occidental.

—¡Oh, no! Parece que se acerca una de nuestras famosas tormentas de media tarde... Suelen durar unas dos horas.

—Vaya, qué lástima. Entonces tendremos que dejar lo del jardín para mañana. ¿Te va bien?

—¡Claro! —Dee se puso a tiritar por el repentino aire frío que se había levantado.

—¿De dónde vendrá esa tormenta? Parece que haya salido de la nada, ¿verdad? —le pregunté.

Dee se puso de pie de un respingo y se frotó las palmas de las manos contra los pantalones.

—Pues sí. Bueno, creo que tu madre quizá ya se haya levantado, y yo tengo que despertar a Daemon.

—¿No es un poco tarde para estar durmiendo?

—Es un chico rarito —dijo Dee—. Mañana vendré e iremos a comprar cosas para el jardín, ¿te parece bien?

Sonreí y me aparté de la barandilla.

—Me parece buena idea.

—¡Genial! —Bajó los escalones de dos en dos y se giró con una pirueta—. ¡Le daré a Daemon recuerdos de tu parte!

Noté que me ardían las mejillas.

—Bueno, no hace falta.

—¡Creeme, sí! —Se rió y se fue a toda prisa a su casa. «¡Qué feliz!»

Mamá estaba en la cocina con una taza de café en la mano. Por su cara supe que se le había derramado algo de líquido en la encimera.

Cogí un trapo y me acerqué.

—Vive en la casa de al lado, se llama Dee y me la encontré en el supermercado. —Pasé el trapo por encima de las salpicaduras de café—. Tiene un hermano que se llama Daemon: son gemelos.

—¿Gemelos? ¡Que interesante! —Sonrió—. ¿Es simpática, cielo?

Suspiré.

—Sí, mamá. Es muy simpática.

—Me alegro muchísimo. Ya empieza a ser hora de que salgas de tu cascarón.

Mamá sopló antes de darle un sorbo de café. Me miraba por encima del borde de la taza.

—¿Habéis quedado para veros mañana?

—Pero si ya lo sabes, nos estabas escuchando.

—Pues claro, hija. —Me guiñó un ojo—. Eso es precisamente lo que hacemos las madres.

—¿Las madres cotillean las conversaciones ajenas?

—Sí. ¿Cómo si no voy a enterarme de lo que pasa? —respondió inocente.

Puse los ojos en blanco y me volví para ir a la sala de estar.

—Mamá, hay una cosa que se llama privacidad.

—¡Cielo —exclamó desde la cocina—, eso no existe!

CAPITULO 3

El día que me instalaron Internet me sentí mucho mejor que si un tío bueno me hubiera pegado un buen repaso antes de pedirme mi número de teléfono. Como era miércoles, redacté rápido una nueva entrada en la sección de «Waiting on Wednesday» de mi blog. Hablé de un libro juvenil que iba de un yogurín que tenía un encanto especial —una combinación infalible—, me disculpé por no haberme conectado en tanto tiempo, respondí a algunos comentarios y me puse al día leyendo otros blogs que me encantaban. Me sentía como en casa.

—¿Katy? —me llamó mamá desde la escalera—. Ha llegado tu amiga Dee.

—¡Voy! —le grité antes de cerrar la tapa de mi portátil.

Bajé las escaleras dando saltitos y en cuestión de minutos ya estaba camino de la ferretería con Dee. Por cierto, la tienda no estaba para nada cerca de FOO LAND, como me había dicho Daemon. Tenía todo lo que necesitaba para arreglar el desastre de jardín que teníamos en la parte delantera de la casa.

Ya de regreso, cogimos una bolsa cada una y fuimos sacándolas del maletero. Pesaban una barbaridad; cuando acabamos de sacarlas del coche estábamos empapadas en sudor.

—¿quieres beber algo antes de cargar con las bolsas hasta el jardín? —sugerí porque tenía los brazos doloridos.

Se frotó las palmas de las manos y asintió.

—Tengo que ponerme las pilas con las pesas. Odio cargar cosas.

Entramos en casa y nos tomamos un vaso de té helado.

—Recuérdame que me apunte al gimnasio del pueblo —bromeé mientras me frotaba los escuálidos brazos.

Dee se rió y se apartó el pelo, mojado de sudor, del cuello. Aun así, con la cara colorada y cansada, estaba preciosa. Seguro que yo parecía una asesina en serie. Por lo menos las dos sabíamos que en ese momento estaba demasiado hecha polvo como para resultar peligrosa.

—Nuestra idea de hacer ejercicio es llevar nuestro contenedor hasta el final de una carretera sucia o cargar con balas de heno.

Busqué una cinta de pelo para Dee mientras bromeaba sobre lo poco *cool* que era mi nueva vida de pueblerina. Apenas estuvimos diez minutos dentro de la casa pero, al salir, vimos que todas las bolsas de tierra y abono estaban perfectamente alineadas junto al porche.

La miré sorprendida.

—¿Cómo han llegado hasta aquí?

Dee se puso de rodillas y comenzó a arrancar las malas hierbas.

—Supongo que habrá sido mi hermano.

—¿Daemon?

Asintió.

—Siempre hace cosas así; no le gusta llevarse el mérito.

—Ya, claro —musité. Lo dudaba. Me resultaba más fácil creer que las bolsas habían levitado solas hasta allí.

Dee y yo nos pusimos manos a la obra con las malas hierbas con más energía de la esperada. Siempre he creído que arrancar hierbajos va genial para desahogarse y, al ver los movimientos bruscos de Dee, pensé que debía de sentirse bastante frustrada por algo. Teniendo en cuenta cómo era su hermano, no me sorprendía.

Al cabo de un rato, Dee se miró las uñas, bastante estropeadas.

—A la porra la manicura.

Sonreí.

—Ya te dije que tendrías que haber traído guantes.

—Pero tú no llevas —señaló.

Levanté las manos, sucias de tierra, y me estremecí. Casi siempre tengo las uñas hechas un desastre.

—Ya, pero yo estoy acostumbrada.

Dee se encogió de hombros y se fue a coger un rastrillo. Era gracioso verla rastrillo en mano, con aquella falda y las sandalias de cuña; según ella, el último grito en indumentaria de jardinería.

—¡Esto es muy divertido!

—¿Mejor que ir de compras? —bromeé.

Dee arrugó la nariz; parecía pensar seriamente la respuesta.

—Sí, es más... relajante.

—Es verdad. Cuando estoy con las plantas me olvido de todo.

—Eso es lo que me gusta. —Empezó a quitar el abono viejo del jardín con el rastrillo—. ¿Lo haces para no pensar?

Me senté y abrí la otra bolsa de abono. No sabía como contestar a aquella pregunta.

—A mi padre le encantaba hacer cosas así; tenía un talento especial. En nuestro apartamento no teníamos jardín, pero sí balcón. Y entre los dos logramos que pareciera un jardín.

—¿Qué pasó con tu padre? ¿Tus padres se separaron?

Apreté los labios con fuerza. El tema de mi padre era casi tabú. No hablaba de él con nadie. Fue buena persona y mejor padre. No se merecía lo que le pasó.

—Perdona, me meto donde no me llaman —dijo Dee.

—No, tranquila. —Me puse de pie mientras me quitaba la tierra de la camiseta. Cuando levanté la vista para mirarla, había apoyado el rastrillo contra el porche. Su brazo izquierdo estaba totalmente borroso; se veía la barandilla a través de él. Pestañeeé y su brazo volvió a la normalidad.

—Katy, ¿te encuentras bien?

Con el corazón a mil, la miré a la cara antes de volver a mirarle el brazo. Allí estaba, perfecto; entero. Agité la cabeza.

—Sí, sí... Mi padre... enfermó. Era cáncer. Terminal. Lo tenía en el cerebro. Siempre tenía dolores de cabeza y veía cosas. —Tragué saliva y aparté la vista. ¿Vería cosas como las que acababa de ver yo?—. Pero, aparte de eso, estaba bien hasta que se lo diagnosticaron. Empezaron con la quimio y la radio, pero... todo se fue a la mierda muy rápido. Murió a los dos meses.

—Dios mío, Katy, lo siento muchísimo... —Dee estaba pálida y su voz era un susurro—. Es terrible.

—No te preocupes —dije forzando una sonrisa—. De eso hace ya tres años. Por eso mi madre quiso mudarse. Ya sabes, vida nueva y todo eso que se dice.

Sus ojos resplandecían bajo los rayos del sol.

—Entiendo como te sientes. Cuando pierdes a alguien... el tiempo no todo lo cura.

—No. —Parecía que ella supiera lo que se sentía en esa situación. No obstante, antes de poder preguntarle nada, la puerta de su casa se abrió de par en par. Sentí un nudo en el estómago—. Oh, no —susurré.

Dee se volvió suspirando.

—Vaya, mira quien ha vuelto.

Eran más de la una, pero parecía que Daemon acabara de levantarse. Llevaba los tejanos arrugados y el pelo enmarañado. Hablaba con alguien por teléfono mientras se pasaba la mano por la mandíbula.

E iba sin camiseta.

—¿Tu hermano no tiene camisetas o qué? —le pregunté mientras cogía la pala.

—Me temo que no, no las lleva ni en invierno. Siempre va por ahí medio desnudo —refunfuño—. Es bastante incómodo tener que verlo así todo el día, enseñando tanta... carne. ¡Que grima!

A ella le daría grima, pero a mí... me alteraba bastante. Me puse a cavar hoyos en lugares estratégicos mientras notaba que se me secaba la garganta. Tenía una cara perfecta, un cuerpo de ensueño y una mala leche espectacular. Las tres reglas de oro de cualquier tío macizo, vaya.

Daemon estuvo colgado al teléfono treinta minutos más, y su aparición altero bastante las cosas. Por supuesto, no pude pasar por alto su presencia, incluso estando de espaldas a él: sabía que me miraba. Sentía su mirada clavada en la espalda.

Cuando lo busqué con los ojos, ya se había marchado. Regresó instantes después con una camisa puesta. Vaya por Dios, ya no podía alegrarme la vista.

Estaba golpeando la tierra que acababa de colocar en el jardín para que estuviera uniforme cuando apareció Daemon haciéndose el chulito. Le pasó un brazo por encima del hombro a su hermana, quien intentó liberarse sin éxito, porque la atrajo todavía más contra sí.

—Hola, hermanita.

Dee puso los ojos en blanco, pero se le escapaba la risa. Al mirar a su hermano, los ojos se le iluminaron. Se notaba que lo idolatraba.

—Gracias por ayudarnos con las bolsas.

—Yo no he tenido nada que ver.

Dee puso los ojos en blanco otra vez.

—Lo que tú digas, tonto del culo.

—¡Oye, no me llames así! —La apretó todavía más contra su cuerpo, con una sonrisa de oreja a oreja que le transformó la expresión y le favorecía mucho. Debería intentar sonreír más a menudo. Entonces levantó la vista hacia mí y entrecerro los ojos, como si acabara de percatarse de mi presencia. La sonrisa se le borró del rostro. ¿Qué narices esperaba, si estábamos enmi patio?— ¿Qué haces?

—Estoy arreglando...

—No te lo preguntaba a ti. —Se volvió hacia su hermana, que se había puesto roja de vergüenza—. ¿Qué haces, Dee?

No iba a permitir que se saliera con la suya otra vez. Me encogí de hombros y cogí una planta. La saqué de la maceta con tanta rabia que me cargué algunas raíces.

—Estoy ayudándola a arreglar el jardín. Haz el favor de ser amable. —Dee le dio un golpecito en la barriga antes de liberarse—. Mira que bien ha quedado. Al final va a resultar que tengo un talento oculto.

Daemon se quedó mirando mi obra maestra. Si pudiera elegir el trabajo de mi vida ahora mismo, elegiría sin dudarlo el paisajismo. Me encanta trabajar al aire libre. La naturaleza en general no es mi fuerte, pero se me da de perlas tener las manos metidas en la tierra. De la jardinería me gusta todo: la sensación de dejarte llevar y no pensar en nada, el intenso olor a tierra, saber que un poco de abono y de agua puede conseguir que algo recupere la energía y regrese a la vida...

Y se me daba bien. No perdía ni un programa de jardinería en la tele. Sabía donde colocar las plantas que necesitaban más sol y las que crecen en la sombra. Había colocado las plantas por capas en el jardín, de modo que ñas de tallo más alto que tenían más hojas y eran más robustas habían quedado detrás, mientras que delante había colocado las flores. Sólo hacía falta poner un poco de tierra y abono y... ¡tachán!

Daemon arqueó una ceja.

Me puse muy tensa.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Está bien, supongo.

—¿Cómo que «bien»? —Dee parecía tan ofendida como yo—. Está genial. Nos ha salido de coña. Bueno, le ha salido de coña a Katy, quiero decir, porque yo sólo le pasaba las cosas.

—¿A esto te dedicas en tu tiempo libre? —me preguntó sin hacer caso a lo que le decía su hermana.

—¿Ahora resulta que me hablas? —Con una sonrisa forzada, cogí un puñado de mantillo y lo eché sobre el abono. Lo aclaré y repetí el proceso—. Pues sí, es mi *hobby*; ¿el tuyo cuál es?

—No debería contestar a esa pregunta delante de mi hermana —respondió con una cara lasciva.

—¡Córtate un poco! —contestó Dee poniendo una cara rara.

Las imágenes que me vinieron a la mente eran para mayores de dieciocho años, y supe que él lo sabía. Cogí más mantillo.

—Lo que sí puedo decirte es que no es algo tan peñazo como esto —añadió.

Me quedé helada. De mis manos escaparon trozos de cedro rojo.

—¿Podrías decirme por qué hacer esto es un peñazo?

Con la mirada parecía decirme «¿de verdad tengo que explicártelo?». Entiendo que la jardinería no se tome por la actividad más molona del mundo, pero de ahí a decir que es un peñazo... Como Dee me caía bien, me quedé callada y seguí colocando el mantillo.

Dee le dio un empujón a su hermano, que no se movió.

—¿Puedes dejar de portarte como un imbécil? Anda, por favor...

—No me estoy portando como un imbécil —repuso él.

Arqueé la cejas.

—¿Qué pasa? —me espetó Daemon— ¿Hay algo que quieras decirme, gatita?

—¿Aparte de que no me llames «gatita» ni en sueños? La verdad es que no. —Aplané el mantillo para igualarlo y me puse de pie para contemplar mi obra. Miré a Dee y sonreí—: Creo que hemos hecho un gran trabajo.

—Sí. —Le dio un empujón a su hermano, en dirección a su casa. Él seguía sin moverse—. Pues la verdad es que nos ha quedado muy bien, aunque sea un peñazo. Oye, ¿sabes qué? Creo que empieza a gustarme ser un peñazo.

Daemon contemplaba las flores recién plantadas como si estuviera diseccionándolas como parte de algún experimento científico.

—Y creo que tendríamos que seguir y arreglar el jardín de delante de casa —continuó diciendo Dee con cara de emoción—, podemos ir a la tienda a comprar lo

que necesitemos y tú podrías...

—No es bienvenida a nuestra casa —soltó Daemon sin ningún miramiento, volviéndose hacia su hermana—. Lo digo en serio.

Di un paso atrás, sorprendida de la rabia que desprendían sus palabras.

Dee no se movió, pero vi que apretaba con fuerza los puños.

—Se me ha ocurrido que podríamos trabajar juntas en el jardín; la última vez que lo vi estaba fuera de casa y no dentro, ¿sabes?

Me da igual. No quiero que venga.

—Daemon, no me hagas esto —susurró Dee mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—, por favor... Me cae muy bien...

Y lo imposible sucedió. Se le suavizó el rostro.

—Dee...

—Por favor —volvió a insistir ella, que parecía una niña pequeña pidiéndole su juguete favorito a su hermano. Y teniendo en cuenta lo alta que era, la escena resultaba de los más rara... Me entraron ganas de darle un buen puñetazo a Daemon por hacer que su hermana se hubiera convertido en alguien tan desesperado por hacer amigos.

Maldijo entre dientes y se cruzó de brazos.

—Dee, ya tienes amigos.

—Pero no es lo mismo y los sabes. —Imitó los movimientos de su hermano—. Es muy diferente...

Daemon me miró, sonriente. Si hubiera tenido la pala a mano, se la habría estampado en la cara.

—Son tus amigos, Dee. Y son como tú. No tienes por qué hacerte amiga de alguien... como ella.

Me había callado hasta entonces porque no sabía de que iba todo aquello, y además no quería decir nada que pudiera molestar a Dee. Aquel gilipollas era su hermano, pero aquello ya pasaba de castaño oscuro.

—¿Puedes decirme a qué te refieres con lo de «alguien como yo»?

Ladeó la cabeza y suspiró profundamente.

Su hermana nos miraba nerviosa.

—No ha querido decir nada, no le hagas caso.

—Anda que no —musitó.

Ahora era yo la que apretaba los puños con fuerza.

—¿Se puede saber qué problema tienes?

Daemon me miró con una expresión extraña.

—Tú eres el problema.

¿Yo? —Di un paso adelante—. Mira, chaval, yo no te conozco y tú a mí, mucho menos.

—Todos sois iguales —dijo apretando los dientes—. No hace falta que te conozca. Y tampoco quiero hacerlo.

Levanté las manos, frustrada.

—Pues mira, tío, perfecto porque yo no quiero verte ni en pintura.

—Daemon —dijo Dee, agarrándola del brazo—. Déjala en paz.

Él me miraba con una sonrisa burlona.

—No me gusta que seas amiga de mi hermana.

Le solté lo primero que se me pasó por la cabeza. Puede que no fuera lo más inteligente, y además no soy de ese tipo de personas que te sueltan una contestación a la primera de cambio. Pero es que aquel tío me estaba sacando de mis casillas.

—Y a mí me importa una mierda lo que te guste o deje de gustarte.

Daemon estaba al lado de Dee y, en apenas unos segundos, lo tuve delante de mí. Era imposible que hubiera podido moverse tan rápido. No podía ser. Pero allí estaba: Mirándome fijamente desde su altura privilegiada.

—¿Cómo...? ¿Cómo has podido moverte...? —Di un paso atrás. No me salían las palabras. La intensidad de aquellos ojos me daban escalofríos. «Madre mía...»

Escucha atentamente lo que voy a decirte, porque no te lo repetiré —dijo dando un paso adelante. Yo di uno hacía atrás y él avanzó otro; y así hasta que mi espalda fue a topar contra uno de los árboles. Daemon se inclinó sobre mí y yo no veía nada más que aquellos ojos verdes que no podían ser de verdad. Su cuerpo emanaba calor—. Si a mi hermana le pasara algo... —Se quedó callado para coger aire mientras la vista se le clavaba en mis labios entreabiertos. Me quedé sin respiración. Algo brilló en sus ojos antes de que los entrecerrara de nuevo para esconder lo que fuera que hubiese estado allí.

Las imágenes de nosotros dos, subidas de tono, me volvieron a la cabeza. Me mordí el labio inferior para intentar que no se me notara pero, igual que la otra vez, supe que él había adivinado mis pensamientos al ver la cara de creído que ponía. Qué rabia.

—Tienes una cabecita bastante sucia, gatita.

Pestañeeé. «Disimula, Katy, disimula.»

—¿Qué has dicho?

—Que tienes la cabeza sucia —repitió en voz baja. Sabía que Dee no podía oírle—, llena de tierra. ¿Qué creías que quería decir?

—Nada —respondí mientras deseaba con todas mis fuerzas que retrocediera unos pasos. Tener a Daemon tan cerca no me reconfortaba en absoluto—. Es normal ensuciarte cuando plantas.

Los labios le temblaron un instante.

—Hay muchas maneras de ensuciarse. Aunque no tengo la intención de mostrártelas.

Y seguro que las conocía todas perfectamente. Sentí que las mejillas me ardían y que aquel calor me bajaba por la garganta.

—Prefiero revolcarme en estiércol antes que en cualquier lugar en el que duermas tú.

Daemon arqueó una ceja y se volvió de repente.

—Llama a Matthew —le dijo a su hermana—. Ahora mismo, no pierdas ni un minuto.

Me quedé allí, contra aquel árbol, con los ojos como platos e inmóvil hasta que se marchó y entró en su casa dando un portazo. Tragué saliva y miré a una preocupada Dee.

—Bueno —dije—. Vaya conversación más intensa.

Dee se dejó caer en los escalones y se llevó las manos a la cara.

Lo quiero mucho, es mi hermano, el único que... —Se quedó callada de repente antes de levantar la cabeza—. Pero es un imbécil. Y lo sé. Antes no era así.

Me quedé mirándola sin saber que decir. El corazón todavía me iba a mil y bombeaba la sangre a demasiada velocidad. No sabía si el mareo que sentí al apartarme del árbol y acercarme a Dee fue por la adrenalina o por el miedo. Y si lo que sentía no era miedo, me pregunté si debía tenerlo.

—Es difícil hacer amigos teniendo a alguien como él cerca —murmuró Dee mirándose las manos—. Todos salen pitando.

—¡No me digas! Me pregunto por qué será... —Era demasiado posesivo; aquella actitud hacia su hermana no era normal. Las manos todavía me temblaban y, aunque ya se había marchado, aún podía sentir aquel calor que emanaba de su cuerpo. Todo había sido muy... excitante. Una lástima.

—Lo siento tantísimo... —Dee se puso en pie de un salto. Abría y cerraba la palma de las manos al hablar—. Mi hermano es demasiado protector.

—Lo entiendo, pero ni que yo fuera un tío que quisiera abusar de ti o algo parecido, ¿no?

Dee sonrió.

—Ya lo sé, pero es que se preocupa demasiado. Sé que se tranquilizará cuando te conozca mejor.

Cuando las vacas vuelen.

—Dime que no te ha asustado a ti también y vas a marcharte de mi lado... —Dio un paso hacia mí con el ceño fruncido—. Sé que debes de pensar que no vale la pena pasar por esto solo para quedar conmigo...

—No. No te preocupes. —Me pasó una mano por la frente—. No va a asustarme a mí también.

Parecía tan aliviada que pensé que iba a darle algo.

—Menos mal. Tengo que marcharme, pero arreglaré las cosas: te lo prometo.

Me encogí de hombros.

—No hay nada que arreglar. Lo que él haga no es cosa tuya.

Dee me miró con una expresión extraña.

—Bueno, sí que lo es... en parte. Luego hablamos, ¿vale?

Asentí y la vi marcharse de casa. Cogí las bolsas vacías. ¿a qué venía aquel numerito? Jamás le he caído tan mal a nadie. Negué con la cabeza y tiré las bolsas a la basura.

Daemon estaba de toma pan y moja, pero era un idiota rematado. Y un abusón. Lo que le había dicho a Dee era cierto: no iba a dejar que me asustara para que dejara de ser amiga de su hermana. Que se aguantara. No pensaba marcharme a ninguna parte.

CAPITULO 4

El lunes no escribí ninguna entrada en el blog porque me tocaba hablar de los libros que estoy leyendo, y ahora mismo no tengo ningún nuevo del que hablar. Preferí ponerme a lavar el coche. El pobre necesitaba un buen repaso. Si mamá hubiera estado despierta, hubiera estado orgullosa de mí al ver que no me quedaba encerrada en mi habitación, encadenada al ordenador, en pleno verano. Yo soy de las que siempre están en su cuarto, excepto por cuando me da por la jardinería.

El cielo estaba despejado y el aire transportaba un ligero aroma a almizcle y a pino. Sólo llevaba un rato con la limpieza del coche, pero me sorprendió la cantidad de bolígrafos y de gomas de pelo que había encontrado. Me estremecí al ver mi mochila en el asiento de atrás: en un par de semanas estaría en el instituto de nuevo y Dee estaría allí con sus amigos, esos que a Daemon sí les parecían adecuados, porque yo debía parecerle una traficante de droga o algo peor.

Me hice con un cubo y una manguera y enjaboné casi todo el coche, pero, al llegar al techo, lo único que conseguí fue acabar empapada y que se me cayera la esponja al suelo una docena de veces. Daba igual por qué lado intentara llegar al techo: mi estrategia no funcionaba.

Solté una palabrota mientras me ponía a quitar la gravilla y la hierba que se habían pegado a la esponja. Tenía ganas de lanzarla bien lejos, hacia los árboles. Al final, frustrada, terminé tirándola dentro del cubo.

—Me parece que no te vendría mal un poco de ayuda.

Di un respingo. Daemon estaba a solo unos pasos de mí. Tenía las manos metidas en los bolsillos de sus tejanos desgastados. Sus ojos claros brillaban bajo los rayos del sol.

Aquella aparición repentina me había sobresaltado. Ni siquiera lo había oído llegar. ¿Cómo era posible que se moviera sin hacer ruido, con lo alto que era? Y, oye, esta vez sí que llevaba una camiseta puesta. Qué detalle. No sabía si alegrarme o lamentarme. Estaba como un queso. Si no abriera la boca... Decidí quitarme aquellas ideas de la cabeza en vista del más que previsible enfrentamiento verbal.

No sonreía, pero por lo menos esta vez no parecía que quisiera asesinarme. Como mucho, parecía resignado. Tenía la misma cara que pongo yo cuando me veo en la situación de darle una valoración floja a un libro que cogí con muchas expectativas.

—Parecía que quisieras mandar la esponja a tomar viento. —Señaló hacia el cubo con el codo, donde flotaba la esponja entre la espuma—. Pensé que podría hacer mi buena obra del día y tomar parte antes de que alguna inocente esponja saliera

malparada.

Me aparté de los ojos algunos mechones húmedos, sin saber bien que decir.

Daemon se arrodillo en un abrir y cerrar de ojos para coger la esponja y escurrirla.

—Me da a mí que te has mojado tú más que el coche. Nunca pensé que lavar un coche pudiera ser tan complicado pero, después de observarte durante los últimos quince minutos, creo que deberían convertirlo en deporte olímpico.

—¿Estabas observándome? —Qué grima. Y qué morbo. ¡No! De morboso, nada. Se encogió de hombros.

—Siempre puedes llevarlo al túnel de lavado; creo que sería más fácil.

—Es tirar el dinero.

—Tienes razón —dijo despacio. Se arrodilló y se puso a lavar un trozo del guardabarros que había olvidado limpiar, cerca de la rueda, antes de ponerse con el techo del coche—. Necesita neumáticos nuevos; estos están gastadísimos y el invierno es una locura en este pueblo.

Los neumáticos no podían darme más igual. No sabía que hacía allí, ni por qué me hablaba. La última vez que nos habíamos visto, había actuado como si yo fuera el anticristo y me había arrinconado contra un árbol mientras me decía cómo podía ensuciarme. ¿Por qué he salido de casa sin peinarme hoy?

—Bueno, de todos modos me alegro de encontrarte aquí. —Acabó de lavar el techo en un tiempo récord. Cogió la manguera y me dedicó una media sonrisa antes de rociar de agua el coche. La espuma se deslizaba por todos los costados del coche como el agua que se derrama de un vaso que está demasiado lleno—. Se supone que te debo una disculpa.

—¿Cómo que «se supone»?

Daemon me miró, entrecerrando los ojos por la claridad del sol, y esquivé por muy poco el chorro de agua que me lanzó mientras se dirigía al otro lado del coche.

—Sí. Dee me ha dicho que tenía que venir y pedirte perdón por haberme cargado todas su posibilidades de tener una amiga «normal».

—Pero ¿qué tipo de amigos tiene?

—Amigos que no son normales —respondió.

¿Aquel tío prefería que su hermana tuviera amigos que no fueran «normales»?

—Bueno, disculparse y no sentirlo digamos que anula el sentido mismo de la disculpa.

—Cierto —respondió, reforzando su respuesta con un tono severo.

—¿Estás de broma o qué? —Lo miré fijamente.

—No —respondió arrastrando la palabra mientras dala la vuelta al coche para aclarar los restos de espuma—. La verdad es que no tengo alternativa. Tengo que quedar bien contigo.

—No me pareces el tipo de persona que hace cosas que no quiere hacer.

—No suelo hacerlo, es verdad. —Se dirigió a la parte de atrás del coche—. Pero mi hermana me ha quitado las llaves del coche, y hasta que arregle las cosas contigo no me las devolverá. Conseguir copias de las llaves es un coñazo.

Intenté aguantarme la risa, pero no pude.

—¿Te ha quitado las llaves del coche?

Me fulminó con la mirada mientras volvía a mi lado.

—No tiene gracia.

—¡Ya lo creo que sí! —Me reí—. Es la bomba.

Daemon me dedicó una mirada asesina.

Me crucé de brazos.

—Bueno, es una pena porque siento no aceptar tus disculpas forzadas y nada sinceras.

—¿Ni siquiera aunque te lave el coche?

—Va a ser que no. —Sonreí al ver que entrecerraba los ojos—. Puede que nunca más vuelvas a ver esas llaves.

—Pues vaya. Esea mi único plan —Vi que se le escapaba una sonrisilla—. Pensé que, ya que no me arrepentía, por lo menos podía compensarte de alguna manera.

Aquella actitud en parte me molestaba en parte me divertía (aunque me negara a admitirlo).

—¿Siempre estás así de animado?

Pasó por mi lado y cerró la llave del agua.

—Pues sí. ¿Y tú siempre te quedas mirando a los tíos cuando llamas a su puerta para preguntar por una dirección?

—¿Siempre abres la puerta medio desnudo?

—Pues sí. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Siempre pegas esos repasos?

Las mejillas me ardían.

—No te estaba pegando ningún repaso.

—¿Ah, no? —preguntó. Otra vez se le escapó la risa. Se le dibujaron unos hoyuelos—. Bueno, no tengo un buen despertar.

—No era tan temprano.

—Pues estaba durmiendo. Estamos en verano, por si no lo sabías. ¿Tú no duermes hasta tarde?

Me aparté un mechón que se me había escapado de la coleta.

—No. Siempre me levanto pronto.

Refunfuñó.

—Eres igualita que mi hermana. No me extraña que te haya cogido tanto cariño.

—Dee tiene buen gusto, no como otros —respondí. Los labios le temblaron—. Además, es estupenda y me cae genial. Así que si tienes pensado jugar al hermano

mayor, ya puedes ir olvidándote.

—No estoy aquí por eso. —Recogió el cubo y los limpiadores. Podría haberle ayudado a recoger, pero era fascinante verlo ocuparse de mi pequeño proyecto de limpieza. Aunque a veces me soltara alguna sonrisilla, podía ver que este cambio de papeles hacía que se sintiera incómodo, cosa de la que me alegraba.

—Entonces ¿a qué has venido? ¿No era para darme esa disculpa penosa? —No podía apartar los ojos de su boca cuando hablaba. Seguro que sabía besar muy bien. Debían ser unos besos perfectos; no de esos húmedos y asquerosos, sino de los que te hacen volar a la luna.

Tenía que dejar de mirarlo. A todo él, en general.

Daemon colocó las cosas en los escalones del porche y después estiró los brazos por encima de la cabeza. La camiseta se le levantó y por un instante se le vieron los abdominales. Me aguantó la mirada y sentí un calor repentino en el estómago.

—Puede que sienta curiosidad y quiera saber por qué a Dee le gustas tanto. No lleva bien lo de conocer a gente nueva. Ninguno de nosotros los lleva bien.

—Yo tenía un perro al que no le gustaban los extraños.

Daemon me miró un instante antes de echarse a reír. Tenía una risa ruidosa y grave. Bastante sexy. Ay, Dios. Tuve que apartar la vista. Seguro que era de ese tipo de chico que iba rompiendo corazones por ahí. Tenía mucho peligro. Y no de ese peligro que es divertido, porque además era un imbécil. Y a mí los imbéciles no me van. No quiero tener nada con ellos. En realidad, no es que yo tenga nada con nadie, pero...

Carraspeé.

—Bueno, pues gracias por lo del coche.

Sin darme cuenta, volvía a tenerlo delante otra vez. Estábamos tan cerca que nuestros dedos de los pies casi se tocaban. Respiré hondo para poder dar un paso atrás. Tenía que dejar de hacer eso.

—¿Cómo es posible que te muevas tan rápido?

No me hizo caso.

—A mi hermana pequeña le caes bien —me dijo, como si fuera incapaz de entenderlo.

Me alteré y eché la cabeza hacia atrás, pero esta vez miré hacía el infinito, por encima de su hombro.

—No es tu hermana pequeña: sois gemelos.

—Nací cuatro minutos y treinta segundos antes que ella —presumió mientras me buscaba con los ojos—. Técnicamente es mi hermana pequeña.

Tenía la garganta seca.

—Así que ella es la pequeña de la familia...

—Sí, ella se lleva todas las atenciones a mí nadie me las dedica.

—Supongo que eso explica que tengas esa actitud de chulito —sentencié.

—Puede, aunque hay quien me encuentra bastante encantador...

Empecé a contestarle, pero cometí el error de mirarle a los ojos. Enseguida caí presa de aquel color tan irreal que solo podía encontrarse en las zonas más oscuras de las más remotas selvas...

—Ya... No me lo creo.

En sus labios, un movimiento casi imperceptible.

—Pues deberías creerme, Kat. —Cogió un mechón que se me había escapado de la horquilla y se lo enredó en el dedo—. ¿De qué color tienes el pelo? No parece castaño, y tampoco rubio.

Las mejillas me ardían al rojo vivo. Aparté el mechón.

—Se llama castaño claro.

—Tú y yo tenemos planes —dijo mientras asentía con la cabeza.

—¿Perdona? —Esquivé su cuerpo y respiré hondo cuando vi que había ganado algo de distancia. El corazón me iba a mil por hora—. Tú y yo no tenemos ningún plan.

Daemon se sentó en los escalones de la entrada, estiró las largas piernas y apoyó los codos mientras se echaba hacia atrás.

—¿Qué, estás cómodo? —le espeté.

—Pues sí. —Me miró entrecerrando los ojos—. Los planes que te comentaba...

Me quedé allí de pie, a unos pasos de él.

—¿De qué narices hablas?

—¿Te acuerdas de lo que te he explicado antes sobre las disculpa y las llaves de mi coche? —Puso una pierna encima de la otra mientras dirigía la vista hacia los árboles—. Los planes de los que te hablo también tienen que ver con las llaves de mi coche.

—Como no me des más detalles no voy a enterarme de nada.

—Claro. —Suspiró—. Dee ha escondido mis llaves. Es algo que se le da especialmente bien. He puesto la casa patas arriba y no he conseguido encontrarlas.

—Bueno, pues haz que te diga dónde las ha metido. —Doy gracias a Dios por no tener un hermano gemelo.

—Se lo pediría si estuviera en casa, pero se ha marchado y no volverá hasta el domingo.

—¿Qué? —No me había dicho que pensaba marcharse unos días. Ni que tienen familiares en la zona—. No lo sabía.

—Ha sido una decisión de última hora. —Volvió a estirar las piernas. Se puso a dar golpecitos con el pie siguiendo un ritmo bastante peculiar—. Y el único modo de que me diga dónde están las llaves es haciendo méritos. Desde primaria, mi hermana tiene una obsesión con lo de hacer méritos que...

Sonreí.

—Vale, ¿y?

—Bueno, pues que tengo que hacer méritos para recuperar las llaves —explicó—. Solo puedo lograrlo si hago algo por ti.

Se me escapó otra vez la risa. La cara de Daemon era un poema.

—Perdona, pero es que esto es bastante divertido.

Daemon suspiró profundamente, disgustado.

—Ya, claro, divertidísimo.

Dejé de reírme.

—Se supone que tengo que llevarte a nadar mañana. Si lo hago, me dirá donde ha escondido mis llaves. Ah, y tengo que ser amable contigo.

Tenía que ser una broma. Sin embargo, cuanto más lo miraba, más me daba cuenta de que lo decía en serio. No daba crédito.

—¿La única manera que tienes de recuperar las llaves es llevándome a nadar y siendo amable conmigo?

—Vaya, que rápida eres pillando las cosas.

Me reí otra vez.

—Bueno, ya te estás despidiendo de tus llaves.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Porque no pienso ir contigo a ninguna parte —le respondí.

—Pues no hay otra alternativa.

—No; tú eres el que no tiene otra alternativa, no yo. —Le eché un vistazo a la puerta, que estaba cerrada detrás de Daemon. Me pregunté si mamá estaría escuchando—. No soy yo la que se ha quedado sin llaves.

Daemon me miró unos instantes antes de sonreír.

—¿No quieres quedar conmigo?

—Pues no.

—¿Por qué?

Puse los ojos en blanco.

—Para empezar porque eres un imbécil.

Asintió.

—A veces lo soy, sí.

—Y no tengo ganas de quedar con alguien que lo hace porque su hermana lo ha obligado. No estoy tan desesperada.

—¿Ah, no?

Sentí que la rabia se apoderaba de mí, y di un paso adelante.

—Sal de mi porche.

Se quedó pensativo un momento.

—No.

—¿Qué? —le solté—. ¿Cómo que no?

—No pienso marcharme hasta que me digas que vas a venir a nadar conmigo.

Yo estaba que echaba humo por las orejas.

—Bueno, pues quédate aquí sentadito, porque preferiría tragar clavos antes que quedar contigo.

Se rió.

—Que drástica.

—Ni te lo imaginas —le espeté mientras subía por los escalones.

Daemon se volvió y me cogió por el tobillo. No me apretaba con fuerza y su tacto era increíblemente cálido. Lo miré, y me sonrió como si nunca hubiera roto un plato.

—Me quedare todo el día y toda la noche aquí sentado, en tu porche. Y no me marcharé. Tenemos toda la semana, gatita. O te das por vencida y acabas con esto mañana o estaré aquí plantado hasta que me digas que sí. No podrás salir de casa.

Lo miré, boquiabierta.

—Estás de broma, ¿no?

—Todo lo contrario.

—Pues dile que fuimos a nadar y que me lo pasé muy bien. —Quise apartar el pie pero él no me lo soltaba—. Miente.

—Sabrá que estoy mintiéndole. Somos gemelos: esas cosas las sabemos. —Se quedó callado un instante—. ¿O quizás eres demasiado vergonzosa y no quieres que te vea casi sin ropa? ¿Esa idea te incomoda?

Me agarré a la barandilla y estiré el pie para zafarme de su mano. El muy cretino apenas apretaba, pero yo no podía sacarlo de allí.

—Soy de Florida, idiota. Me he pasado media vida en bañador.

—¿Entonces qué pasa?

—Que no me caes bien. —Dejé de hacer fuerza y me quedé quieta. Parecía que su mano vibraba contra mi piel. Era la sensación más rara del mundo—. Suéltame ya el tobillo.

Despegó muy despacio un dedo, después otro y así sucesivamente mientras me sostenía la mirada.

—No voy a marcharme, gatita. Vendrás a nadar conmigo.

Abrí la boca justo en el momento en que se abrió la puerta de casa, detrás de nosotros. Se me hizo un nudo en el estómago. Allí estaba mamá con su pijama de conejitos. Por el amor de Dios...

Mamá me miró a mí primero y después a Daemon. Estaba claro que estaba malinterpretándolo todo. El brillo que vi en sus ojos hizo que quisiera vomitar encima de Daemon.

—¿Tú eres nuestro vecino de al lado?

Daemon se dio la vuelta y sonrió. Tenía los dientes blancos y perfectos.

—Sí, me llamo Daemon Black.

Mamá sonrió.

—Yo soy Kelly Swartz. Encantada de conocerte. —Me miró—. Podéis pasar si queréis. No tenéis porque estar aquí fuera con el calor que hace.

—Es muy amable por su parte. —Se puso de pie y me dio un codazo; bastante fuerte, a decir verdad—. Quizás podríamos entrar y seguir hablando de nuestros planes.

—No —respondí clavándole la mirada—. No hace falta, en serio.

—¿Qué planes? —preguntó mamá con una sonrisa—. Me encantan los planes.

—Estoy intentando convencer a su preciosa hija para que venga anadar conmigo mañana, pero creo que le preocupa que a usted no le guste la idea. —Me tiró del brazo con tal fuerza que pensé que iba a darme contra la barandilla—. Además, creo que es bastante tímida.

—¿Cómo? —Mamá negó con la cabeza—. No me importa en absoluto que se vaya a nadar contigo. Me parece una excelente idea. Llevo mucho tiempo diciéndole que tiene que salir más. Es genial que quede con tu hermana, pero...

—Mamá —le dije con cara de circunstancias—. No hace falta que...

—Yo estaba diciéndole exactamente lo mismo a Katy. —Daemon me pasó un brazo por los hombros—. Mi hermana va a estar fuera toda la semana. Y pensé que era buena idea quedar con su hija.

Mi madre sonrió, contenta.

—Qué detalle.

Le pasé la mano por la estrecha cintura y le clavé los dedos en el costado.

—Sí; que detalle por tu parte, Daemon.

Respiró hondo y exhaló despacio.

—Bueno, ya sabes, para eso estamos los vecinos.

—Estoy segura de que Katy no tiene ningún plan para mañana. —Me miró y la vi allí, observándonos. Parecía que hasta se había imaginado ya sus futuros nietos. Lo de mi madre no era normal—. Puede ir mañana perfectamente a nadar.

Aparté el abrazo y me zafé de Daemon.

—Mamá...

—No te preocupes de nada, cielo. —Se volvió para entrar en casa, no sin antes guiñarle un ojo a Daemon—. Me alegro de conocerte por fin.

Daemon sonrió.

—Lo mismo digo.

Cuando mi madre cerró la puerta, me volví y le di un empujón a Daemon, pero no se movió ni un centímetro. Era como una pared de ladrillos.

Sonrió y bajó los escalones.

—Te odio —resoplé.

El sentimiento es mutuo. —Me miró por encima del hombro—. Me juego veinte pavos a que llevas bañador y no bikini.

Era insufrible.

CAPITULO 5

Cuando los primeros rayos del sol se colaron a través de la ventana, me volví para ponerme de lado. Todavía estaba medio dormida.

Refunfuñé.

Hoy me tocaba quedar con Daemon. Y no había pegado ojo en toda la noche, porque no dejaba de soñar con un chico de increíbles ojos verdes y con la parte de arriba de un bikini que se aflojaba todo el rato. Cogí de la mesilla de noche la última novela sobre la que iba a escribir en el blog y me pasé toda la mañana ganduleando en la cama y leyendo. Quería pensar en cualquier cosa menos en la aventura que me esperaba.

Cuando el sol estaba ya en su punto más alto, dejé el libro, aparté las sábanas y me metí en la ducha.

Unos minutos más tarde estaba de pie envuelta en una toalla, pensando en que ponerme. Sentía pánico. Daemon tenía razón. La idea de estar medio desnuda cerca de él hacía que me entraran ganas de vomitar. No lo soportaba y seguramente fuera la primera persona a la que odiara en toda mi vida, pero... aquel chico era un dios. Quién sabía cómo eran las chicas a las que solía ver en bikini...

Aunque no pensaba tocarlo ni con un palo, era mayorcita y me daba cuenta de que una parte de mí quería que me deseara.

Solo tenía tres opciones de vestuario: la primera, un bañador de natación. Sencillo y aburrido. La segunda, un bikini con una braguita boxer, y la tercera, un bikini rojo.

Iba a sentirme incómoda aunque llevara puesta una tienda de campaña.

Lancé el bañador en el armario y me quede mirando los dos bikinis. Mi reflejo me devolvió la mirada: allí estaba yo, con un bikini en cada mano. El pelo me llegaba a la mitad de la espalda. Me daba miedo cortármelo. Mis ojos tienen un color gris anodino; no desprenden el magnetismo de los de Dee, ni son cautivadores como los de ella. Tengo los labios carnosos, pero no son tan expresivos como los de mi madre.

Me quede mirando el bikini rojo. Soy mucho más reservada y precavida de lo que mi madre ha sido en toda su vida. Desde luego, aquel bikini rojo de precavido no tenía nada. Era coqueto. Incluso sexy. Algo que yo, obviamente, no era; cosa que me molestaba. Yo era Katy, la reservada, la práctica; la aburrída. Por esa misma razón, a mi madre no le daba miedo dejarme sola todo el tiempo: yo nunca haría nada que le quitara el sueño.

El tipo de chica que era presa fácil de las intimidaciones y los abusos de Daemon. Seguro que pensaba que iba a aparecer con un bañador y que no iba a quitarme los pantalones cortos ni la camiseta porque me tomaría el pelo. ¿Qué fue lo que me dijo cuando me conoció? ¡Que parecía una niña de trece años!

Sentí que la rabia me embargaba.

Que le den.

Quería ser atrevida y dejarme de soserías. Quizá lo que quería era impresionar a Daemon; que se diera cuenta de que e equivocaba conmigo. Sin pensármelo dos veces, tiré el biquini de braguita boxer a una esquina y puse el rojo sobre el escritorio.

La decisión estaba tomada.

Me puse el minúsculo conjunto en un tiempo récord, además de unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta de tirantes estampada de flores para tapar mi osadía. Busqué las zapatillas, cogí una toalla y bajé las escaleras.

Mi madre estaba en la cocina, haciendo tiempo, con una taza de café en la mano.

—Sí que te levantas tarde. ¿Has dormido bien? —me preguntó expectante.

A veces me preguntaba si mi madre era médium. Me encogí de hombros, pasé a su lado y cogí un vaso de zumo de naranja. Me afané demasiado en preparar la tostada mientras notaba que seguía mirándome.

—He estado leyendo.

—Katy... —me dijo tras un silencio que pareció una eternidad.

—¿Sí? —La mano me tembló un poco mientras le ponía mantequilla a la tostada.

—¿Te... te va todo bien por aquí? ¿Te gusta vivir aquí?

Asentí.

—Sí, está bien.

—Me alegro. —Suspiró hondo—. ¿Te hace ilusión lo de hoy?

Se me hizo un nudo en el estómago al mirarla. Una parte de mí deseaba estrangularla por haber ayudado a Daemon a que cayera en su trampa. Pero ella lo había hecho con buena intención. Yo sabía que le preocupaba haberme arrancado de todo lo que conocía y haber insistido para que viniéramos a vivir aquí.

—Supongo que sí —mentí.

—Creo que te lo pasarás muy bien —me dijo—. Pero ten cuidado.

La miré, adivinando sus pensamientos.

—Dudo mucho que vaya a meterme en líos yendo a nadar.

—¿Adónde vais a ir?

—No lo sé; no me lo ha dicho. Supongo que por aquí cerca.

Mi madre se fue hacia la puerta.

—Ya sabes a lo que me refiero. Es un chico muy guapo. —Y entonces me dedicó la mirada de «sé de lo que te hablo» antes de marcharse.

Suspiré aliviada y lavé la taza de café. No estaba mentalizada para que me diera

otra charla sobre como papá puso una semilla en mamá... Y especialmente menos en aquel momento. La primera charla ya me había traumatizado bastante.

Me estremecí al recordarlo.

Estaba tan metida en el recuerdo de aquel momento que me sobresalté al oír que alguien llamaba a la puerta. El corazón me dio un vuelco al ver la hora.

Eran las 11.46.

Después de respirar hondo para tranquilizarme, fui a trompicones hacia la puerta. Allí estaba Daemon, con una toalla echada al hombro.

—He llegado antes de lo previsto.

—Ya lo veo —le respondí sin alterarme—. ¿Has cambiado de idea? Siempre puedes mentirle a Dee...

—No soy un mentiroso —añadió, arqueando una ceja.

Me quedé mirándolo.

—Dame un momento para que pueda coger mis cosas. —No esperé a que me respondiera y le cerré la puerta en las narices. Por muy infantil que parezca, para mí fue una pequeña victoria. Fui a la cocina a por mis zapatillas y el resto de las cosas antes de volver a abrir la puerta. Daemon seguía en el mismo sitio.

Sentí un extraño nerviosismo en la barriga al cerrar la puerta y seguir a Daemon por el camino.

—Bueno, ¿adónde vamos, si se puede saber?

—Si te lo digo pierde la gracia —me respondió—. No habría ningún factor sorpresa.

—Soy nueva en el pueblo, por si no lo sabías. Todo será una sorpresa.

—Pues entonces, ¿para qué preguntas? —me dijo, petulante.

Puse los ojos en blanco.

—¿No vamos en coche?

Daemon se rió.

—No. Vamos a un lugar al que no se llega con coche. No es demasiado conocido, mucha gente de la zona no sabe ni que existe.

—Ah, entonces soy especial.

—¿Sabes lo que creo, Kat?

Lo miré y vi que me estaba mirando con tal intensidad que me puse colorada.

—Creo que no quiero saberlo.

—Creo que sí eres especial para mi hermana. Me pregunto si al final tendrá razón.

Sonreí, burlona.

—Claro, pero hay muchas cosas que pueden ser «especiales», ¿no, Daemon?

Pareció sorprenderle que dijera su nombre. Un instante más tarde aquella intensidad había desaparecido. Me llevó carretera abajo, cruzando la carretera

principal. Cuando llegamos al principio de la zona arbolada, no podía aguantarme de curiosidad.

—¿Me llevas al bosque para engañarme? —le pregunté medio en serio.

Me miró por encima del hombro. Las pestañas le ocultaba los ojos.

—¿Y qué te haría allí, gatita?

Me estremecí.

—Las posibilidades son infinitas.

—¿De verdad? —Se abría paso con facilidad entre la maleza que cubría el suelo del bosque.

Me estaba costando Dios y ayuda no partirme el cuello por culpa de la cantidad de raíces que quedaban a la vista y las que estaban medio ocultas por el musgo.

—¿Podemos fingir que fuimos a nadar?

—A mí tampoco me apetece nada hacer esto, créeme. —Saltó por encima del tronco de un árbol caído—. Aunque te quejes las cosas no serán más fáciles. —Se dio la vuelta y me ofreció la mano.

—Hablar contigo es una alegría. —Pensé por un instante en no hacerle caso, pero al final la acepté. Sentí que la electricidad pasaba de su piel a la mía. Me mordí el labio mientras me cogía de la mano para ayudarme a pasar por el árbol caído.

—Gracias.

Daemon apartó la vista y siguió caminando.

—¿Tienes ganas de que empiecen las clases?

¿Por qué me lo preguntaba? Seguro que le importaba una mierda.

—Bueno, ser la nueva no me hace mucha gracia. No me gusta ser el centro de atención.

—Ya lo veo.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. Ya queda poco para llegar.

Quería preguntarle más, pero ¿para qué malgastar energía? Seguro que me respondería con alguna indirecta o me daría una respuesta vaga.

—¿Poco? ¿Cuánto rato llevamos caminando?

—Unos veinte minutos, quizás un poco más. Ya te he dicho que era un sitio que quedaba escondido.

Pasábamos por encima de otro árbol caído cuando por fin vi un claro más allá de los árboles.

—Bienvenida a nuestro pequeño paraíso. —En sus labios se dibujaba una sonrisa irónica.

No le hice caso y caminé hacia el claro. Aquello era increíble.

—¡Vaya! ¡Este sitio es precioso!

—Sí que los es. —Se quedó de pie junto a mí. Se puso la mano a modo de visera

para protegerse los ojos de los rayos del sol, que se reflejaban sobre la lisa superficie del agua.

Por la rigidez de sus hombros, supe que aquel lugar era especial para él. Aquello hizo que sintiera un revoloteo en el estómago. Estiré el brazo y apoyé la mano en su brazo. Él se volvió para mirarme.

—Muchas gracias por traerme aquí.

Antes de que Daemon pudiera abrir la boca y arruinar aquel momento, aparté la mano y miré al infinito.

Un riachuelo, que acababa convirtiéndose en un pequeño lago natural, dividía en dos el claro. La dulce brisa dibujaba hondas sobre la superficie, en cuyo centro sobresalían unas rocas llanas y lisas. Curiosamente, el terreno formaba una circunferencia perfecta alrededor del agua. Los verdes retazos de hierba y las flores silvestres florecían felices bajo el sol. Era un remanso de paz.

Me acerqué a la orilla.

—¿Cubre mucho?

—Unos tres metros, menos al otro lado de las rocas, donde el agua alcanza los seis. —Otra vez lo tenía muy cerca; a mi espalda. Había vuelto a poner en práctica su truquito de moverse rápido y sin hacer ruido—. A Dee le encanta. Antes de que vinieras se pasaba los días aquí.

Para Daemon, mi llegada había sido el principio del fin. El apocalipsis. El *Kat—mageddon*.

—Oye, no tengo ninguna intención de meter a tu hermana en líos.

—Ya veremos.

—No soy una mala influencia —insistí. Todo sería mucho más sencillo si nos lleváramos bien—. No soy de ese tipo de persona.

Me rodeó sin apartar la vista de las aguas.

—No necesita tener una amiga como tú.

—Oye, que no soy ningún bicho raro —le espeté—. Mira, ¿sabes qué? Dejémoslo estar.

Suspiró.

—¿Por qué te gusta la jardinería?

Me quedé quieta y apreté con fuerza los puños.

—¿Qué?

—Que por qué te gusta la jardinería —repitió sin dejar de mirar al lago—. Dee me dijo que es porque así no piensas en nada más. ¿En que evitas pensar?

Aquello era muy raro. ¿Había llegado la hora de compartir experiencias y de preocuparse por el prójimo?

—No es asunto tuyo.

Daemon se encogió de hombros.

Entonces vámonos a nadar.

Nadar era lo último que me apetecía hacer con él. Ahogarle, quizá. Pero entonces se quitó las zapatillas y los vaqueros. Debajo llevaba un bañador. Con un gesto rápido se deshizo de la camiseta. «Madre mía.» No era la primera vez que veía a un chico sin camiseta (antes vivía en Florida, donde los chicos tenían por norma pasearse medio desnudos); y, además, ya lo había visto antes así, por lo que no habría tenido que llamarme demasiado la atención...

Pero, Dios, que equivocada estaba.

Tenía una complexión espectacular. No era demasiado corpulento, pero sí tenía muchos más músculos de los que tenía cualquier chico de su edad. Los movimientos de Daemon en el agua era muy gráciles: flexionaba y estiraba los músculos con cada brazada.

No sabía cuánto tiempo llevaba mirándolo cuando finalmente se sumergió. Las mejillas me ardían. Al expirar me di cuenta de que había contenido la respiración. Necesitaba recuperar la compostura. O conseguir una cámara e inmortalizar ese momento: seguro que me pagarían un buen dinero por un vídeo de él. Seguro que me haría rica... Siempre que Daemon no abriera la boca, claro.

Emergió a varios metros de distancia del lugar en el que se había sumergido. Las gotas de agua le brillaban en el pelo y en las puntas de las pestañas. Llevaba el oscuro cabello echado hacia atrás, por lo que se veían todavía más aquellos ojos verdes que me daban escalofríos.

—¿No vas a meterte?

Al recordar el bikini rojo que había decidido ponerme, me entraron ganas de salir corriendo de allí. Mi confianza previa se había esfumado. Me quité las zapatillas despacio, fingiendo que estaba concentrada disfrutando del paisaje mientras mi corazón quería salirse del pecho.

Me miró, curioso.

—Eres muy tímida, ¿verdad, gatita?

Me quedé quieta.

—¿Por qué me llamas así?

—Porque te pones en guardia y el pelo se te eriza como si fueras una gata. — Daemon se estaba riendo de mí. Se adentró aún más en el lago. El agua le golpeaba el pecho—. ¿Qué, vas a meterte o no?

Madre mía, ¿es que no pensaba darse la vuelta? Además, me desafiaba con la mirada, como si estuviera esperando que me acobardara. Quizá eso era lo que quería. O lo que esperaba que sucediera. Ni por un momento dudé que supiera perfectamente la impresión que causaba en cualquier chica.

La aburrida de Katy que se habría metido en el lago vestida.

Pero yo no quería ser esa Katy. Precisamente eso era lo que quería conseguir

poniéndome aquel biquini rojo. Quería demostrarle que a mí nadie me intimidaba a la primera de cambio. Estaba decidida: iba a ser yo quien ganara el primer asalto.

Daemon empezaba a aburrirse.

—Te doy un minuto más para que te metas.

Me aguanté las ganas que tenía de responderle y respiré hondo. Aquello no era como desnudarse delante de alguien...

—¿Y si no, qué?

Se acercó más a la orilla.

—Si no, iré a buscarte y te meteré yo mismo en el agua.

Lo miré con cara de pocos amigos.

—Ya, claro. Pues me gustaría ver como lo intentas.

—Cuarenta segundos. —A medida que se acercaba, sentía que me atravesaba más y más con la mirada.

Me froté la cara y suspiré.

—Treinta. —Me provocaba desde una distancia cada vez más corta.

—Por el amor de Dios —dije entre dientes mientras me quitaba la camiseta. Se me pasó por la cabeza tirársela. Me quité los pantalones a toda prisa; justo antes de que aquella tonta cuenta atrás tocara a su fin.

Me acerqué a la orilla con los brazos en jarras.

—¿Contento?

Daemon dejó de sonreír y me miró fijamente.

—Cuando estás cerca, nunca estoy contento.

—¿Perdona? —Lo miré entrecerrando los ojos. Espero que no dijera lo que me había parecido entender.

—Olvídalo. Métete antes de que te pongas más colorada, anda.

Noté que me ruborizaba todavía más ante aquel escrutinio. Me volví para ir a una zona más apartada del lago, donde el desnivel bajo el agua no era tan pronunciado. Me encantaba notar la caricia del agua, que calmaba aquel calor repentino fruto de la vergüenza.

No sabía que decir.

—Esto es muy bonito.

Me miró un instante y, gracias a Dios, desapareció bajo el agua. Cuando salió, esta le resbalaba por el rostro. Sentí que volvía a ponerme roja y decidí zambullirme. Aquella corriente fría me dio nuevas energías y me permitió aclararme las ideas. Emergí a la superficie, apartándome los mechones mojados de pelo de la cara.

Daemon me observaba detenidamente a unos metros de distancia. Los pómulos le sobresalían del agua y de vez en cuando aparecía alguna burbuja en la superficie. Había algo en su mirada que me invitaba a acercarme a él.

—¿Qué? —pregunté, rompiendo el silencio.

—¿Por qué no te acercas?

No pensaba acercarme a él ni en broma. Ni aunque me enseñara una galletita. No podía fiarme de él, eso estaba claro. Me di la vuelta, me zambullí y bucéé hacia las rocas que había en medio del lago.

Llegué hasta ellas dando unas pocas brazadas y salí del agua para estirarme sobre la superficie llana y cálida. Empecé a secarme el agua del pelo. Él se quedó quieto en mitad del lago.

—Pareces decepcionado.

Daemon no contestó. Parecía confuso.

—Bueno... ¿Y aquí qué pasa?

Metí los pies en el agua y lo miré con cara de circunstancias.

—¿De qué hablas ahora?

—De nada. —Se acercó más a mí.

—Acabas de decir algo.

—Sí, es verdad.

—Mira que eres raro.

—No eres como esperaba —dijo en voz baja.

—¿Y eso qué quiere decir? —le pregunté mientras evitaba que me cogiera el pie con un movimiento rápido de la pierna—. ¿No puedo ser amiga de tu hermana porque no estoy a su altura?

—No tienes nada en común con ella.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Me moví rápido para evitar que me cogiera el otro pie.

—Lo sé, y punto.

—Tenemos muchas cosas en común. Y me cae bien. Es simpática y divertida. —Me aparté para que no pudiera alcanzarme—. Y tú tendrías que dejar de portarte como un cretino con sus amigos.

Daemon se quedó callado un instante antes de echarse a reír.

—La verdad es que no eres como ellos.

—¿Cómo quienes?

Otra vez se hizo el silencio. El agua chocaba contra sus hombros y formaba pequeñas olas al apartar el cuerpo.

Negué con la cabeza mientras lo vi sumergirse de nuevo y desaparecer bajo el agua. Me eché hacia atrás y cerré los ojos. El sol me acariciaba el rostro y el calor que desprendía la piedra me recorría la piel: me sentía como si estuviera en el playa, echando un sueñecito. El agua fría jugueteaba con los dedos de mis pies. Podría quedarme así todo el día, tostándome al sol. Si Daemon no estuviera allí, todo sería perfecto.

No sabía que había querido decir con lo de que yo no era como ellos. Tampoco

entendía por qué decía que su hermana no necesitaba tener una amiga como yo. Allí había gato encerrado: aunque era un hermano muy protector y todo eso, o quizá un psicópata, allí pasaba algo. Me incorporé y esperé verlo en la superficie del agua, bañándose, pero no había nadie. Daemon había desaparecido. Me puse de pie con cuidado para no resbalar y observé el lago en busca de una mata de pelo negro ondulado.

Me di la vuelta nerviosa sobre la roca. ¿Me había dejado allí tirada? Creo que me habría enterado...

Esperé unos instantes, pensando en que en cualquier momento iba a emerger del agua, inhalando una buena bocanada de aire. Pero los segundos se convirtieron en minutos. Seguí escudriñando la superficie del lago en busca de algún rastro de Daemon, sin poder contener el nerviosismo, cada vez mayor.

Me pasé el pelo por por detrás de las orejas y puse la mano a modo de visera para protegerme del sol inclemente. Era imposible que pudiera llevar tanto rato debajo del agua.

Casi no podía respirar. Notaba que me faltaba el aire. Algo malo pasaba. Me agazapé en la roca y miré bajo la superficie del agua.

¿Y si se había hecho daño?

—¡Daemon! —grité.

Por toda respuesta, el silencio.

CAPITULO 6

—¡Daemon!

Se me pasaron mil pensamientos por la cabeza. ¿Cuánto tiempo llevaba allí abajo? ¿Cuándo lo había visto por última vez? ¿Cuánto tardaría en conseguir ayuda? Daemon no me caía bien, y es verdad que había barajado la posibilidad de ahogarle, pero de ninguna manera quería que muriera.

—Dios mío —susurré—, esto no puede estar pasándome a mí.

La cabeza me iba a estallar. Tenía que hacer algo. Justo cuando di un paso para tirarme, la superficie se agitó y apareció Daemon. Sentí una sorpresa y un alivio indescriptibles, además de unas ganas terribles de vomitar. Y de darle un puñetazo después.

—¿Te encuentras bien? Pareces un poco asustada.

Aquello me sacó de mis casillas. Lo agarré por los hombros para asegurarme de que estaba vivo y calmar así el malestar que sentía en el estómago. Tal vez la falta de oxígeno le hubiera causado algún daño cerebral.

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué te ha pasado? —Acto seguido, le di una buena bofetada. Con ganas—. ¡No vuelvas a hacerme algo así!

Daemon levantó las manos.

—¡Oye! ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Llevabas tanto tiempo debajo del agua que pensaba que te habías ahogado! ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué has querido asustarme? —Me puse de pie de un brinco, mientras respiraba hondo—. Has estado demasiado tiempo bajo el agua.

Frunció el ceño.

—No llevaba tanto tiempo bajo el agua. Estaba nadando.

¡No, Daemon! Llevabas mucho rato, ¡por lo menos diez minutos! Te he buscado, te he llamado... ¡Pensaba que habías muerto!

Daemon se puso de pie.

—No he estado diez minutos; eso es imposible. Nadie aguanta tanto tiempo sin respirar.

—Nadie menos tú —le respondí.

Daemon me buscó con los ojos.

—Estabas preocupada de verdad, ¿no?

—¡Como para no estarlo! ¿Qué parte de «pensaba que habías muerto» no has entendido?

—Katy, salí a la superficie. Supongo que no me has visto. Y luego volví a

meterme.

Mentía. Lo sabía: mi cuerpo no me engañaba. ¿Era capaz de pasar tanto tiempo sin respirar? ¿Y por qué no quería admitirlo?

—¿Esto te pasa muy a menudo? —me preguntó.

Lo miré enfadada.

—¿El qué?

—Que te imagines cosas. —Agitó la mano—. O quizá te lías un poco con los segundos y los minutos.

—¡No me he imaginado nada! ¡Y sé distinguir perfectamente los segundos de los minutos, idiota!

—Pues entonces no sé que decirte —Dio un paso adelante en la limitada superficie de la roca—. Desde luego, yo no he sido el que se ha imaginado que he pasado diez minutos bajo el agua, cuando no han pasado de dos. Creo que la próxima vez que vaya a la ciudad te compraré un reloj. Cuando haya recuperado mis llaves, claro.

Por alguna estúpida razón, se me había olvidado el motivo por el que estábamos allí. En algún momento intermedio entre la exhibición de sus abdominales y creer que estaba muerto supongo que se me fue la pinza.

—Bueno, pues no olvides decirle a Dee que lo pasamos de coña. Así seguro que recuperas tus estúpidas llaves —le dije mirándolo a los ojos—. De ese modo no tendremos que repetir más encuentros como este.

Otra vez se le dibujó en el rostro aquella sonrisa petulante.

—Eso tendrás que decírselo tú, gatita. Seguro que te llamará más tarde para preguntártelo.

—No te preocupes, recuperarás tus llaves. Por mi parte... —Resbalé y perdí el equilibrio, moviendo los brazos en el aire.

Daemon reaccionó rápido como el rayo. Me cogió de la mano y tiró de mí. Lo siguiente que recuerdo es estar apoyada contra su pecho mojado y tener la cintura rodeada por su brazo.

—Ten cuidado, gatita. Dee se enfadaría mucho conmigo si te abrieras la cabeza y te ahogaras.

Qué considerado. Seguro que Dee pensaría que su hermano lo había hecho a propósito. Quise contestarle pero no pude. Estábamos demasiado cerca, y apenas llevábamos nada puesto. La sangre me bombeaba a cien por hora por el cuerpo. Supongo que por los nervios de pensar que podía haberse ahogado...

Sentí una extraña tensión mientras nos mirábamos. La suave brisa acariciaba nuestros cuerpos húmedos en aquellos lugares en los que no se rozaban, en los que el calor era abrasador.

Ninguno habló.

El pecho le subía y le bajaba y el color verde de sus ojos ganaba en intensidad por minutos. Me recorría el cuerpo un sentimiento electrizante y muy intenso. ¿Quizá como respuesta a algo que sucedía en su cuerpo?

Que situación tan extraña, absurda e ilógica. Si él me odiaba...

Entonces Daemon me soltó la cintura y dio un paso atrás. Carraspeó y habló con un tono grave:

—Creo que tendríamos que regresar.

Asentí, decepcionada sin saber por qué. por culpa de sus cambios de humor me sentía como en una de esas montañas rusas interminables. Pero aquel chico... tenía algo.

Nos secamos y nos vestimos sin mediar palabra. Regresamos a casa en silencio. Parecía que ninguno de los dos tenía nada que decir, cosa que era bastante agradable, la verdad. Daemon me gustaba más cuando estaba calladito.

Cuando llegamos al vado de delante de casa, soltó un exabrupto. Sentí que una corriente de frío ártico se interponía entre nosotros. Seguí su mirada: tenía la vista clavada en el coche que había aparcado delante de su casa. Era uno de esos Audi que cuesta un riñón. Mi madre habría tenido que trabajar años para poder pagarlo... Me pregunté si sería el de sus padres y si estaría a punto de empezar el *Kat—mageddon* parte 2.

Daemon tensó la mandíbula.

—Kat, yo...

Una puerta se abrió y se cerró con estruendo en el lateral de la casa. Un hombre que debía de tener apenas treinta años apareció en el porche. Tenía el pelo castaño claro; muy diferente de los mechones oscuros y ondulados de Dee y Daemon. Quienquiera que fuera, era guapo e iba bien vestido.

Y parecía enfadado.

El hombre bajó los escalones de dos en dos. No me miró ni una sola vez.

—¿Se puede saber qué pasa aquí?

—Nada. —Daemon se cruzó de brazos—. Me gustaría saber qué haces en casa, si mi hermana no está.

Vaya, pues familia no eran.

—He entrado sin preguntar —respondió—. ¿Algún problema?

—Ahora si que lo hay, Matthew.

Matthew. Recordaba ese nombre de la llamada telefónica que tenía que hacer Dee. Al fin, el hombre me miró. Tenía los ojos de un asombroso azul claro. Me miró de arriba abajo mientras torcía el labio. No me estaba pegando ningún repaso; yo diría que me estaba evaluando.

—Y yo que pensaba que tú eras el que tenía más sentido común de todos.

Vaya por Dios, ya empezamos con lo de siempre. ¿Tanta pinta de friki tengo? ¡Ni

que llevara una bandera que lo anunciara! El aire se podía cortar con un cuchillo, y todo por mi culpa. Aquello no tenía sentido. ¡Si ni siquiera conocía a aquel tipo!

Daemon entrecerró los ojos.

—Matthew, si valoras tu capacidad de caminar, yo no seguiría por ahí.

Me aparté. Aquello ya era demasiado.

—Bueno, yo me voy.

—Creo que el que tiene que irse es Matthew —dijo Daemon, interponiéndose entre aquel hombre y yo—, a menos que haya venido a algo más que a meter las narices donde no le llaman.

Aunque tenía a Daemon delante vi perfectamente la mirada de repugnancia que me dedicó el hombre.

—Lo siento —dije con voz temblorosa—, pero no sé de qué va todo esto. Solo hemos ido a nadar, nada más.

Matthew miró a Daemon, que se puso tenso.

—No es lo que crees; confía en mí. Dee me escondió las llaves y me obligó a quedar con ella para recuperarlas.

Me puse roja como un tomate. ¿De verdad tenía que contarle a aquel tío que había quedado conmigo por obligación?

El hombre se rió.

—Así que esta es la amiguita de Dee.

—Pues sí —le respondí cruzándome de brazos.

—Pensaba que tenías la situación bajo control. —Hizo un gesto en dirección a mí que me hizo sentir como si fuera un psicópata homicida—. Que conseguirías que tu hermana recapacitara.

—Ya, bueno, ¿por qué no lo intentas tú? —le respondió Daemon—. No es tan fácil como parece.

La expresión de Matthew se volvió tensa.

—Los dos tendríais que ser más sensatos.

Me sobresaltó el retumbar de un trueno cuando se miraron fijamente a los ojos. En el cielo se dibujó un relámpago que me cegó un instante. Cuando la claridad remitió, se abrieron paso unos densos nubarrones oscuros. Sentía que la electricidad me rodeaba y chisporroteaba cerca de mi piel.

Y entonces Matthew se dio la vuelta, no sin antes dedicarme otra severa mirada, y entró en casa de Daemon. Cuando sonó el portazo, las nubes desaparecieron. Miré fijamente a Daemon, boquiabierta.

—¿Que ha pasado? Yo...

Pero él ya había empezado a caminar hacia su casa. Cerró la puerta de un portazo, que retumbó como un disparo en un acantilado. Me quedé allí quieta, sin entender nada de lo que había sucedido. Miré hacia el cielo, totalmente despejado. No quedaba

ni rastro de la violenta tormenta. Había visto tormentas así en Florida, miles de veces, pero lo que acababa de pasar me daba escalofríos. Volví a pensar en el lago. Tampoco comprendía lo que había sucedido allí, pero sabía que Daemon había pasado demasiado tiempo debajo del agua. Aquel chico no era normal.

Ninguno de ellos lo era.

CAPITULO 7

Dee me llamó aquella noche, y, aunque quería contarle que el rato que pasé con Daemon no fue para echar cohetes, le mentí. Le dije que lo habíamos pasado genial. Así que se ganó las llaves con creces. Si no hubiera mentido, quizá los habría obligado a sacarme otra vez.

Se puso tan contenta que casi tuve remordimientos.

La semana siguiente transcurrió muy despacio. Tuve tiempo de sobra para darle vueltas una y otra vez al hecho de que sólo quedaba una semana y media para que empezaran las clases. Dee todavía no había vuelto de su visita familiar o de lo que fuera que estuviera haciendo. Como estaba más sola que la una y aburrida a más no poder, Internet y yo recuperamos el tiempo perdido.

El sábado por la tarde Daemon se presentó en mi casa sin avisar. Allí estaba él, en la puerta de mi casa, con las manos en los bolsillos. Estaba de espaldas y tenía la cabeza echada hacia atrás, como si observara el cielo, sin rastro de nubes. Empezaban a aparecer las primeras estrellas, pero todavía quedaban un par de horas antes de que se pusiera el sol.

Sorprendida, salí al porche. Daemon volvió la cabeza tan rápido que pensé que le había dado un tirón.

—¿Que haces aquí? —le pregunté.

Orientó las cejas hacia abajo. Pasaron unos segundos hasta que hizo un gesto con el labio. Carraspeó.

—Me gusta contemplar el cielo. —Volvió a alzar la vista hacia arriba—. Es infinito...

Me sorprendió aquella reflexión profunda de Daemon.

—Por cierto, ¿va a salir algún pirado de tu casa en cualquier momento y va a decirme que no puedo hablar contigo? Es por saberlo.

—Ahora mismo no, puede que más tarde.

No sabía si tomármelo en serio o no.

—Bueno, pues intentaré no estar por aquí «más tarde».

—Ya. ¿Estás liada ahora?

—Bueno, estaba con mi blog; pero no, no hacía nada especial.

—¿Tienes un blog? —Se apoyó contra el poste y me miró con expresión burlona. No me gustó el retintín de la pregunta. Ni que fuera pecado tener un blog...

—¿Cómo se llama?

—No es asunto tuyo —le respondí con una sonrisa cándida.

—Un nombre muy interesante. —Respondió a mi gesto con una sonrisa—. ¿Y de qué va? ¿De ganchillo? ¿De puzles? ¿De la soledad?

—Ja, ja. Que gracioso. —Suspiré—. Escribo reseñas de libros.

—¿Y te pagan?

Solté una carcajada.

—Pues no. Ni un céntimo.

Daemon parecía confundido.

—¿Escribes sobre libros y no te pagan si alguien compra un libro del que has hecho una reseña?

—No lo hago para ganar dinero. —Aunque eso podría estar bien, la verdad. En ese momento recordé que tenía que sacarme el carné de la biblioteca—. Lo hago porque me gusta. Me encanta leer y hablar sobre libros.

—¿Qué tipo de libros lees?

—De todo tipo. —Me apoyé en el poste que quedaba justo delante del suyo. Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Los tenía clavados en mí—. Me gusta sobretodo el rollo paranormal y eso.

—¿Te van los vampiros y los hombres lobo?

¿Aquel chico nunca se cansaba de hacer preguntas?

—Sí.

—¿Y los fantasmas y los marcianos?

—Las historias de fantasmas sí me gustan, pero los marcianos y tal no acaban de apasionarme. *E.T.* me dejó bastante fría; creo que les pasa lo mismo a muchos lectores.

Arqueó una ceja.

—¿Y qué es lo que no te deja fría?

—Bueno, cosas que no sean seres extraterrestres de color verde —le contesté—. También me gustan las novelas gráficas y la historia.

—¿Te van las novelas gráficas? —Parecía no dar crédito a lo que acababa de oír—. ¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Pues sí, ¿que pasa? ¿A las chicas no nos pueden gustar los cómics y las novelas gráficas o qué?

Se quedó mirándome largo rato antes de señalar hacia el bosque con la mandíbula.

—¿Te apetece ir de excursión?

—No se me dan demasiado bien las caminatas —le recordé.

Sonrió, pícaro. Qué gesto más sexy.

—No voy a llevarte hasta las rocas. Sólo es un paseo. Seguro que no te cansas.

—¿No te ha dicho Dee dónde escondió tus llaves? —pregunté, desconfiada.

—Sí me lo dijo.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

Daemon suspiró.

—Por nada. Me apetecía pasar por aquí, pero si vas a preguntarme por todo lo que hago, entonces tranquila: no volveré a hacerlo.

Lo vi bajar los escalones. Qué tonta; me había estado aburriendo como una ostra y ahora que tenía plan... Puse los ojos en blanco y le llamé.

—Venga, vámonos.

—¿Seguro?

Asentí, aunque no las tenía todas conmigo.

—¿Por qué estamos yendo detrás de mi casa? —pregunté cuando vi que había tomado la iniciativa de ir a alguna parte—. Por allí se va a Seneca Rocks. Pensaba que casi todos los caminos empezaban allí. —Señalé hacia la parte delantera de mi casa, hasta donde llegaban las sombras de aquellas monstruosas estructuras de piedra arenisca que lo dominaban todo.

—Sí, pero los senderos que comienzan aquí son más directos; se llega antes a las rocas —explicó—. La gente conoce las rutas más utilizadas; pero, como yo me he aburrido bastante por aquí, he localizado un par de senderos poco transitados.

Lo miré con cara de circunstancias.

—¿Cómo de poco transitados?

—Bueno, tampoco demasiado. —Se rió.

—O sea, que es una ruta fácil. seguro que te aburrirás un montón.

—Cualquier oportunidad de salir a pasear es buena. Además, tampoco es que vayamos a ir hasta el cañón de Smoke Hole, que está bastante lejos... No te preocupes.

—Vale. Tú guías.

Nos paramos en casa de Daemon para coger un par de botellas de agua antes de emprender la ruta. Caminamos en silencio algunos minutos antes de que él decidiera intervenir.

—Confías muy rápido en la gente, gatita.

No me llames más así. —Me costaba bastante seguirle el ritmo, por lo que me llevaba unos pasos de distancia.

Me miró por encima del hombro sin dejar de caminar.

—¿Nadie te ha llamado así antes?

Rodeé como pude un arbusto enorme y lleno de pinchos.

—Sí me han llamado así, pero tú lo dices de una manera que...

—¿Que qué? —Arqueó las cejas.

—Que suena como un insulto —Daemon había aflojado el paso, y ahora prácticamente caminaba a su lado—, o como si fuera algo sexual raro.

Volvió la cabeza, riendo a carcajada limpia. Sentí que los músculos se me tensaban.

—¿Por qué te ríes siempre de mí?

Negó con la cabeza y me sonrió.

—No sé, me haces gracia.

Le di una patadita a una piedra.

—Pues vale. Oye, ¿qué le pasaba al tipo aquel, a ese tal Matthew? Parecía que me odiara.

—No es que te odie, es que no confía en ti. —Apenas oí las últimas palabras.

Negué con la cabeza, aturdida.

—¿Qué no confía en mí? ¿Y qué tiene que confiarme, tu virtud?

Se le escapó otra carcajada y tardó unos momentos en poder contestar.

—Pues claro; no le gustan las chicas guapas que están coladitas por mí.

—¿Qué? —En ese momento tropecé con una raíz, pero Daemon se las apañó para agarrarme justo a tiempo para no caerme. Aquel breve contacto hizo que sintiera un intenso hormigueo a través de la ropa. Sus manos se demoraron apenas unos segundos en mi cintura antes de soltarme—. Estás de broma, ¿no?

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—¡A todas!

—Venga ya. No me digas que no sabes que eres guapa. ¿No te lo ha dicho ningún chico antes?

No era la primera persona que me dedicaba un halago, pero supongo que antes no prestaba atención a esas cosas. Los chicos con los que había salido antes me habían dicho que era guapa, pero nunca pensé que esa podría ser una razón para que pudieras caerle mal a alguien. Me encogí de hombros y aparté la vista.

—Pues claro.

—O quizá... no seas consciente de ello...

Me encogí de hombros mientras ocupaba todas mis energías en escudriñar los troncos de los árboles. Quería cambiar de tema y negar la segunda parte de la frase. Mira que decir que estoy coladita por él, ¡que creído!

—¿Sabes lo que creo? —dijo con tono dulce.

Seguíamos parados en aquel sendero, donde solo se oían los cantos de los pájaros. La suave brisa se llevó mis palabras.

—No.

—Siempre he creído que las personas que son hermosas de verdad, por dentro y por fuera, son aquellas que no son conscientes en el efecto que tienen en los demás. —Me buscaba con los ojos y, por un instante, nos quedamos el uno frente al otro, quietos—. Aquellas que ostentan su belleza la echan a perder. La hermosura es pasajera. Es un caparazón que oculta las sombras y el vacío que hay en el interior...

Hice lo peor que podría haber hecho en aquel momento: reírme.

—Lo siento, pero esto es lo más serio que te he escuchado decir desde que te conozco. ¿Se puede saber qué extraterrestre se ha llevado al Daemon que yo conozco? Si lo ves, ¿puedes decirle que se lo quede?

Me fulminó con la mirada.

—Estaba siendo sincero.

—Ya, pero es que ha sido muy... no sé. —Y de esta manera echaba por tierra lo más bonito que posiblemente me diría jamás.

Se encogió de hombros y se puso de nuevo en marcha.

—No iremos demasiado lejos —dijo transcurridos unos minutos—. Antes has dicho que te interesaba la historia, ¿no?

—Sí, ya sé que es un poco de empollona. —Sentí un gran alivio al cambiar de tema.

Le temblaron los labios.

—¿Sabías que por estas tierras viajaban los indios seneca?

Me estremecí.

—Dime por favor que no estamos pasando por encima de ninguna tumba...

—Bueno, seguro que alguna debe de haber por aquí. Se desplazaban por la zona, de modo que no sería improbable que algunos murieran en este mismo lugar y...

—Daemon, ahórrate esa parte, anda. —Le di un pequeño codazo.

Otra vez me estaba mirando de modo raro. Negó con la cabeza.

—Vale. Te contaré la historia pero dejaré los detalles sórdidos a un lado.

Una enorme rama cruzaba el sendero de lado a lado, y Daemon la sostuvo en alto para que yo pudiera pasar por debajo agachándome un poco. Con el hombro le rocé el pecho antes de que soltase la rama y volviera a ponerse delante de mí.

—¿Qué historia?

—Ya lo verás. Ahora, escúchame atentamente. Hace tiempo, en esta zona sólo había bosques y colinas; no era tan diferente de lo que conocemos ahora, a excepción de los pueblos y ciudades. —Mientras hablaba, apartaba las ramas bajas para que yo pudiera pasar con mayor facilidad—. Imagínatelo: era necesario caminar días, incluso semanas enteras, para dar con alguna persona...

Me estremecí.

—Qué soledad.

—Pero tienes que entender que así eran las cosas hace cientos de años. Los granjeros y las gentes de la montaña vivían a pocos kilómetros de distancia, pero era necesario recorrerlos a pie o a caballo; y no siempre era seguro.

—Me lo puedo imaginar —respondí en voz baja.

—La tribu india de los seneca viajaba por el este de Estados Unidos y, en algún momento, recorrieron este mismo sendero en dirección a Seneca Rocks. —Nuestras

miradas se cruzaron—. ¿Sabías que esta misma senda que queda por detrás de tu casa lleva directamente a su base?

—No. Nunca pensé que Seneca Rocks pudiera estar tan cerca; parecen muy lejanas.

—Si siguieras este sendero un par de kilómetros más, llegarías hasta la base de las rocas. La senda se vuelve bastante rocosa; incluso los escaladores más experimentados prefieren no pasar por aquí. Seneca Rocks se extiende desde el condado de Grant hasta el de Pendleton. Su punto más alto es Spruce Knob y un grupo de peñascos cercanos a Seneca llamados Champe Rocks. Es difícil llegar hasta allí, especialmente porque hay que atravesar propiedades particulares, pero vale la pena si eres capaz de escalar casi trescientos metros —dijo pensativo.

—Parece divertido. —Para nada. No podía evitar ser sarcástica, de modo que le sonreí a modo de disculpa. No quería estropear el momento; creo que Daemon y yo no habíamos pasado tanto tiempo hablando sin que se metiera conmigo.

—Lo es si no tienes miedo a resbalarte. —Se rió al ver la cara que ponía—. Bueno, el caso es que el mineral que forma las Seneca Rocks es la cuarcita, que es en parte piedra arenisca. Por eso tienen ese tono rosado. Se cree que la cuarcita es cuarzo beta, y la gente que cree en... poderes fuera de lo normal o... sobrenaturales, como las tribus indias en su momento, cree que cualquier manifestación de cuarzo beta permite que la energía se almacene, se transforme e incluso se pueda manipular. Puede hacer que los aparatos eléctricos se desconecten y puede... esconder objetos.

—Ya... —Me miró muy serio, por lo que decidí no interrumpirle más.

—Tal vez el cuarzo beta sea lo que atrajo hasta aquí a la tribu seneca. Nadie sabe el por qué, ya que no eran originarios de Virginia Occidental. No se sabe cuanto tiempo vivieron, comerciaron o lucharon en estas tierras. —Se quedó en silencio unos instantes mientras escudriñaba el terreno, como si pudiera ver todavía aquellas sombras del pasado—. Pero tienen una leyenda muy romántica.

—¿Ah, sí? —pregunté mientras me guiaba alrededor de un arroyuelo. Aquel peñasco de casi trescientos metros me parecía lo menos romántico del mundo.

—Dice la leyenda que hubo una hermosa princesa india, Snowbird, que les pidió a los siete guerreros más fieros de la tribu que le probaran su amor haciendo algo que sólo ella había sido capaz de hacer. Muchos querían estar con ella por su belleza y su rango. Pero ella quería tener a su lado a un igual.

»Cuando llegó el momento de elegir marido, puso a prueba a sus pretendientes para que solo el guerrero más valiente y entregado pudiera conseguir su mano. Les pidió que escalaran la roca más alta con ella —prosiguió Daemon con un tono dulce mientras aminoraba la marcha, de modo que acabamos andando el uno junto al otro por el estrecho sendero—. Todos iniciaron el recorrido pero, a medida que se complicaba, tres dieron media vuelta. Un cuarto acabó fatigado y el quinto no podía

con su alma. Solo quedaban dos, y la hermosa Snowbird seguía a la cabeza. Finalmente llegó al punto más alto y se volvió para ver quién era el guerrero más fuerte y más valiente de toda la tribu. Solo quedaba uno, que estaba unos metros por debajo de ella y, justo cuando lo miró, este empezó a resbalarse.

Estaba absorta en el historia. Que siete hombres se pelearan y se arriesgaran a morir para conseguir la mano de alguien me parecía algo inimaginable...

—Snowbird dudó un segundo. Aquel valiente guerrero era el más fuerte de todos, pero no era su igual. Podía salvarlo o dejarlo morir. era valiente, sí; pero todavía debía llegar al punto más alto de la roca, como había hecho ella.

—Pero ¡si iba justo detrás de ella! ¿Cómo pudo ser capaz de dejar que se cayera? —Había decidido que aquella historia no molaba nada si Snowbird no ayudaba al guerrero.

—¿Qué harías tú? —preguntó curioso.

—A ver, yo nunca voy a tener que pedirles a un grupo de tíos que hagan algo tan peligroso y absurdo, pero si me viera en esas (que sería algo rarísimo)...

—¿Kat? —me reprendió.

—Vale, vale. Bueno, pues lo salvaría, claro. No iba a dejar que la plamara.

—Pero no cumplió con su cometido.

—¿Y qué más da? —discutí—. Estaba justo detrás de ella, y además, ¿de que sirve la hermosura si permites que un hombre se despeñe y muera solo porque se resbalaba? ¿Cómo puedes ser capaz de amar o merecer se amada si dejas que eso suceda?

Asintió.

—Bueno, Snowbird pensó lo mismo que tú.

Aliviada, sonreí. Si no lo hubiera salvado, esta historia de amor habría sido un fraude total.

—Menos mal.

—Snowbird decidió que el guerrero sí era su igual, y tomó la decisión de salvarlo antes de que se cayera al vacío. El jefe de la tribu, al conocer el desenlace, se alegró mucho por la decisión que había tomado su hija. Aprobó el matrimonio y nombró al guerrero su sucesor.

—¿Por eso las rocas se llaman Seneca Rocks? ¿Por los indios y por Snowbird?

Asintió.

—Es lo que cuenta la leyenda.

—A ver, la historia no está mal, pero lo de escalar cientos de metros para demostrar tu amor me parece un poco excesivo, la verdad.

Se rió entre dientes.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

—Eso espero, o acabarás participando en carreras de coches para demostrar tu

amor... —Ojalá me hubiera mordido la lengua. Espero que no pensara que iba por mí.

Me miró, serio.

—No creo que me vaya a pasar eso.

—¿Se llega por aquí al lugar desde el que escalaron los indios? —pregunté curiosa.

Negó con la cabeza.

—Puedes llegar hasta el cañón, pero la escalada que viene después ya es para profesionales. En tu caso, no te aconsejaría que te atrevieras...

Me reí.

—Sí, bueno, no te preocupes que vistas mis habilidades no lo intentaré. ¿Por qué vendrían aquí los indios? ¿Estarían buscando algo? —Rodeé un pedrusco enorme—. Que vinieran hasta aquí por un puñado de rocas es un poco raro, ¿no?

—Nunca se sabe. —Apretó los labios y se quedó callado un instante antes de volver a hablar—. Las personas suelen ver en las creencias del pasado algo primitivo y poco inteligente, aunque día tras día vemos más verdad en el pasado.

Le eché una ojeada para intentar descubrir si hablaba en serio. Parecía mucho más maduro que cualquier chico de nuestra edad...

—¿Por qué has dicho antes que eran tan importantes estas rocas?

Bajó la vista para mirarme.

—Es por el tipo de mineral... —De repente, vi la sorpresa en sus ojos—. Oye, gatita...

—¿Quieres dejar de llamarme...?

—No hables —me susurró mientras miraba fijamente a un punto que quedaba por encima de mi hombro. Me puso la mano en el brazo—. Prométeme que no vas a asustarte.

—¿Por qué iba a asustarme? —musité.

Me pilló desprevenida cuando me atrajo hacia él. Tuve que poner las manos sobre su pecho para no perder el equilibrio. Parecía que su piel tarareaba una canción bajo mis manos...

—¿Alguna vez has visto un oso?

El miedo me invadió y se apoderó de todo mi cuerpo, antes tranquilo.

—¿Qué? ¿Hay un oso...? —Me aparté y me di la vuelta.

Vaya si había un oso.

A menos de cinco metros de nosotros, un enorme osos de abundante pelaje negro olfateaba el aire con su alargado hocico. Las orejas se le movían al compás de nuestra respiración— No supe reaccionar, estaba atónita: jamás había visto un oso, y aquel animal era verdaderamente majestuoso. Los músculos se le movían bajo el pelaje y los ojos oscuros nos miraban intensamente mientras lo contemplábamos.

El animal se acercó más a nosotros. Los rayos del sol se colaban entre las ramas que quedaban por encima de él. Bajo la luz del sol, el pelaje se le había vuelto de un negro brillante.

—No corras —me susurró.

Como si fuera capaz de moverme en aquel momento... Estaba paralizada.

El oso emitió una especie de gruñido al ponerse de pie sobre sus patas traseras. Por lo menos medía un metro y medio. El siguiente sonido ya fue un gruñido en toda regla que me estremeció de los pies a la cabeza.

Aquello no pintaba nada bien.

Daemon empezó a gritar y a agitar las manos, pero el oso seguía imperturbable. El animal se puso a cuatro patas. Los hombros le temblaban.

Empezó a correr hacia nosotros.

Tuve que cerrar los ojos porque no podía respirar. Tenía miedo de tragarme la bola de pánico que se me había formado en la garganta. Qué mal acabar devorado por un oso. Oí que Daemon soltaba un exabrupto y, aunque yo tenía los ojos bien cerrados, a través de los párpados percibí un haz de luz cegador. Y, a continuación, un calor muy intenso que me echó el pelo hacia atrás. De nuevo la luz, esta vez seguida de una oscuridad que me engulló entera.

CAPITULO 8

Me desperté con un extraño sabor metálico en la boca. La lluvia repiqueteaba con fuerza contra el tejado y a lo lejos se oía el retumbar de los truenos. En algún lugar cercano cayó un rayo y el aire se llenó de electricidad. ¿Cuándo había comenzado a llover? Hasta donde alcanzaba a recordar, el cielo estaba muy azul y despejado.

Respiré con dificultad, aturdida.

Tenía el hombro apoyado contra algo duro y que desprendía calor. Volví la cabeza y sentí que aquel objeto se movía rápidamente hacia arriba para después descender despacio. Tardé unos segundos en darme cuenta de que mi mejilla descansaba sobre el pecho de Daemon. Estábamos sentados en el columpio del porche, y él me rodeaba la cintura para sujetarme.

No me atrevía a moverme.

Cada milímetro de mi cuerpo sentía su presencia. Notaba cómo su muslo se acoplaba a la perfección al mío o cómo su estómago se movía acompasadamente bajo la palma de mi mano. Sentía el calor de su brazo, con el que me rodeaba la cintura, y el reconfortante movimiento circular de su dedo pulgar contra el dobladillo de mi camiseta, que se subía unos milímetros con cada círculo que trazaba. Al final, ya no quedó camiseta, sino piel, que acariciaba. Su piel entró en contacto con la mía. Sentí escalofríos. La temperatura subía por momentos. Era una sensación desconocida.

De repente, dejó de mover la mano.

Levanté la cabeza y me encontré con un par de increíbles ojos verdes.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Has perdido el conocimiento —me dijo mientras me quitaba el brazo de la cintura.

—¿De verdad? —Me aparté para ganar un poco de espacio mientras intentaba arreglarme el pelo enmarañado. Todavía tenía aquel sabor metálico en el paladar.

Asintió.

—Supongo que el oso te asustó. Tuve que cargar contigo a la vuelta.

—¿Durante todo el camino? —Dios; mira que perderme ese momento...—. ¿Qué pasó con el oso?

—Se asustó por la tormenta. Me parece que por los rayos. —Me miró frunciendo el ceño—. ¿Cómo estás?

De repente, un haz de luz nos cegó. Instantes más tarde, el sonido del trueno se impulsó sobre el de la lluvia. El rostro de Daemon se perdía entre las sombras.

Negué con la cabeza.

—¿El oso se asustó por una tormenta?

—Eso parece.

—Pues que suerte hemos tenido —susurré antes de mirar hacia abajo. Tanto Daemon como yo estábamos empapados. La lluvia se volvía cada vez más intensa y hacía imposible ver nada unos metros más allá del porche. parecía que estuviéramos en nuestro propio mundo—. Aquí llueve como en Florida. —No sabía que decir. Tenía un cortocircuito en el cerebro.

Daemon golpeó suavemente su rodilla contra la mía.

—Creo que estás condenada a estar conmigo un rato más.

—Seguro que parezco un gato remojado.

—Estás bien. La lluvia te favorece.

Fruncí el ceño.

—Ya me estás mintiendo otra vez.

Sentí que su cuerpo se movía junto al mío y, sin mediar palabra, me rozó la barbilla con los dedos y me atrajo hacia él. En sus labios se dibujó una sonrisa torcida.

—No te miento; te lo digo en serio.

Deseé tener algo inteligente que decir o ser capaz de coquetear con él, pero aquella mirada intensa impedía que pudiera razonar con claridad.

Vi reflejada la confusión en sus ojos a medida que se inclinaba más y más hacia mí y separaba los labios.

—Creo que ya lo entiendo.

—¿Entender el qué? —pregunté en un susurro.

—Me gusta ver cómo te sonrojas. —Su pulgar me acariciaba la mejilla y su voz era apenas un murmullo.

Bajó la cabeza y apoyó su frente contra la mía. Nos quedamos un rato sentado así, atrapados por algo que antes no estaba presente. Creo que dejé de respirar. El corazón se me aceleraba y se me paraba a la vez. Mi cuerpo estaba expectante y luchaba por no desbordarse en cualquier momento.

Pero si ni siquiera me gustaba. Ni yo a él. ¡Qué locura! Pero estaba sucediendo...

Otro relámpago lo inundó todo con su luz; esta vez estaba mucho más cerca. El trueno que lo siguió ni siquiera nos sorprendió. Estábamos en nuestro propio mundo. La sonrisa le desapareció del rostro; sus ojos estaban confundidos y desesperados, pero seguían buscando los míos.

El tiempo se había detenido y cada segundo era una eternidad en la que la tortura no tenía fin. Yo esperaba deseando mostrarle lo que fuera que estuviera buscando mientras los ojos se le volvían de un verde más profundo. La tensión se le reflejaba en el rostro, como si estuviera librando una batalla en su interior. Había algo en aquellos ojos que me desconcertaba.

Supe en que momento lo decidió. Respiró hondo y cerró sus hermosos ojos. Sentí su respiración contra la mejilla, aproximándose hacia mis labios. Sabía que debía apartarme. Aquel chico no iba a traerme nada bueno... pero no podía respirar. Nuestros labios estaban tan cerca que quería aproximarme para que se encontrasen a medio camino. Quería saber si eran tan suaves como parecían...

—¡Hola, chicos! —exclamó Dee.

Daemon se echó hacia atrás rápidamente, dejando un buen trecho entre nosotros, para que pasara el aire.

Respiré hondo mientras la sorpresa y la decepción se hacía un hueco en mi estómago. Todavía sentía un hormigueo por todo el cuerpo, como si me hubiera faltado el oxígeno. Nos habíamos perdido el uno en el otro y no nos habíamos dado cuenta de que había dejado de llover.

Dee subió alegre las escaleras. La sonrisa se le fue desdibujando a medida que nos miraba: primero a su hermano y después a mí. Entrecerró los ojos. Yo sabía que estaba roja como un tomate, por lo que debía de haberse dado cuenta de que estaba interrumpiendo algo. Pero se limitó a mirar a su hermano, confusa. Puso los labios en forma de «o».

Daemon le dedicó la misma sonrisa torcida que me hacía pensar que estaba riéndose por dentro.

—Hola, hermanita. ¿Qué tal?

—Bien —respondió achinando los ojos—. ¿Qué estabais haciendo?

—Nada —añadió mientras se levantaba del columpio de un salto. Me miró por encima de del hombro—. Haciendo méritos.

Aquellas palabras rompieron el oasis de calma. Daemon salió del porche en dirección a su casa. Me quedé mirando a Dee mientras pensaba en salir detrás de él y darle un buen patadón.

—¿Era parte de vuestro trato para recuperar las llaves que casi me besara? —Mi voz sonaba muy tensa. Sentía un agudo dolor en la piel.

—No, no. De ninguna manera. —Pestañeó—. ¿Ha estado a punto de besarte? ¡Vaya!

Las mejillas me ardían.

—Bueno, no lo sé.

—Joder —murmuró, sorprendida—. Qué sorpresa...

Y qué situación más rara. No quería ni pensar en lo que podría haber pasado si Dee no hubiera aparecido... Y mucho menos estando ella sentada junto a mí.

—Esto... ¿Has estado de visita familiar?

—Sí, he tenido que ir antes de que empezaran las clases. Perdona que te dijera nada, fue una decisión de última hora. —Dee se quedó en silencio—. ¿Qué hacíais tú y Daemon antes de... lo de casi daros un beso?

—Fuimos a caminar; nada más.

—Qué raro —comentó mientras me observaba—. Tuve que quitarle las llaves, pero ya las había recuperado.

Mi cara era un poema.

—Por cierto, vaya manera de liarla. No hay nada como amenazar a un chico para que salga contigo para tener la autoestima por las nubes...

—¡No, no! ¡Esa no era mi intención! Pensé que tenía que... motivarlo para que fuera más amable.

—Debe de tenerle mucho cariño a su coche —musité.

—Pues... sí. ¿Habéis pasado mucho tiempo juntos desde que me marché?

—No, no mucho. Fuimos un día al lago y hoy hemos ido a pasear. Nada más.

Me miró con curiosidad antes de sonreír.

—¿Lo habéis pasado bien?

Sin saber que contestar, me encogí de hombros.

—Sí; la verdad es que ha estado bien... Quiero decir que tiene sus ratos, pero, vaya, que mal no ha estado. —Eso olvidándonos del hecho de que Dee lo había obligado a pasar tiempo conmigo y de que casi me da un beso «para hacer méritos».

—Daemon es majo cuando quiere. —Dee echó el columpio hacia atrás, apoyando un pie en el suelo para impulsarse—. ¿Adónde habéis ido a pasear?

—Hemos estado en uno de esos senderos. Estábamos charlando cuando apareció un oso.

—¿Qué? —Puso los ojos como platos—. ¡Madre mía! ¿Y qué pasó?

—Bueno... creo que me desmayé o algo así.

Dee me miró fijamente.

—¿Que te desmayaste?

Me sonrojé.

—Sí. Daemon me llevó hasta el porche y luego... Bueno, ya sabes.

No apartaba la vista de mí, curiosa. Después negó con la cabeza y cambió de tema. Me preguntó si se había perdido algo durante su ausencia. Le conté las últimas novedades, pero tenía la cabeza en otra parte. Dee sugirió que viéramos una peli en su casa más tarde, y creo que le dije que sí.

Pasado un buen rato desde el incidente de Daemon, cuando ya me había puesto mis pantalones viejos de chándal de estar por casa, yo seguía confundida. Me había parecido un chico que hasta podía ser agradable cuando quería: la caminata había estado bien. Pero después se había convertido en el cretino de siempre. Acalorada y frustrada, me tumbé en la cama y me quedé mirando el techo.

El yeso tenía unas grietas minúsculas por las que desplacé la mirada mientras pensaba en aquel beso que no había llegado a serlo. Se me encogió el estómago al pensar en lo cerca que habían estado nuestros labios. Lo peor de todo era saber que

yo había querido que me besara... Que te guste alguien y que sientas atracción por esa persona son dos cosas bien distintas.

—A ver si lo entiendo. —Dee frunció el ceño. Estaba sentada en la vieja mecedora, que necesitaba urgentemente un buen remiendo y una tapicería nueva—. ¿No sabes si quieres ir a la universidad?

Refunfuñé.

—Eres igual que mi madre.

—Ya, bueno, es que a estas alturas tendrías que saberlo. —Dee se quedó en silencio—. ¿No tenéis que solicitar plaza cuando empiezan las clases?

Dee y yo estábamos sentadas en la sala de estar de mi casa, hojeando revistas, cuando de repente, ¡oh, sorpresa!, mi madre había aparecido y nos había dejado una pila de folletos de universidades en la mesilla. Gracias, mamá, que sutil.

—¿Cómo que «tenéis»? Tú también tendrás que solicitarla, ¿no?

La chispa que brillaba en sus ojos apenas unos segundos antes se apagó.

—Ya, ya, pero estábamos hablando de ti.

Puse los ojos en blanco y me reí.

—Todavía no sé lo que quiero hacer, así que no veo la urgencia de tener que elegir universidad.

—Pero podrás ir a la universidad que quieras; las carreras son las mismas en cualquier parte: podrías ir a California, Nueva York, Colorado... ¡O al extranjero! Eso sería genial. Yo me iría a Inglaterra.

—Pues si te apetece ve, ¿no? —le sugerí.

Dee bajó la vista y se encogió de hombros.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Estiré las piernas y las crucé. Económicamente parecía irles mejor que bien, a juzgar por la ropa y los coches que conducían. Le pregunté si trabajaba en algún sitio, y me dijo que tenía una asignación mensual que le permitía vivir cómodamente. el típico caso de unos padres que se sentían culpables por trabajar fuera y lo compensaban así... Una situación que, oye, puede que no esté nada mal.

Mamá nunca me ponía pegas para darme dinero si lo necesitaba, pero dudo que jamás me diera trescientos dólares al mes para que me los gastara en mis cosas o que me comprara un coche nuevo. Tenía que conformarme con el mío, aunque estuviera un poco cascadillo. Lo importante era que me llevara de un sitio a otro.

—Puedes ir a donde quieras, Dee.

Su sonrisa se volvió triste.

—Tal vez me quede aquí después de graduarme. Quizá me saque la carrera a distancia, por Internet.

Pensé que estaba gastándome una broma.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, me temo que tengo que quedarme por aquí.

Me intrigaba que alguien tuviera que quedarse en este lugar por fuerza.

—¿Por qué?

Aquí tengo a mi familia —dijo en voz baja mientras levantaba la vista—. Oye, anoche tuve pesadillas por la peli que vimos ayer. Me da escalofríos pensar en fantasmas que te observan mientras duermes...

Aquel cambio de tema no me pasó inadvertido.

—Ya, la peli daba bastante miedo.

Dee hizo una mueca.

—Daemon hacía eso de pequeños, cuando yo dormía; se partía de risa. —Se estremeció—. ¡Me ponía de los nervios! Aunque yo estuviera dormida como un tronco, notaba que me estaba mirando y me despertaba. Se reía como un poseso.

Sonreí al imaginar a Daemon de pequeño, molestando a su hermana gemela. Pero muy pronto aquella imagen fue remplazada por la del Daemon actual. Suspiré de puro fastidio y cerré la revista.

No había vuelto a saber nada de él desde el incidente del porche, pero sólo estábamos a lunes. Pasar dos días sin verlo era normal. Tampoco es que yo quisiera verlo...

Levanté la vista y vi a Dee, que en ese momento abría la revista por la última página. Siempre hacía lo mismo: primero consultaba el horóscopo. Se llevó la mano derecha a la barbilla y se dio unos toquecitos en los labios con una uña pintada de lila.

El dedo se volvió borroso, hasta casi desaparecer. El aire parecía emitir un murmullo alrededor de Dee.

Tuve que pestañear un par de veces. El dedo seguía allí. Genial: más alucinaciones. Solté la revista.

—Tengo que ir a la biblioteca; quiero leer algún libro nuevo.

—Podemos organizar una salida para ir a comprar algunos. —Dio un saltito en la silla de la emoción—. Quiero echarle un vistazo al libro que comentaste la semana anterior a que te mudaras aquí, el de los chicos con superpoderes.

Me alegró mucho saber que había leído mi blog. No recordaba haberle dicho como se llamaba...

—Me encantaría, pero tenía pensado ir más tarde a la biblioteca: prefiero tomar libros prestados que comprarlos; por la pasta, ya sabes... ¿Quieres venir?

—¿De noche? —preguntó con los ojos muy abiertos—. Esta noche no puedo, pero mañana por la noche, si quieres, te acompaño.

—No pasa nada, no te preocupes. Es que hace ya un par de días que estoy dándole vueltas al tema pero lo he ido aparcando y necesito un poco de lectura

agradable antes de que me toque leer lo que nos manden en clase...

Unos oscuros mechones de pelo se balancearon sobre su pícaro rostro al negar con la cabeza.

—Bueno, es que esta noche no puedo, pero me gustaría poder ir contigo. Si no tuviera planes te acompañaría.

—Tranquila, Dee, puedo ir yo sola. Y, si quieres, otro día nos vamos de compras. Más o menos ya me oriento por la zona, no creo que vaya a perderme. Solo hay cinco manzanas hasta la biblioteca. —Me quedé callada un instante antes de preguntarle por sus planes para la noche, en un intento de cambiar de tema.

Dee apretó los labios.

—Nada importante, esta noche vuelven al pueblo unos amigos.

Mi inocente pregunta había puesto en un aprieto a Dee, quien claramente no quería hablar del tema. Se movió nerviosa en la mecedora y se miró las uñas. Noté que la había incomodado, sin saber por qué. Me sentí un poco dolida y decepcionada por no formar parte de aquellos planes.

—Pues pasadlo muy bien —mentí. Bueno, no era una mentira de verdad, sólo una mentirijilla. No me enorgullece mi actitud, pero es lo que hay. Me sentía excluida y no podía evitar que me fastidiara.

Dee se movía en la mecedora mientras me observaba. Entrecerraba los ojos al mirarme, como el día del porche.

—Creo que deberías esperar a ir a la biblioteca hasta que yo pueda acompañarte. No hace mucho que desaparecieron un par de chicas.

Ir a la biblioteca no era precisamente lo mismo que ir a ver a un camello para que te diera droga, pero entonces recordé el cartel que había visto hacía unos días.

—Bueno, lo pensaré.

Dee se quedó en casa hasta poco antes de que mamá se marchara a trabajar. Al salir, permaneció quieta un momento en el porche.

—De verdad, si puedes esperar a mañana yo te acompaño.

Le dije que sí y me despedí de ella con un abrazo. Acababa de marcharse y ya la echaba de menos. La casa estaba demasiado tranquila sin ella.

CAPITULO 9

Después de cenar con mamá, me marché. No tardé mucho en llegar al centro y encontrar la biblioteca. Las calles estaban desiertas; las pocas veces que me había aventurado allí, de día, siempre había bastante movimiento de gente. Además, el cielo estaba muy encapotado, y las nubes le daban un aspecto fantasmagórico y escalofriante.

A pesar de lo rara que era mi vida en aquel momento y de la rabia infantil que sentía porque Dee no me había invitado a quedar con sus amigos, sonreí al entrar en la biblioteca. Mi mente se quedó en blanco cuando vi los estantes de libros que cubrían las paredes. Me olvidé de los gemelos y de todo. En aquel lugar me sentía en paz, como cuando estaba con mis plantas.

Me detuve en una de las mesas vacías y respiré aliviada. Pasara lo que pasara, siempre me quedaban los libros. Eran mi válvula de escape, a la que recurría sin dudar.

El tiempo transcurrió más rápido de lo que pensaba, y pronto la biblioteca adquirió un aura espectral. Era normal que, a medida que pasaran las horas, la oscuridad hiciera acto de presencia en las bibliotecas, pero había algo raro en la oscuridad del cielo aquella noche que me daba escalofríos. No sabía qué hora era cuando el bibliotecario empezó a apagar las luces, y me costó un poco orientarme hasta encontrar el mostrador de la entrada. Me moría de ganas de salir de aquel lugar destartado por el que se colaban las corrientes de aire.

Un relámpago iluminó las estanterías, seguido de un trueno que retumbó en el exterior. Esperaba poder llegar al coche antes de que empezara a diluviar. Apreté con fuerza los libros que quería leer contra el pecho y fui a paso ligero hacia el mostrador. El bibliotecario tramitó el préstamo en un tiempo récord; casi no pude darle las gracias porque se volvió y se marchó a toda prisa para cerrar.

—Bueno, vamos allá —dije entre dientes.

Todo estaba tan oscuro a causa de la tormenta que parecía mucho más tarde de lo que era. Fuera, el paisaje era inhóspito. Pensé en quedarme en la biblioteca hasta que dejara de llover, pero justo en ese momento se apagó la última luz del edificio.

Apreté los dientes y metí los libros en la mochila antes de marchar. En cuanto salí a la acera sentí que me caía encima el diluvio universal. En apenas unos segundos, estaba completamente empapada. Intenté evitar como pude que se mojara la mochila mientras buscaba las llaves y daba saltitos nerviosa. ¡Hacía un frío que pelaba!

—Perdona, señorita —una voz áspera interrumpió mis esfuerzos—, ¿podría usted

ayudarme?

Había estado tan concentrada intentando que no se me mojaran los libros que no había oído aproximarse a nadie. Lancé la mochila dentro del coche y agarré con fuerza el bolso mientras me volvía hacia el lugar del que provenía aquel sonido. Un hombre emergió de las sombras y se quedó quieto bajo la farola. La lluvia le empapaba los mechones de pelo, de un color claro, pegándoselos a la cabeza a forma de largas tiras. Las gafas de montura metálica le resbalaban por la nariz aguileña. Cruzaba los brazos, aterido de frío y temblando ligeramente.

—He tenido un problema con el coche —dijo a voz en grito para que se le oyera a través de la lluvia mientras señalaba a un punto que quedaba a sus espaldas—. Se me ha pinchado una rueda, ¿tienes una llave de cruz?

La tenía, pero cada milímetro de mi cuerpo me aconsejaba que dijera que no, aunque aquel hombre parecía bastante inofensivo.

—No lo sé. —Mi tono de voz sonó inesperadamente frágil. Me eché el pelo hacia atrás y carraspeé—. No sé si tendré una o no —le grité.

—Que oportuno soy, ¿verdad? ¡Mira que pedirte este favor en plena tormenta!

—Sí, es verdad. —No podía ocultar mi nerviosismo.

Una parte de mí quería disculparse y marcharse, pero la otra era incapaz de decirle a la gente que no. Me mordí el labio inferior y me volví a la puerta. No podía dejarlo allí con aquella lluvia. El pobre hombre iba a acabar calado hasta los huesos. La pena que sentía por él le ganó la partida al temor que siempre se siente hacia lo desconocido.

No podía marcharme; en mis manos estaba ayudarlo. Por lo menos, la lluvia empezaba a remitir un poco.

Ya tomada la decisión, forcé una sonrisa.

—Bueno, puede que sí. Voy a mirar en el maletero.

El hombre sonrió.

—Me salvas la vida. —Se quedó donde estaba, sin moverse un centímetro. Probablemente había percibido mi desconfianza inicial—. Parece que la lluvia empieza a aflojar, pero esos nubarrones de ahí creo que traerán una nueva tormenta...

Cerré la puerta del copiloto y me dirigí al maletero. Lo abrí y pasé la mano por la superficie enmoquetada en busca de la llave de cruz.

—A decir verdad, creo que tengo una.

Le di la espalda al extraño solo unos segundos, y entonces sentí que una corriente de aire helado me erizaba el vello del pescuezo. La adrenalina me recorrió las venas a toda velocidad, haciendo que el corazón quisiera salirse del pecho. Una sensación de terror comenzó a nacerme en el estómago.

—Los humanos sois tan tontos. Es tan sencillo engañaros... —La voz era tan cortante como el viento que soplaba contra mi cuello.

Antes de que mi cerebro pudiera registrar aquellas palabras, una mano helada y húmeda se cerro sobre la mía. El dolor era horrible. Percibía su respiración, pegajosa, contra mi cuello y sentí que el final estaba cerca. No tuve la oportunidad de contestarle.

Me tenía cogida de la mano, y aprovechó para girarme y que quedara de cara a él. Sentí un intenso dolor en el brazo que me hizo gritar. Estaba frente a él, y no quedaba ni rastro del inocente individuo que me había pedido ayuda instantes atrás. Parecía más alto. O más corpulento.

—Si... si quieres dinero, cógelo; quédate todo lo que tengo. —Quería tirarle el bolso y marcharme de allí.

El extraño sonrió y me dio un empujón con tal fuerza que fui a parar contra el asfalto y me quede sin aire. Sentí un agudo dolor en la muñeca. Con la mano sana agarré mi bolso y se lo tiré.

—Cógelo —le supliqué—, por favor. No le diré nada a nadie, te lo prometo.

Mi atacante se puso en cuclillas delante de mí y sonrió al coger el bolso. Los ojos parecían cambiarle de color detrás de las gafas.

—¿Quieres que me quede con tu dinero? ¡No lo necesito! —Apartó el bolso.

Observé a aquel extraño mientras respiraba a trompicones. No entendía nada de lo que sucedía: si no quería mi dinero, ¿qué era entonces lo que quería? Al pensar en aquello, me invadió un profundo terror. «No, no, no...»

Sentía que me ahogaba en un mar de pensamientos e imágenes siniestros, pero todavía podía moverme. Me aparté hasta darme con el bordillo. El miedo se había apoderado de mi cuerpo y necesitaba gritar. Abrí la boca.

—Ni se te ocurra gritar —me advirtió.

Los músculos de las piernas se me tensaron. Me retorcí y levanté las rodillas para salir corriendo. Podía conseguirlo, seguro que no se lo esperaba... ¡Ahora!

Con una rapidez sobrehumana, me agarró de las piernas y tiró de ellas. Fui a caer de bruces contra el pavimento con el lado izquierdo del cuerpo. Tenía la piel en carne viva por el contacto contra el cemento. Casi me desmayo del dolor. El ojo se me hinchó en apenas unos segundos y un reguero de sangre comenzó a recorrerme el brazo. Sentí arcadas. Luché por zafarme de él y le di unas cuantas patadas. Gruñó, pero no me soltó.

—¡Por favor, suéltame! —Intente liberar las piernas. Tenía cada vez más rasguños en la piel; sentí un tremendo dolor y algo más que no supe definir.

La rabia se apoderó de mí y le ganó la batalla al miedo unos instantes: pataleé y me resistí; lo atacé y lo empujé, pero nada daba resultado. No se movía ni un milímetro.

—¡Suéltame! —Esta vez si que grité, y mi voz sonó cruda y desgarrada.

Se movió con gran velocidad; la cara se le difuminó, igual que le había sucedido

al brazo de Dee días antes. Lo tenía encima de mí. Me tapó la boca con la mano. Su peso era insoportable, a pesar de lo frágil y desvalido que parecía momentos antes. No podía respirar, y mucho menos moverme. Me estaba aplastando, pero lo que casi me destrozó fue pensar en lo que ocurriría después.

Alguien tenía que haberme oído. Era mi única esperanza.

Bajó la cabeza y me olisqueó el pelo. Una oleada de repulsión invadió todo mi ser.

—No me equivocaba —susurró—. Llevas su rastro. —Apartó la mano de mi boca y me agarró por los hombros—. ¿Dónde están?

—Yo no... no sé de qué habla —respondí entre ahogos.

—Pues claro que lo sabes. —Se le dibujó en la cara una mueca de asco—. No eres más que un mamífero estúpido que no sirve para nada.

Apreté los párpados con fuerza para no tener que mirarlo. Solo quería irme a casa, por favor...

—¡Mírame! —Como no abrí los ojos, volvió a zarandearme. Me golpeé la cabeza contra el suelo. La punzada de dolor me sorprendió e hizo que abriera el ojo sano contra mi voluntad. Me clavó sus dedos helados en la barbilla. Evitaba mirarlo a los ojos, pero al final tuve que hacerlo. En ellos no había nada. Era algo que jamás había visto antes.

En esos ojos vi algo mucho peor que el robo, el ataque y la degradación. Vi la muerte; mi muerte y ningún remordimiento.

—Dime dónde están —escupió—. Puede que necesites una motivación para hablar.

En apenas unos segundos, me rodeó el cuello con las manos y apretó con fuerza. Antes de que pudiera reaccionar, me quedé sin respiración. El pánico me agujoneaba el pecho mientras intentaba quitarme aquellas manos del cuello y pataleaba en vano. Sentía sus garras clavadas en mi frágil tráquea.

—¿Me lo vas a decir o no? —me retó.

No sabía de lo que hablaba. El dolor punzante de la muñeca comenzaba a remitir. Los rasguños de los brazos y la cara no parecían tan hirientes como antes, porque un dolor nuevo comenzaba a remplazar al anterior. Me faltaba el aire, no podía respirar. El corazón se me desbocaba en el pecho, suplicándome que respirara. Sentía una presión tan descomunal en la cabeza que creía que me iba a estallar. Las piernas se me dormían y comenzaba a ver lucecitas.

Iba a morir.

Nunca más volveré a ver a mi madre. Dios mío... mi muerte la destrozará. No podía morir así, sin motivo... Supliqué y recé para que alguien me encontrara antes de que fuera demasiado tarde, pero todo se desvanecía ante mis ojos. Me sumí en una negrura abismal de la que no podía salir. La presión se desvanecía y el dolor

comenzaba a remitir. Me marchaba. Iba a sumirme en las sombras.

De repente, sus manos desaparecieron y se oyó el crujir de un cuerpo al chocar contra el asfalto, a lo lejos. Sentí que estaba en el fondo de un pozo y que la fuente del sonido estaba demasiado arriba.

Pero volví a respirar. Engullí cada bocanada de aire con ansia para que aquel precioso oxígeno se extendiera por mi maltrecha garganta y alimentara a mis hambrientos órganos. Empecé a toser.

Alguien gritó algo en un lenguaje dulce y musical que jamás había escuchado. Se oyó una palabrota y un puñetazo. A mi lado aterrizó un cuerpo y yo rodé ligeramente a un lado. Me estremecí de dolor, pero me alegró sentirlo. Eso significaba que estaba viva.

Dos hombres peleaban entre las sombras. Uno cogió al otro y lo levantó varios metros en el aire. No podía ser; aquella fuerza no era humana. Era imposible.

Intenté incorporarme, pero la tos me obligó a apoyar la mano en el suelo. El peso del cuerpo sobre las muñecas me hizo ver las estrellas. Chillé.

—¡Maldita sea! —explotó una voz grave.

Se produjo un destello de un intenso color amarillo rojizo y todas las farolas de la calle reventaron, sumiendo en la más profunda oscuridad a toda la manzana de casas. Tuve que doblar el cuerpo por las arcadas. La gravilla crujió y vi las suelas de unas botas. Estiré el brazo para apartar de mí a quienquiera que fuera aquella persona.

—Se ha marchado, ya ha pasado todo. ¿Cómo estás? —Alguien me puso una mano delicadamente en el hombro para tranquilizarme. En algún remoto lugar de mi cerebro aquella voz me resultaba familiar—. No te muevas. —Intenté levantar la cabeza, pero me mareé y casi me quedé sin respiración. A ratos veía, y a otros todo parecía borroso. No podía abrir el ojo izquierdo por la hinchazón, que me palpitaba al compás del pulso—. Todo irá bien.

Sentí un calor en el hombro que muy pronto se me propagó por el brazo, hasta llegar a la cintura. Aquella corriente me aliviaba el dolor que sentía en los músculos y ahondaba en mí. Recordé los días de sol en la playa.

—Muchas gracias por... —Mi voz se fue apagando al distinguir el rostro de mi salvador. Ante mis ojos aparecieron unos pómulos altos y marcados, una nariz recta y unos labios carnosos. Un rostro tan impresionante como frío. Era imposible que aquel calor que me inundaba el cuerpo proviniera de él. Unos ojos verdes y vivos me devolvieron la mirada.

—Kat —me dijo Daemon. Las arrugas de su frente reflejaban su preocupación—. ¿Sigues aquí?

—Eres... tú —susurré mientras la cabeza se me iba hacia un lado. Me di cuenta de que ya no llovía.

Arqueó una ceja.

—Sí, soy yo.

Me tenía cogida por la muñeca. Ya no me dolía. Aquel contacto hacía algo en mí. Aparté el brazo, confundida.

—Puedo ayudarte —insistió, estirando la mano para agarrarme otra vez.

—¡No! —grité. Una punzada de dolor me atravesó el cuerpo.

Se quedó allí un instante más antes de incorporarse. Seguía mirándome la muñeca.

—Bueno, pues tú misma. Llamaré a la policía.

Intenté no escucharlo mientras hablaba con la policía por teléfono. Al cabo de un rato pude respirar con normalidad.

—Gracias...

Mi voz sonaba ronca y el mero hecho de hablar me dolía.

—No me des las gracias. —Se pasó las manos por el pelo—. Maldita sea, es toda culpa mía.

¿Cómo podía ser aquello culpa suya? Supuse que la cabeza todavía no me funcionaba del todo bien, porque lo que decía no tenía sentido. Me eché hacia atrás y alcé la vista. Inmediatamente deseé no haberlo hecho. Tenía un aspecto temible y protector a la vez.

—¿Te gusta lo que ves, gatita?

Bajé la vista y me quedé mirando sus manos. Tenía los puños apretados y ni un solo rasguño en ellos.

—Luz... Vi una luz.

—Bueno, dicen que hay una luz al final del túnel, ¿no?

No quise pensar en que casi muero aquella noche.

Daemon se puso en cuclillas.

—Maldita sea, lo siento. Lo he dicho sin pensar. ¿Estás muy mal?

—Me duele... la garganta. —Me llevé la mano con delicadeza al cuello y me estremecí—. Y la muñeca. No sé si está... rota. —Levanté el brazo con cuidado. estaba hinchado y amoratado—. Vi una... luz.

Se quedó mirando mi brazo.

—Puede que esté roto o que tengas un esguince. ¿Algo más?

—¿Cómo que algo más? El quería... matarme.

Me miró entrecerrando los ojos.

—Lo sé, solo quería saber si tienes heridas importantes, en la cabeza, por ejemplo.

—No... me parece que no.

Respiró aliviado.

—Bueno, menos mal... —Se puso de pie y miró a su alrededor—. ¿Qué hacías aquí de noche?

—Quería ir... a la biblioteca. —Tuve que dejar de hablar por el dolor que sentía en la garganta—. No era tan tarde.... No es una zona peligrosa. Me dijo que necesitaba ayuda... por el neumático.

Me miró, incrédulo.

—¿Se te acerca un extraño de repente en un aparcamiento oscuro y vas y lo ayudas? Es una de las imprudencias más graves que he escuchado en mucho, mucho tiempo. —Se cruzó de brazos y me miró—. ¿Es que no piensas en lo que haces? Seguro que aceptas caramelos de desconocidos o te metes en furgonetas que regalan gatitos...

Respiré con dificultad.

Empezó a caminar, nervioso.

—De nada habrían servido tus explicaciones si no hubiera aparecido yo por aquí, ¿verdad?

Hice caso omiso de aquella afirmación.

—¿Qué... qué hacías aquí? —La garganta empezaba a dolerme un poco menos. Todavía tenía unas punzadas terribles, pero por lo menos no tenía la sensación de tenerla en carne viva.

Daemon se quedó quieto y se puso una mano en el pecho, por encima del corazón.

—Estaba por aquí y punto.

—Y yo que pensaba que erais atentos y encantadores.

Frunció el ceño.

—¿De quienes hablas?

—De los caballeros de brillante armadura, esos que salvan a las damiselas en apuros. —Me calle'. Creo que me había dado un golpe en la cabeza.

—Yo no soy tu caballero andante.

—Lo sé —susurré. Conseguí levantar las piernas y apoyar la cabeza en las rodillas. Me dolía todo el cuerpo, pero me encontraba mucho mejor que cuando aquel loco había intentado estrangularme. Pensar en ello me dio escalofríos—. ¿Dónde está ese tipo?

—Se ha marchado. Hace ya rato —me tranquilizó Daemon—. Oye, Kat...

Levanté la cabeza. Su silueta se cernía sobre mí. Me atravesó con la mirada y yo no supe qué decir. No me gustaba la sombra que proyectaba la luz de la luna sobre su cuerpo e intenté ponerme en pie.

—No es buena idea que te levantes. —Se arrodilló—. La ambulancia y la policía llegarán en cualquier momento. No quiero que te desmayes.

—No voy a... desmayarme —negué al oír al fin las sirenas.

—No quiero tener que cogerte si pierdes el conocimiento. —Se miró los nudillos un momento—. Ese hombre... ¿te dijo algo?

Quería tragar saliva, pero sentía un inmenso dolor.

—Me dijo que... yo tenía un rastro. Me preguntaba sin parar dónde estaban... No sé por qué.

Apartó la vista inmediatamente y respiró hondo.

—Vaya loco.

—Sí. Pero... ¿qué quería?

Daemon me miró y sonrió.

—¿Atacar a una chica que es tan inocente como para ayudar a un loco maniaco a cambiar su neumático?

Apreté los labios con fuerza.

—Eres un gilipollas. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez?

Se rió, divertido.

—Pues sí, gatita. Me lo dicen todos los días.

Me quedé mirándolo, incrédula.

—No sé que decirte...

—Bueno, como ya me has dado las gracias, creo que lo mejor es que no digas nada más. —Se puso de pie con un movimiento armonioso—. No te muevas, por favor. Es lo único que te pido. Quédate quieta y no te metas en más líos.

Fruncí el ceño. Ese gesto también me dolió.

Mi pseudocaballero andante estaba allí, con las piernas separadas y los brazos a los lados del cuerpo, como si se estuviera preparando para protegerme otra vez. ¿Qué pasaría si aquel loco regresaba? Quizá eso era lo que le preocupaba a Daemon.

Los hombros comenzaron a temblarme, y muy pronto los dientes también me castañearon. Daemon se quitó la camiseta y me la pasó por la cabeza con mucho cuidado para que el algodón no me rozara mi maltrecha cara. Su olor me envolvió y, por primera vez tras el ataque, me sentí segura. Con Daemon, lo que son las cosas.

Como si mi cuerpo se diera cuenta de que ya no tenía que luchar, empezó a dejarse llevar. Acabaría con otro ojo morado si me daba otro golpe contra el asfalto... Estaba segura de que iba a perder el conocimiento por segunda vez en muy pocos días. Me pregunté justo antes de desmayarme por qué siempre me pasaba eso delante de Daemon.

CAPITULO 10

No era de las que acudían a los hospitales a la primera de cambio. Los odiaba tanto como la música country. Olían a muerte y a desinfectante. Me recordaban a papá. Al inexorable paso del tiempo, que no se detenía mientras el cáncer le vaciaba la mirada y la quimio le hinchaba el cuerpo.

Y este hospital no era una excepción, aunque mi visita era un poco más compleja.

A él habían acudido el cuerpo de policía, una madre desesperada y mi malhumorado salvador, que seguía merodeando cerca de la habitación en la que me habían instalado. Sé que sonará mal y que parezco desagradecida, pero me esforzaba por no hacerle ni caso.

Mi madre, que estaba de guardia en el hospital cuando la ambulancia me llevó acompañada de la policía, se me acercaba todo el rato para acariciarme el brazo o la cara (el lado bueno). Parecía que aquel gesto le recordaba que su hija seguía viva y que sólo tenía algunos moratones. Me odiaba a mí misma por pensarlo, pero estaba empezando a ponerme de los nervios.

Estaba empezando a transformarme en una arpía.

Me dolía la cabeza y también la espalda, pero el peor dolor de todos era el que sentía en el brazo y en la muñeca. Después de toqueteármelo, apretármelo y sacarle media docena de radiografías, resultaba que no lo tenía roto. Tenía un esguince en la muñeca, una tendinitis en el brazo y bastantes rasguños y moratones. Me habían puesto la mano y el brazo en un cabestrillo.

Y ni rastro de los analgésicos que me habían prometido.

Los policías fueron bastante amables aunque un poco bruscos. Me hicieron todas las preguntas imaginables. Sabía que era importante que les dijera todo lo que recordaba, pero el susto se me empezaba a pasar y los efectos de la adrenalina habían desaparecido hacía rato. Lo único que quería era marcharme a casa.

Pensaban que se trataba de un robo que había salido mal hasta que les dije que ese tipo no me había pedido dinero. Después de repetirles las palabras de mi atacante, llegaron a la conclusión de que se trataba de un desequilibrado o de un drogadicto con el mono.

Cuando acabaron con mi interrogatorio, le toco el turno a Daemon. Parecía que se conocían: uno de ellos le dio una palmadita en el hombro y le sonrió. Eran colegas. Pues qué bien. No pude escuchar de lo que hablaban porque ahora era mi madre la que me interrogaba.

Quería que se callaran y se marcharan de allí.

—¿Señorita Swartz?

Me sorprendió oír mi apellido. Aquello me sacó de mi ensimismamiento. Uno de los policías más jóvenes se había acercado hasta mi cama. No me acordaba de su nombre y estaba demasiado hecha polvo como para buscar su placa identificativa.

—¿Qué?

—Creo que hemos acabado por hoy. Si recuerda cualquier detalle más, póngase en contacto con nosotros de inmediato.

Asentí con la cabeza y me arrepentí inmediatamente: una punzada de dolor me hizo ver las estrellas.

—Cielo, ¿te pasa algo? —me preguntó mamá con la preocupación reflejada en la voz

—Es la cabeza, que me duele.

Se puso de pie.

—Voy a buscar al doctor ahora mismo para que te dé las pastillas. —Sonrió amable—. Ya verás como luego no te duele nada.

Eso era precisamente lo que necesitaba. Lo que deseaba con todas mis fuerzas.

El agente se dispuso a marcharse, pero se volvió para decirme algo antes.

—No creo que deba usted preocuparse. Yo...

El crujido de la radio le interrumpió. Se oyó una voz metálica a través de las interferencias. «A todas las unidades disponibles, tenemos un código dieciocho en Well Springs Road. La víctima es una mujer de entre dieciséis y diecisiete años de edad. La víctima puede haber fallecido antes de la llegada de los servicios de emergencia. Equipo médico ya presente.»

Madre mía. Que me atacaran la misma noche en la que se cometía el asesinato de una adolescente, en un pueblo tan pequeño, era una casualidad muy rara. No podía ser. Miré a Daemon. Su cara lo decía todo: también lo había oído.

—Dios mío —dijo el agente antes de responder—. Unidad 414 abandonando el hospital y de camino. —Se volvió sin dejar de hablar por la radio y se marchó.

La habitación se había quedado vacía, a excepción de la presencia de Daemon, que seguía de pie apoyado en la pared, cerca de la cortina. Me miró con expresión curiosa. Me mordí el labio inferior y aparté la vista. Sentí otro pinchazo de dolor en las sienes. Me quedé en esa posición hasta que mi madre volvió apresuradamente a la habitación acompañada del médico.

—Cielo, el doctor Michaels tiene algo bueno que decirte.

—Como ya sabes, no tienes ningún hueso roto y, además, parece que tampoco tienes ninguna conmoción cerebral. Cuando te demos el alta, podrás volver a casa y descansar —dijo mientras se frotaba la cabeza cerca de las sienes, teñidas de canas. Miró a Daemon antes de volver a mirarme—. Si empiezas a notar que te mareas, tienes arcadas, ves mal o no recuerdas cosas, tienes que volver inmediatamente al

hospital.

—Vale —respondí, con la vista fija en las pastillas. Habría dicho que sí a cualquier cosa en aquel momento.

Después de que se marchara el doctor, le cogí el vasito de plástico que contenía las pastillas a mamá, que estaba bastante inquieta, y me las tragué. Me daba igual lo que fueran.

A punto de llorar, busqué la mano de mi madre, pero me interrumpió una animada voz que llegaba del pasillo.

Dee entró a toda prisa en la habitación. estaba pálida y muy preocupada.

—¡Ay, Dios mío, Katy! ¿Cómo estás?

—Bien, un poco amoratada... —Levanté el brazo y le dediqué una sonrisa frágil.

—No puedo creer lo que ha pasado. —Se volvió para mirar a su hermano—. ¿Cómo puede ser? Pensé que tú...

—Dee —le advirtió Daemon.

La chica se apartó de él y se acercó al otro lado de la cama.

—Lo siento tanto...

—No es culpa tuya.

Asintió con la cabeza, pero me di cuenta de que se sentía culpable.

Llamaron a mi madre por los altavoces. Frunció el ceño y se disculpó con la promesa de regresar en unos minutos.

—¿Podrás irte a casa pronto? —inquirió Dee.

La miré.

—Supongo que sí —respondí antes de quedarme un momento en silencio—. Cuando vuelva mi madre.

Asintió.

—¿Viste a la persona que te... atacó?

—Sí, me dijo unas cosas rarísimas. —Cerré los ojos y tuve la impresión de que tardaba más de lo normal en abrirlos de nuevo—. Que tenía que «encontrarlos». No sé... —Cambié de posición en la cama, que era muy dura. Los cardenales ya no me dolían tanto como antes—. Una paranoia.

Dee se puso pálida.

—Espero que te den el alta pronto. Odio los hospitales.

—Yo también.

Arrugó la nariz.

—Tienen un olor tan... raro.

—Eso es lo que le digo a mamá siempre, pero me dice que son imaginaciones mías.

Dee negó con la cabeza.

—No, no son imaginaciones tuyas; huelen a humedad, no sé.

Parpadeé y miré a Daemon. estaba apoyado contra la pared, con los ojos cerrados, pero yo sabía que nos escuchaba. Dee se ofreció para llevarme a casa en caso de que mamá no pudiera. Lo de aquellos gemelos no era normal: parecían de otro planeta. Eran guapos y con su presencia iluminaban aquella triste habitación. En cambio, yo podía metamorfosearme fácilmente con aquellas paredes descoloridas y aquellas cortinas verde pálido.

Qué bien. La medicación empezaba a hacer efecto. Me estaba poniendo en plan poético. Y me estaba colocando un poco.

Dee se agitaba, nerviosa, y me tapaba a Daemon. Me invadió el pánico e hice un esfuerzo por moverme para poder verlo bien. El pulso se me normalizó cuando lo conseguí. A mí no me engañaba: fingía que estaba relajado, apoyado en la pared y con los ojos cerrados, pero apretaba la mandíbula y por dentro estaba muy alerta, a punto de actuar si era necesario.

—La verdad es que lo llevas bastante bien. Yo estaría histérica, dándome golpecitos contra la pared —añadió Dee con una sonrisa.

—Ya me podré histérica —musité—; dame tiempo.

—No supe cuanto tiempo transcurrió antes de que mi madre regresara con una expresión de disgusto en su hermosos rostro.

—Cariño, perdóname por haber desaparecido así —dijo apresuradamente—. Ha habido un accidente grave, y no dejan de llegar heridos al hospital. Tendrás que quedarte aquí un poco más. Yo tengo que quedarme hasta que sepamos si tenemos que trasladarles a un hospital más grande. Ha coincidido que muchos enfermeros libran hoy, y nos falta mucho personal paa gestionar una crisis así.

La miré, estupefacta. Sentí que me ponía de mala leche. Que les dieran a todos: aquella noche casi me muero y quería a mi madre para mí.

—Señora Swartz, nosotros podemos llevarla a casa —dijo Dee—. Seguro que prefiere estar allí; a mí, por lo menos, es lo que me gustaría en una situación así... No nos cuesta nada.

Le supliqué a mamá con la mirada que me llevara ella a casa.

—Me sentiría mejor si se quedara aquí conmigo, por si tiene una conmoción cerebral. Además, no quiero que le pase nada más.

—No dejaremos que le pase nada —respondió Dee con la mirada firme—. La llevaremos a casa y nos quedaremos con ella, se lo prometo.

Mamá se debatía entre la necesidad de tenerme cerca de ella y la responsabilidad hacia los heridos en el accidente. Me sentí mal por poner a mamá en aquella situación. Seguro que verme en el hospital le había recordado a papá. Miré a Daemon y sentí que me calmaba un poco. Le dediqué una débil sonrisa a mi madre.

—No te preocupes, mamá. Ya me encuentro mejor; seguro que no me pasa nada. No quiero quedarme en el hospital.

Mamá suspiró mientras se retorció las manos.

—Parece mentira que el accidente haya tenido que pasar justamente hoy.

La llamaron de nuevo por megafonía. Hizo algo insólito: dijo una palabrota.

—¡Mierda!

Dee dio un respingo.

—Nosotros la llevaremos a casa, señora Swartz.

Mamá me miró a mí y después a la puerta.

—De acuerdo, pero si veis que está rara —se volvió para mirarme—, Katy, si te duele la cabeza más que antes, llamadme inmediatamente. ¡No, no! Mejor llamad al 911.

—Descuida —le dije para tranquilizarla.

Se inclinó hacia mí para besarme en la mejilla.

Descansa, cielo. Te quiero. —Dicho lo cual, desapareció de inmediato por el pasillo.

Mire a Dee, quién me sonreía pícara.

—Muchas gracias —le dije—, pero no es necesario que te quedes conmigo en casa.

Frunció el ceño.

—Me voy a quedar y punto. —Se dispuso a marcharse—. Voy a ver qué tengo que hacer para sacarte de aquí.

Pestañeé y ya se había marchado. Pero Daemon, en cambio, estaba más cerca. Me miraba serio desde los pies de la cama. Cerré los ojos.

—¿Vas a insultarme otra vez? Porque no estoy de humor para que me apostilles.

—Creo que quieres decir «apuntilles».

—Apostillar, apuntillar, lo que sea. —Abrí los ojos y vi que me miraba fijamente.

—¿De verdad te encuentras bien?

—Sí, fantásticamente. —Bostecé—. Tu hermana se comporta como si fuera culpa suya.

—No le gusta que nadie salga malparado —me respondió—; y por desgracia la gente que se relaciona con nosotros acaba así.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Aunque su expresión no transmitía emoción alguna, sus palabras estaban impregnadas de dolor.

—¿Y eso qué quiere decir?

No me respondió.

Dee regresó con una sonrisa en la cara.

—Ya podemos marcharnos, el doctor nos deja y ya está todo listo.

—Vamos, te llevaremos a casa. —Daemon se acercó a mí para ayudarme a incorporarme y a ponerme en pie. Aquello era insólito.

Di unos pasos como pude y tuve que pararme.

—Uf, que mareo...

Dee se mostró comprensiva.

—Creo que las pastillas comienzan a surtir efecto...

—¿He empezado ya a soltar palabrotas? —le pregunté.

—No, no, para nada —se rió Dee.

Suspiré. Estaba tan cansada que poco me faltaba para desplomarme. De repente, Daemon me llevó en volandas hasta colocarme en una silla de ruedas, no sin antes encontrarme de broces contra su torso perfecto.

—Son las normas del hospital —me explicó Daemon, quién empujó la silla de ruedas hasta que tuve que pararme para firmar un par de formularios. Después, salimos al aparcamiento.

Me ayudó a sentarme en el asiento de atrás del coche de Dee con cuidado, llevándome en brazos, para que no me diera ningún golpe.

—Oye, que puedo caminar.

—Ya lo sé. —Dio la vuelta al coche y se sentó junto a mí.

Intenté no moverme de mi sitio, y mucho menos mover la cabeza, porque supuse que no le haría demasiada gracia que me apoyara en él, pero, una vez se hubo sentado a mi lado, la cabeza se me fue con total naturalidad hacia él, hasta descansar sobre su pecho. Se quedó quieto un momento hasta que me rodeó los hombros con el brazo. Sentí que su cuerpo irradiaba calidez. Me sentía bien en aquel momento, refugiada contra él. Me daba seguridad y me recordaba el calor que había emanado de su mano antes.

Me acurruqué con el lado bueno de la cara contra la suave tela de su camiseta y sentí que me abrazaba más fuerte. Aunque quizás fuera efecto de las pastillas. Cuando el coche aparcó, yo ya estaba en otra dimensión; en un lugar donde los pensamientos chocaban unos contra otros y nada tenía sentido.

No sé si soñaba o no cuando oí a Dee. Su voz sonaba lejana y tenía un tono distinto.

—Le advertí que no fuera. Lo recuerdo como si lo viera ahora mismo.

—Ya lo sé. —Se produjo un silencio—. No te preocupes. Esta vez no pienso permitir que pase nada. Te lo prometo.

Se hizo el silencio y se oyeron algunos susurros.

—Hiciste algo, ¿no? —preguntó—. Ahora es más fuerte.

—No era... mi intención. —Daemon se movía nervioso mientras me pasaba la mano por el pelo—. Ocurrió; no pude evitarlo. Mierda.

Pasaron algunos momentos. Intenté seguir despierta, pero lo sucedido aquella noche me había dejado exhausta y finalmente sucumbí al calor de Daemon y al agradable silencio.

Cuando abrí los ojos de nuevo, los rayos de sol se colaban de nuevo por la sala de

estar, que tenía las cortinas corridas. Las partículas de polvo revoloteaban sin orden ni concierto sobre la adorable cabeza de Dee, quien dormía profundamente hecha un ovillo en la mecedora. Tenía las menudas manos perfectamente clocadas bajo la mejilla, y los labios entreabiertos. Parecía una muñequita de porcelana.

Sonreí y de inmediato me estremecí.

El pinchazo de dolor me sacó de aquel estado de ensoñación y el miedo de la noche anterior volvió a apoderarse de mí, helándome la sangre. Me quedé inmóvil unos instantes, mientras respiraba hondo para calmarme y controlar mis emociones. Estaba viva gracias a Daemon, quien además parecía haberse convertido en mi almohada.

Tenía la cabeza sobre su regazo, y él apoyaba la mano sobre la curva de mi cadera. El corazón se me aceleró. Era imposible que hubiera estado cómodo toda la noche en aquella posición.

Daemon se agitó.

—¿Todo bien, gatita?

—Daemon —le susurré mientras intentaba controlar mis emociones, bastante desbocadas—, lo siento... No quería quedarme dormida encima de ti.

—No pasa nada —me respondió mientras me ayudaba a sentarme. La habitación me daba vueltas—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Has estado aquí toda la noche?

—Sí —me dijo por toda respuesta.

Recordaba que Dee se había ofrecido a quedarse, pero no él. Despertarme con la cabeza en su regazo era lo último que esperaba, la verdad.

—¿Te acuerdas de algo? —preguntó en voz baja.

Me dolía el pecho. Asentí. Esperaba que me doliera más.

—Me atacaron ayer por la noche.

—Alguien intentó robarte —me dijo.

No; no fue así. Recordaba que el hombre me había cogido el bolso, que me había caído y que el tipo lo había tirado después. No quería el dinero.

—No quería el dinero.

—Kat...

—No. —Intenté ponerme en pie, pero no podía zafarme de su brazo—. No quería mi dinero, Daemon. Los quería a «ellos».

—Eso no tiene sentido —me respondió Daemon.

—No me digas. —Fruncí el ceño mientras trataba de mover el brazo. Lo tenía inmovilizado por la tablilla—. Todo el rato me preguntaba «por ellos» y decía no sé qué de un rastro.

—Ese tío estaba pirado —me dijo con voz grave—. Te das cuenta, ¿no? Estaba mal de la cabeza. Lo que te dijo no tenía sentido.

—No sé. No me pareció que estuviera loco.

—¿No te parece que es propio de un loco darle una paliza a una chica? —Arqueó las cejas—. Me gustaría saber entonces qué concepto tienes de la locura.

—Eso no es lo que he querido decir.

—Entonces, ¿qué has querido decir? —Daemon se movía con cuidado e intentaba no molestarme, cosa que me sorprendía—. No es más que un lunático, pero para ti no es suficiente, ¿no? Tienes que ir más allá.

—No me estoy inventando nada. —Respiré hondo para tranquilizarme—. Daemon, ese tío no era un loco normal.

—Anda, ahora resulta que eres experta en locos...

—Bueno, después de pasar un mes contigo digamos que me he sacado el máster —gruñí. Lo miré enfadada e hice el amago de irme. La cabeza me dio vueltas.

—¿Estás bien? —Se acercó y me puso una mano en el brazo que no tenía vendado—. ¿Kat?

Le aparté la mano.

—Sí, no me pasa nada.

Miró al infinito, tenso.

—Ya sé que lo de ayer te ha dejado mal, pero no hagas de esto algo que no es.

—Oye, Daemon...

—No quiero que Dee se preocupe más de la cuenta porque hay un idiota por ahí atacando a chicas. —Su mirada era dura como el acero. Y fría—. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

Me tembló el labio y me entraron ganas de llorar. Otra parte de mi quería darle una buena bofetada. Lo único que le preocupaba era su hermana. Pero qué tonta había sido... Nos miramos. Sus ojos transmitían tal intensidad que parecía que estuviera pidiéndome que lo entendiera.

En ese momento, retumbó en la sala el bostezo de Dee.

Me aparté y rompí el contacto visual. Otra vez había ganado Daemon.

—¡Bueno días! —exclamó Dee mientras ponía los pies en el suelo con gran estruendo. Algo raro para alguien tan esbelto como ella—. ¿Lleváis mucho rato despiertos?

Otro suspiro salió de los labios de Daemon. Esta vez sonó más molesto.

—No, Dee. Acabamos de despertarnos ahora mismo. Roncabas tanto que no hemos podido seguir durmiendo.

Dee resopló.

—Lo dudo mucho. Katy, ¿cómo estás?

—Un poco dolorida, pero bien en general.

Sonrió, pero en sus ojos todavía se reflejaba la culpa. Cosa que no tenía ningún sentido. Trató de peinarse los rizos pasándose las manos por encima, pero, tan pronto

como las movía, su pelo volvía a su desorden matutino.

—Creo que voy a prepararos el desayuno.

Antes de que pudiera responderle, se marchó a la cocina a toda prisa. Oí puertas abrirse y cerrarse y, a continuación, un estruendo de cacharros.

—Vale.

Daemon se puso de pie y se desperezó. Se le distinguían perfectamente los músculos bajo la camiseta. Aparté la vista.

—Mi hermana lo es todo para mí —dijo en voz baja, con tono sincero—. Haría cualquier cosa por ella y por asegurarme de que está contenta y es feliz. Por favor, no le llenes la cabeza de locuras y hagas que se preocupe.

Me sentí pequeña como una gota de agua en la inmensidad del océano.

—Eres un gilipollas, pero no voy a decirle nada. —Levanté la vista y me costó concentrarme al ver esos ojos tan brillantes—. ¿Contento?

Algo cambio en su rostro. No sé si estaba enfadado o arrepentido.

—No. No lo estoy.

Ninguno de los dos apartó la vista. El aire se volvió denso, tangible.

—¡Daemon! —gritó Dee desde la cocina—. ¡Necesito tu ayuda!

—Tendríamos que ir para ver qué está haciendo antes de que te destruya la cocina. —Se pasó una mano por la cara—. No me extrañaría que lo hiciera.

No dije nada y lo seguí por el pasillo. La luz que se colaba por la puerta abierta lo inundaba todo. Me estremecí al ver aquella claridad repentina e inmediatamente recordé que no me había peinado ni me había cepillado los dientes. Me aparté de Daemon.

—Tengo que irme... un momentito.

Arqueó una ceja.

—¿Adónde?

Me puse roja como un tomate.

—Arriba. Tengo que ducharme.

Sorprendentemente, no aprovechó la oportunidad para meterse conmigo. Asintió con la cabeza y se metió en la cocina. Cuando llegué al último escalón de la escalera, me llevé, distraída, los dedos a los labios y sentí un escalofrío. ¿Cómo de cerca había estado de morir la noche anterior?

—¿Crees que ya está mejor? —oí a Dee preguntarle a su hermano.

—Sí, no te preocupes —respondió Daemon, paciente—. No tienes nada de qué preocuparte. No pasa nada; me ocupé de todo antes de venir.

Me acerqué más al rellano.

—No me mires así; no va a pasarte nada. —Daemon suspiró, verdaderamente frustrado—. A ella tampoco, ¿vale? —De nuevo se hizo el silencio—. Teníamos que haber pensado que esto podía ocurrir.

—¿De verdad? —preguntó Dee alzando la voz—. Porque yo no quería pensarlo. Esperaba poder tener una amiga de verdad, que no le pasara nada...

Las voces se volvieron susurros y ya no entendí nada más. ¿Estaba hablando de mí? Eso era lo que parecía, pero no tenía sentido... Estaba aturdida. No entendía de qué iba todo aquello.

Daemon alzó la voz.

—¿Quién sabe, Dee? Ya veremos qué pasa. —Se quedó callado y se rió—. Creo que estás haciendo papilla los huevos. A ver, déjame que te ayude...

Escuché unos instantes más sus bromas fraternales hasta que decidí seguir con lo mío. De repente, recordé lo que había escuchado involuntariamente la noche anterior, en el coche, mientras me debatía entre el sueño y la realidad. Habían expresado su preocupación por algo que yo no comprendía.

Quería apartar de mí la molesta sensación de que me ocultaban algo. No había pasado por alto lo mucho que me había insistido Dee para que no fuera a la biblioteca. Allí había gato encerrado. Tampoco era normal la luz que vi en el exterior de la biblioteca, que me recordaba a la que había visto en el bosque, después de que apareciera el oso y me desmayara; algo que no había hecho jamás en la vida. Y qué decir del día en el lago, cuando Daemon se había transformado en Aquaman.

Caminé torpemente hasta el baño y encendí la luz. Seguro que estaba hecha un cromo. Incliné la cabeza hacia un lado y dejé escapar un grito ahogado. Sabía que me había rascado la mejilla contra el suelo; el dolor que sentí no podía ser mentira. Y que tenía el ojo hinchado. Sin embargo, allí sólo tenía un leve morado. Y la mejilla estaba rosada, como si la piel se me hubiera regenerado. Me miré el cuello. Los moratones eran muy leves, como si el ataque hubiera tenido lugar días atrás y no la noche anterior.

—¿Que cojones...?

Las heridas casi habían cicatrizado, a excepción del brazo que tenía vendado y que apenas me dolía. Otro recuerdo más: el de Daemon, en cuclillas, inclinado sobre mí en la carretera. Sus manos desprendían calor. ¿Me habían curado...? No; aquello no podía ser. Negué con la cabeza.

Mientras me miraba en el espejo, sentía que algo pasaba. Los gemelos lo sabían. Algo no encajaba.

CAPITULO 11

El lunes anterior al inicio de las clases, Dee me llevó al centro para comprar libretas mientras ella remplazaba casi todos sus útiles para el instituto por unos nuevos. Sólo nos quedaban tres días más de vacaciones y un día festivo: el día del Trabajo. Me moría de ganas de que llegara. Antes de regresar a casa, a Dee le entró el gusanillo, como siempre, y paramos en uno de sus lugares favoritos.

—Es un restaurante muy... pintoresco —le dije.

Dee sonrió, sin dejar de repiquetear el tacón de la sandalia contra el suelo.

—¿Pintoresco? Eso es lo que le parecerá a una chica de ciudad como tú, pero aquí es lo más.

Miré a mí alrededor. El Smoke Hole Diner no estaba mal; era un sitio bastante mono por el aire casero que desprendía. Me gustaban las piedras y rocas que sobresalían de los bordes de las mesas.

—Por la tarde está más animado; después de clase —añadió mientras le daba unos buenos sorbos a su bebida—. Cuesta bastante encontrar sitio.

—¿Vienes muy a menudo? —Que una chica tan guapa como Dee frecuentara este sitio me rompía los esquemas. No le pegaba comer bocadillos de pavo y beber batidos.

Y, sin embargo, allí estaba ella, disfrutando de su segundo bocata de pavo y de su tercer batido. Desde que la conocí me sorprendió la cantidad de comida que podía engullir de una vez. La verdad es que era inquietante.

—Daemon y yo venimos una vez a la semana por la lasaña. ¡Está de vicio! —Se le iluminaron los ojos con una mezcla de emoción y anhelo.

Me reí.

—Ya veo que te encanta la comida de este sitio, pero de todas formas quería darte las gracias por sacarme de casa. Tenía muchas ganas de que me diera el aire, especialmente desde que mamá está en casa. ¡No me quita el ojo de encima! Todo el rato la tengo pegada a mí.

—Se preocupa por ti.

Asentí, jugueteando con la pajita.

—Ya, especialmente desde que salió en las noticias lo de la chica que murió la misma noche en que me atacaron. ¿La conocías?

Dee bajó la vista hacia el plato y negó con la cabeza.

—No mucho. Iba un curso por debajo del nuestro, pero muchos sí la conocían; este es un sitio pequeño... Dijeron que no se sabía si la habían asesinado, ¿no? Que

podía ser un infarto. —Se quedó quieta y apretó los labios al mirar a un punto que quedaba por encima de mi hombro—. Qué raro.

—¿El qué? —le pregunté. Me volví a toda prisa para ver qué era lo que miraba. A Daemon.

Dee tenía la cabeza inclinada a un lado. El largo cabello le caía en cascada, descuidadamente.

—No sabía que vendría.

—Bueno... Ya llegó el innombrable.

A Dee le dio un ataque de risa que hizo que toda la cafetería nos mirara.

—¡Me parto!

Me hundí en la butaca. Desde la mañana en que Dee y él me habían preparado el desayuno, me había evitado, y a mí me daba igual. Había querido darle las gracias por salvarme la vida, sin insultos de por medio, pero las pocas veces que habría podido hablar con él, me había advertido con la mirada que no me atreviera a acercarme a él.

Seguramente Daemon era físicamente el hombre más perfecto que jamás había visto —su cara haría las delicias de cualquier retratista—, pero a la vez tenía bastante papeletas para ser el cretino más grande sobre la faz de la Tierra.

—No va a acercarse, ¿verdad? —le susurré a Dee, a quien parecía divertirse aquella situación.

—Hola, hermanita.

Respiré hondo al oír aquella voz ronca. Escondí el brazo vendado bajo la mesa. Seguro que si lo veía se acordaba de lo molesta que había sido para él.

—Hola —dijo mientras apoyaba la barbilla en una mano—. ¿Qué haces por aquí?

—Tengo hambre —respondió con tono seco—. Y aquí es donde la gente viene a comer, ¿no?

Me quedé mirando fijamente mi plato de hamburguesa con patatas a medio comer. Jugueteeé con las patatas mientras deseaba con todas mis fuerzas metamorfosearme con aquellos reservados de colores rústicos hasta que se marchara. Me obligué a pensar en cualquier otra cosa: libros, programas de televisión, pelis, Daemon, el césped que se veía en el exterior...

—Todo el mundo menos tú, claro, que obviamente has venido a jugar con la comida.

«Mierda.» Fingí la sonrisa más alegre que pude permitirme y me armé de valor. La sonrisa se me derrumbó tan pronto como lo miré a los ojos. Me observaba expectante, como si supiera lo que en realidad estaba pensando en aquel momento y quisiera que me rebotara.

—Sí, claro. Mi madre siempre me lleva al comedor infantil y por eso ahora estoy un poco fuera de lugar. Qué lástima que no me hayan dado un babero.

Dee se rió y miró a su hermano.

—¿A que es genial?

—Sí; un encanto de chica. —Se cruzó de brazos y su tono recuperó el tono seco de siempre—. ¿Cómo está tu brazo?

La pregunta me pilló desprevenida. La verdad era que ya no me dolía. Quería quitarme la venda, pero mamá se oponía a que me la quitara incluso para ducharme.

—Mejor, gracias...

—No me des las gracias —interrumpió, pasándose una mano por le pelo—. Tienes la cara mucho mejor, por cierto.

Me llevé la mano a la mejilla de forma inconsciente.

—Pues gracias. —Miré a Dee, incrédula.

Ella intercambió una mirada conmigo antes de volverse hacia su hermano.

—¿Quieres comer con nosotras? Ya casi hemos acabado.

Esta vez fue Daemon quien se rió.

—No, gracias.

Volví a jugar con las patatas. Como si comer con nosotras fuera la idea más absurda del mundo.

—Pues vaya. Es una pena. —Dee no perdía comba.

—¡Daemon, ya estás por aquí!

Levanté la vista al oír aquella voz de chica que no ocultaba su contento. Una muchacha rubia, bajita y guapa lo saludaba desde la entrada. Daemon le devolvió el saludo sin demasiado entusiasmo, y la chica prácticamente se acercó de un bote a nuestra mesa. Cuando llegó hasta Daemon, se estiró y le plantó un beso en plena mejilla antes de rodearlo con un brazo en plan posesivo.

Sentí una punzada desagradable en el estómago. ¿Tenía novia? Miré a Dee, quien no parecía muy contenta.

La chica finalmente nos miró.

—¿Qué tal, Dee?

Esta le dedicó una sonrisa muy tensa.

—Bien, Ash. ¿Y tú?

—Superbién —contestó acercándose más a Daemon, como si fuera una bromita secreta entre los dos.

Me costaba respirar.

—¿No ibas a marcharte con tus hermanos? Pensaba que ibais a volver cuando empezaran las clases —le dijo con un destello de dureza en sus ojos, habitualmente cálidos.

—Bueno, he cambiado de opinión. —Miró de nuevo a Daemon, quien empezaba a agitarse, nervioso.

—Qué interesante —le respondió Dee con expresión felina—. Ay, qué

maleducada soy. Te presento a Katy. —Gesticuló en dirección a mí—. Es nueva en el pueblo.

Forcé una sonrisa. No tenía ningún motivo para estar celosa o para que me importara un pimiento, pero, Dios, la chica era muy guapa.

La sonrisa de Ash se esfumó. Dios un paso atrás.

—¿Así que es esta?

Miré apresuradamente a Dee.

—No puedo hacerlo, Daemon. Quizás vosotros sí podéis, pero yo no. —Ash se apartó el pelo con una mano muy bronceada—. Está mal.

Daemon suspiró.

—Ash...

La chica frunció los labios.

—He dicho que no.

—Ash, si ni siquiera la conoces. —Dee se había puesto en pie—. No seas así.

Todo el mundo nos observaba.

Sentí una mezcla de vergüenza y enfado al mirar a Ash.

—Perdona, pero ¿te he hecho algo o qué?

Ash me miró con unos ojos increíblemente azules.

—Pues sí, existir, para empezar.

—¿Qué? —exclamé.

—Ya me has oído —me espetó la rubia antes de volverse hacia Daemon—. ¿Esta es la razón de todo el descontrol? ¿El motivo de que mis hermanos andan como locos por todo el país...?

—Ya basta. —Daemon agarró a Ash del brazo—. Hay un McDonald's al final de la calle. Te compraremos un Happy Meal para que te tranquilices un poco.

—¿De qué descontrol hablas? —pregunté. Me moría de ganas de levantarme y tirarle del pelo.

—Del descontrol que está haciendo que todo se vaya a la mierda.

—Bueno, ha sido divertido, pero yo me marchó. —Daemon le hizo un gesto con la ceja a su hermana—. Te veré en casa.

Los observé marcharse, muerta de rabia. Y dolida.

Dee se acomodó en la butaca.

—Mierda, Kat, lo siento. Es una zorra total.

La miré. Me temblaban las manos.

—¿Por qué ha dicho esas cosas?

—No lo sé. Puede que esté celosa. —Dee jugueteó con la pajita de su batido evitando mirarme a los ojos—. Ash siempre ha estado pillada por Daemon. Antes salían juntos.

No pude reaccionar a aquella frase.

—Bueno, el caso es que se ha enterado de que acudió en tu rescate y, claro, ahora te odia.

—¿En serio? —No me creía nada de lo que me decía—. ¿Me ha dicho todo eso porque Daemon evitó que me mataran? —Frustrada, di un golpe con el brazo vendado contra la mesa y me estremecí—. Y encima Daemon me trata como si fuera una terrorista. Es absurdo.

—Daemon no te odia —me contestó en voz baja—. Creo que eso es lo que quiere, si te soy sincera, pero no puede. Por eso se comporta así.

Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—¿Por qué iba a querer odiarme? Yo no quiero odiarlo, pero me lo pone difícil.

Dee me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Katy, lo siento. Mi familia es un poco rara, como este pueblo. Y como Ash. Su familia es amiga de la nuestra. Y tenemos muchas cosas en común.

Me quedé mirándola, a la espera de saber qué narices tenía aquello que ver con que Ash se hubiera portado como una bruja conmigo.

—Tiene dos hermanos, ¿sabes? —dijo Dee mientras se reclinaba en su asiento y miraba con desgana su plato—. Se llaman Adam y Andrew. Son trillizos.

—Un momento —la interrumpí, boquiabierta—. ¿Me estás diciendo que en el pueblo hay trillizos? Y vosotros sois gemelos...

Dee arrugó la nariz al asentir.

—¡Es un pueblo de quinientos habitantes!

—Ya lo sé, es raro —me dijo, levantando la vista—. Pero tenemos eso en común, y tenemos una relación muy estrecha. Los pueblos pequeños pueden ser bastante ingratos con los raros. Y más o menos salgo con su hermano Adam.

Aluciné.

—¿Tienes novio? —Cuando asintió, negué con la cabeza—. Nunca me había hablado de él.

Se encogió de hombros y apartó la vista.

—Bueno, no tenía pensado hablar de él. No nos vemos mucho...

Cerré la boca. ¿Qué chica no habla de su novio? Si yo tuviera uno hablaría de él. Por lo menos una vez. O quizá dos. Vi a Dee bajo una luz distinta; me pregunté cuanto más estaría ocultándose. Me eché hacia atrás y miré más allá de Dee. Sentí que se me caía la venda de los ojos.

Empecé a darme cuenta de cosas. De detalles.

La camarera pelirroja que llevaba un lápiz en el moño, por ejemplo, no paraba de mirarme y de tocar la gema negra que pendía de su collar. Un señor entrado en años que estaba sentado en la barra nos miraba fijamente mientras murmuraba algo entre dientes para sí mismo. Parecía que estaba un poco loco. Observé a los demás clientes de la cafetería. Una señora con traje de ejecutiva me llamó la atención. Dijo algo con

desprecio y se volvió hacia su acompañante, quien miró por encima del hombro de la mujer y palideció.

Me volví a toda prisa para mirar a Dee, quien parecía ajena a todo; aunque quizá hacía lo posible por ignorarlo. La tensión se palpaba en el ambiente. Parecía que alguien hubiera dibujado una línea en el suelo y yo la hubiera cruzado. Sentía que todos me miraban con desconfianza y con otra emoción que era mucho peor.

Miedo.

Lo último que quería era llevar el brazo entablillado el primer día de clase, pero, como mi madre insistió en que debía esperar a la revisión (que justo era después de ese primer día), a las reacciones de «¡Anda, una nueva!» se le añadieron las de «¡Anda, una nueva a la que han dado una paliza!» nada más llegar al instituto.

Todos me miraban como si fuera un perro verde. No sabía si sentirme como una famosa o como una loca que acababa de escaparse del psiquiátrico. Nadie me dirigía la palabra.

Por suerte, era fácil orientarse por el instituto y no me costó encontrar las aulas. Estaba acostumbrada a institutos de cuatro pisos, con multitud de alas y patios. Aquel sólo tenía un par de plantas.

Encontré el aula principal sin problemas y me senté en un pupitre entre miradas curiosas y alguna que otra sonrisa tentativa. A segunda hora localicé a mis vecinos: Daemon entró con paso tranquilo en clase segundos antes de que sonara la campana, con una sonrisa despreocupada. Se hizo el silencio y algunas chicas incluso dejaron de escribir en sus libretas.

Daemon había hecho aparición en el aula pavoneándose, como si fuera una estrella de rock. Todos lo miraban, especialmente cuando se lanzó el libro de trigonometría de una mano a otra y a continuación se pasó una mano por las alborotadas y gruesas ondas del pelo, que le caían descuidadas sobre la frente. Llevaba los tejanos bastante bajos, de modo que cuando levantaba el brazo dejaba entrever un retazo de piel dorada que hacía que la clase de mates resultara mucho más emocionante.

La chica pelirroja del pupitre de al lado dijo entre dientes:

—Madre mía, está para comérselo. Ojalá me prepararan un bocadillo de Daemon en la cafetería. Lo que yo daría por pegarle un buen mordisco.

Otra chica dejó escapar una risita nerviosa.

—¡Qué bruta eres!

—Y de acompañamiento podían ponerme a los gemelos Thompson —contestó la pelirroja, que se sonrojó cuando tuvo cerca a Daemon.

—Lesá, tía, eres un putón —se rió la morena.

Desvié la mirada hacia mi libreta, pero aún así supe que se había sentado en el pupitre que quedaba justo detrás del mío. Sentí un hormigueo en la espalda y, un

segundos más tarde, algo me rozó la espalda. Me mordí el labio y miré por encima del hombro.

Daemon me dedicó una de sus sonrisas torcidas.

—¿Cómo tienes el brazo, gatita?

Por dentro sentía temor y emoción a la vez. ¿Me estaba escribiendo algo en la espalda? No me sorprendería nada. Sentí que me ponía roja por efecto de aquellos ojos verdes.

—Bien —le respondí mientras me echaba el pelo hacia atrás—. Mañana me quitan la tablilla, creo.

Daemon tamborileó con el boli en el pupitre.

—Entonces seguro que la cosa cambia.

—¿El qué cambia?

Hizo un círculo en el aire con el bolígrafo, al parecer refiriéndose a mi sentido de la moda.

—Eso que llevas puesto.

Entrecerré los ojos. No sabía a qué se refería; mis vaqueros y mi camiseta eran de lo más normalitos. Tenía el mismo aspecto que el resto de la clase, a excepción de los chicos que llevaban la camisa por dentro de los pantalones. No había visto a nadie todavía que llevase un sombrero vaquero ni el pelo crepado. La gente del instituto era igual que la de Florida, aunque con menos potencial para tener cáncer de piel.

Lesya y su amiga se habían quedado calladas y nos observaban a Daemon y a mí boquiabiertas. Si Daemon me soltaba alguna puya de las suyas, era capaz de darle una paliza allí mismo. Por lo menos la tablilla le haría algo de daño.

Se echó hacia delante en el pupitre y sentí su cálido aliento en la mejilla al hablarme:

—Lo único que digo es que cuando te quiten la tablilla y el cabestrillo la gente te mirará menos.

Ni por un segundo creí que eso era a lo que se refería. Además, como estaba aun milímetro de mi cara, toda la clase nos estaba mirando. Y no apartábamos la mirada el uno del otro. Estábamos en plena competición por ver quien la apartaba primero, y no pensaba ser yo. Entre nosotros pasó algo que me recordó a la extraña corriente que había sentido con él antes.

El chico que estaba la lado de Daemon sentenció:

—Ash va a darte una buena paliza, Daemon.

Este sonrió todavía más.

—No, le gusto demasiado.

El chico se rió.

Sin quitarme los ojos de encima, acercó aún más su pupitre.

—¿Sabes una cosa?

—Sorpréndeme.

—He encontrado tu blog.

Ay, Dios. ¿Cómo lo había encontrado? Un momento; la pregunta que debía hacerme era la siguiente: ¿por qué lo había encontrado? Mi blog no podía buscarse a través de Google... Estaba flipando en colores.

—Ya estás acosándome otra vez, ¿no? ¿Tengo que llamar a la poli para que te ponga una orden de alejamiento?

—Ni en sueños, gatita. —Sonrió—. Ah, espera, que ya salgo en ellos, ¿verdad? Puse los ojos en blanco.

—Más bien apareces en mis pesadillas, Daemon.

Sonrió y le brillaron los ojos. Me entraron ganas de sonreírle, pero por suerte el profesor empezó a pasar lista, poniendo punto y final a lo que fuera que estuviera pasando entre nosotros. Me di la vuelta y suspiré.

Daemon se rió casi sin hacer ruido.

Cuando sonó la campana que señalaba el final de la clase, me marché a toda pastilla de allí, sin mirar a Daemon. Las mates eran un palo, pero iban a serlo todavía más si lo tenía cada día sentado detrás de mí.

Ya en el pasillo aparecieron Lesa y su amiga, quienes se pusieron a caminar a mi lado.

—Eres nueva —dijo la morena. Que observadora.

Lesa puso los ojos en blanco.

—Hija, que obviedad, Carissa.

Carissa hizo caso omiso de lo que le decía su amiga y se subió el puente de las gafas, de montura cuadrada, nariz arriba, mientras esquivaba a un chico que estaba haciendo el memo por el pasillo, lleno de alumnos.

—¿Por qué conoces tan bien a Daemon Black?

Pensar que las primeras personas que me dirigían la palabra lo hacían porque había hablado con Daemon me fastidió bastante.

—Soy su vecina; me mudé en julio.

—Joder, que envidia. —Lesa frunció los labios—. Casi todo el mundo se cambiaría por ti.

Pues yo me cambiaría por ellos.

—Por cierto, me llamo Carissa y esta es Lesa, por si todavía te quedaban dudas. Somos de aquí de toda la vida. —Carissa esperó.

—Yo soy Katy Swartz, de Florida. —No tenían un acento especialmente cerrado para ser de la América profunda, cosa que me sorprendió.

—¿Eres de Florida y vienes a vivir aquí, a Virginia Occidental? —Lesa tenía los ojos como platos—. ¿Te has vuelto loca o qué?

Sonreí.

—La que se ha vuelto loca es mi madre.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —me preguntó Carissa mientras me seguían escaleras arriba.

Había tanta gente en aquellas escaleras que no tenía ganas de decir a los cuatro vientos lo que me había pasado, aunque al parecer Lesa ya lo sabía.

—La atacaron cerca de la biblioteca, ¿no te acuerdas? —Lesa le dio un golpecito a Carissa con su marcada cadera—. La misma noche que murió Sarah Butler.

—Ostias, es verdad —repuso Carissa frunciendo el ceño—. Mañana hay un acto en su memoria en la concentración de animadores. Qué desgracia.

No supe qué contestar y me limité a asentir.

Lesa sonrió cuando llegamos al segundo piso. Me tocaba Inglés, al final del pasillo, y estaba segura de que en esa clase estaba Dee.

—Bueno, encantada de conocerte. Aquí no viene mucha gente nueva...

—No —ratificó Carissa—. Los últimos en llegar fueron los trillizos, y eso fue en el primer año de instituto.

—¿Te refieres a Ash y a sus hermanos? —pregunté, confundida.

—Y a los Black —respondió Lesa—. Lo seis llegaron con pocos días de diferencia. Todo el instituto flipó.

—Un momento. —Me quedé quieta en medio del pasillo, chocando como consecuencia con gente que me miró mal—. ¿Cómo que «los seis»? ¿Llegaron todos a la vez?

—Más o menos —dijo Carissa mientras se subía las gafas otra vez—. Y Lesa tiene razón: los siguientes meses fueron una locura. Pero es normal que alucináramos, ¿no?

Lesa se paró junto a la puerta de un aula y arqueó una ceja.

—¿No sabes que los Black también eran tres?

Mi confusión iba en aumento. Negué con la cabeza.

—No; sólo son Daemon y Dee, ¿no?

Sonó la campana y tanto Lesa como Carissa se quedaron mirando como se llenaba el aula. Lesa fue la primera que decidió intervenir:

—Eran trillizos. Dee y dos chicos; Daemon y Dawson. Eran como dos gotas de agua; como los hermanos Thompson. Saber quién era quién era misión imposible.

La miré sin poder reaccionar.

Carissa sonrió, triste.

—El hermano, Dawson... desapareció hace cosa de un año. Casi todo el mundo cree que está muerto.

CAPITULO 12

No pude preguntarle nada a Dee sobre su otro hermano en clase de Inglés porque llegué tarde. Además, estaba demasiado dolida para hablar del tema. No podía creer que tuviera otro hermano y que nunca me hubiera hablado de él. Ni de sus padres, de sus novios o de lo que hacen en sus días libres.

Que hubiera desaparecido o pudiera estar muerto me hacía sufrir por ellos, aunque no me hubieran explicado nada. Sabía perfectamente lo que era perder a alguien. Además, era muy raro que dos familias que no tenían nada que ver se mudaran al mismo pueblo remoto en cuestión de días; claro que Dee había dicho que los Thompson eran amigos de la familia... Quizá lo habían planificado así.

Después de la clase, Ash y otro chico rubio que habría podido pasar perfectamente por modelo abordaron a Dee. No me costó aventurar que se trataba de uno de los gemelos Thompson. Cuando al fin se marcharon, lo único que me dijo Dee es que nos viéramos a la hora de comer, antes de que tuviéramos que salir pitando a las siguientes clases.

Mi siguiente asignatura era Biología. Lesa estaba en mi clase, y eligió el pupitre de delante con una sonrisa.

—¿Qué tal va tu primer día? —Me reí.

—Bien; normalito. —Normalito con la excepción de todo lo que me había contado—. ¿Y el tuyo?

—Aburrido y muy largo —me contestó—. Tengo ganas de que se acabe el curso y de marcharme de aquí para vivir en un sitio normal.

—¿Qué quieres decir? —Me reí.

Lesa se echó hacia atrás y colocó los brazos sobre mi mesa.

—En este pueblo pasan cosas muy raras. Hay gente que se comporta de un modo extraño, por así decirlo.

Me vino a la cabeza la imagen de un pueblerino casado con su hermana, pero dudaba mucho que se refiriera a eso.

—Dee me dijo que había gente antipática y eso.

—Ya, seguro que te diría algo así.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Abrió mucho los ojos y negó con la cabeza.

—No lo digo como si fuera algo malo, sólo que algunas personas de por aquí no la ven a ella ni a los suyos con buenos ojos.

—¿A los suyos? —repetí despacio—. No sé que significa eso.

—Ni yo. —Lesá se encogió de hombros—. Como te decía, la gente de la zona es rara, como el pueblo. Hay quien dice que ve a hombres de negro (vestidos con traje, quiero decir, no los de la peli). Creo que son del Gobierno; yo misma los he visto. Y, bueno, también se dice que se ven otras cosas...

En ese momento recordé al tipo raro que había visto al ir a comprar.

—¿Qué tipo de cosas?

Lesá miró hacia la tarima, sonriente. El profesor todavía no había llegado. Se acercó más a mí y me habló en un susurro:

—Bueno, puede que esto te parezca una locura, pero quiero que te quede claro que yo no me creo estas paparruchas, ¿vale?

La cosa empezaba a ponerse interesante.

—Vale.

Los ojos oscuros le brillaron un instante.

—Hay gente de la zona que dice que ha visto... unas luces cerca de Seneca Rocks. Dicen que tienen forma... humana; algunos creen que son fantasmas o alienígenas.

—¿Alienígenas? —Se me escapó la risa y atraje algunas miradas.

—En serio, tía —repetió con una sonrisa—. Yo no me lo creo, pero de vez en cuando viene algún que otro friki en busca de pruebas; no te tomo el pelo. Esto es como lo de Point Pleasant.

—Nunca he oído hablar de ese sitio.

—¿Conoces la historia del hombre polilla? —Cuando vio mi cara de empanada, se le escapó la risa—. Bueno, es otra de esas historias descabelladas sobre una especie de libélula gigante que avisa a las personas antes de que se produzca una catástrofe. Hacia el norte, en Point Pleasant, hay quien dice que lo ha visto antes de que se derrumbara un puente y matara a un grupo de personas. Y algunos días antes de que eso pasara, dicen que vieron a hombres trajeados por la zona.

Abrí la boca para responder, pero justo entonces entró el profe. Al principio no le reconocí. llevaba el pelo castaño apartado de la frente y el pelo perfectamente planchado, a diferencia del día en que lo vi con tejanos y camiseta.

Matthew era el señor Garrison, mi profe de Biología. El mismo tipo que estaba en casa de Daemon después de nuestra excursión al lago.

Recogió algunos papeles de la mesa y levantó la vista para echarle un vistazo a la clase. Me vio y sentí que se me helaba la sangre.

—¿Te pasa algo? —me susurró Lesá.

El señor Garrison me sostuvo la mirada un instante más antes de apartarla. Respiré al fin.

—No —musité mientras tragaba saliva—; no te preocupes.

Me eché hacia atrás en la silla y miré al frente con la mirada perdida mientras el señor Garrison empezaba a dar la clase. Habló de los materiales que necesitábamos y de las sesiones de laboratorio en las que íbamos a participar. Una de las tareas, para mi desgracia, era hacer la autopsia de un animal. El concepto de despedazar a un animal, estuviera muerto o no, me daba escalofríos.

Aunque más escalofríos me daba el señor Garrison, eso desde luego. Durante la clase noté su mirada clavada en mí; era como si pudiera ver a través de mí. ¿Qué demonios estaba pensando?

La cafetería del instituto estaba cerca del gimnasio, y era un espacio rectangular y alargado que olía a comida recalentada y a desinfectante. Puaj. La sala estaba llena de mesas blancas; casi todas estaban ocupadas cuando llegué. Me puse en la fila y vi a Carissa.

La chica se volvió y me sonrió al reconocirme.

—Hoy hay espaguetis. Bueno, lo que entienden en la cafetería por espaguetis.

Hice una mueca y me serví algunos en la bandeja.

—No tienen tan mala pinta...

—Comparados con el pastel de carne, no. —Se sirvió unos *noodles* y un poco de ensalada. Después eligió la bebida—. Lo sé, lo sé: el batido de chocolate y los *noodles* no pegan ni con cola.

—La verdad es que no. —Me reí mientras cogía una botella de agua—. ¿Está permitido comer fuera del recinto?

—No, pero si salimos nadie nos dice nada. —Carissa le dio algunos dólares a la cocinera antes de volverse hacia mí.

—¿Te sientas con alguien?

Mientras sacaba el dinero para pagar la comida, hice que sí con la cabeza.

—Sí, con Dee, ¿Y tú?

—¿Qué? —exclamó.

Levanté la vista. Carissa me miraba boquiabierta.

—Que me siento con Dee; seguro que tú también...

—No, no puedo sentarme con ella. —Carissa me agarró por el brazo y me sacó de la cola.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué no? ¿Tienen la lepra o no?

Se subió las gafas mientras ponía los ojos en blanco.

—No; son majos, pero la última chica que se sentó con ellos desapareció de la faz de la Tierra.

Se me hizo un nudo en el estómago y dejé escapar una risa nerviosa.

—Estás de broma, ¿no?

—No —respondió muy seria—. Desapareció casi a la vez que su hermano.

No daba crédito. ¿Qué más iba a descubrir ese día? ¿Qué el Ratoncito Pérez existía de verdad? Lo de los alienígenas, el hombre polilla y los hombres de negro era ya demasiado...

Carissa echó un vistazo a una de las mesas. Allí estaban sentados sus amigos y había algunas sillas libres.

—Se llamaba Bethany Williams. La cambiaron a este instituto a mitad de su segundo año, un poco después de que llegaran ellos. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la parte de atrás de la cafetería—. Empezó a salir con Dawson, y los dos desaparecieron al inicio de su tercer año de instituto.

¿De qué me sonaba aquel nombre? Qué más me daba; cada vez sabía menos cosas de Dee...

—En fin. Oye, ¿quieres sentarte con nosotros? —me preguntó Carissa.

Negué con la cabeza, sintiéndome mal de inmediato por rechazar su oferta.

—Le prometí a Dee que hoy me sentaría con ella.

Carissa se dio por vencida y me dedicó una sonrisa frágil.

—¿Quizás mañana?

—Sí. —Sonreí—. Mañana seguro.

Me puse bien la mochila y llevé la bandeja hacia la parte de atrás de la cafetería. Enseguida vi a Dee: hablaba con uno de los hermanos Thompson mientras jugueteaba con un mechón de aquel pelo oscuro tan bonito que tenía. Delante del chico rubio que habría podido ser modelo había otro chico, que quedaba de espaldas a mí. Estaba medio sentado en la mesa. Me pregunté cual de los dos sería el medio noviete que tenía... Apenas quedaba un hueco libre en la mesa... salvo dos espacios. Todos eran chicos, a excepción de Dee.

Y entonces vi la melena rubia ultrasedosa de Ash detrás del chico que estaba sentado casi a horcajadas en la mesa. Era raro, pero se la veía más que a los otros. Segundos después supe por qué.

Estaba sentada encima de Daemon. La chica le había pasado los brazos alrededor del cuello y aprovechaba para frotarse contra él y sonreír por algo que había dicho.

Estaba flipando o ese tío había intentado darme un beso en el porche? Estaba seguro de que no me lo había imaginado... Daemon era lo peor.

—¡Katy! —exclamó Dee.

Todos los que estaban sentados levantaron la vista para mirarme. Incluso el gemelo que estaba de espaldas se dio la vuelta. Vi la sorpresa reflejada en sus ojos celestes. El otro gemelo se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos. El desdén que se reflejaba en su rostro me impactó bastante.

—Siéntate con nosotros —dijo Dee, dándole un golpecito a la mesa—. Estábamos hablando de...

—Un momento —repuso Ash. Una mueca de disgusto se reflejó en sus labios,

perfectamente pintados de rojo—. Lo de invitarla a que se siente con nosotros es una broma, ¿no?

Otra vez sentí un nudo en el estómago. No me salían las palabras.

—Cállate, Ash —la reprendió el gemelo que acababa de darse la vuelta—. Qué ganas de montar el numerito.

—No estoy montando ningún numerito. —Se abrazó con más fuerza a Daemon—. No tiene porque sentarse con nosotros.

Dee suspiró.

—Ash, no seas bruja. No quiere robarte a Daemon.

Sentí que me ponía como un tomate con lo incómodo de la situación. Ash desprendía tal odio que lo sentía llegar hacia mí en oleadas.

—Eso no es lo que me preocupa —se burló Ash mientras me miraba con desprecio—. De verdad.

Cuanto más tiempo pasaba allí, más estúpida me sentía. Miraba a Dee y después a Daemon, pero este miraba por encima del hombro de Ash a algún lugar indefinido, con la mandíbula apretada.

—Siéntate y no le hagas caso —dijo Dee, empujándome hacia delante—. Ya se le pasará.

Empecé a poner la bandeja en la mesa.

Daemon susurró algo y Ash le dio un golpecito coqueto en el brazo. Nada disimulado, por cierto. Le rozó el cuello con la mejilla y aquel sentimiento oscuro y no deseado reaccionó en mi interior.

Aparté los ojos de la parejita y me concentré en mirar a Dee.

—No sé si es buena idea.

—No lo es —me espetó Ash.

—Cállate —exclamó Dee antes de decirme con tono dulce—: Perdóname por relacionarme con zorras como esta.

Casi sonreí, pero la quemazón que sentía en el pecho empezaba a llegarme a la garganta y me recorría la espalda.

—¿Seguro? —me oí decir a mí misma.

Daemon apartó la cabeza del cuello de Ash el tiempo suficiente para mirarme largo rato de un modo raro.

—Creo que está bastante claro si queremos que te quedes o no.

—Daemon —le dijo entre dientes Dee, ruborizada. Se volvió hacia mí con lágrimas en los ojos—. No lo dice en serio...

—¿Lo dices en serio o no, Daemon? —preguntó Ash desde el regazo de Daemon, ladeando la cabeza para mirarle.

Antes de que nuestras miradas se encontraran, el corazón ya me iba a mil. Sus ojos parecían resguardarse de los míos.

—Lo digo totalmente en serio. —Se inclinó sobre la mesa y me miró a través de las espesas pestañas—. No te queremos aquí.

De volvió a hablar, pero yo ya no oía nada. Sentí que la cara me ardía. La gente empezaba a mirarnos. Uno de los Thompson sonrió estúpidamente mientras el otro parecía querer que lo tragara la tierra. El resto de los chicos que estaban sentados a la mesa tenían la vista clavada en sus platos. Uno de ellos soltó una risita.

Nunca me había humillado tanto en toda la vida.

Daemon se volvió y se puso a mirar otra vez por encima del hombro de Ashley.

—Venga, pírate —me dijo Ashley gesticulando con sus finos y largos dedos.

Aquellas caras que me miraban con una mezcla de pena y de vergüenza ajena me hicieron revivir lo sucedido tres años atrás, el primer día que regresé al colegio después de la muerte de mi padre. Me puse a llorar en clase de Inglés, cuando supe que íbamos a leer *Historia de dos ciudades*, el libro favorito de mi padre. Todo el mundo se me había quedado mirando. Algunos, con tristeza, y otros, sintiendo vergüenza ajena.

Rememoré también las miradas de los policías y los enfermeros en el hospital, la noche en que me atacaron, recordándome mi indefensión.

Odiaba aquellas miradas.

Y las odiaba en aquel momento. Lo que hice no tiene justificación posible, excepto que necesitaba...

Agarré con fuerza los extremos de la bandeja, me incliné sobre la mesa y volqué su contenido en la cabeza de Daemon y de Ash, que se llenaron de salsa y de espaguetis. Casi todo el pringue rojo fue a parar encima de Ash, y los fideos en el hombro de Daemon. Un espagueti largo se le quedó colgado en la oreja.

Se oyó un grito ahogado en las mesas.

De se llevó la mano a la boca, sorprendida y casi incapaz de contener la risa.

Ash se puso de pie de un brinco, chillando y extendiendo las manos a los lados del cuerpo. Teniendo en cuenta lo horrorizada que estaba la chica, parecía que aquel líquido rojo que acababa de tirarle por encima fuera sangre...

—Serás... —masculló enfadadísima mientras se pasaba la palma de la mano por la mejilla manchada de salsa.

Daemon se quitó el espagueti de la oreja y los inspeccionó antes de dejarlo sobre la mesa. Acto seguido hizo algo rarísimo.

Se echó a reír.

Se puso a reír de verdad, con tantas ganas que sus ojos de color menta se contagiaron del buen humor y brillaron como los de su hermana.

Ash apretó los puños con fuerza.

—Voy a acabar contigo.

Daemon se puso en pie de un brinco y rodeó a la chica por la cintura. Se le pasó

el buen humor de repente.

—Tranquilízate —le dijo con suavidad—. Te lo digo en serio: cálmate.

Ash quiso apartarse de Daemon pero no llegó muy lejos.

—Te juro por las estrellas y por los soles que acabaré contigo.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿No será que ves demasiados dibujos animados, bonita? —Esa lagarta lo tenía claro si quería meterse conmigo. Comprobé el peso de la tablilla y pensé seriamente en pegarle a alguien por primera vez en la vida.

Tuve la impresión de que, por un instante, los ojos se le volvían de un color ámbar brillante. Justo entonces hizo acto de presencia el señor Garrison. Se quedó plantado junto a la mesa.

—Creo que ya es suficiente.

Y así, en un abrir y cerrar de ojos, Ash se sentó sin discutir. Se calmó un poco, me miró y agarró un puñado de servilletas de la mesa.

Daemon se quitó con parsimonia y sin abrir la boca los espaguetis que se le habían quedado pegados en el hombro. Pensaba que en cualquier momento explotaría y me diría cuatro cosas, pero, igual que su hermana, parecía que estaba intentando contener la risa.

—Creo que será mejor que se vaya a comer a otra parte —me dijo el señor Garrison en voz baja para que solo me oyeran los presentes en la mesa—. Ahora mismo.

Sorprendida, cogí mi mochila y me quedé esperando que me dijera que tenía que ir a ver al director o esperar a que vinieran más profesores. Pero no fue así. El señor Garrison se limitó a mirarme y esperar. Entonces me di cuenta. Como los demás quería que me marchara de allí.

Asentí mecánicamente, me di la vuelta y salí de la cafetería. Noté unas cuantas miradas clavadas en mi espalda, pero supe guardar la compostura. No hice nada cuando Dee me llamó ni cuando pasé por delante de Lesa y de Carissa, que se habían quedado alucinadas.

No pensaba venirme abajo. Aquello no iba a pasarme otra vez. Estaba hasta del rollo raro de Daemon y de que se metieran conmigo. Yo no había hecho nada.

Estaba hasta de ser la Katy indefensa de siempre.

CAPITULO 13

Cuando las clases llegaron a su fin, ya me había ganado el sobrenombre de «La chica que le tiró la bandeja encima al grupito de los guays». Esperaba que en algún momento alguien se metiera conmigo por los pasillos o en alguna clase, especialmente cuando vi a uno de los gemelos Thompson en clase de Historia y a Ash (que ya se había cambiado de ropa) mirándome con cara de pocos amigos al lado de su taquilla.

Pero no pasó nada.

Dee se disculpó profusamente antes de la clase de Gimnasia, y acto seguido me dio un abrazo por lo que había hecho. Me hablaba mientras hacíamos cola para jugar a voleibol, pero yo... no reaccionaba. Que Ash me odiaba era incuestionable. Pero ¿por qué? No podía ser por Daemon. Tenía que haber algo más; pero no sabía el qué.

Conduje a casa después de las clases. Intentaba buscarle sentido a todo lo que me había pasado desde mi llegada. El primer día había notado algo raro en el porche y en casa. El día que fuimos al lago, Daemon desapareció. Y luego estaba aquel haz de luz que había aparecido en el cielo después del incidente del oso y de la biblioteca. La misma luz. Por no hablar de las historias que me había explicado Lesa...

Sin embargo, cuando llegué a casa y vi que en el porche había unos paquetes, se me pasaron todas las penas. Algunas cajas tenían caritas sonrientes. Di un chillido de alegría y me puse a abrirlas. Dentro había libros; las novedades que había pedido hacía semanas.

Entré en casa a toda prisa y encendí el portátil. Miré la reseña que había subido el día anterior. Nada, ni un comentario. La gente era de lo peor. Pero tenía cinco nuevos seguidores. La gente molaba. Me obligué a cerrar la página antes de volver a diseñarlo todo. Busqué en Google «seres de luz» y, al ver que sólo salían grupos de estudio de la biblia, tecleé «hombre polilla».

Virgen Santa.

La gente de este condado estaban fatal de la cabeza. En Florida había quien decía que había visto a Big Foot en las Glades, o al chupacabras, pero no a una criatura de aspecto satánico que podía volar...

¿Por qué estaba consultando aquellas páginas?

Qué locura. Paré antes de acabar buscando alienígenas en Virginia Occidental. Cuando llegué al piso de abajo, alguien llamó a la puerta. Era Dee.

—Hola —me dijo—. ¿Tienes un minutito para hablar?

—¿Seguro que quieres hablar? —Cerré la puerta y salí al porche—. Mi madre

todavía duerme.

Me senté en el columpio y ella asintió con la cabeza.

—Katy, siento tanto lo que ha pasado hoy en el instituto... Ash es una bruja cuando quiere.

—No es culpa tuya que se portara así conmigo —le respondí, sincera—. Lo que no entiendo es por qué Daemon y ella me han tratado tan mal. —Tuve que callarme porque empezaba a notar aquel resquemor absurdo en la garganta—. No tenía que haberles tirado la bandeja por encima, pero es que nadie me había humillado tanto en toda mi vida.

—La verdad es que fue bastante divertido lo que hiciste; no lo que hicieron ellos, claro. De haber sabido que iban a portarse así les habría advertido antes de que no abrieran la boca.

Con eso quedaba todo arreglado, supuse.

Suspiró hondo.

—Ash no es la novia de Daemon. Es lo que ella querría, pero no lo es.

—Pues eso no es lo que a mí me ha parecido...

—Bueno... quedan y eso.

—¿La está utilizando? —Negué con la cabeza asqueada—. Pues ya le vale.

—Bueno, creo que es mutuo. En serio. El año pasado salieron juntos un tiempo, pero enseguida se enfrió la relación. Hacía meses que Daemon no le hacía ni caso.

—Me odia —dije al cabo de unos instantes, suspirando—. Pero ahora mismo eso me da igual. Quiero preguntarte algo.

—Vale.

Me mordí el labio.

—Somos amigas, ¿verdad?

—¡Pues claro que sí! —Me miró expectante—. En serio, Daemon asusta a todo el mundo y tú eres la que más ha durado; y, bueno, creo que eres mi mejor amiga.

Me sentí aliviada; aunque no por lo de que yo era la que más había durado, cosa que me parecía rarísima. Sonaba como si los amigos se pudieran romper...

—Tú para mí también los eres.

Sonrió de oreja a oreja.

—Menos mal, porque me habría sentido como una idiota después de decírtelo si hubieras decidido que ya no quieres ser amiga mía.

La sinceridad de Dee me llegó al corazón. De repente ya no sabía si quería preguntarle nada... Quizá no quería hablar de esos temas porque eran demasiado dolorosos. Hacía poco que nos conocíamos, pero la apreciaba mucho y no quería que pasara un mal rato.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió Dee.

Me recogí el pelo con la mirada clavada en el suelo.

—¿Por qué nunca me has hablado de Dawson?

Dee se quedó helada. Hasta me dio la sensación de que no respiraba. Se pasó al fin una mano por el brazo y tragó saliva.

—Supongo que alguien te ha hablado de él en el instituto...

—Sí. Y me han dicho que desapareció junto a una chica.

Apretó los labios con fuerza y asintió con la cabeza.

—Sé que te parecerá muy raro que nunca te haya hablado de él, pero no me gusta hacerlo. Incluso intento no pensar en él. —Me miró con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Crees que soy una mala persona?

—Pues claro que no —dije, contundente—. Yo también evito pensar en mi padre, porque me duele.

—Dawson y yo éramos uña y carne. —Se pasó la mano por la cara—. Daemon siempre era el más callado, el que hacía cosas por su cuenta, pero Dawson y yo estábamos muy unidos. Todo lo hacíamos juntos. Era mucho más que un hermano: era mi mejor amigo.

No sabía que decirle. Aquello explicaba por qué Dee quería hacer amigos tan desesperadamente, además de ese sentimiento que ambas habíamos sabido reconocer la una en la otra: la soledad.

—Lo siento. No tendría que haber sacado el tema. No lo entendía, y por eso... — Por eso era una bruja chismosa.

—Tranquila, no te preocupes. —Se volvió hacia mí—. Yo también hubiera querido saberlo; lo entiendo perfectamente. Además, tendría que habértelo contado. Soy tan mala amiga que tienes que enterarte de que tengo otro hermano porque alguien te lo dijo en el instituto.

—Estaba un poco confundida. Hoy he sabido tantas... —Me callé y negué con la cabeza—. Da igual. Oye, cuando quieras hablar del tema sabes que estoy aquí, ¿verdad?

Dee asintió.

—¿Qué es lo que has sabido hoy?

Hablarle de todas las chorradas que me habían contado no iba a hacerle ningún bien a Dee. Además, le había prometido a Daemon que no le diría nada más a Dee sobre el ataque. Forcé una sonrisa.

—Nada; tonterías. Oye, ¿crees que tengo que buscarme un guardaespaldas o qué? Quizá lo mejor sea cambiar de identidad y entrar en el programa de identidad de testigos...

Dee se rió, nerviosa.

—Bueno, yo no me acercaría a Ash en algún tiempo.

Eso ya lo había pensado.

—¿Y qué pasa con Daemon?

—Buena pregunta —respondió, apartando la vista—. No tengo ni idea de lo que va a hacer.

Al día siguiente, temía que llegara la segunda hora. Tenía el estómago revuelto, y no había sido capaz de desayunar sin que me entraran arcadas. Seguro que Daemon pensaba que la venganza era un plato que se servía frío...

Tan pronto como Lesa y Carissa entraron en la clase, me preguntaron que se me había pasado por la cabeza para tirarle por encima la bandeja a Daemon y a Ash.

Me encogí de hombros.

—Ash se había portado como una cerda. —Por fuera parecía más segura de lo que estaba por dentro. En realidad deseaba que nada de aquello hubiera pasado. Ash se había portado fatal conmigo y me había ridiculizado en la cafetería, pero ¿acaso no le había hecho yo lo mismo a ella? Si yo era la chica que les había tirado espaguetis por encima, ella era la chica que lo había sufrido; lo que era más bochornoso todavía.

Me avergonzaba mi comportamiento. Nunca le había hecho nada así a nadie. Parecía que el carácter desagradable de Daemon se me estaba pegando, y eso no me gustaba. Decidí que lo mejor que podía hacer era apartarme de él.

Lesa me miró con los ojos muy abiertos desde el pasillo de la clase.

—¿Y Daemon?

—Bueno, siempre se porta como un gilipollas.

Carissa se quitó las gafas y soltó una risita.

—Ojalá supiera que les ibas a poner las bandejas de sombrero. Lo habría grabado todo.

Pensé en la posibilidad de que el video hubiera llegado a YouTube y me estremecí.

—La gente va diciendo por el instituto que Daemon y tú os habéis liado este verano. —Lesa parecía esperar que le confirmara el rumor. Ni de coña.

—A la gente se le va la olla.

Les sostuve la mirada hasta que Carissa carraspeó.

—¿Vas a sentarte con nosotras hoy? —me preguntó, ya con las gafas puestas y subiéndoselas por el puente.

Pestañeeé sorprendida.

—¿Todavía queréis que me sienta con vosotras, a pesar de lo de ayer? —Había llegado a la conclusión de que me pasaría el resto del año sola comiendo en el retrete.

Lesa asintió.

—¿Es una broma? Creemos que eres genial. A nosotras ese grupo no nos cae especialmente mal, pero en el instituto seguro que unos cuantos te agradecieron en secreto lo que hiciste ayer...

—Sí, fue la leche —añadió Carissa sonriendo de oreja a oreja—. ¡No veas, me encantó ese movimiento rápido de ninja!

Me reí, aliviada.

—Me encantaría comer con vosotras, pero solo me quedo hasta la cuarta hora; hoy me quitan el vendaje.

—¡Que pena! Vas a perderte la concentración de animadores —exclamó Lesa—. Pobrecita. ¿Vendrás a ver el partido esta noche?

—No; el fútbol americano no es lo mío.

—Bueno, a nosotras tampoco nos mata, pero aún así tienes que venir. —Lesa se movía animada en la silla y los rizos que le marcaban su cara ovalada se agitaron—. Carissa y yo siempre vamos por hacer algo. Por aquí no hay demasiada animación en general, ¿sabes?

—Bueno, después de los partidos suele haber alguna fiesta. —Carissa se apartó el flequillo de las gafas—. Lesa siempre me da la lata para que vaya.

Lesa puso los ojos en blanco.

—Carissa no bebe.

—¿Y? —le respondió esta.

—Y no fuma, no se acuesta con nadie ni hace nada interesante. —Lesa esquivó por poco la mano de Carissa—. ¡Uh, qué diversión!

—Perdóname por tener principios. —Miró a Lesa con cara de pocos amigos—. No como otras.

—Yo tengo principios —respondió Lesa, dedicándome una sonrisilla—; lo único es que por aquí a veces tienes que saltártelos un poco si quieres hacer algo interesante...

Me dio un ataque de risa.

Y justo entonces entró Daemon en clase. Me hundí en el asiento mientras me mordisqueaba el labio.

—Ay, Dios.

Las dos chicas, con vista, dejaron de hablar. Cogí el boli para fingir que estaba repasando los apuntes del día anterior, pero, como casi no había escrito nada, me dediqué a garabatear la fecha en mi libreta muy despacio.

Daemon se sentó en el pupitre de detrás, y se me hizo un nudo en el estómago. Estaba a punto de vomitar. En clase. Delante de...

Me dio un toquecito en la espalda con el boli.

Me quedé helada. Qué pesado con el bolígrafo. Volvió a insistir, esta vez con algo de fuerza. Me di la vuelta y le miré con cara de pocos amigos.

—¿Qué?

Daemon me sonrió.

Toda la clase nos miraba. Aquello parecía la segunda parte de lo sucedido el día anterior. Seguro que la gente se preguntaba si iba a tirarle la mochila por la cabeza o algo por el estilo. Si me soltaba otra de las tuyas, era bastante probable que las cosa

acabara así. Aunque seguro que esta vez no me iría de rositas.

Me miró de soslayo con aquellos ojos llenos de pestañas.

—Me debes una camiseta nueva.

Estaba flipando tanto que creí que la mandíbula me iba a llegar al suelo.

—Resulta que las manchas de salsa de tomate no siempre se van —siguió diciendo.

No sé como recuperé la capacidad de hablar.

—Seguro que tienes camisetas de sobra.

—Pues sí, pero la de ayer era mi favorita.

—¿Tienes una camiseta favorita? —Arqueé una ceja.

—Y creo que también te cargaste la camiseta favorita de Ash. —Empezó a sonreír y se le marcó uno de los hoyuelos.

—Bueno, seguro que habrás sabido consolarla de tan traumática situación.

—No sé si se recuperará —me contestó.

Puse los ojos en blanco. Sabía que debía disculparme por lo que había hecho, pero no me salía. Lo sé: me estaba convirtiendo en un asco de persona. Empecé a darme la vuelta.

—Oye, que me debes una. Otra vez.

Me quedé mirándolo. Sonó la campana, pero era un sonido que me parecía muy lejano. Sentí algo extraño en el pecho.

—Yo a ti no te debo nada —le dije en voz baja, para que sólo lo oyéramos nosotros.

—No estoy de acuerdo. —Se acercó más, inclinando el pupitre hacia abajo. Nuestros labios quedaban tan solo a unos milímetros. Aquella distancia era muy poco apropiada teniendo en cuenta que estábamos en clase y que el día anterior tenía a una chica en su regazo—. No eres como yo esperaba que fueras. Para nada.

—¿Y qué esperabas, exactamente? —La verdad es que me gustó bastante saber que había hecho algo que le había sorprendido. Qué raro. Se me fue la vista a sus labios, tan poéticos. Qué desperdicio de boca, por Dios.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar.

Bajó la vista, y el ambiente empezó a caldearse hasta volverse insoportable.

—Sí —dijo casi en un susurro—. Esta noche.

Una parte de mí quería decirle que me dejara en paz, pero me pudo más la otra y apreté los dientes antes de asentir. Teníamos que hablar; por lo menos para decirle que nunca más teníamos que volver a hablar. Quería recuperar a la agradable Katy que él había conseguido arrinconar.

El profesor carraspeó. Parpadeé y me di cuenta de que toda la clase nos miraba. Me puse roja como un tomate, me di la vuelta y me agarré a las esquinas de la mesa.

Empezó la clase pero el ambiente seguía igual de tenso. Mi piel estaba expectante. Sentía la presencia de Daemon detrás de mí; su mirada clavada en mi espalda. No me atreví a moverme hasta que Lesa se acercó a mí para pasarme una nota.

Antes de que el profe se diera cuenta, la abrí y la metí entre las hojas del libro. Cuando se volvió hacia la pizarra, levanté la tapa del libro.

¡Esto sí que es química y no lo que estudiamos a tercera hora!

La miré, negando con la cabeza. Pero en el pecho sentía un revoloteo que no debía estar ahí. Daemon no me gustaba; era un cretino. Y cambiaba de humor más a menudo que de vaqueros. Pero había habido algún momento (algún nanosegundo, mejor dicho) en que me había parecido ver al Daemon de verdad. O por lo menos a una versión mejorada de si mismo. Y esa parte me llamaba la atención. La otra parte, la desagradable y resposdona, no me llamaba en absoluto.

Pero me excitaba bastante.

CAPITULO 14

Intenté concentrarme en la clase, pero sólo podía pensar en la conversación que Daemon quería mantener conmigo aquella noche. Por suerte, sólo tuve que aguantar medio día porque por la tarde me quitaban el vendaje.

Como era de esperar, mi brazo estaba perfecto.

De camino a casa, me paré en la oficina de correos. En nuestro buzón teníamos mucho correo basura, pero también algunos sobres amarillos, cosa que me hizo sonreír. Más libros para mí. Los recogí y me marché. Ya en casa, estuve perdiendo el tiempo un rato. Estaba tan agitada que parecía que me hubiera tomado una bebida energética.

Me cambié varias veces de ropa. Después de revolver todo el armario y no encontrar nada que ponerme, opté por un vestido de verano. No me quité los nervios de encima a pesar del cambio de ropa.

¿De qué querría hablarme Daemon?

Para matar el tiempo me dediqué a cambiar totalmente la configuración de mi blog. Y sólo conseguí ponerme más nerviosa porque estaba segura de que me había cargado el encabezamiento y el *banner* a pie de página. Sólo cuando desapareció la aplicación que calculaba los días que faltaban para el lanzamiento de un libro, perdiéndose para siempre en el reino de Internet, me di por vencida y apagué el portátil.

Resultó que tuve que esperar bastante. Daemon no se presentó hasta pasadas las ocho, poco después de que mi madre se marchara a Winchester. Estaba apoyado contra la barandilla y tenía la vista perdida en el cielo, como de costumbre. La luz de la luna le iluminaba la mitad del rostro y el resto quedaba sumido en las sombras. No parecía real.

Y entonces me miró. Primero bajó la vista hacia mi vestido, para después volver a mirar hacia arriba. Parecía que estaba a punto de hablar, pero se lo pensó.

Hice de tripas corazón y salí al porche. Me puse a su lado.

—¿Está Dee en casa?

—No. —Volvió a mirar al cielo. Había miles de estrellas centelleantes aquella noche—. Se ha ido a ver el partido con Ash, pero no creo que se quede mucho rato. —Daemon se quedó callado y me miró—. Le he dicho que había quedado contigo esta noche. Creo que vendrá pronto para comprobar que no nos hemos estrangulado mutuamente.

Aparté la vista para ocultar la sonrisa.

—Bueno; si no me estrangulas, entonces será Ash la que te estrangule a ti.

—¿Por lo de los espaguetis? —me preguntó.

Lo miré de soslayo.

—Bueno, parecías estar bastante cómodo con ella en el regazo.

—Ah, ya veo. —Se apartó de la barandilla, acercándose más a mí—. Ahora lo entiendo.

—¿Ah, sí? —Mantuve la compostura.

Los ojos le brillaban en la oscuridad.

—Estás celosa.

—Ya, claro. —Me esforcé por reírme—. ¿Por qué iba a estar celosa?

Daemon me siguió escalones abajo hasta que estuvimos en el vado para coches de delante de casa.

—Porque pasamos tiempo juntos.

—Que pases tiempo con ella no es motivo para que esté celosa, especialmente teniendo en cuenta que tú pasaste tiempo conmigo por obligación. —Que yo estuviera un poco celosa era lo peor—. ¿De eso es de lo que querías hablar?

Se encogió de hombros.

—Anda, vamos a dar una vuelta.

Lo miré y me pasé las manos por el vestido para alisarlo.

—Es un poco tarde ¿no?

—Pienso y hablo mejor cuando camino. —Me ofreció una mano—. Si no, me convierto en el Daemon gilipollas que tan poco te gusta...

—Ja, ja. —Me quedé mirando la mano. Sentí un revoloteó en el estómago—. Oye, no pienso darte la mano.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustas y no pienso ir de la mano contigo.

—*Touché*. —Daemon se llevó la mano al pecho con una mueca de dolor—. Ahí te has pasado.

Sí, claro. Sus dotes de actor no eran demasiado buenas.

—No vas a llevarme hasta el bosque para después dejarme allí tirada, ¿no?

—Bueno, creo que como venganza no estaría nada mal, pero no, no voy a hacer eso. Creo que no durarías mucho tú sola por ahí. Alguien tendría que rescatarte.

—Gracias por el voto de confianza.

Me dedicó una sonrisa fugaz y caminamos en silencio unos minutos, atravesando la carretera principal. Había refrescado bastante y empezaba a arrepentirme de no haberme puesto medias. Octubre estaba a la vuelta de la esquina.

Muy pronto nos habíamos adentrado ya en el bosque. A la luna le costaba llegar más allá de los densos árboles. Daemon sacó una linterna de bolsillo y la encendió. Para lo pequeño que era, aquel chisme daba mucha luz. Cada poro de mi piel era

consciente de lo cerca que estábamos el uno del otro, rodeados de una oscuridad solo rota por el halo de luz que se movía ante nosotros a cada paso que dábamos. Malditos poros.

—Ash no es mi novia —dijo al fin—. Antes salíamos juntos, pero ahora sólo somos amigos. Y antes de que me lo preguntes, no somos amigos con derecho al roce, aunque ayer se me hubiera sentado encima. No sé explicar por qué lo hizo.

—¿Y por qué dejaste que se te sentara? —pregunté, arrepintiéndome al segundo. No era asunto mío y me daba igual.

—Pues no lo sé. Supongo que porque soy buen chico. ¿Te vale esa razón?

—No —respondí, mirando al suelo. Apenas me veía los pies.

—Ya me lo figuraba —me contestó. No le veía la cara, y era una pena porque nunca sabía lo que pensaba en realidad y, bueno, a veces los ojos traicionan lo que decían sus palabras—. Bueno, yo... siento lo que pasó en la cafetería.

Sorprendida por aquella disculpa, me tropecé con una piedra. Daemon me cogió al vuelo y sentí su cálido aliento en la mejilla antes de que se apartara. Sentí un escalofrío, pero me eché hacia atrás. Que Daemon se disculpara por el numerito de la comida era un jarro de agua fría: no sabía que era peor, que no se hubiera dado cuenta de que se había portado como un cretino o que fuera totalmente consciente de lo mal que había estado portándose conmigo.

—Oye, Kat —me dijo en voz baja.

Lo miré.

—Me humillaste.

—Ya lo sé.

—No; creo que no lo sabes. —Me puse a caminar con los brazos cruzados para resguardarme del frío—. Y me pusiste de mal humor. No te entiendo: a veces no era mal tío y otras, eres de lo peor.

—Bueno, pero he hecho méritos, ¿no? —Avanzó hasta ponerse a mi lado. En todo momento enfocaba con la linterna las piedras y raíces del suelo para que yo pudiera verlas—. Por lo del lago y el paseo del otro día. ¿No he ganado puntos por haberte salvado la vida aquel día?

—Hiciste méritos ante tu hermana. —Negué con la cabeza—. No ante mí. Y, si fuera por mí, el contador se te habría quedado casi a cero.

Se quedó en silencio unos instantes.

—Pues que mal; lo digo en serio.

Me paré.

—¿De qué estamos hablando ahora?

—Mira, de verdad que lo siento. —Respiró hondo—. Nos hemos portado muy mal contigo y no te lo mereces.

No sabía que contestarle. Parecía que hablaba en serio y que casi estaba triste;

pero nadie le había obligado a comportarse así, que yo supiera... Pensé en qué podía decirle y sólo se me ocurrió hablar de algo que no iba a encajar demasiado bien.

—Siento lo de tu hermano, Daemon.

Se quedó quieto, casi oculto en las sombras. Se hizo tal silencio que pensé que no iba a contestarme.

—Tú no tienes ni idea de lo que le pasó a mi hermano.

Me puse tensa.

—Lo único que sé es que desapareció...

Daemon abría y cerraba la palma de la mano que no sostenía la linterna.

—Fue hace mucho tiempo.

—El año pasado, ¿no? —puntualicé con tacto.

—Sí, es verdad. Tienes razón. Tengo la sensación de que fue hace mucho más tiempo. —Apartó la vista y la mitad del rostro le quedó oscurecida por las sombras—. ¿Cómo te has enterado de lo de mi hermano?

El aire frío me hizo tiritar.

—Bueno, me lo comentaron en clase. Me llamó la atención que ni tú ni Dee me hubierais hablado de él ni de esa chica.

—¿Tú crees que tendríamos que haberte hablado de eso? —me preguntó.

Lo miré en un intento por descifrar lo que pensaba, pero estaba todo demasiado oscuro.

—No lo sé. Es algo bastante fuerte de lo que creo que es normal hablar...

Daemon se puso a caminar otra vez.

—No nos gusta hablar del tema, Kat.

Algo completamente comprensible, supongo. Me esforcé por seguirle el paso.

—No he querido meterme donde no me llaman.

—¿Ah, no? —Su tono de voz era cortante y se había puesto tenso—. Mi hermano ha desaparecido, la familia de esa pobre chica probablemente jamás vuelva a verla... ¿Y tú quieres saber porque nadie te ha dicho nada?

Me mordí el labio, sintiéndome mal.

—Perdóname, es que todo el mundo es tan... reservado. No sé nada de vuestra familia, por ejemplo. Nunca he visto a vuestros padres, Daemon. Y Ash me odia porque sí, sin motivo. Y es raro que dos familias con trillizos se hayan mudado justamente aquí a la vez. Ayer te tiré una bandeja de comida por la cabeza y no me pasó nada; algo insólito. Además, resulta que Dee tiene un novio del que nunca me había hablado. La gente del pueblo es rara; mira a Dee como si fuera una princesa o como si tuvieran miedo de ella. Y encima se me quedan mirando; por no hablar de...

—Lo dices como si todas esas cosas estuviera relacionadas.

Me costaba muchísimo caminar a su ritmo. Cada vez nos adentrábamos más en el bosque y ya casi habíamos llegado al lago.

—¿Lo están?

—¿Por qué iban a estarlo? —respondió con un tono grave y lleno de frustración—. Quizás estás un poco paranoica. Yo también lo estaría si acabara de mudarme y alguien me hubiera atacado.

—¿Lo ves? Ya lo estás haciendo otra vez —señalé—. Te has puesto nervioso porque te he hecho una pregunta. Dee hace exactamente lo mismo.

—¿Y no crees que lo hacemos porque sabemos que lo has pasado mal y no queremos empeorar las cosas?

¿Y por qué ibais vosotros a empeorar las cosas?

Ralentizó el paso.

—No lo sé. Supongo que no podemos.

Negué con la cabeza cuando se detuvo cerca de la orilla del lago y apagó la linterna. De noche, el agua brillaba como una resplandeciente gema ónice. Cientos de estrellas se reflejaban sobre su superficie, semejante al cielo pero no infinito. Tenía la sensación de que si estiraba el brazo podría tocarlas.

—Hubo momentos del día que fuimos al lago en que lo pasé bastante bien —me dijo Daemon pasados unos minutos.

Casi me quedo sin respiración al oír aquello. A mí me había pasado lo mismo. Me recogí el pelo.

—¿Eso fue antes de que te convirtieras en Aquaman?

Daemon se quedó callado. La tensión se le reflejaba en la espalda.

—El estrés hace que veas cosas que en realidad no han sucedido.

Contemplé aquellos rasgos perfectos iluminados por la luz de la luna. No parecía real. El exotismo de aquellos ojos o la curva de la mandíbula se le acentuaban más. La mirada de Daemon se perdía, pensativa y melancólica, en la negra noche.

—No; no es verdad —añadí al fin—. Aquí hay gato encerrado.

—¿Otra gatita que no eres tú?

Me vinieron a la mente varias respuestas ingeniosas, pero decidí no seguir por ese camino. No me apetecía especialmente ponerme a discutir con él en mitad del bosque, por la noche.

—¿De qué querías hablar, Daemon?

Se pasó una mano por detrás de la nuca.

—Lo que pasó ayer en la cafetería es sólo el principio. No puedes ser amiga de Dee. Por lo menos, no el tipo de amiga que tú quieres ser.

Me puse roja de la ira. Sentí un fuerte calor en las mejillas y en el cuello.

—¿Estás hablando en serio?

Daemon bajó la mano?

—No estoy diciendo que dejes de ser amiga de Dee; sólo que te retires un poco. Puedes ser amable, hablar con ella en el instituto y todo eso; pero no vayas más allá

de lo correcto. Sólo conseguirás empeorar las cosas para ella y para ti.

Se me erizaron todos los pelos del cuerpo.

—¿Me estás amenazando, Daemon?

Nuestras miradas se encontraron. En sus ojos se reflejaba algo...
¿Arrepentimiento, tal vez?

—No. Sólo te estoy diciendo cómo van a ser las cosas a partir de ahora. Tendríamos que volver ya.

—No —insistí, clavando la mirada en él—. ¿Por qué no puedo ser amiga de tu hermana?

Un instante después, vi que apretaba la mandíbula antes de contestarme.

—No tendrías que estar aquí conmigo. —Respiró hondo y me miró con los ojos muy abiertos. Dio un paso adelante. La cálida brisa jugueteó con las hojas caídas y con mi pelo, echándolo hacia atrás. Aquella corriente parecía provenir de detrás de Daemon, como si la rabia que sentía en aquel momento la alentara—. Tú no eres como nosotros. No te pareces en nada a nosotros. Dee se merece algo mejor; tiene que estar con gente que sea como ella. Así que olvídate de mí. Y deja a mi familia en paz.

Aquello era peor que recibir una bofetada en plena cara. Se había pasado tres pueblos. Esperaba que me soltase alguna bordería, pero aquello... era demasiado. Me costaba respirar. Di un paso atrás y parpadeé con fuerza para evitar que se me saltaran las lágrimas.

Daemon no apartó la vista de mí.

—Querías saber el motivo. Pues ahí lo tienes.

Tragué saliva.

—¿Por qué... me odias tanto?

Por un instante pareció que la máscara se le caía y el dolor se le reflejaba en el rostro. Pero fue tan rápido que no supe si lo había imaginado.

Estaba a punto de ponerme a llorar. No pensaba hacerlo delante de él y darle esa satisfacción.

—¿Sabes qué? ¡Que te jodan, Daemon!

—Kat, no puedes... —Apartó la vista.

—¡Cállate! —bramé—. No me digas nada. —Pasé al lado de Daemon y empecé a caminar. La piel me ardía y notaba escalofríos a la vez. Sentía que algo me quemaba en el interior y me helaba la sangre. Sabía que estaba a punto de ponerme a llorar. Por eso tenía aquel nudo en la garganta que me estaba estrangulando y no me dejaba respirar.

—Kat —me llamó Daemon—, espérame, por favor.

Apreté tanto el paso que casi me había puesto a correr.

—Vamos, Kat, no vayas tan deprisa que vas a perderte. ¡Por lo menos coge la

linterna!

Como si eso le importara una mierda. Quería alejarme de él todo lo posible porque si no iba a acabar perdiendo los nervios, dándole un puñetazo o llorando, porque lo que acababa de decirme me había hecho daño, independientemente de lo que yo sintiera por él.

Me tropecé con algunas ramas y piedras que era imposible ver en aquella oscuridad, pero sabía que podría encontrar el camino que llevaba a la carretera. Oía a Daemon detrás de mí por el ruido de las ramitas que iban quebrándose al intentar atraparme.

Sentí que tenía una herida en carne viva en el pecho. Avanzaba a trompicones; necesitaba llegar a casa, llamar a mamá y convencerla de que teníamos que marcharnos de allí mañana mismo.

Quería escapar.

Apreté los puños. ¿Por qué tenía que marcharme? ¡No había hecho absolutamente nada malo! Enfadada conmigo misma, no vi una raíz que sobresalía de la tierra y tropecé, casi cayendo de bruces.

Solté un quejido.

—¡Kat! —Oí que Daemon soltaba un exabrupto detrás de mí.

Recuperé el equilibrio y volví a ponerme en marcha, aliviada al vislumbrar ya la carretera. Casi echo a correr con todas mis fuerzas. Oía el ecos de sus pisadas en la distancia. Llegué a la carretera y me pasé el reverso de la mano por la mejilla. Mierda, estaba llorando.

Daemon gritó, pero un camión que, a menos de quince metros, avanzó a toda prisa hacia mí amortiguó el sonido. Estaba paralizada.

Iba a atropellarme.

CAPITULO 15

El ensordecedor eco de un espectacular trueno resonó por todo el valle. Fue una explosión sónica que me estremeció. Era imposible que el conductor pudiera verme y mucho menos frenar. Estiré los brazos, como si de aquella forma pudiera protegerme del impacto. El rugido del motor de aquel camión lo invadió todo y me preparé para recibir el golpe. Mi último pensamiento fue para mi madre y lo mucho que la destrozaría verme hecha papilla, pero el impacto nunca llegó.

Tenía el parachoques tan cerca que habría podido darle un beso tranquilamente. Mis manos estaban a apenas unos centímetros de la rejilla, que estaba al rojo vivo. Levanté la cabeza lentamente. El conductor estaba totalmente inmóvil detrás del volante y tenía los ojos abiertos como platos. Sin expresión alguna. No se movía. No pestañeaba. No estaba segura de que respirara.

En la mano derecha sostenía una taza de café que quería llevarse a los labios, pero que se había quedado paralizada a medio camino. Nada se movía. Todo estaba paralizado.

Noté un sabor metálico en la boca. No entendía nada; la cabeza no me funcionaba.

El motor rugía a escasos centímetros de mi rostro.

Me di la vuelta y vi a Daemon. Estaba muy concentrado en algo porque respiraba con dificultad y apretaba con fuerza los puños.

Había algo diferente en sus preciosos ojos. Di un paso atrás y me aparté del recorrido del camión. Levanté el brazo en un intento de que no se acercara a mí.

—Ay, Dios mío... —susurré. El corazón, que me latía a toda velocidad, me dio un vuelco.

Los ojos de Daemon brillaban, iridiscentes, en la oscuridad. Parecía que estuviera encendido desde dentro. La luz se volvía cada vez más intensa y los puños empezaron a temblarle. Muy pronto aquel temblor se le propagó por todo el cuerpo, que parecía agitarse en minúsculas olas.

Y entonces comenzó a desaparecer. Su cuerpo y su ropa se desvanecieron... En su lugar apareció una luz amarilla y roja que se lo tragó entero.

Seres de luz.

Dios mío...

El tiempo se había detenido.

De algún modo había conseguido detener aquel camión para que no me atropellara. Pero ¿cómo se consigue parar un camión de siete toneladas que me habría

roto todos los huesos del cuerpo en cuestión de segundos? ¿Con una palabra? ¿Con el pensamiento?

Aquel poder era brutal.

El aire que nos rodeaba vibraba de un modo extraño. La tierra temblaba bajo tal concentración de energía. Se que si me hubiera agachado para tocarla, habría sentido el temblor de tierra.

A lo lejos oí a Dee; en su voz se reflejaba la confusión mientras nos llamaba. ¿Cómo nos había encontrado?

Ah, vale. Ahora caía: Daemon había iluminado toda la calle con su cuerpo brillante.

Miré de nuevo hacia el camión y vi que no sólo estaba temblando el vehículo, sino también lo hacía el conductor, en un intento de romper la barrera invisible que lo había congelado en el tiempo. La bestia metálica se estremecía y rugía porque le pie del conductor seguía pisando el acelerador.

Eché a correr, no sólo para apartarme de la carretera, sino para salir de allí. Oí vagamente el ruido del camión al pasar detrás de mí como una exhalación. Corrí y corrí por el camino serpenteante que llevaba a nuestras casas, ocultas en la oscuridad. Dee también corría hacia mí, pero logré esquivarla. Seguro que era como él.

¿Qué eran? Humanos, no. Lo que acababa de ver no era posible. Ningún ser humano podía hacer algo así.

Nadie podía detener un camión a voluntad, estar debajo del agua tantísimos minutos y, mucho menos, desaparecer. Todas las cosas extrañas que habían estado sucediendo a mí alrededor cobraban ahora sentido.

Seguí corriendo, más allá de la entrada de la casa, sin saber adónde iba ni por qué seguía alejándome a toda prisa. El cerebro no me funcionaba y el instinto había tomado las riendas. El pelo se me enredaba en las ramas, que me rasgaban el bonito vestido que me había puesto para ver a Daemon. Me tropecé con una roca, pero me puse de pie como pude para no detenerme.

De repente oí unos pasos detrás de mí. Alguien me llamaba, pero no me detuve y me adentré más en la negrura del bosque. No podía pensar. Sólo quería salir de allí.

Oí un insulto muy cerca, y de inmediato un cuerpo se abalanzó sobre mí. No sé como lo hizo, pero dando un giro en el aire y poniéndose debajo de mí consiguió amortiguar la caída. Acto seguido, se colocó encima y me agarró por los hombros, inmovilizándome.

Intenté liberarme dándole golpes en el pecho, sin éxito. No podía escapar. Cerré los ojos por miedo a ver aquel destello espeluznante en sus ojos.

—¡Suéltame!

Daemon, cogiéndome por los hombros, me zarandéó con delicadeza.

—¡Basta!

—¡Vete de aquí! —le grité mientras intentaba apartarme de él sin éxito.

—¡Kat, para! —bramó de nuevo—. ¡No voy a hacerte nada!

¿Cómo iba a creerle? Una parte de mi cerebro, la que todavía funcionaba, me recordó que me había salvado la vida. Dejé de resistirme.

Daemon también se tranquilizó.

—Kat, no voy a hacerte daño —me hablaba con suavidad, pero había un matiz de rabia en su voz mientras intentaba que me tranquilizara sin hacerme daño—. Nunca podría hacerte nada malo.

Aquellas palabras me hicieron sentir aquel revoloteo en el estómago. Algo dentro de mí le respondió; creyó en él a pesar de que mi mente se revelaba ante tal idea. No sabía que parte de mí podía ser tan ingenua, pero esa parte fue la que ganó en mi interior. Mi respiración era muy irregular e intenté tranquilizarme. Daemon me agarró con menos fuerza, pero no se apartó. Sentía su aliento en la mejilla.

Finalmente se apartó y me puso un dedo en la barbilla para obligarme a mirarlo.

—Mírame, Kat. Tienes que mirarme. —Cerré los ojos. No quería ver los suyos por si seguían teniendo aquel color irreal. Daemon se movió y trasladó sus manos a mis mejillas. Tendría que haber aprovechado entonces para escapar, pero cuando sentí sus caricias no pude moverme—. Por favor... —Ya no me hablaba con ira.

Respiré hondo y abrí los ojos. Su mirada me correspondió. Sus ojos eran de un verde intenso y extraño, pero eran los de siempre, no los que había visto instantes atrás. La pálida luz de la luna se abría hueco entre los árboles, iluminando aquellos pómulos marcados y aquellos labios entreabiertos.

—No voy a hacerte nada —me dijo con tono suave—. Quiero hablarte. Necesito hablar contigo, ¿lo entiendes?

Asentí, incapaz de producir ningún sonido inteligible.

Cerró los ojos y un suspiro escapó de sus labios.

—Vale. Voy a dejar que te levantes pero, por favor, tienes que prometerme que no echarás a correr. No tengo ganas de ir por ahí persiguiéndote. El último truquito casi me deja sin energía. —Se quedó callado, a la espera de mi respuesta. La verdad es que sí tenía mala cara—. Dilo, Kat. Prométeme que no te marcharás corriendo. No puedo dejar que vayas por ahí sola. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Mi voz sonó como un graznido.

—Bien. —Fue soltándome poco a poco y se apartó. Desplazó su mano izquierda por mi mejilla en un gesto del que no parecía ser consciente. Me quedé en el suelo, inmóvil, hasta que se puso de pie.

Daemon observaba con ojos cansados como me echaba hacia atrás hasta acabar apoyando la espalda contra un árbol. Cuando vio que no iba a marcharme, se sentó delante de mí.

—¿Por qué tenías que ponerte delante de ese camión? —Aquella era una pregunta

retórica—. Quería mantenerte al margen de todo, pero tú lo has echado a perder.

—No lo he hecho a propósito. —Levanté una temblorosa mano y me la llevé a la frente.

—Pero el caso es que lo has hecho. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué tuviste que venir aquí, Kat? ¿Por qué? Lo estaba... estábamos haciéndolo todo tan bien hasta que tú llegaste... Y ahora mis esfuerzos no han servido para nada. ¡Mierda! Pensé que tendríamos suerte y acabarías marchándote.

—Perdóname por seguir aquí. —Moví las piernas para apartarlas de él y me puse las rodillas contra el pecho.

—No hago más que empeorarlo todo. —Negó con la cabeza y por un instante pensé que iba a soltar alguna palabrota—. A ver, somos diferentes. Creo que ahora ya te has dado cuenta, ¿no?

Descansé la frente en las rodillas. Necesité un rato para ordenar mis ideas (las que me quedaban) y levanté la cabeza.

—Daemon... ¿qué eres?

Me sonrió, triste, y se pasó la palma de la mano por la cabeza.

—Es difícil de explicar.

—Pues explícamelo, por favor, porque creo que voy a ponerme de los nervios en cualquier momento —le advertí. No mentía. Mi autocontrol estaba más cerca de irse al traste con cada segundo que seguía en silencio.

Daemon me miró fijamente mientras hablaba:

—No creo que quieras saberlo, Kat.

Su expresión y su voz parecían tan sinceras que me llenaron de temor. Sabía que lo que iba a explicarme cambiaría mi vida para siempre. Cuando supiera lo que eran él y su familia no podría dar marcha atrás. Yo cambiaría. Sin embargo, no tenía alternativa. La Katy de antes habría echado a correr, estaba segura. Preferiría fingir que no había pasado nada. Pero yo ya no era la de antes, y necesitaba saberlo.

—¿Eres humano?

Daemon se rió, pero fue un gesto frío, sin humor.

—No somos de aquí.

—¿En serio?

Arqueó las cejas.

—Sí; supongo que te habrás dado cuenta de que no somos humanos.

Respiré hondo. Todavía estaba muy alterada.

—Esperaba estar equivocada.

Se rió de nuevo.

—No; venimos de muy lejos.

El estómago se me retorció y noté que me abrazaba a las rodillas con más fuerza.

—¿A qué te refieres con «muy lejos»? Porque ahora mismo me vienen a la cabeza

fotogramas de *La guerra de las galaxias*.

Daemon me miró muy serio.

—No somos de este planeta.

Vale. Acababa de decirme lo que más o menos yo imaginaba, pero aquella información podía haberla deducido yo y no me aportaba nada nuevo.

—¿Qué eres, un vampiro?

Puso los ojos en blanco.

—¿Estas de coña?

—¿Qué? —Sentí una profunda frustración—. ¡A ver, si me dices que no eres humano, los límites de lo que puedes ser no son tan amplios! Fuiste capaz de parar un camión sin tocarlo.

—Me parece que leer demasiado. —Daemon suspiró—. No somos hombres lobo, ni brujos, ni zombies o cosas así.

—Bueno, me alegro de que no seas un zombie. Por lo menos mis sesos estarán a salvo —musité—. Esas criaturas no existen. Y los alienígenas tampoco.

Daemon se acercó a mí con un gesto rápido y me puso las manos en las rodillas. La intensidad de su mirada me atrapó.

—En este universo vasto e infinito, ¿de verdad crees que la tierra es el único planeta en el que hay vida?

—No... no —balbuceé—. ¿Estas cosas son... normales para tu...? ¿Cómo os llamáis?

Eché la cabeza hacia atrás y pasaron unos segundos. El corazón me iba a mil por hora. Parecía pensar en cuánta información podía darme. Estaba segura de que, me dijera lo que me dijese, aquello no iba a gustarme.

CAPITULO 16

Aquel era uno de esos momentos en la vida en los que no sabes si reír, llorar o salir corriendo.

La sonrisa de Daemon era tensa.

—Sé lo que estás pensando. No es que pueda leerte la mente, pero se te ve en la lengua. Crees que soy peligroso.

Y un idiota... y un tío bueno. Pero no pensaba admitirlo. ¿Era una forma de vida alienígena? Negué con la cabeza.

—¿Ah, no?

—No. —Mi risa no resultó convincente por lo alterada que sonaba—. ¡No pareces alienígena! —Creí importante comentárselo.

Arqueó una ceja.

—¿Y qué aspecto suelen tener los alienígenas, si puede saberse?

—Pues no... no se parecen a ti —farfullé—. No están así de buenos...

—¿Crees que estoy bueno? —Sonrió.

Lo miré con cara de pocos amigos.

—Anda, cállate. Como si no supieras que todo el mundo piensa lo mismo. —Mi cara era un poema. Aquella conversación era totalmente surrealista—. Los extraterrestres, si es que existen, son hombrecillos verdes o... o insectos gigantes. O quizás son criaturas pequeñas y chatas.

Daemon se rió con ganas.

—¿Cómo *E.T.*, ¿quieres decir?

—Sí, exacto, como *E.T.*, pedazo de memo. Me encanta que todo esto te divierta. Es muy divertido que quieras seguir metiéndote conmigo después de lo mucho que tú y los tuyos me habéis amargado la existencia. Quizá es que me he dado un golpe en la cabeza y no me he dado cuenta. —Empecé a ponerme de pie.

—Siéntate, Kat.

—¡No me digas lo que tengo que hacer!

Se quedó allí quieto, con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo. Los ojos empezaron a reflejar aquel brillo aterrador: eran dos órbitas de luz.

—Siéntate.

Me senté, no sin antes hacerle un gesto con el dedo corazón, claro. Por mucho que fuera del rollo alienígena malote, yo sabía que no iba a hacerme daño.

—¿Vas a enseñarme cuál es tu verdadero aspecto? ¿Brillas o algo por el estilo? Dime que no estuve a punto de besar a un insecto gigante *comecerebros*, por favor,

porque creo que voy a...

—¡Kat!

—Perdón —farfullé.

Daemon cerró los ojos y respiró hondo. Una luz le apareció en medio del pecho y, como había sucedido en la carretera, empezó a vibrar y a desaparecer hasta que lo único que lo rodeó fue una luz de un amarillo rojizo muy brillante. Y entonces la luz tomó forma humana: las piernas, los brazos, la cabeza y el torso estaban hechos de pura luz. Era un resplandor tan intenso que lo iluminó todo y convirtió la noche en día.

Me protegí los ojos con una mano temblorosa.

—¡Joder!

Y entonces me habló. Oía su voz dentro de mi cabeza. «Así somos nosotros. Somos seres de luz. Incluso aunque adoptemos forma humana, podemos movernos con total libertad. —Se hizo una pausa—. Como ves, no soy un insecto gigante ni brillo.» Aunque me estaba hablando dentro de la cabeza, supe que decía esto último con fastidio.

—No —susurré. En todos los libros de temática paranormal que había leído y reseñado, no aparecía ningún ser que brillara tanto. Algunos resplandecían y otros tenían alas, pero ninguno resplandecía tanto como el sol.

«Tampoco somos criaturas pequeñas y chatas, cosa que me ha ofendido bastante, la verdad. —Un brazo hecho de luz apareció ante mí. Después vi la forma de una mano que habría la palma—. Puedes tocarme si quieres. No te dolerá. Creo que a los humanos os resulta agradable.»

¿A los humanos? Madre mía. Tragué saliva, nerviosa, y levanté la mano. En parte no quería tocarlo, pero por estar cerca de algo tan... increíble tenía que hacerlo. Nuestros dedos se rozaron y sentí que se me llenaba de electricidad la mano, y después el brazo. Aquella luz me hacía vibrar.

Respiré hondo. Daemon Tenía razón: no me dolió. El contacto con él resultaba agradable y estimulante. Era como tocar la superficie del sol sin quemarse. Nuestros dedos se entrelazaron y la luz se hizo tan intensa que no pude verme la mano. De las suyas brotaban pequeños haces de luz que me pasaban por la muñeca y me llegaban al antebrazo.

«Me imaginaba que te gustaría.» Apartó la mano y dio un paso atrás. La luz empezó a desaparecer hasta que volví a tener ante mí a Daemon; en su forma humana, quiero decir. Sentí inmediatamente que el calor se desvanecía.

—Kat —me dijo esta vez en voz alta.

Lo único que puede hacer fue mirarlo fijamente. Quería saber la verdad, pero verla y experimentarla en primera persona era algo totalmente diferente.

Daemon parecía leerme el pensamiento, porque se sentó despacio frente a mí.

Parecía tranquilo, pero yo sabía que por dentro era más parecido a un animal salvaje, preparado para saltar sobre mí si hacía algo inadecuado.

—¿Kat?

—Eres alienígena. —Mi voz era apenas audible.

—Sí. Es lo que he intento explicarte.

—Joder... —Me llevé una mano al pecho y me quedé mirándolo, aturdida—. ¿Y de dónde eres, de Marte?

Se rió.

—Frío, frío. —Cerró un instante los ojos—. Voy a contarte una historia, ¿vale?

Asintió y se pasó los dedos por el pelo; lo tenía bastante alborotado.

—Todo lo que te cuente te parecerá una locura, pero intenta recordar lo que acabas de ver y lo que sabes. Me has visto hacer cosas teóricamente imposibles. Ahora debes pensar que nada lo es. —Se quedó un momento en silencio, como poniendo sus ideas en orden—. Nuestro hogar está más allá de Abell.

—¿Abell?

—Es la galaxia más lejana a la vuestra; está a unos trece billones de años luz de aquí. Y nosotros estamos a otros diez billones de años luz más, aproximadamente. No hay telescopio ni lanzadera especial lo suficiente potente para llegar a nuestro hogar. Jamás lo habrá. —Se miró las palmas de las manos, pensativo—. Y si se inventara, daría igual porque nuestro hogar ya no existe. Fue destruido cuando éramos apenas unos niños; por eso tuvimos que marcharnos y buscar un lugar que pudiera compararse al nuestro en lo relativo a la alimentación y a la atmósfera. No es que tengamos que respirar oxígeno, pero no nos hace ningún mal. Lo hacemos por costumbre, más que otra cosa.

Otro recuerdo me vino a la mente.

—¿No tienes que respirar?

—No. —Parecía un poco avergonzado—. Lo hacemos porque nos hemos acostumbrado, pero a veces se nos olvida. Como, por ejemplo, cuando nadamos.

Vale. Eso explicaría por qué Daemon había estado tanto tiempo debajo del agua.

—De acuerdo. Sigue.

Me miró unos instantes antes de seguir.

—Éramos demasiado pequeños para saber cómo se llamaba nuestra galaxia, o si los nuestros habían sentido la necesidad de ponerle nombre, pero lo que si recuerdo es el nombre de nuestro planeta. Se llamaba Lux. Y nosotros nos llamamos Luxen.

—Lux —repetí en un susurro mientras recordaba lo que me explicaba en clase de primero—. En latín significa «luz».

Se encogió de hombros.

—Vinimos aquí en una lluvia de meteoritos, hace quince años, con otros como nosotros. Pero muchos llegaron a la tierra antes que nosotros, seguramente en los

últimos mil años. No todos nuestros iguales se quedaron aquí; algunos quisieron seguir por la galaxia. Supongo que algunos llegaron a planetas en los que no pudieron sobrevivir, pero, cuando se supo que la tierra reunía las condiciones perfectas para nuestra especie, más y más decidieron venir. ¿Me sigues?

Lo miraba con los ojos como platos.

—Creo que sí. ¿Me estás diciendo que hay más como tú? ¿Los Thompson, por ejemplo?

Daemon asintió.

—Desde entonces siempre hemos estado juntos.

Supongo que es explicaba el carácter posesivo de Ash.

—¿Cuántos de vosotros hay aquí?

—¿Aquí? Pues... unos doscientos, por lo menos.

—Doscientos —repetí mecánicamente. Y entonces recordé las extrañas miradas que había recibido de la gente en la cafetería... porque estaba con Dee; una extraterrestre—. ¿Por qué elegisteis venir aquí?

—Porque... vamos siempre en grupos grandes. No... Bueno, eso no importa ahora.

—¿Dices que llegasteis en una lluvia de meteoritos? ¿Dónde está vuestra nave? —Me sentí idiota diciendo aquello.

Arqueó una ceja y me dedicó una de las típica miradas del Daemon que yo conocía.

—No necesitamos ninguna nave; somos seres de luz. Podemos propagarnos por la luz; es como si hiciéramos autoestop.

—A ver, pero si vienes de un planeta que está a millones de años luz de aquí y viajas a la velocidad de la luz... ¿entonces tardaste millones de años en llegar aquí?

—Mi profe de física de mi antiguo instituto estaría orgulloso de mí.

—No; del mismo modo que hice cuando te salvé del camión, podemos deformar el tiempo y el espacio. No soy científico y no sé como funciona; sólo sé que tenemos esa capacidad. Algunos la controlan mejor que otros, eso sí.

Lo que decía parecía no tener ni pies ni cabeza, pero no le interrumpí. Como Daemon había dicho antes, lo que yo había visto era imposible, así que quizá no era la más apropiada para delimitar los límites de lo imposible.

—Envejecemos como los humanos, por lo que podemos adaptarnos con naturalidad al entorno. Cuando llegamos, elegimos nuestro... envoltorio. —Vio la cara que le ponía y se encogió de hombros—. No sé cómo explicártelo sin asustarte, pero no todos podemos cambiar de forma, y hemos tenido que quedarnos con lo que elegimos al llegar.

—Bueno, pues tú no elegiste nada mal, ¿no?

Se le dibujó una sonrisa tímida en las comisuras de los labios mientras rozaba con

los dedos briznas de hierba.

—En la mayoría de los casos funcionó así: copiamos lo que vimos y así nos quedamos. Supongo que después el ADN se encargó de que nos parecíamos. Siempre nacemos de tres en tres, por si te quedaba alguna duda. Siempre ha sido así. —Hizo una pausa y levantó la mirada—. Somos prácticamente iguales a los humanos.

—Ya, excepto que puedes convertirte en una bola de luz que se puede tocar. —Dejé escapar el aire de mis pulmones lentamente. Estaba perpleja.

Sus labios temblaron levemente.

—Sí, tenemos esa característica, y además estamos mucho más avanzados que los humanos.

—¿Cómo de mucho? —pregunté en voz baja.

Me sonrió y volvió a rozar con la mano las briznas de hierba.

—Digamos que si estallara una guerra contra los humanos, no ganaríais ni en un billón de años.

El corazón me dio un vuelco y me eché hacia atrás. Hasta entonces no me había dado cuenta de que estaba inclinada hacia delante, muy cerca de él.

—¿Qué cosas puedes hacer?

Daemon levantó la vista y me miró apenas un instante.

—Cuanto menos sepas, mejor.

Negué con la cabeza.

—No estoy de acuerdo: no es justo que me expliques algo tan gordo y que luego te quedes a medias. Me lo debes.

—Perdona, pero en todo caso tú eres la que me debe algo a mí: que te salvara la vida. Y multiplicado por tres —me contestó.

—¿Cómo que multiplicado por tres?

—Pues que te he salvado tres veces: la noche que te atacaron, hace un rato y el día que decidiste que a Ash le favorecía llevar un sombrero hecho de espaguetis. —A medida que las enumeraba iba dejando los dedos de la mano—. Y mejor que no haya una cuarta vez.

—¿Me salvaste la vida con lo de Ash?

—Ya lo creo. Cuando te dijo que iba a acabar contigo lo decía completamente en serio. —Suspiró, echó la cabeza atrás y cerró los ojos—. Maldita sea, ¿por qué no explicártelo? Total, ya lo sabes. Podemos controlar la luz y manipularla para no ser vistos si queremos. Podemos hacer que las sombras desaparezcan; cosas así. Además, podemos utilizar la luz a nuestra voluntad. Y créeme si te digo que es un arma letal, cuyos efectos no querrías padecer... Dudo que un humano pudiera sobrevivir.

—Vale... —Casi no podía respirar—. Un momento... Cuando vimos aquel oso, también vi una luz...

—Era yo. Y, antes de que me lo preguntes, no maté al oso. Lo asusté para que se marchara. No sé por qué te desmayaste, supongo que estabas muy cerca de mi luz y debió afectarte. Bueno, el caso es que todos tenemos ciertas dotes curativas, aunque a algunos se les da mejor que a otros —siguió diciendo con la cabeza gacha—. A mí no se me da mal, pero Adam, uno de los Thompson, puede curarlo prácticamente todo siempre que la persona siga viva. Y somos casi indestructibles. Nuestra debilidad es ser atrapados en nuestra forma verdadera. O quizá que nos corten la cabeza cuando tenemos forma humana. Supongo que eso también sería posible...

—Sí, es lo que suele pasar cuando te cortan la cabeza. —Estaba totalmente superada: sólo podía procesar lo que me iba explicando. Creo que asimilaba una frase por minuto, más o menos. Me llevé las manos a la cara y me quedé así, moviendo la cabeza adelante y atrás—. Eres un extraterrestre...

Me miró, arqueando las cejas.

—Podemos hacer muchas cosas, pero no hasta que llegamos a la adolescencia. E incluso entonces tenemos bastantes problemas para controlarlo todo bien. A veces... se nos descontrola todo un poco.

—Ya, tiene que ser difícil...

—Lo es.

Bajé las manos y las retorcí sobre el pecho.

—¿Y qué más puedes hacer?

Me miró atentamente mientras hablaba.

—Prométeme que no echarás a correr otra vez.

—Prometido —acordé, pensando que de perdidos al río. Era bastante difícil flipar todavía más.

—Podemos manipular objetos. Podemos mover cualquier cosa, esté viva o no. Pero hay más... —Cogió una hoja caída y la sostuvo entre las dos—. Mira.

Inmediatamente comenzó a salir fuego de ella. Unas brillantes llamas naranjas salían de la punta de los dedos de Daemon y se retorcían al llegar a la hoja, que en cuestión de segundos había desaparecido. Pero las llamas seguían sobre sus dedos.

Me acerqué y puse los dedos cerca de la llama. Los suyos irradiaban calor. Aparté la mano, mirándolo.

—¿No te quemas?

—¿Cómo puede quemarme algo que es parte de mí? —Colocó los dedos, todavía llameantes, en el suelo. De su mano saltaron ascuas, pero el suelo seguía intacto. Agitó la mano—. ¿Lo ves? Ya no queda nada.

Me acerqué a él, con los ojos como platos.

—¿Qué más puedes hacer?

Daemon sonrió y desapareció de repente. Di un paso atrás para buscarlo, y lo vi apoyado contra el árbol, a unos metros.

—Pero... ¿cómo...? ¡Claro! Es el movimiento rápido y silencioso que has hecho varias veces. Pero no es que no hagas ruido... es que te mueves tan rápido que no se oye nada... —Me senté con la espalda apoyada contra el árbol. me costaba procesar la información.

—Me muevo a la velocidad de la luz, gatita. —Reapareció ante mí y se sentó—. Algunos de nosotros podemos manipular nuestro cuerpo y convertirnos en cualquier ser animado; ya sea humano, animal u otro ente...

Lo miré fijamente.

—¿Por eso Dee se vuelve borrosa a veces?

Pestañeó.

—¿Lo has visto?

—Sí, pero pensaba que eran imaginaciones mías. —Estiré un poco las piernas—. Creo que lo hacía cuando se relajaba y estaba a gusto. La mano o el contorno del cuerpo se le borraba un poco.

Daemon asintió.

—No todos podemos controlar lo que hacemos. A algunos les cuesta.

—Pero, ¿tú puedes?

—Ya ves, soy así de guay.

Puse los ojos en blanco. Me levanté.

—¿Y qué hay de tus padres? Me dijisteis que trabajaban en la ciudad, pero nunca los he visto.

Bajó la vista.

—Nuestros padres no consiguieron llegar.

Sentí una punzada de pena en el corazón por él y por Dee.

—Yo... lo siento.

—No te preocupes. Fue hace mucho tiempo. Ni siquiera recordamos cómo eran.

Aquello me entristeció. Aunque a veces tenía la sensación de que se me olvidaban cosas de papá, todavía conservaba mis recuerdos. Y tenía tantas cosas que preguntarle... Quería saber cómo habían conseguido sobrevivir sin sus padres, si alguien los cuidó de pequeños...

—Me siento idiota. Y yo que pensaba que trabajaban fuera...

—Kat, no digas eso. No eres ninguna idiota. Viste lo que queríamos que vieras. Eso se nos da muy bien. —Suspiró—. Bueno, tampoco tanto, visto lo visto.

Así que los extraterrestres existían... Las historias que me había contado Lesa no eran falsas. Seguramente alguien los había visto. Puede que el hombre polilla exista también, y que el chupacabras vaya por ahí dejando secas a las cabras.

Un brillo extraño apareció en los ojos de Daemon, quien me observó detenidamente.

—Lo llevas mejor de lo que esperaba...

—No te preocupes; seguro que más tarde me da un telele o me entra un ataque de pánico. Probablemente llegaré a la conclusión de que me he vuelto loca. —Me quedé callada porque un pensamiento me vino a la mente—. ¿Puedes controlar lo que piensan los demás o leer la mente?

Negó con la cabeza.

—No. Nuestros poderes están anclados en lo que somos. Quizás si la luz, nuestro poder, se manipulara de algún modo... Quién sabe. Entonces todo sería posible.

Lo miré fijamente y sentí que me invadía una oleada de rabia e incredulidad.

—Estaba convencida de que me estaba volviendo loca. Siempre me decías que veía cosas o que me las inventaba. Prácticamente me hiciste una lobotomía alienígena. Muchas gracias.

Un destello de rabia brilló en sus ojos, acompañado de algo más cuya naturaleza no supe descifrar.

—Tenía que hacerlo —insistió—. No podemos permitir que se sepa nada de nosotros. Quien sabe lo que nos pasaría.

Me obligué a aparcarme mi malestar.

—¿Cuántos... humanos lo saben? —pregunté.

—Bueno, hay gente de aquí que cree que somos algo raro, Dios sabe qué —contestó—. Hay una rama del gobierno, dentro del Departamento de Defensa, que sabe de nuestra existencia. Nadie más. No saben que tenemos poderes: no pueden saberlo. —Sus palabras eran casi un gruñido—. Creen que somos unos frikis inofensivos. Mientras sigamos sus normas, nos dejarán tranquilos. Cuando a alguien se le va la castaña y usa su energía sin control, es fatal para nosotros por varios motivos. Intentamos no utilizar nuestros poderes, especialmente cerca de humanos.

—Es peligroso porque revela vuestra verdadera naturaleza.

—Sí, y además... —Se frotó la mandíbula—. Cuando usamos nuestros poderes cerca de algún humano, dejamos una especie de rastro en él. Y así podemos ver si ha estado cerca de alguno de nosotros. Intentamos no usar nuestros poderes cerca de vosotros, pero tú... Bueno, contigo siempre ha salido todo al revés.

—¿Dejaste un rastro en mí al detener el camión?

Pestañeó y miró a otro lado.

—¿Y cuando asustaste al oso? ¿Los tuyos pueden verlo? —Tragué saliva, aterrorizada—. Entonces los Thompson y los demás alienígenas de la zona saben que he estado expuesta a tus... encantos extraterrestres, ¿no?

—Pues sí —me contestó—. Y créeme si te digo que nos les hace ninguna gracia.

—¿Por qué paraste el camión, entonces? Está claro que soy una carga enorme para ti.

Daemon se volvió hacia mí, despacio. Su mirada era inescrutable. No me respondió.

Suspiré hondo, dispuesta a salir corriendo de allí o a pelearme con él.

—¿Qué vas a hacerme?

—¿Que qué voy a hacerte? —Le tembló la voz.

—Sé lo que sois, y eso es un riesgo para vosotros. Si quieres puedes quemarme o sabe Dios qué.

—¿Por qué iba a explicarte todo esto, entonces?

Buena pregunta.

—No lo sé.

Se acercó a mí y, como me aparté, no llegó a tocarme.

—No voy a hacerte nada, ¿vale?

Me mordí el labio.

—¿Cómo sabes que puedes confiar en mí?

Se quedó en silencio otra vez y finalmente me acarició la barbilla con los dedos.

—La verdad es que no lo sé. Confío en ti y punto. Además, para serte sincero, creo que nadie te creería. Si causaras mucho revuelo atraerías la atención del Departamento de Defensa, lo que te perjudicaría. Son capaces de cualquier cosa para garantizar que los humanos no sepan que existimos.

Me quedé muy quieta y en silencio. Los dedos de Daemon seguían posados con delicadeza en mi barbilla. Dentro de mí se desataba un torbellino de emociones. Sentí que me rodeaba con su presencia; que era muy fácil dejarme llevar y entrar en el laberinto del que probablemente no conseguiría salir. Me aparté.

—¿Por qué me dijiste entonces todas esas cosas antes? ¿No me odias?

Daemon se miró la mano, todavía extendida hacia mí.

—Pues claro que no te odio, Kat.

—¿Por eso no quieres que sea amiga de Dee, porque tenías miedo de que descubriera la verdad?

—Por eso y porque eres humana. Los humanos sois débiles. Sólo nos traéis problemas.

Lo miré con ojos entrecerrados.

—No somos débiles. Y además vivís en nuestro planeta. Un poco de respeto, colega.

Me miró divertido con aquellos ojos esmeralda tan espectaculares.

—Tienes razón. —Se quedó callado y me recorrió el rostro con la mirada—. ¿Cómo llevas lo que te he explicado?

—Estoy intentando procesarlo todo; todavía no lo sé. Creo que ya nada me sorprende...

Daemon se pudo de pie.

—Bueno, pues entonces volvamos antes de que Dee crea que te he asesinado.

—¿En serio creería eso?

Una expresión sombría se le dibujó en el rostro.

—Soy capaz de cualquier cosa, gatita. No dudaría en matar a alguien por proteger a mi familia, pero eso a ti no debe preocuparte.

—Pues gracias por comentármelo.

Ladeó la cabeza.

—Hay otros, ahí fuera, que harían cualquier cosa por tener los poderes de los Luxen; especialmente el mío. Y que serían capaces de cualquier cosa también por atraparme y darles caza a los míos.

Sentí que la ansiedad me agarrotaba el pecho.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Daemon se puso de cuclillas y con la mirada estudió el denso bosque que nos rodeaba.

—El rastro que he dejado en ti al evitar que el camión te arrollara puede ser rastreado. Además, ahora mismo brillas más que Times Square.

Me quedé helada.

—Te utilizarán para llegar hasta mí. —Daemon se me acercó más y me quitó una hoja del pelo. La mano se le quedó inmóvil un segundo junto a mi mejilla. Finalmente se la llevó a la rodilla—. Y, si te atrapan, lo mejor que podría pasarte es que te mataran enseguida.

CAPITULO 17

A través de las ventanas se filtraba una claridad que me sacó de la plácida oscuridad en la que me encontraba. Gruñí y me tapé la cabeza con la almohada. Tenía la boca seca y un martilleo terrible en la cabeza. No quería despertarme. No recordaba por qué quería dormir todo lo que pudiera, pero seguro que había una razón de peso.

Me di la vuelta y me dolieron todos los músculos. Abrí los ojos, y otros ojos, de un verde electrizante, me devolvieron la mirada. Solté un grito ahogado y di un respingo del susto: se me enredaron las piernas en el edredón y me caí de la cama.

—¡Por el amor de...! —grité.

Dee me agarró al vuelo y me sostuvo mientras yo intentaba sacar las piernas del edredón y me caí de la cama.

—Perdona, no quería asustarte.

Tiré del edredón hasta que conseguí arrastrarlo hasta mis pies. No llevaba nada en las piernas, y la enorme camiseta que vestía no era mía. Me ruboricé al recordar que Daemon la había lanzado a la habitación. Olía a él; a una mezcla de especias y aire libre.

—¿Qué haces aquí, Dee?

Se puso un poco colorada al sentarse en la *chaise longue* que había al lado de la enorme cama.

—Miraba como dormías.

Le puse una cara rara.

—Eso es bastante extraño.

Pareció todavía más avergonzada.

—No estaba mirándote en plan... ya sabes, mirándote; estaba mirándote para ver cuando ibas a despertarte. —Se apartó el pelo—. Quería hablar contigo. Necesito hablar contigo.

—Vale... Dame un minuto.

Asintió, echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en los pálidos cojines, y cerró los ojos. Después de echarle un vistazo a su habitación de invitados, fui al baño. Allí estaba mi cepillo de dientes y otros enseres que me había llevado de casa después de que Daemon me acompañara.

Dejé que el agua corriera hasta que ese fue el único sonido que oía. Acabé de cepillarme los dientes y empecé a lavarme la cara. El espejo me reveló que yo no tenía mejor aspecto que Dee. De hecho, estaba horrible; tenía el pelo enredado y una línea roja que me atravesaba la mejilla. Puse la mano bajo el chorro de agua caliente

y me salpiqué la cara. El rasguño me picaba.

El dolor que me causaba aquella heridita no era nada en comparación con lo que sentí al recordar lo sucedido la noche anterior. Me acordaba absolutamente de todo.

Y la cabeza me daba vueltas.

—Dios mío. —Me agarré con fuerza al mármol del lavabo hasta que se me pusieron los nudillos blancos—. Mi mejor amiga es alienígena.

Me di la vuelta y abrí la puerta de par en par. Allí estaba Dee, con los brazos cruzados en la espalda.

—Eres alienígena.

Asintió despacio.

La miré fijamente. Quizá tenía que sentir miedo o estar confundida, pero esas emociones no eran las que me abrasaban por dentro en aquel momento. Sentía curiosidad. Estaba intrigada.

—Hazlo.

—¿Que haga el qué?

—El numerito alienígena ese vuestro con la luz —le dije.

Dee sonrió de oreja a oreja.

—¿No te doy miedo?

Negué con la cabeza. ¿Cómo iba a tener miedo de Dee?

—No. Quiero decir que todavía estoy flipando bastante con todo lo que ha pasado, pero que seas extraterrestre mola, ¿no? Es raro y tal pero...

Los labios comenzaron a temblarle y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿No me odias? Me caes muy bien y no quiero que me odies o me tengas miedo.

—Pues claro que no te odio.

Dee se acercó a mí a una velocidad que mis ojos humanos no pudieron registrar. Me abrazo con una fuerza sorprendente y se apartó, sorbiéndose la nariz.

—He pasado una noche horrible; estaba muy preocupada porque Daemon no me dejó hablar contigo. Sólo podía pensar en que había perdido a mi mejor amiga...

Dee, extraterrestre o no, seguía siendo la Dee de siempre.

—No me has perdido; no voy a marcharme a ninguna parte.

Un segundo más tarde me apretó con tal fuerza que casi me ahoga.

—Oye, me muero de hambre. Venga, cámbiate que te preparo el desayuno.

Desapareció de la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Tardaría en acostumbrarme a eso... Cogí la ropa que me había llevado a toda prisa de casa, después de decirle a mamá que iba a quedarme en casa de Dee, y me cambié rápidamente antes de bajar las escaleras.

Dee estaba preparando el desayuno mientras hablaba con alguien por el móvil. El jaleo de cacharros y el murmullo constante del agua corriente hacía ininteligible la conversación. Colgó el teléfono y se volvió hacia mí.

En cuestión de segundos la tuve delante. Me llevó hacia la mesa de la cocina.

—Ayer por la noche, después de que pasara todo, no hice más que darle vueltas a lo que debías de pensar de nosotros...

—Bueno —empecé a decir—, normales no sois.

Se rió.

—Ya, pero ser normal a veces es aburrido.

Me estremecí al escuchar aquello y me acerqué a la silla para sentarme. Antes de que pudiera tocarla, se movió sola. Levanté la vista.

—¿Lo has hecho tú?

Dee me sonrió.

—Pues qué práctico. —Me senté, deseando que no se moviera más—. ¿Tú también puedes moverte a la velocidad de la luz?

—Creo que en realidad vamos más rápido. —Se inclinó sobre los fogones y puso una mano en la sartén, que inmediatamente empezó a crepitar. me sonrió por encima del hombro.

El fogón no estaba encendido, pero el aroma a beicon recién cocinado invadió la cocina.

Me eché hacia delante.

—¿Cómo lo haces?

—Con el calor —respondió—. Así acabo antes. Tardo unos segundos en preparar la carne.

Era cierto, porque tardó apenas unos minutos en servirme un plato de huevos fritos con beicon. Aquello movimientos superrápidos y la mano de efecto microondas estaban empezando a darme bastante envidia.

—¿Qué te contó Daemon ayer por la noche? —Se sentó delante de una montaña de huevos fritos.

—Bueno, me enseñó algunos de vuestros truquitos alienígenas. —La comida olía que alimentaba y estaba muriéndome de hambre—. Por cierto, muchas gracias por prepararme el desayuno.

—De nada. —Se recogió el pelo en un moño alborotado—. No sabes lo que es tener que fingir ser alguien que no eres... Es una de las razones por las que no tenemos amigos de verdad que sean... humanos. Por eso Daemon siempre dice que los humanos no pueden ser amigos nuestros y todo ese rollo.

Jugué con el tenedor mientras ella devoraba la mitad del plato en cuestión de segundos.

—Bueno, ahora ya no tienes que fingir.

Levantó la vista. Le brillaban los ojos.

—¿Quieres que te cuente algo guay?

Era imposible saber con que historia iba a sorprenderme.

—Sí, claro.

—Vemos cosas que los humanos no podéis ver. Como, por ejemplo, la energía que desprendes. Creo que la gente de la Nueva Era la llama «aura» o algo parecido. Representa la energía o la fuerza, que cambia al ritmo que las emociones; por ejemplo, cuando estás enfermo o te pasa algo.

—¿Ves la mía?

Negó con la cabeza.

—Ahora mismo tienes un rastro a tu alrededor, así que no puedo ver tu energía, pero cuando te conocí era de color rosa pálido; lo normal. El aura se volvía muy roja cuando hablabas con Daemon.

El rojo seguramente simbolizaba el enfado. O la lujuria.

—No se me da bien leerla. Algunos poderes se nos dan mejor que otros. Matthew es un as leyendo auras, por ejemplo.

—¿Qué? —Dejé el tenedor en el plato—. ¿Nuestro profe de Biología es un alienígena? Que fuerte... Me viene a la mente la película *The Faculty*... —Sin embargo, todo encajaba. Por eso había reaccionado tan mal al vernos a mí y a Daemon juntos y me miraba raro.

Dee se atragantó con el zumo de naranja.

—No vamos por ahí robando cuerpos, ¿eh?

Eso espero.

—O sea, que tenéis trabajos normales, ¿no?

—Sí. —Se puso en pie de un salto y miró hacia la puerta—. ¿Quieres saber lo que se me da bien a mí?

Asentí con la cabeza y Dee volvió a la mesa. Cerró los ojos y noté que el aire vibraba. Un segundo más tarde pasó de ser una chica a una forma luminosa y después a un lobo.

—Ejem —carraspeé—. Creo que acabo de descubrir el origen de la leyenda de los hombres lobo.

Se acercó a mí y me olfateó la mano. Tenía el hocico húmedo. No sabía que hacer, de modo que le di un par de palmaditas en el la cabeza. El lobo me respondió con una especie de rugido que se parecía más a una risa y se apartó. Unos segundos después volvía a ser Dee.

—Y eso no es todo. Mira. —Agitó los brazos—. Pero no te asustes.

—Vale. —Apreté con fuerza mi vaso de zumo de naranja.

Cerró los ojos, se convirtió en la forma luminosa de antes y después... adoptó la forma de alguien que tenía el pelo castaño y la piel clara. Arqueó unas cejas que enmarcaban unos ojos grandes e inocentes y me sonrió con unos labios sonrosados. Se había vuelto más bajita y su aspecto era más normal.

—¡Soy yo! —chillé. Estaba viéndome a mí.

—¿Eres capaz de distinguirnos? —me preguntó mi doble.

El corazón me iba a mil. Quise ponerme de pie pero no pude. Moví los labios pero no logré decir nada.

—Que raro... —Entrecerré los ojos—. ¿Tengo la nariz así? Date la vuelta. —Se dio la vuelta. Me encogí de hombros—. Pues mi trasero no está mal.

Mi réplica estalló en una carcajada antes de desaparecer. Un instante después vi la silueta de un cuerpo, a través de cuyo centro se podía ver el frigorífico. En apenas un momento se había vuelto a convertir en Dee. Se sentó.

—Puedo parecerme a todo el mundo, menos a mi hermano. A ver, si quisiera podría adoptar su forma, pero me daría bastante repelús. —Se estremeció—. Todos podemos cambiar de apariencia, pero yo soy la que aguanta más tiempo. Si quiero, puedo cambiar durante horas. Casi todos los demás sólo aguantan unos minutos —dijo con orgullo.

—¿Alguna vez habéis cambiado de apariencia estando yo delante?

Negó con la cabeza.

—Daemon se habría enfadado muchísimo conmigo si lo hubiera hecho. Habría dejado un rastro en ti, no demasiado grande, pero como ahora pareces un árbol de navidad no importa demasiado.

—¿Daemon también tiene la capacidad de transformarse? ¿En un canguro, por ejemplo?

Dee se rió.

—Daemon puede hacer prácticamente cualquier cosa. Es uno de los Luxen más poderosos. Casi todos podemos hacer una o dos cosas; más, nos cuesta. Pero a él todo le resulta sencillo.

—Es que Daemon es superguay, vaya.

—Una vez movió la casa unos centímetros —dijo Dee arrugando la nariz—. No veas, se cargó los cimientos...

Madre del amor hermoso.

Le di un sorbo a mi zumo de naranja.

—¿Y el Gobierno no sabe que podéis hacer todas estas cosas?

—Creemos que no —respondió Dee—. Siempre hemos escondido nuestros poderes. Los humanos se asustarían si supieran que podemos hacer todas estas cosas. Además, se aprovecharían de nuestras habilidades. Por eso no queremos que salga a la luz.

Intenté asimilar aquellas palabras mientras le daba otro sorbo al zumo. La cabeza estaba a punto de estallarme.

—¿Por qué vinisteis aquí? Daemon me dijo que algo pasó en vuestro hogar...

—Sí, pasaron cosas... —Dee recogió los platos y los llevó al fregadero. Tenía la espalda tensa mientras lavaba los cacharros—. Cosas como que los Arum destruyeron

nuestro planeta.

—¿Los Arum? —Entonces lo comprendí—. ¿Esos que van de negro? ¿Son esos los que intentan robaros los poderes?

—Sí —respondió mirándome por encima del hombro y asintiendo con la cabeza—. Son nuestros enemigos. Lo únicos que tenemos, además de los humanos si estos deciden que ya no quieren ser amables con nosotros. Los Arum son como nosotros; sólo que todo lo contrario. Vienen de nuestro planeta hermano. Destruyeron el nuestro. Mi madre me contaba cada noche una historia: cuando el universo fue creado, se llenó de una luz tan pura e intensa que hizo que las sombras tuvieran celos de ella. Los Arum son los hijos de las sombras. Su envidia los lleva a querer extinguir toda la luz del universo. No entiende que sombra y luz se necesitan mutuamente para existir. Muchos Luxen creen que cada vez que se le quita la vida a un Arum una luz de apaga en el universo. Es lo único que recuerdo de mamá.

—¿Tus padres murieron en esa guerra? —le pregunté, arrepintiéndome al instante—. Perdona, no tendría que habértelo preguntado.

No sabía por qué, pero la muerte de sus padres me asustaba... Empezaba a alarmarme lo que podía acabar descubriendo.

—Hay Arum en la Tierra. El Gobierno cree que son Luxen. Tenemos que fingir que es así porque de lo contrario Defensa podría saber de nuestros poderes a través de los Arum. —Dee puso las manos en el borde del fregadero y me miró—. Y, ahora mismo, tú eres como un faro para ellos.

Me quedé sin hambre de golpe y aparté el plato.

—¿Hay algún modo de deshacerme del rastro?

—Se te irá con el tiempo. —Dee forzó una sonrisa—. Hasta entonces, es mejor que no te separes demasiado de nosotros; especialmente de Daemon.

Lo que me faltaba. Aunque podría ser peor.

—Bueno... Dices que se va con el tiempo, ¿no? Si ese es el único problema que tengo creo que no estoy tan mal.

—No lo es —me respondió—. Tenemos que asegurarnos de que el Gobierno no sabe que conoces la verdad. Ellos se ocupan de que no nos expongan. ¿Te imaginas lo que pasaría si los humanos supieran de nosotros?

Me vinieron a la cabeza imágenes de altercados en las calles. Así reaccionábamos a todo lo que no entendíamos...

—Y harán todo lo que esté en sus manos para garantizar que no salimos a la luz. —Dee me miró fijamente—. No puedes decírselo a nadie, Katy.

—No pienso hacerlo; jamás lo haría —dije sin poder contenerme—. Nunca os traicionaría. —Y lo decía de verdad. Dee era como una hermana para mí. Y Daemon... bueno, no sé lo que era, pero tampoco lo traicionaría. Mucho menos después de que me confesara algo tan extraordinario—. No se lo diré a nadie.

Dee se arrodilló a mi lado y me puso una mano encima de la mía.

—Confío en ti, pero no podemos permitir que Defensa sepa que lo sabes, porque, si se enteraran, desaparecerías.

CAPITULO 18

—Katy, estás muy callada hoy. ¿Te pasa algo?

Me estremecí. Ojalá mi madre no me conociera tan bien.

—Estoy un poco cansada. —Forcé una sonrisa para tranquilizarla.

—¿Seguro?

La culpa me carcomía por dentro. Apenas pasaba tiempo con mi madre, y me dolía tener la cabeza en otra parte.

—Lo siento, mamá, creo que hoy estoy un poco *out*.

Se puso a lavar los platos de la cena.

—¿Qué tal va todo con Daemon y Dee?

Había conseguido que no habláramos de ellos en todo el día.

—Bien, bien. Creo que luego iré a ver una peli con ellos.

Sonrió.

—¿Con los dos?

Entrecerré los ojos.

—Mamá, por favor.

—Cielo, soy tu madre. Tengo derecho a preguntar.

—Pues no sé si iré con los dos; era una idea, nada más. —Cogí una manzana del frutero y le di un mordisco—. ¿Qué vas a hacer esta tarde, mamá?

Intentó hacerse la indiferente.

—He quedado para tomar un café con el señor Michaels.

—¿Y quién es el señor Michaels? —pregunté entre mordisco y mordisco—. Ah, un momento... ¿Es ese doctor tan guapo del hospital?

—Sí, el mismo.

—¿Es una cita? —Me apoyé en la encimera y sonreí—. ¡Esa mamá!

Mi madre se puso colorada. Mi madre, la mujer de hielo.

—Vamos a tomar un café y nada más.

Eso explicaba por qué se había pasado la mañana eligiendo qué vestido ponerse, hasta el extremo de hacerme escoger dos de los más bonitos.

—Bueno, pues espero que te lo pases muy bien en tu no cita; aunque a mí me sigue pareciendo que sí lo es.

Sonrió y se puso a hablar de los planes que tenía para la tarde y de un paciente que tuvo el día anterior. Antes de que se marchara para prepararse, me trajo un par de vestidos de su armario.

—Bueno, si sales esta noche, ¿por qué no te pones uno de estos? Te quedan muy

bien. Yo soy demasiado mayor para ponérmelos.

Arrugué la nariz.

—Mamá, no soy yo la que tiene una cita hoy.

—Yo tampoco —se burló.

—¡Lo que tú digas! —exclamé mientras subía las escaleras.

No tardó casi nada en arreglarse y marcharse. Como se suponía que no era una cita, había quedado con él en una cafetería del centro. Deseé que se lo pasara bien: se lo merecía. Desde lo de papá, creo que no había vuelto a fijarse en nadie. Lo que quería decir que el señor Michaels debía ser especial.

Dee había comentado que nos viéramos aquella noche, pero no habíamos quedado en nada en firme. Sabía que Daemon me vigilaba constantemente desde la puerta de al lado, pero no le había dejado que estuviera merodeando por casa. Me habían dicho que los Arum eran más fuertes de noche, y que entonces atacaban, de modo que me sentía bastante segura durante el día. Por eso quise pasar un día tranquilo, leyendo y actualizando el blog y haciéndole compañía a mamá.

Pero era muy raro seguir con tu vida normal después de que te revelaran un secreto así. Sentí que su obligación era estar ahí fuera evitando accidentes, acabando con la hambruna o salvando a gatitos que se habían quedado atrapados en los árboles.

Tiré el corazón de la manzana a la basura y me puse a jugar con el anillo que llevaba en el dedo mientras miraba los vestidos que descansaban sobre la mesa. No pensaba ponérmelos para ir a ninguna cita.

Alguien llamó a la puerta y me sacó de mi ensimismamiento. Abrí y ahí estaba Daemon, con sus vaqueros y una camiseta blanca que se le ajustaba al cuerpo. Estaba espectacular. Su presencia me ponía nerviosa. Y mucho más cuando encima se quedaba mirándome fijamente de aquella manera, con esos ojos verdes como el jade que me consumían por dentro.

—¿Hola? —le dije.

Hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Era imposible saber de qué humor estaba.

Ay, madre.

—Esto... ¿quieres pasar?

Negó con la cabeza.

—No, se me ha ocurrido que quizá podemos quedar y hacer algo.

—¿Algo?

Me miró, divertido.

—Sí, siempre que no tengas que escribir la reseña de algún libro o trasplantar algún matorral, claro.

—Ja, ja, ja. Me parto. —Empecé a cerrarle la puerta en las narices.

Puso una mano en el marco de la puerta para evitarlo sin tocarla.

—Vale, déjame que vuelva a intentarlo. ¿Te apetece que hagamos algo?

La verdad era que no, pero sentía cierta curiosidad. Y una parte de mí empezaba a comprender por qué Daemon siempre era tan distante. Quizá era posible quedar sin que acabáramos matándonos.

—¿En qué habías pensado?

—Vamos al lago.

—Esta vez, miraré a los lados antes de cruzar la carretera. —Lo seguí y esquivé su mirada. El comentario parecía haberle hecho gracia. Metí las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y decidí no andarme con rodeos—. No me habrás invitado a dar una vuelta por el bosque porque crees que tu secreto no está a salvo conmigo, ¿no?

A Daemon le dio un ataque de risa.

—Está totalmente paranoica.

—Ya, claro, paranoica... Me lo dice un alienígena que puede hacer que yo salga volando por los aires sin tocarme —me burlé.

—¿Has tenido algún ataque de pánico o algo así? —me preguntó.

—No, Daemon, pero gracias por preocuparte por mi salud mental.

—Oye —dijo mientras extendía las manos—, sólo quiero asegurarme de que no pierdes los nervios y le cuentas a todo el pueblo lo que somos.

—Creo que hay varios motivos por los que eso no debería preocuparte —le contesté, bastante seca.

Daemon me miró con cara de pocos amigos.

—¿Sabes de cuánta gente hemos estado cerca? Realmente cerca, quiero decir...

Puse una cara rara. No era difícil imaginar a lo que se refería. Y no me gustaba lo que me venía a la mente.

Se rió con una voz profunda y ronca.

—Y va una mocosa y nos descubre... ¿No ves lo difícil que es para mí... confiar en alguien?

—No soy ninguna mocosa, pero, si pudiera viajar en el tiempo, te aseguro que lo último que haría sería ponerme delante de aquel camión.

—Es bueno saberlo —respondió.

—No me arrepiento de haber descubierto la verdad. Explica muchas cosas. Oye... ¿podéis viajar en el tiempo? —le pregunté completamente en serio. No había pensado en esa posibilidad, pero en aquel momento me surgió la duda.

Daemon suspiró y negó con la cabeza.

—Podemos manipular el tiempo, sí. Pero no solemos hacerlo, y además sólo podemos modificarlo hacia delante. Jamás he sabido de nadie que haya podido alterar el pasado.

Casi se me salen los ojos de las cuencas.

—Dios mío, supermán a vuestro lado se queda en nada.

Sonrió mientras agachaba la cabeza para evitar una rama.

—Bueno, pero no creas que voy a decirte cuál es nuestra kryptonita.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirí después de llevar un rato caminando por el sendero cubierto de hojarasca. Asintió y respiré hondo—. La tal Bethany que desapareció... estaba con Dawson, ¿verdad?

Me miró de refilón con una expresión dura.

—Sí.

—¿Ella también averiguó quienes erais?

Pasaron unos segundos.

—Sí.

Lo miré. Su expresión era inescrutable y no apartaba la vista del frente.

—¿Y por eso desapareció?

Otro lapso de silencio.

—Sí.

Vale. Sólo iba a responderme con monosílabos. Pues qué bien.

—¿Se lo dijo a alguien? Quiero decir que... ¿por qué desapareció?

Daemon suspiró hondo.

—Es complicado, Kat.

«Complicado» podía significar muchas cosas.

—¿Está... muerta?

No me respondió.

Me detuve para quitarme una piedrecilla de la sandalia.

—¿No piensas decírmelo?

Me sonrió con una tranquilidad que me puso de los nervios.

—¿Por qué querías venir aquí? —Agité la sandalia y volví a ponérmela—. ¿Te lo pasa bien dándome evasivas o qué?

—La verdad es que me divierte ver que se te ponen las mejillas rojas de la frustración.

Le lancé una mirada de odio.

Daemon sonrió, socarrón, y reanudó el paso. No nos dijimos nada hasta que llegamos al lago. Se acercó a la orilla y me buscó con la mirada. Me había parado unos pasos más atrás.

—Pensé que, además de hacerme esa pregunta tan rara que me has hecho antes, tendrías más cosas que preguntarme.

Que a Daemon le gustara cabrearme era de locos. Y todavía era más de locos que a mí me encantara enfadarle.

—Sí las tengo.

—Te contestaré a algunas preguntas, y a otras no. —Daemon se quedó en

silencio, pensativo—. Te aconsejo que aproveches la ocasión para preguntarme todo lo que se te haya pasado por la cabeza, porque así no tendremos que volver a hablar del tema. Pero tendrás que hacer algo a cambio para que yo te responda.

Ya; nunca volveremos a comentar que es un extraterrestre, ¿no? Que risa, María Luisa.

—Vale. ¿Qué tengo que hacer?

—Reúnete conmigo en esa roca. —Se volvió hacia el lago y se quitó los zapatos.

—¿Qué? ¡No llevo bañador!

—¿Y qué? —Se dio la vuelta, sonriente—. Puedes quitártelo casi todo y...

—Ni en sueños. —Me crucé de brazos.

—Ya me lo imaginaba —me contestó—. ¿Te has bañado vestida alguna vez?

Pues claro. ¿Y quién no? Pero no hacía calor.

—¿Por qué tengo que meterme en el agua para poder preguntarte cosas?

Daemon me miró un instante antes de bajar sus gruesas y oscuras pestañas.

—No lo hago por ti, sino por mí. Me parece lo normal —El sol le teñía las mejillas de rosa—. El día que fuimos a nadar...

—¿Sí? —dije, dando un paso adelante.

Me miró y nuestros ojos se encontraron. El verde de los suyos cambió de tonalidad y lo hizo parecer vulnerable.

—¿Lo pasaste bien?

—Cuando no te portabas como un memo conmigo, y si dejó aparcado el hecho de que te obligaron a quedar conmigo, sí.

Sonrió y miró al infinito.

—No sé cuanto hacía que no lo pasaba tan bien. Puede que te parezca una tontería, pero...

—No es ninguna tontería. —El corazón me dio un vuelco: entendí inmediatamente lo que quería decir. En el fondo, lo único que Daemon deseaba era ser normal—. Vale, venga, vamos a meternos en el agua un rato.

Daemon se rió.

—Hecho.

Me quité las sandalias y él, la camiseta. Intenté no mirarlo, porque Daemon había decidido mirarme fijamente por si cambiaba de opinión. Le sonreí y me acerqué a la orilla para remojar los dedos.

—¡Madre mía, qué fría está!

Me guiñó un ojo.

—Observa. —Los ojos se le pusieron de aquel verde tan fantasmagórico, todo el cuerpo comenzó a temblarle y se convirtió en una bola de luz... que surcó el cielo y se zambulló en el lago, iluminándolo como una piscina de noche. Rodeó como una bala las rocas del centro del lago. Unas dos veces, en apenas segundos. Qué fantasma.

—¿Ya estamos con los truquitos marcianos? —le pregunté, muerta de frío.

Se asomó entre las rocas. El agua le caía a borbotones por el pelo. Me ofreció la mano.

—Venga, que ahora está un poco más calentita.

Apreté con fuerza los dientes, preparándome para entrar en contacto con el agua helada, pero me sorprendió que la temperatura fuera bastante agradable. No estaba templada del todo, pero tampoco fría. Me zambullí y me dirigí hacia las rocas.

—¿Tienes más poderes chulos que confesar?

—Puedo volverme invisible.

Le di la mano y me ayudó a salir del agua. Me senté en la roca, con la ropa mojada. Me soltó la mano y se echó hacia atrás. Yo tiritaba, y acepté de buen grado el calor que emanaba de aquella roca, bañada por el sol durante todo el día.

—¿Cómo puedes hacer cosas sin que yo lo vea?

Se apoyó sobre los codos. Parecía que el frío no le afectaba.

—Estamos hechos de luz. Podemos manipular los espectros que nos rodean y utilizarlos. ¿Cómo puedo explicarlo...? Es como si fracturáramos la luz; ¿lo entiendes?

—La verdad es que no. —Tenía que estar más atenta en clase de Ciencias.

—Me has visto transformarme a mi estado natural, ¿verdad? —Asentí y siguió hablando—. Vibro hasta que me descompongo en pequeñísimas partículas de luz. Bueno, pues entonces lo que hago es eliminar a mi antojo la luz. Así nos volvemos transparentes.

Me llevé las rodillas al pecho.

—Vaya, que pasada, Daemon.

Antes de tumbarse sobre la roca, me sonrió y se le dibujó un hoyuelo en la mejilla. Se pasó las manos por detrás de la cabeza.

—Sé que tienes más preguntas. Dispara.

Quería preguntarle tantas cosas que no sabía por donde empezar.

—¿Creéis en Dios?

—Parece un tipo bastante guay.

Pestañeé; no sabía si reírme o no.

—¿Tenéis vuestro propio Dios?

—Recuerdo que teníamos algo parecido a una iglesia, pero nada más. Nuestros mayores no nos hablan de religión —añadió—. Aunque ahora ya no vemos a ningún mayor, claro.

—¿A qué te refieres con «mayor»?

—A lo mismo que te referirías tú. A una persona mayor.

Lo miré con cara rara.

Sonrió.

—¿Siguiente pregunta?

—¿Por qué eres tan gilipollas? —Se me escapó antes de que pudiera darme cuenta.

—Cada uno tiene un talento especial, ¿no?

—Pues, chico, se te da fenomenal.

Me miró con los ojos muy abiertos. Un segundo después los cerró.

—No te caigo nada bien, ¿no?

Dudé.

—No es eso, Daemon. Es difícil... entenderte.

—Tampoco resulta fácil entenderte a ti —me respondió con los ojos cerrados, bastante relajado—. Has aceptado lo imposible. Te portas bien con mi hermana y conmigo, aunque haya sido un capullo. Podías haberle contado a todo el mundo lo que sabes de nosotros, pero no lo has hecho. Y cuando me meto contigo no te quedas callada —añadió con una risita—. Eso me gusta de ti.

Un momento...

—¿Te caigo bien?

—Siguiente pregunta.

—¿Está permitido que salgáis con humanos?

Se encogió de hombros.

—«Permitir» es una palabra demasiado fuerte, quizá. ¿Es algo que pasa? Sí. ¿Es aconsejable? No. Podemos salir con humanos pero... ¿para qué? Si tenemos que esconder nuestra verdadera identidad, una relación no puede durar mucho.

—¿Sois como nosotros en determinados... ejem, aspectos?

Daemon arqueó una ceja.

—¿A qué te refieres?

Me puse como un tomate.

—Al sexo, quiero decir... Con eso de que brilláis y tal... No sé cómo debe funcionar la cosa.

A Daemon se le dibujó en la cara media sonrisa, la única advertencia que me dio. Se movió a una velocidad increíble y pronto me encontré de espaldas contra la roca y él, encima de mí.

—¿Me estás preguntando si me atraen las humanas? —dijo. El pelo le caía hacia delante en hondas. Unas gotitas de agua le recorrían los mechones y acababan salpicándome la mejilla—. ¿O si eres tú la que me atrae?

Con las manos apoyadas en la roca, fue acercándose a mí lentamente. Muy pronto nos separaban sólo unos milímetros. Cuando nuestros cuerpos se tocaron, me quede sin respiración. Él estaba duro en aquellas zonas en las que yo no lo estaba. Me alteraba estar tan cerca de él; un torbellino de sensaciones se apoderó de mí y me estremecí; no por el frío, sino por lo agradable que era estar en contacto con su piel.

Sentía su respiración como si fuera la mía, y cuando movió las caderas abrí los ojos y ahogué un grito.

Vaya que si funcionaba la cosa... Me despejó la duda de un plumazo.

Daemon se apartó y volvió a tumbarse sobre la roca, a mi lado.

—Siguiente pregunta —dijo con voz grave y profunda.

No me moví; me quedé con la mirada fija en el cielo azul.

—Podías haberte limitado a explicármelo, ¿sabes? —Lo miré—. No hacía falta que lo llevaras a la práctica.

—Si te lo explico pierde la gracia. —Se volvió para mirarme—. ¿Siguiente pregunta, gatita?

—¿Por qué me llamas así?

—Porque me recuerdas a una gatita peludita que maúlla mucho pero no araña.

—Ya; bueno, eso no tiene ningún sentido.

Se encogió de hombros.

Hice un esfuerzo por formular alguna pregunta más, porque tenía muchas dudas, pero me había desconcentrado tanto que ya no podía razonar con claridad.

—¿Crees que hay más Arum por aquí?

Algo se le pasó por la mente, pero fue apenas imperceptible. Ladeo la cabeza para observarme.

—Siempre están cerca.

—¿Y os buscan?

—Es lo único que les importa. —Volvió a mirar al cielo—. Sin nuestros poderes son como los humanos, solo que malignos e inmorales. Lo único que quieren es destruirlo todo.

Tragué saliva.

—¿Has... luchado contra muchos de ellos?

—Sí. —Se apoyó en un costado y con la mano se aguantó la cabeza. Un mechón de pelo le tapó un ojo—. No sé a cuantos he matado. He perdido la cuenta. Y teniendo en cuenta lo mucho que brillas ahora mismo, vendrán más.

Me moría de ganas de apartarle aquel mechón.

—Entonces, ¿por qué no dejaste que el camión me atropellara?

Se le marcó un músculo en la barbilla al mirarme.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—¿Me servirá para hacer méritos? —me preguntó con voz suave.

Contuve la respiración, me acerqué a él y le aparté el mechón de la frente. Mis dedos apenas le rozaron la piel, pero respiró hondo y cerró los ojos. Aparté la mano, sin saber por qué había hecho aquello.

—Depende de como respondas a la pregunta.

Abrió los ojos. Tenía las pupilas blancas, extremadamente bonitas. Volvió a estirarse sobre la roca y su brazo quedó justo al lado del mío.

—¿Siguiente pregunta?

Entrelacé los dedos por encima del estómago.

—¿Por qué vuestros poderes dejan rastro?

—Los humanos sois para nosotros como esas camisetas que brillan en la oscuridad. Cuando usamos nuestros poderes cerca de vosotros, no podéis evitar absorber nuestra luz. Ese brillo acaba desapareciendo, pero, cuanta más energía utilizamos, más evidente será el rastro. Cuando Dee difumina el brazo sin querer, por ejemplo, el rastro que deja es apenas perceptible. En cambio, el incidente del camión y el del oso sí dejaron un rastro muy visible. Curar a alguien, por ejemplo, es una acción que requiere mucha energía, y en ese caso el rastro dura mucho más a pesar de verse muy poco.

»Tendría que haber tenido más cuidado contigo —siguió diciendo—. Asusté al oso, por ejemplo, con una explosión de luz, que es algo así como un rayo láser. Y dejó un rastro en ti tan perceptible que hizo que los Arum te encontraran muy fácilmente.

—¿Estás hablando de la noche en que me atacaron? —balbuceé con voz ronca.

—Sí. —Se pasó la mano por la cara—. Los Arum no aparecen mucho por aquí, porque no creen que en esta zona haya ningún Luxen. El cuarzo beta de las rocas actúa de pantalla y oculta nuestra energía. Por eso muchos hemos acabado aquí. Pero entonces uno de los Arum merodeaba por la zona. Debió ver tu rastro y por eso supo que estábamos cerca. Todo fue culpa mía.

—No es culpa tuya. Tú no me atacaste.

—Pero prácticamente lo conduje a ti —me contestó con la voz tensa.

Por un instante no pude decir nada. Una horrible sensación de impotencia se me extendió por todo el cuerpo. Sentí que la sangre se me iba de la cabeza con tal velocidad que me mareé.

De repente, entendí lo que me había dicho aquel hombre: «¿Dónde están?». Estaba buscándolos.

—¿Dónde está? ¿Sigue por aquí? ¿Va a volver? ¿Qué...?

Daemon me cogió de la mano y me la apretó.

—Cálmate, gatita. Te va a dar un infarto.

Observé nuestras manos. Daemon no apartó la suya.

—No me va a dar ningún infarto.

—¿Seguro?

—Sí. —Puse los ojos en blanco.

—Ese tipo no va a molestarnos más —respondió segundos más tarde.

—¿Lo... mataste?

—Sí, más o menos.

—¿Cómo que «más o menos»? Que yo sepa no puedes matar «más o menos» a alguien.

—Vale, sí; lo maté. —No había ni un atisbo de arrepentimiento o duda en su voz. Era como si matar a alguien lo dejara frío. Aquello era mala señal: debía tener miedo de Daemon, que en ese momento suspiró.

—Somos enemigos, gatita. Si no lo hubiera matado, él nos habría matado a mí y a mi familia, después de haberme quitado los poderes. Y no sólo eso; habría traído aquí a más de los suyos. Y todos habríamos estado en peligro; incluso tú.

—¿Y qué hay del camión? Ahora brillo mucho más. —Hice caso omiso del nudo que tenía en el estómago—. ¿Vendrán más?

—Esperemos que no haya ninguno cerca. El rastro se te acabará yendo y no tendrás de que preocuparte.

Me acariciaba la mano con el dedo pulgar, como si fuera un lenguaje secreto entre los dos. Aquel gesto me relajaba y me calmaba.

—¿Y si no es así?

—Entonces mataré a los que vengan —dijo sin vacilar—. Vas a tener que estar cerca de mí un tiempo, hasta que desaparezca el rastro.

—Algo así me dijo Dee. —Me mordí el labio—. ¿Ya no quieres entonces que me aleje de vosotros?

—Qué más da lo que yo quiera. —Le echó un vistazo a su mano—. Si por mí fuera, estarías bien lejos de nosotros.

Respiré hondo y aparté la mano.

—No hace falta que seas tan sincero, ¿sabes?

—No lo entiendes —contestó Daemon—. Ahora mismo, puedes guiar a un Arum hasta mi hermana. Y yo tengo que protegerla: es todo lo que tengo. Además, debo proteger también a los demás; soy el más fuerte y es mi obligación. Mientras tengas ese rastro, no quiero que estés cerca de Dee si yo no estoy contigo.

Me senté y miré hacia la orilla.

—Creo que es hora de que volvamos a casa.

Me cogió del brazo y sentí un hormigueo extraño en la piel.

—Por el momento, no puedes andar sola por ahí. Tengo que estar contigo hasta que el rastro desaparezca.

—No necesito que me hagas de niñera. —Estaba apretando tanto los dientes que me dolía la mandíbula. Comprendía lo de no poder estar cerca de Dee. Me molestaba, pero sabía que era lo mejor. Aunque eso no significaba que sus palabras no me hicieran daño—. Me alejaré de Dee hasta que desaparezca el rastro.

—No lo entiendes. —No me apretó el brazo con más fuerza, pero sentí que tenía ganas de darme un buen meneo para que reaccionara, aunque sabía que nunca haría

algo así—. Si un Arum te atrapa, no te matará. El que te encontró en la biblioteca estaba jugando contigo. Quería torturarte hasta que suplicaras por tu vida y entonces obligarte a que lo llevaras hasta nosotros.

Tragué saliva.

—Daemon...

—No tienes opción. Ahora mismo, eres un gran riesgo para nosotros y un peligro para mi hermana. No permitiré que le pase nada malo.

El amor que sentía por su hermana era francamente admirable, pero eso no evitaba que sintiera una oleada de rabia en mi interior.

—Y cuando el rastro haya desaparecido, ¿qué? ¿Qué pasa entonces?

—Preferiría que no estuvieras en contacto con nosotros, pero dudo bastante que eso vaya a suceder. Además, mi hermana te tiene mucho aprecio. —Me soltó el brazo y se apartó antes de apoyarse en los codos—. Mientras no acabes con otro rastro, no tengo ningún impedimento para que seáis amigas.

Apreté los puños.

—Pues muchas gracias por tu consentimiento.

Su media sonrisa no le llegó a los ojos. Estos casi siempre lo traicionaban.

—Ya he perdido a un hermano por culpa de sus sentimientos hacia un humano. Y no pienso permitir que eso vuelva a sucederme.

Seguía rabiosa, pero aquellas palabras me hicieron reflexionar.

—Hablas de tu hermano y de Bethany, ¿verdad?

Se quedó callado un instante antes de hablar.

—Mi hermano se enamoró de una humana... y ahora los dos están muertos.

CAPITULO 19

De repente, toda la rabia que sentía comenzó a disiparse. No pude hacer otra cosa que mirarlo. Sentía que ya sabía lo que pasaba, pero que no había querido reconocerlo. Daemon era un gilipollas integral, pero el enfado desapareció y en su lugar sólo quedaba incertidumbre.

—¿Qué pasó?

Me miró por encima del hombro. Tenía la vista perdida en los árboles que quedaban detrás de mí.

—Dawson conoció a Bethany y, te lo digo completamente en serio, fue amor a primera vista. Sólo tenía ojos para ella. Matthew, el señor Garrison, quiero decir, le advirtió el peligro que corrían. Yo mismo le dije que no funcionaría. Que no podemos salir con humanos.

Apretó los labios y se quedó cayado un instante.

—No sabes lo duro que es, Kat; tenemos que ocultar lo que somos e incluso entre los nuestros debemos andarnos con ojo. Hay muchas normas que seguir... Ni al Departamento de Defensa ni a los Luxen les gusta que nos relacionemos con humanos. —Se hizo un silencio y negó con la cabeza—. Tengo la impresión de que creen que somos animales, que estamos por debajo de ellos...

—Pero eso no es verdad, no sois animales —le respondí. Era obvio que eran diferentes de nosotros, pero de ninguna manera inferiores.

—¿Sabes que cada vez que queremos pedir algo tenemos que informar a Defensa? —Sus ojos denotaban preocupación. Enfado—. Tenemos que hablar con ellos cuando queremos sacarnos el carné de conducir o ir a la universidad. Lo saben todo. Y casarse con un humano es imposible. Incluso cuando queremos mudarnos, tenemos que comunicárselo y pasar por un censo especial.

Pestañeé.

—Pero, ¿tienen derecho a haceros eso?

Se rió con amargura.

—Es vuestro planeta, no el nuestro. Tú misma lo has dicho antes... A cambio de que estemos calladitos, nos lo financian todo. Hay controles aleatorios de tanto en tanto para que no podamos escondernos ni intentar nada. Una vez que nos han localizado, no hay nada que podamos hacer.

No sabía qué decir, así que me quedé callada. Era muy triste que tuviera que vivir una vida completamente supervisada y controlada por otros. Asustaba.

—Y eso no es todo. En teoría debemos unirnos a otro Luxen y quedarnos aquí.

Oí una voz de alarma en mi interior. ¿Estaba obligado a quedarse con Ash? No me parecía apropiado preguntárselo. Y mucho menos que la pregunta viniera de mí.

—Qué injusto...

—Lo es. —Daemon se sentó, ágil. Dejó caer los brazos sobre las rodillas flexionadas—. Es muy fácil sentirse humano. Sé que no lo soy, pero quiero lo mismo que querría un humano. —Se cayó y negó con la cabeza—. Bueno, el caso es que algo pasó entre Dawson y Bethany; no sé exactamente el qué porque nunca me lo explicó. Se fueron de excursión un sábado y volvieron tarde con la ropa rasgada y cubiertos de sangre. estaban más unidos que nunca. Matt y los Thompson, que no las tenían todas consigo antes, estaban ya totalmente recelosos. El siguiente fin de semana, Dawson y Bethany fueron al cine y nunca volvieron.

Apreté los ojos con fuerza.

—El Departamento de Defensa encontró su cuerpo al día siguiente en Moorefield, tirado como un perro en mitad del campo. —Hablabla con voz grave, dura—. No pude despedirme de él. Se llevaron el cuerpo antes de que pudiera verlo, por miedo a que alguien pudiera descubrirnos. Cuando morimos o nos hieren, volvemos a nuestra forma original.

Sentí una profunda pena por él y por Dee.

—¿Estás segura de que está muerto? Nunca llegaste a verlo...

—Sé que un Arum llegó a él. Le quitó sus poderes y lo mató. Si estuviera vivo, habría hallado una manera de llegar hasta nosotros. Se llevaron su cuerpo y el de Bethany antes de que alguien pudiera verlos. Sus padres nunca sabrán lo que le pasó. Todo lo que sabemos es que debía hacer algo que debía dejar un rastro en ella y por eso el Arum la encontró. No hay otra posibilidad. Aquí no pueden sentir nuestra energía. Mi hermano debió usar su energía por algún motivo que desconocemos... pero debió de ser algo grande.

Sentí un nudo en la garganta. No podía ni imaginar lo que debieron de sentir él y Dee. Lo de mi padre fue muy diferente: yo sabía que iba a morir. Me dolió muchísimo; tanto que pensé que su enfermedad me estaba matando a mí, pero nadie lo asesinó.

—Lo siento —susurré—. Sé que no puedo decir nada para consolarte. Yo... lo siento tanto.

Se movió casi imperceptiblemente y levantó la cabeza para mirar al cielo. La máscara se le cayó y ahí estaba el Daemon de verdad. Con sus prontos de siempre, pero con una expresión nueva que reflejaba un profundo dolor. Era vulnerable, y dudaba mucho de que nadie lo hubiera visto jamás así. De repente sentí que era una intrusa y que no debería estar allí ni ser testigo de aquel momento. Que fuera yo quien viera más allá de su caparazón no me parecía apropiado. En un momento así él debía estar con alguien que le importara de verdad.

—Lo cierto es que... echo mucho de menos al muy idiota —dijo con voz temblorosa.

El corazón me dio un vuelco. Verlo tan afectado me dolía. Sin pensar en lo que hacía, me volví hacia él y le rodeé con los brazos. Lo abracé tan fuerte como pude. Me aparté antes de que le diera un puntazo de los suyos y me lanzara roca abajo.

Pero Daemon no se movió. Me miró con los ojos muy abiertos, como si aquella fuera la primera vez que alguien lo abrazaba. Quizá los Luxen nunca lo hacían.

Bajé la vista.

—Yo también echo de menos a mi padre. Y el tiempo no lo cura...

Respiró hondo.

—Dee me dijo que se puso enfermo, pero no que le pasó. Lo siento... mucho. Nosotros no estamos acostumbrados a las enfermedades. ¿Qué le pasó?

Le hablé del cáncer de mi padre, cosa que me resulto sorprendentemente fácil. También le expliqué cosas de él de antes de la enfermedad; aficiones que teníamos en común y cosas así. Le dije que a los dos nos gustaba la jardinería y que en primavera solíamos pasarnos los domingos por la mañana buscando nuevas plantas y flores.

Él me habló de Dawson; de la primera vez que fueron a Seneca Rocks, de una vez que Dawson se transformó en otra persona y no sabía volver a su forma humana... Estuvimos hablando sobre la roca y encontrando una pequeña paz interior hasta que el sol empezó a ponerse y la roca perdió su calidez. Estábamos solos, él y yo, bajo la luz del atardecer, contemplando las estrellas que iluminaban el cielo.

No tenía ganas de marcharme, porque el agua estaría fría y porque sabía que ese pequeño mundo que habíamos creado él y yo, en el que no nos peleábamos ni nos odiábamos, no duraría demasiado. Parecía que Daemon necesitara a alguien con quien hablar, y aquel era el lugar ideal para hacerlo. Todo fluyó: las preguntas, la comunicación... Sentí que podía contar con él. Por lo menos, eso era lo que me repetía a mí misma, porque sabía que todo cambiaría al día siguiente.

Teníamos que regresar al mundo real. En el que Daemon deseaba no haberme conocido jamás.

Ninguno de los dos habló hasta que llegamos a mi porche. Había luz en la sala de estar, así que hablé en voz baja:

—¿Y ahora, qué?

Daemon apretaba con fuerza los puños y tenía la vista perdida. No me contestó.

Empecé a darme la vuelta y, en lo que tardé en pestañear, Daemon ya había desaparecido.

—¿No hiciste nada el día del Trabajo? —Lesa señaló a Carissa, que estaba detrás de ella—. Tu vida es tan emocionante como la de Carissa.

Esta puso los ojos en blanco y se colocó bien las gafas.

—No todas tenemos unos padres que nos llevan de fin de semana a Carolina del

Norte, bonita. No somos tan superguay como tú.

No podía decirles que había pasado el fin de semana lleno de emociones, que casi me atropella un camión, y tampoco que había descubierto que los extraterrestres existían, de modo que me encogí de hombros y garabateé algo en el cuaderno.

—No, me quedé en casa.

—Te entiendo perfectamente. —Lesa hizo un gesto con la barbilla hacia la pizarra —. Yo también me quedaría en casa si viviera al lado de ese monumento.

—Tendrías que haber nacido hombre —comentó Carissa. Me aguanté la risa. Aquellas dos eran un verdadero terremoto: el nivel de contención de la una era idéntico al nivel de desmadre de la otra. Me daba la sensación de que el ángel de mi hombro izquierdo y el demonio del derecho jugaban al tenis y yo asistía en silencio al espectáculo.

No tuve que mirar hacia la pizarra para saber que hablaban de Daemon. Casi no había podido dormir aquella noche. Lo único que sabía con total seguridad era que ese día, martes, no iba a comportarme de un modo diferente. Pasé de él, como solía hacer antes de descubrir que venía del espacio exterior.

Y la jugada me salió bien, porque se sentó detrás de mí y volvió a darme su toquecito característico con el boli. Dejé el mío sobre la mesa y me di la vuelta.

—¿Qué?

Los ojos le brillaron un segundo antes de que bajara sus largas y oscuras pestañas.

—En mi casa. Después de clase.

Lesa ahogó un grito con tan poco disimulo que sentí vergüenza ajena.

Sabía que tenía que estar cerca de Daemon hasta que el maldito rastro desapareciera, pero no me gustaba que me dijeran lo que tenía que hacer.

—Ya tengo planes.

Ladeó la cabeza.

—¿Perdona?

No pude evitar sentir cierta satisfacción al ver su cara de sorpresa.

—He dicho que ya tengo planes.

Se hizo el silencio. Al fin, sacó su artillería pesada y me sonrió. No me desarmó por completo, pero casi.

—No tienes ningún plan que yo sepa.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque lo sé.

—Bueno, pues te equivocas. —No se equivocaba. No tenía ningún plan.

Miró a las chicas.

—¿Ha quedado con vosotras después de clase?

Carissa abrió la boca para contestar, pero Lesa la interrumpió.

—No.

Tener amigas para esto...

—Puede que no haya quedado con ellas, ¿sabes?

Daemon inclinó el pupitre hacia delante, acortando el espacio que quedaba entre nosotros.

—Aparte de ellas y de Dee, ¿qué otras amigas tienes?

Lo fulminé con la mirada.

—Pues otras.

—¿Cómo se llaman?

Maldita sea. Me había pillado.

—Vale, lo que tú digas.

Me dedicó una sonrisa sexy antes de acomodarse en la silla y empezar a dar golpecitos contra la mesa con el boli. Lo miré con cara de odio y me di la vuelta. Efectivamente, no había cambiado nada.

Daemon me siguió a casa después del instituto. Literalmente. Empezó a pisarme los talones con su todoterreno nuevito. Mi pobre coche, con su tubo de escape en estado comatoso y con el silenciador en muy baja forma, no era rival para él.

Frené en seco delante de él varias veces.

Él me respondió tocando el claxon.

Sentí un extraño calor en mi interior.

Salí del coche y casi choco con él de bruces.

—¡Por Dios! —Me llevé una mano al corazón—. ¿Puedes dejar de hacer eso?

—¿Por qué? —Bajó la cabeza—. Ahora ya sabes como somos.

—Ya, pero eso no quiere decir que no puedas caminar como todo hijo de vecino, en vez de teletransportarte. ¿Qué pasaría si te viera mi madre, por ejemplo?

Sonrió.

—Usaría mis armas de seducción para convencerla de que son imaginaciones tuyas.

Pasé a su lado.

—Hoy ceno con mi madre.

Daemon apareció de la nada delante de mí, otra vez. Solté un chillido. Intenté darle una colleja, pero se apartó.

—¡Por Dios! ¿Te gusta cabrearme o qué?

—¿A quién? ¿A mí? —Me puso ojitos de cordero degollado—. ¿A qué hora es la cena?

—A las seis. —Subí los escalones haciendo bastante ruido—. Y no estás invitado.

—Ya, como si quisiera cenar contigo —me respondió. Le enseñé el dedo anular sin molestarme en darme la vuelta.

—Te doy hasta las seis y media para que vengas a casa. Si no, vendré a buscarte.

—Menos lobos, Capercita. —Entré en casa sin volverme.

Mamá estaba de pie junto a la ventana de la sala de estar. En las manos tenía el marco de una foto al que estaba sacándole el polvo. Era su foto favorita de las dos. Había parado a un chico que pasaba por ahí y le había pedido que nos sacara una foto de nosotras en la playa. Mi madre no tuvo más que sonreír y el chaval la obedeció al instante. Mi cara era un poema: estaba enfadada, frustrada y ofendida. Odiaba esa fotografía.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie?

—Lo suficiente para haber visto el gesto que le has dedicado a Daemon.

—Se lo merecía —gruñí. Dejé la mochila en el suelo—. Voy a ir a su casa después de cenar.

Arrugó la nariz.

—¿Pasa algo entre vosotros?

Suspiré.

—Eso jamás de los jamases.

Cuando me presenté en su casa, a las 18.34, parecía que allí hubiera estallado la Tercera Guerra Mundial. Entré sin preguntar, porque nadie salía a recibirme.

—¡Daemon, es increíble que te hayas zampado toda la tarrina de helado!

Di un respingo y me quedé inmóvil en la sala de estar. No pensaba entrar en la cocina ni por todo el oro del mundo.

—Te digo que no me la he comido yo.

—¿Ah, no? ¿Y entonces quién se la ha comido? ¿O el helado ha desaparecido solo? —Dee gritaba tanto que pensé que las vigas del techo habían empezado a moverse—. Ah, ya lo sé. Ha sido la cuchara la que se ha comido el helado. ¡No, no, espera! ¡Ha sido el envase!

—Ahora que lo dices, creo que ha sido el congelador —le respondió Daemon fríamente.

Sonreí al oír que algo de plástico parecía entrar en contacto con la piel de alguien.

Me di la vuelta y regresé a la sala de estar. Estuve allí haciendo tiempo hasta que oí unas pisadas.

Daemon estaba apoyado en el marco de la puerta que conectaba la sala de estar con el comedor. Estaba bastante despeinado y la tenue luz de la lámpara le bailaba en los marcados pómulos. En sus labios se dibujaba su característica media sonrisa e incluso llevando unos tejanos y una camiseta sencilla estaba... No había palabras para definirlo.

Su presencia llenaba toda la sala, y ni siquiera estaba en ella. Arqueó una ceja.

—¿Kat?

Hice un esfuerzo sobrehumano para apartar la vista.

—¿Has recibido el impacto de una tarrina de helado? —dije.

—Sí.

—Qué pena habérmelo perdido.

—Seguro que a Dee le encantaría repetir la jugada para que no te la pierdas.

No pude evitar sonreír.

—Ah, ¿te parece gracioso?

Dee entró hecha una furia en la sala de estar. Llevaba las llaves del coche en la mano.

—Ahora tendría que obligarte a que fueras a comprarme más helado, pero, como aprecio a Katy y quiero que esté a salvo, voy a ir yo misma a buscarlo.

Eso quería decir que Daemon y yo íbamos a quedarnos otra vez solos... Oh, no.

—¿Y no puede ir Daemon?

Este me sonrió.

—No. Si vienen los Arum, verán tu rastro. —Dee cogió el monedero—. Tienes que quedarte con Daemon; es más fuerte que yo.

Me di por vencida.

—¿Y no puedo irme a casa?

—¿No te das cuenta de que el rastro es visible desde el exterior? —Daemon se apartó de la puerta—. Si te vas, será para ir a tu propio funeral.

—Daemon —le contestó Dee—, todo esto es culpa tuya. ¡Cuántas veces te he dicho que no quiero que te comas mi helado, que te comas sólo el tuyo!

—Sí que es importante el helado —dije.

—Es mi vida entera. —Dee le tiró el monedero a Daemon, pero erró el objetivo—. ¡Y tú me lo has quitado!

Daemon puso los ojos en blanco.

—Vete ya, anda, y no tardes en volver.

—¡Sí, señor! —le respondió su hermana con un saludo militar—. ¿Queréis que os traiga algo?

Negué con la cabeza.

Daemon volvió a poner en práctica su truquito de desaparecer antes de que me diera tiempo a pestañear. Estaba al lado de Dee, dándole un abrazo.

—Ten cuidado.

Era evidente que Daemon idolatraba a su hermana y daría su vida por ella sin dudar. Su instinto de protección era algo digno de admirar. En esos momentos deseaba haber tenido un hermano.

—Como siempre. —Sonrió, se despidió con la mano y salió por la puerta a toda pastilla.

—Vaya, recuérdame que nunca me coma su helado.

—Si lo haces, ni siquiera yo podré salvarte. —Sonrió, burlón—. Bueno, gatita, ya que voy a ser tu canguro, ¿qué me darás a cambio?

Lo miré con cara de pocos amigos.

—Oye, en primer lugar yo no te he pedido que me hagas de canguro. Y, en segundo lugar, has sido tú quien me ha hecho venir. Y no me llames gatita.

Daemon echó la cabeza hacia atrás y se rió. Aquel sonido me hizo sentir escalofríos. Recordé el día en que me había despertado a su lado, con la cabeza apoyada en su regazo.

—Veo que estás pletórica de formas.

—Pues todavía no has visto nada.

Sin dejar de reírse, se volvió hacia la cocina.

—Te creo. Cuando estás por aquí no existe el aburrimiento. —Se quedó callado—. ¿Vienes o no?

Respiré hondo y exhalé despacio.

—¿Adónde?

Abrió la puerta de la cocina.

—Tengo hambre.

—Madre mía, el estómago de un alienígena no tiene fondo —dije sin moverme.

Daemon me miró por encima del hombro.

—Fíjate, tengo ganas de vigilarte de cerca. Donde yo vaya, vendrás tú. —Esperó que diera un paso adelante y, como vio que no lo hacía, sonrió pícaro—. Bueno, y si no vienes por tu propia voluntad, tendré que traerte yo.

Como no tenía ganas de saber como llevaría a la práctica aquellas palabras, decidí ceder.

—Vale, vamos. —Pasé a su lado y me dejé caer en una silla.

Daemon cogió un plato de pollo que había sobrado.

—¿Quieres un poco?

Negué con la cabeza. A diferencia de ellos, no comía diez veces al día.

Se puso a trastear por la cocina sin decir nada. Desde la noche del lago, no nos habíamos metido el uno con el otro. No es que nos lleváramos bien, pero creo que nos habíamos declarado una tregua. Ahora que no nos pasábamos el rato tirándonos los trastos a la cabeza, no sabía como comportarme con él.

Apoyé la mejilla en la mano mientras intentaba con todas mis fuerzas apartar la vista de él. Tenía la espalda ancha y era alto, pero se movía con la gracia de un bailarín. Cada paso era delicado y ágil. Incluso el movimiento más sencillo parecía una manifestación artística.

Y con esa cara...

En ese momento levantó la vista del plato.

—¿Qué, cómo lo llevas?

Aparté la vista de él y me concentré en mirar su plato, ya medio vacío. ¿Cuánto rato había pasado mirándolo? Aquello empezaba a pasar de castaño oscuro. ¿Acaso el rastro me había convertido en una hormona andante?

—Bien.

Le dio un mordisco a un pedazo de pollo y lo masticó despacio.

—Ya lo veo. Me sorprende lo bien que has asimilado todo esto.

—¿Y qué pensabas que iba a hacer?

Daemon se encogió de hombros.

—Pues, siendo humana, cualquier cosa. Las posibilidades son infinitas.

Me mordí el labio.

—¿Crees que los humanos somos más débiles que vosotros o qué?

—No es que lo crea, es que lo sé. —Me miró por encima de su vaso de leche—.

No intento hacerme el desagradable diciéndote esto; es que es un hecho.

—Quizá físicamente. Pero no mental ni moralmente —añadí.

—¿Moralmente? —Parecía confundido.

—Sí. Por ejemplo, no voy a delataros por dinero. Y si me capturara un Arum, tampoco les diría dónde puede encontraros.

—¿No?

Crucé los brazos, ofendida, y me eché hacia atrás.

—Pues no.

—¿Aunque te amenazara de muerte? —preguntó con tono incrédulo.

Negué con la cabeza y me reí.

—Que sea humana no quiere decir que sea una cobarde o no tenga moral. Nunca haría nada que pudiera poner en peligro a Dee. ¿Por qué mi vida tendría que ser más valiosa que la suya? Si estuviera en peligro la tuya... Bueno, eso sería más discutible. Pero jamás pondría en peligro a Dee.

Me miró algunos segundos y siguió comiendo. Estaba claro que no tenía ninguna intención de disculparse... Qué sorpresa.

—¿Cuánto tardará el rastro este en desaparecer? —Mis ojos volvieron a desviarse hacia él. Qué rabia.

Su mirada era clara e intensa. Aquel resplandor verde me quemaba. Dio un buen sorbo de leche.

Tragué saliva. Tenía la boca seca.

—Una semana, quizá dos. O puede que menos —me dio entrecerrando los ojos—. Ya se te está empezando a ir.

Era raro que pudiera hablar de esa aura que supuestamente tenía y que yo no podía ver.

—¿Qué aspecto tengo? ¿Parezco una bombilla brillante?

Se rió y negó con la cabeza.

—Es un ligero brillo blanco. Lo tienes alrededor del cuello, como si fuera un halo.

—Bueno, supongo que no es tan grave entonces. ¿Has acabado ya? —Asintió con

la cabeza y, por la fuerza de la costumbre, le retiré el plato. No quería tirárselo por la cabeza, sino ocuparme en algo—. Por lo menos nos parezco un árbol de Navidad.

—Te pareces a la estrella que corona el árbol. —Su aliento me agitó el mechón de pelo que me caía sobre la mejilla.

Respiré hondo y me di la vuelta.

Daemon estaba justo detrás de mí. Nuestros cuerpos estaban apenas separados por unos pasos. Puse las manos sobre la encimera y volví a respirar hondo.

—No me gusta nada cuando haces eso de ir tan rápido.

Sonrió y ladeó la cabeza.

—Gatita, ¿dónde nos estamos metiendo?

Mil imágenes se me pasaron por la cabeza. Gracias a Dios, sus poderes no incluían leer la mente. Una extraña pesadez inundó el aire a mí alrededor y mis deseos ocultos empezaron a cobrar vida.

—¿Por qué no me entregas a Defensa? —le espeté.

Daemon dio un paso atrás.

—¿Qué?

Ojalá no hubiera dicho eso, pero ya no había marcha atrás.

—¿No habría sido todo mucho más fácil si me hubieras entregado al Departamento de Defensa? Así no tendrías que preocuparte tanto por Dee ni por lo que pudiera pasar...

Daemon se quedó callado. El color de los ojos se le volvió más intenso, más brillante. Quise dar un paso atrás, pero no tenía espacio.

—No lo sé, gatita —me dijo con voz grave.

—¿No lo sabes? ¿Lo pones todo en peligro y no sabes por qué?

—Eso es lo que acabo de decir.

Me quedé mirándolo, sorprendida por saber que había puesto en peligro todo lo que tenía sin saber por qué. Qué locura, aquello era absurdo. Además, me ponía nerviosa, porque podía significar muchas cosas.

Cosas que no quería reconocer.

Sus manos fueron a parar a la encimera. Estaba atrapada por unos brazos musculosos que me inmovilizaban sin tocarme. Bajó la cabeza y las ondas de pelo le taparon los ojos.

—Vale. Ya sé por qué.

—¿Ah, sí? —Por un momento no supe de lo que estaba hablando.

Asintió.

—No podrías sobrevivir un solo día sin nosotros.

—Eso no lo sabes.

—Ya lo creo que lo sé. —Ladeo la cabeza—. ¿Sabes a cuántos Arum me he enfrentado? A cientos. Y a duras penas he conseguido escapar en varias ocasiones.

Un humano no tiene nada que hacer frente a ellos o frente a Defensa.

—Vale, lo que tú digas. ¿Puedes apartarte?

Daemon sonrió pero no se apartó. Qué pesado era. Podía quedarme allí, mirándolo como una idiota, o pasar por su lado. Opté por la última opción. Mi plan era salir de allí lo más rápido posible.

Pero no llegué demasiado lejos.

Era como una pared de ladrillos que sólo un tren de mercancías pudiera destruir. Sonrió de oreja a oreja. Le divertía que no consiguiera salir de allí.

—Capullo —le dije entre dientes.

Daemon se rió.

—Pero mira que eres faltona. Parece mentira que uses esa boquita para besarte con algún chico... Por que lo haces, ¿no?

Me puse roja como un tomate.

—¿Y tú con Ash?

—¿Ash? —La sonrisa le desapareció del rostro y los ojos perdieron algo de brillo —. Ya te gustaría a ti saberlo, ¿no?

Los celos me quemaban por dentro, pero me hice a dura. Le dediqué una sonrisa socarrona.

—Pues no, gracias.

Daemon se inclinó todavía más sobre mí. Aquel olor a especias y a naturaleza me envolvió.

—No se te da demasiado bien mentir, gatita. Las mejillas se te ponen rojas cuando mientes.

¿Ah, sí? Vaya por Dios. Intenté pasar por su lado, pero él alargó la mano y me cogió del brazo. Sentí una vibración; un agradable hormigueo en la piel. No quería mirarlo a los ojos, pero no podía evitarlo.

Estábamos demasiado cerca, y entre los dos la tensión era casi insoportable. Su mirada me quemaba. Bajó la cabeza y se me olvidó respirar. Fascinada, miré como sus labios se curvaban hasta formar una sonrisa. Me costaba atender a lo que me decía, pero aún así lo conseguí, a pesar de que se me empezaba a nublar el entendimiento.

—Hace tiempo que le doy vueltas a la idea de que tengo que probarlo.

—¿Probar el qué? —Los ojos se me desviaban hacia sus labios. Sentía que me estaba dejando llevar.

—Creo que te gustaría saberlo... —Se acerco a mí y deslizó una mano hasta mi nuca—. Tienes un pelo muy bonito.

—¿Qué?

—Nada. —Con una mano aún en mi nuca, separó los dedos, que se abrieron paso a través de los mechones de pelo.

Movió los dedos hacia arriba, hasta la base de la cabeza. Separó los labios y yo esperé.

Apartó la mano de mi nuca y la alargó hacia mí. Yo seguía inmóvil y ansiosa (quizá demasiado) por saber si él sentía lo mismo que yo. Si estaba igual de alterado que yo.

Lo que hizo Daemon, en cambio, fue coger una botella de agua de la encimera.

Me apoyé contra la encimera. Pero que huevos le echaba.

Sus ojos me miraron, divertidos, antes de volverse hacia la mesa.

—¿Querías algo, gatita?

—Deja de llamarme así.

Bebió.

—¿Sabes si Dee ha alquilado alguna peli?

Asentí con la cabeza.

—Sí, me lo dijo en clase.

—Vale. Pues venga, vamos a verla.

Me aparté de la encimera y lo seguí. Me quedé cerca de la puerta mientras él cogía el DVD y fruncía el ceño.

—¿Quién ha elegido esta peli?

Me encogí de hombros y lo observé mientras leía la sinopsis de la sobrecubierta con cara de incredulidad.

—En fin —dijo entre dientes.

Carraspeé y di un paso adelante.

—Mira, Daemon, no tienes que quedarte aquí viendo una peli conmigo. Si tienes otras cosas que hacer, adelante. Seguro que no me pasa nada.

Me miró y se encogió de hombros.

—No tengo nada más que hacer.

—Vale. —No sabía que pensar. Que lo pasara bien conmigo viendo una peli era algo más descabellado que pensar que los humanos y los alienígenas podían convivir en total armonía.

Me arrastré hasta la habitación y me senté en el sofá mientras él encendía el reproductor de DVD. Metió el disco y se sentó en la otra punta del sofá. El televisor se encendió de repente, aunque yo hubiera jurado que se había dejado el mando al lado del aparato. Menos mal que no tengo esos poderes. Acabaría volviéndome una vaga crónica.

Me miró e inmediatamente dirigí la vista hacia el televisor.

—Si te duermes, me deberás una.

Me volví para mirarlo.

—¿Y se puede saber por qué?

Daemon me sonrió maliciosamente.

—Tú estate atenta y punto.

Puse cara de pocos amigos, pero no le dije nada. Daemon cambió de posición, el sofá se hundió un poco y la distancia entre nosotros se acortó. Contuve la respiración hasta que no pude más. Creo que él no se dio cuenta. Aparecieron los créditos en la pantalla.

Lo miré y me pregunté por enésima vez qué se le estaría pasando por la cabeza en aquel momento. Como siempre, no llegué a ninguna conclusión. Frustrada, me giré y me concentré en la peli. Decidí que la extraña atracción que sentía por él eran imaginaciones mías y nada más.

Estaba nerviosa y desconcertada por lo que sentía. Se me hicieron eternos los minutos que tardó Dee en regresar.

CAPITULO 20

Daemon estaba sorprendentemente dócil el miércoles, en clase de Mates. El inevitable toquecito con el boli llegó, pero sólo en una ocasión y para recordarme que el único plan que yo tenía después de clase era quedar con él.

Como si no lo supiera.

En Biología, el día anterior, el señor Garrison no había dejado de mirarme en toda la clase. Mi rastro no era ningún secreto para él, y me preguntaba qué se le estaría pasando por la cabeza. Ni Daemon ni Dee me habían dicho si se lo habían contado o no a los demás Luxen. Varios profes me habían mirado de modo raro el día anterior y, hoy, uno de los entrenadores se había parado en mitad del pasillo y me había pegado un repaso de los pies a la cabeza cuando iba hacia la cafetería. Una de dos: o era un perverso o un alienígena. O las dos cosas a la vez, ¡qué suerte la mía!

Mientras esperaba en la cola de la cafetería, hice todo lo que estaba en mi mano para no mirar hacia la parte de atrás del local. Clavé la vista en la comida y, al dar un paso adelante, casi salgo rebotada hacia atrás. Había chocado con una montaña andante.

Simon Cutters se dio la vuelta y me miró desde las alturas. Me sonrió al verme.

—Hola, Katy.

Le di el dinero a la cajera y miré a Simon.

—Perdona por el golpe.

—Tranquila. —Me esperó al final de la cola, con el plato lleno hasta los topes de comida. Aquel chico comía casi tanto como Dee—. ¿Te has enterado de algo de lo que ha dicho el profe de Trigonometría? Yo no entiendo nada, parece que me estén hablando en chino.

Bueno, teniendo en cuenta que yo había puesto toda mi energía en fingir que Daemon no estaba en clase, sentado detrás de mí...

—Qué va. Espero que alguien haya tomado apuntes. —Moví el plato—. Tenemos examen la semana que viene, ¿no?

Simon asintió.

—Justo antes del partido. Creo que lo hace adrede para...

En aquel momento alguien se interpuso entre nosotros para coger algo de beber, obligándonos a separarnos el uno del otro. Aquello era totalmente innecesario porque había espacio de sobra para pasar. Supe de inmediato quien había sido por su olor.

Daemon cogió un cartón de leche y lo lanzó en el aire con una pirueta. Me miró con cara de póquer y se volvió hacia Simon. Los dos eran igual de altos, pero Simon

era mucho más corpulento y ancho de espaldas que él. Aún así, Daemon imponía mucho más.

—¿Qué tal, Simon? —preguntó lanzando al aire el cartón por segunda vez.

Simon parpadeó y dio un paso atrás.

—Bien. —Carraspeó—. Muy bien. Me voy... esto, a la mesa. —Me miró, nervioso—. Hasta luego, Katy.

Simon se tropezó de camino a la mesa. Observé la escena con el ceño fruncido. Me volví hacia Daemon.

—¿Y eso?

—¿Vas a sentarte con Simon? —me preguntó, cruzándose de brazos.

—¿Qué? No. —Me reí—. Pensaba sentarme con Lesa y Carissa.

—Como yo —intervino Dee, que apareció de la nada. Llevaba un plato en la mano y dos bebidas en la otra, como si tal cosa—. Eso si crees que soy bienvenida.

—Pues claro; ya verás como sí. —Quise mirar a Daemon, pero ya estaba de camino a su mesa. Me quedé perpleja. ¿A qué se debía aquel numerito? En su mesa de siempre estaba el grupito de los gemelos Thompson y Ash. Había más chicos, pero no tenía ni idea de si eran alienígenas o no. Daemon se sentó a su lado, sacó un libro y comenzó a hojearlo. Ash lo miró. No parecía estar muy contenta—. ¿A ellos les importará? —le pregunté al fin.

—No. Además, ayer me fastidió un montón no poder sentarme contigo. Así que ha llegado el momento de cambiar las cosas. —Dee estaba en un plan tan optimista que no me atreví a decirle nada—. ¿No crees?

Lesa y Carissa se quedaron de piedra unos segundos al verme aparecer en la mesa con Dee. Pero se las ganó tan rápido que muy pronto todas se relajaron.

Todas menos yo.

La mitad de la cafetería me miraba, probablemente a la espera de que me peleara otra vez con aquella Barbie de instituto. Hacía ya una semana del incidente, pero mi fama no había menguado en absoluto. De vez en cuando Ash me dedicaba una mirada de odio profundo. Llevaba un top de color azul eléctrico, del mismo color que sus ojos, y por encima se había puesto una camisa blanca desabrochada que no dejaba lugar a la imaginación. La chica tenía un cuerpazo.

¿Qué narices pasaba con el ADN alienígena? De acuerdo, eran de otro planeta, pero, por el amor de Dios, ¿eso también incluía tener un escote perfecto?

Dee me dio un codazo mientras Carissa y Lesa charlaban animadamente con un chico con pecas que estaba sentado al otro lado de la mesa.

—¿Qué? —le pregunté.

Se me acercó al hombro y me habló en voz baja, para que sólo la oyera yo.

—¿Qué pasa entre mi hermano y tú?

Le di un mordisco a la pizza mientras digería la pregunta.

—Nada, lo mismo de siempre.

Dee arqueó una ceja perfectamente depilada.

—Ya, claro. Desapareció todo el domingo, como tú. Y cierta persona vino a buscarlo cuando no estaba.

Se me cayó la porción de pizza al plato.

Dee le dio un sorbo a su bebida, con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Ayer no pude decirte nada porque Daemon estaba en casa, pero no me digas que no te has dado cuenta de que Ash te mira como si quisiera estrangularte.

—Yo sí me he dado cuenta —intervino Lesa mientras ponía los codos en la mesa—. Parece que te esté echando el mal de ojo.

Mi cara era un poema.

—Pues qué bien.

—¿Y no te imaginas por qué te mira así? —preguntó Dee cambiando de posición para darles la espalda a los ocupantes de la mesa en cuestión—. Haz como si me estuvieras mirando. Ahora mismo.

—Pero si ya te estoy mirando —Le respondí mientras le daba otro mordisco a la pizza.

Lesa se rió.

—Hija, mira por encima del hombro de Dee, hacia su mesa.

Puse los ojos en blanco e hice lo que me dijeron. Lo primero que vi es que uno de los chicos de pelo rubio estaba girado en la silla y hablaba con alguien de la mesa de al lado. Desplacé la vista y mis ojos y los de Daemon se encontraron. Aunque nos separaban varias mesas, me quedé sin respiración. Había algo en aquellos ojos esmeralda que me impedía mirar para otro lugar y me consumía. Él tampoco apartaba la vista. La distancia existente entre nosotros parecía desaparecer por momentos.

Un instante más tarde, esbozó una media sonrisa y se volvió hacia Ash, quien le hablaba en aquel momento. Respiré hondo y miré a mis amigas.

—Bueno —musitó Lesa medio embobada—, por eso está tan cabreada...

—Pero... ¡qué dices! No pasa nada. —Las mejillas me ardían—. Es culpa suya, ¿no lo has visto? Todo el rato me hace eso con el labio.

—Es un gesto muy sexy. —Lesa miró a Dee—. Perdona, ya sé que es tu hermano, pero...

—No pasa nada, estoy acostumbrada. —Dee apoyó el mentón en la mano—. ¿Te acuerdas del día del porche?

La miré con cara de odio.

—¿Qué pasó en el porche? —preguntó Lesa con tal curiosidad que le brillaron los ojos.

—Nada —respondí.

—Estaban así de cerca. —Dee colocó el dedo índice y el pulgar de tal manera que

apenas había un centímetro de distancia entre los dos—. Y estoy segura de que han estado todavía más cerca.

No daba crédito.

—¡Que no, Dee! Pero si ni siquiera nos caemos bien.

Carissa se sacó las gafas y empañó los cristales con el aliento.

—¿Qué pasa?

Lesla la puso al corriente, para mi estupor.

—Joder, ya me he dado cuenta, ya. —Carissa asintió—. El viernes en clase no dejaban de mirarse; la temperatura subió varios grados, parecía que estuvieran desnudándose con los ojos.

Se me atragantó la bebida.

—¡No es verdad, sólo estábamos hablando!

—Katy, os comíais con los ojos. Oye, no hay nada de lo que avergonzarse, yo en tu situación haría exactamente lo mismo...

La miré un segundo antes de reírme.

—Chicas, estáis fatal, os lo digo de verdad. Entre nosotros no hay nada de nada. —Miré a Dee—. Y tú, más que nadie, tendrías que saberlo.

—Yo sé muchas cosas —dijo, inocente.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso qué quiere decir, exactamente?

Se encogió de hombros y señaló mi segunda porción de pizza.

—¿Vas a comértela?

La cogí y se la di. Hizo caso omiso de la cara que le podía mientras devoraba tan feliz mi porción extra de pizza.

—¿Habéis oído lo de Sarah? —Carissa metió el móvil en la funda y levantó la vista—. Casi se me olvida.

—No. —Lesla me miró—. El hermano mayor de Carissa es amigo del hermano de Sarah, van juntos a la Universidad de Virginia.

—Ah. —Le di la vuelta a la botella y empecé a arrancarle la etiqueta. Pensar en Sarah me recordaba al hospital y al momento en que me enteré de su muerte. Recordé que los Arum no andaban lejos.

—Robbie le dijo a Ben que la poli no cree que muriera por un infarto ni por causas naturales. —Carissa miró a su alrededor y bajó aún más la voz—. O por lo menos no por unas causas naturales con las que estén familiarizados.

Dee se apartó la porción de pizza de la boca. En ese momento me di cuenta de que el tema era serio.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Parece ser que el corazón estaban tan dañado que era imposible que estuviera así a menos que hubiera tenido serios problemas de corazón —explicó Carissa.

Dee se encogió de hombros.

—¿Y qué otra cosa puede haber sido, entonces?

Miré a Dee. Tenía una ligera idea sobre qué o quién podía haberla matado. Después de comer, la llevé aparte para hablar con ella.

—¿Fue uno de ellos? —le pregunté—. ¿Fue un Arum?

Dee se mordió el labio y me apartó de la puerta de la cafetería. Se detuvo en medio del pasillo.

—Sí, fue uno de ellos, pero Daemon ya se ocupó de él.

Dudé.

—¿Fue el mismo que me atacó?

—Sí. —Dee miró hacia atrás, preocupada—. Daemon cree que fue una coincidencia, que el Arum se cruzó con ella por accidente. Sarah no sabía nada de nosotros, te lo juro.

Aquello no tenía sentido.

—Entonces, ¿por qué la mató?

Dee me miró fijamente.

—No necesitan ningún motivo, Katy. Los Arum son malvados; quieren acabar con nosotros y hacerse con nuestros poderes. —Se quedó callada y se puso pálida—. Y matan a los humanos por diversión.

CAPITULO 21

Para mi sorpresa, todo volvió a la normalidad. En apenas una semana y media, mi rastro desapareció, y Daemon comenzó a comportarse como si acabara de salir de la cárcel después de pasar veinte años: cuando yo quedaba con Dee, él nunca estaba cerca. Pasó septiembre y luego octubre sin pena ni gloria. Mamá siguió con los dos trabajos y quedó un par de veces más con el señor Michaels. Le gustaba, y me alegraba por ella. Hacía mucho que no la veía sonreír así, sin asomo de tristeza.

Carissa y Lesa vinieron a casa varias veces, y otras tantas fuimos al cine o al centro comercial de Cumberland con Dee. Aunque me estaba haciendo bastante amiga de las dos chicas y tenía mucho más en común con ellas, Dee seguía siendo mi mejor amiga. Lo hacíamos todo juntas. Todo, menos hablar de Daemon. Y no porque ella no lo intentara...

—Sé que le gustas —me dijo un día en que en teoría estábamos estudiando—. Me he dado cuenta de cómo te mira. Si hablo de ti, se pone nervioso.

Suspiré y cerré el libro.

—Dee, creo que si me mira es porque está tramando un plan para asesinarme y esconder mi cuerpo.

—No es verdad. No te mira así.

Tiró el libro fuera de la cama y se puso de rodillas, colocándose las manos sobre el pecho.

—Te mira como diciendo «te odio pero te quiero...»

Me reí.

—¡Dee, te ha quedado patético!

—Es la verdad. —Bajó los brazos—. Podemos salir con humanos, ¿sabes? No tiene demasiado sentido, pero no está prohibido. A Daemon nunca le ha interesado ninguna humana antes.

—Si me ha hecho caso es porque lo han obligado, Dee. —Me tumbé en la cama. Sentí un revoloteo en el estómago al pensar en que Daemon quisiera secretamente estar conmigo. Sabía que yo lo atraía; lo sentía, pero aquello era algo puramente físico, que no implicaba que yo le gustara—. Oye, ¿y tú? ¿Qué pasa con Adam?

—Nada de nada. No sé cómo es posible que Ash sienta algo por Daemon... Todos crecimos juntos, y Andrew es como mi hermano. Y creo que él piensa lo mismo de mí. —Se quedó callada y le tembló el labio—. No me gusta nadie de los míos...

—¿Te gusta algún... humano?

Negó con la cabeza.

—No. Pero, si me gustara, no tendría miedo como Daemon. Tengo derecho a ser feliz. Y que sea de tu especie o de la mía es lo que menos importa.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Dee se había acurrucado a mi lado.

—A Daemon le daría un ataque si me enamorara de un humano.

Casi se me escapa la risa, pero después recordé lo que le pasó a su hermano. Desde luego que le daría un ataque. Y quizá tenía todo el derecho del mundo, porque si su hermano no se hubiera enamorado de una humana todavía estaría vivo.

Deseé por el bien de Dee que no se enamorara de alguien que no fuera Luxen. Daemon se volvería loco.

A finales de octubre, parecía que habíamos viajado al pasado al pasado. No sé cuántas veces me dio golpecitos con su boli. Y eso que mi rastro había desaparecido hacía ya bastante tiempo. Parecía que el único propósito vital de Daemon era sacarme de mis casillas.

Una parte de mí, sin embargo, ansiaba esos momentos de enfrentamiento, porque me divertían... hasta que uno de los dos salía malparado, claro.

Eso fue exactamente lo que sucedió el viernes, en clase. Simon me había preguntado si quería estudiar Trigonometría con él para el examen. Antes de que pudiera responderle, su mochila había salido volando por los aires, como si un brazo invisible la hubiera lanzado, y todo su contenido había acabado tirado por el suelo. Simon, avergonzado y confundido, se había olvidado rápidamente de la conversación porque estaba demasiado ocupado recogiendo sus lápices y libretas mientras el resto de la clase se reía de él.

Miré por encima del hombro a Daemon, sospechando que aquello había sido obra suya. Él se limitó a sonreírme.

—¿Qué te pasa? —le pregunté en el pasillo, después de clase—. Sé que has sido tú.

—¿Y? —Se encogió de hombros.

¿Cómo que «y»? Me detuve delante de mi taquilla. Me sorprendió ver que Daemon me había seguido.

—Te has pasado, Daemon. Le has hecho pasar un mal rato —le dije antes de añadir entre dientes—: Además, pensaba que usar tus... poderes atraería a quien tú ya sabes.

—Bueno, apenas he usado energía y no le he dejado ningún rastro a nadie. —Bajo la cabeza y me rozó la mejilla con los rizos. Me debatía entre meterme dentro de la taquilla o lanzarme a sus brazos—. Además, te he hecho un favor.

Me reí.

—¿Que me has hecho un favor? ¿Y eso por qué?

Daemon me sonrió y bajó la vista de modo que las espesas pestañas le cubrieran los ojos.

—Porque lo que menos le interesaba era estudiar mates.

Eso era bastante debatible, pero decidí seguirle el juego. No pensaba dar ni un paso atrás, aunque pudiera mandarme por los aires sólo con proponérselo.

—Bueno, ¿y a ti qué más te da lo que le interese o deje de interesarle?

—¿Te gusta Simon? —Levantó la barbilla y un destello de rabia brilló en sus ojos —. No puede ser que te guste.

Dudé.

—¿Estás celoso o qué?

Daemon apartó la vista.

En ese momento vi que tenía una oportunidad para atacar. Y no me lo pensé dos veces: di un paso adelante. No se movió ni me dijo nada.

—No me digas que estás celoso de Simon, que no es más que un débil humano... Tendría que darte vergüenza, Daemon.

Respiró hondo.

—No estoy celoso. Sólo intento ayudarte; lo único que quieren tíos como Simon es acabar entre tus piernas.

Me salía fuego de las mejillas. Lo miré.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que ese es el único motivo por el que un chico puede estar interesado en mí?

Daemon sonrió, cómplice, mientras daba un paso atrás.

—Yo te lo digo, tú haz lo que quieras...

Dicho lo cual, desapareció por el pasillo, entre la multitud. Hizo bien, porque si se hubiera quedado un segundo más le habría soltado un guantazo. Me di la vuelta y vi a Ash. Estaba en la puerta de clase y parecía querer estrangularme con la mirada.

Nadie hablaba de Sarah. El instituto no se había olvidado de ella, pero parecía que todos habían pasado página. Intentaba no pensar en los motivos ni las causas de su muerte porque, si lo hacía, el estómago se me revolvía. La chica había muerto porque Daemon me había salvado y el Arum necesitaba descargar su ira con alguien.

Por la noche soñaba con el aparcamiento de detrás de la biblioteca. Y le veía la cara a aquel ser maligno; recordaba una y otra vez la frialdad y la ira de aquellos ojos al estrangularme. Me despertaba con un grito ahogado en la garganta y sudores fríos.

Aparte de las pesadillas y de las chorrada alienígenas de Daemon para sacarme de mis casillas, todo parecía bastante normal. Era como ser vecina de dos adolescentes corrientes y molientes.

De dos adolescentes que no tenían que levantarse para cambiar el canal de la tele y que se ponían un poco nerviosos cuando se producía una lluvia de meteoritos.

Dee me había explicado que los Arum utilizaban esos fenómenos atmosféricos

para llegar a la tierra sin ser advertidos por el Gobierno. Yo no sabía como lo conseguían, y ella no me lo explicó, pero días después de que tuviera lugar una lluvia de meteoritos o se viera alguna estrella fugaz en el firmamento, los gemelos estaban de los nervios. A veces alargaban el fin de semana tres días y desaparecían y a veces no se les veía el pelo un miércoles, por ejemplo, sin más. Dee me explicaba después que se habían ido porque tenían que hablar con Defensa. Seguían manteniendo que no debía preocuparme por los Arum, pero no me lo creía. Y mucho menos cuando se esforzaba tantísimo por no hablar del tema.

Este jueves, sin embargo, Dee estaba muy nerviosa por otros motivos. La semana siguiente se celebraba el baile de comienzo del curso académico y todavía no tenía un vestido para la ocasión. Iba a ir con Andrew... ¿O era Adam? Era imposible distinguir a aquel dúo de rubios.

Todo el mundo tenía muchas ganas de que llegara el baile: de los pasillos colgaban serpentinas y carteles que anunciaban el partido contra el otro instituto y también el baile. Las entradas se vendían a gran velocidad. A la hora de la comida me enteré de que Lesa y Carissa también tenían pareja para el baile, pero no vestido.

Yo, en cambio, no tenía con quien ir.

Intentaron convencerme de que ir sola no era ninguna tragedia social, cosa que ya sabía, pero no me apetecía nada pasarme toda la noche sola o hacer de sujetavelas.

En un instituto tan pequeño como aquel, todos se conocían. Las parejas llevaban juntas desde el primer curso, y los amigos se ponían de acuerdo para ir juntos al baile. Yo, como no conocía a casi nadie, no tenía con quien ir. Qué bien me iba eso para la autoestima.

Después de pasarme toda la clase haciendo caso omiso de los intentos de Daemon por sacarme de mis casillas, Simon apareció de repente junto a mi taquilla mientras yo cambiaba un tocho de libro por otro, igual de inútil que el anterior.

—Hola —le dije, sonriendo. Esperaba que Daemon no estuviera cerca, porque sabía Dios de lo que era capaz—. Hoy te has dormido en clase, ¿eh?

Se rió.

—Sí, me has pillado. Y encima he soñado con fórmulas, ¡qué pesadilla!

Reí mientras colocaba mi libro en la mochila y cerraba la puerta de la taquilla con la cadera.

—Ya me lo imagino.

Simon no era feo. No si te gustan los deportistas corpulentos que parece que se dediquen a descargar balas de heno en verano. Sus brazos eran como troncos y su sonrisa no estaba mal. Tenía los ojos azules y, al reírse, se le dibujaban unas arruguitas a su alrededor. Pero no eran verdes, y sus labios no tenían nada de poético.

—Nunca te he visto en ningún partido —dijo haciendo lo de las arruguitas—. ¿No te gusta el fútbol americano?

Simon era el defensa o el *lineback* titular. La verdad, no tenía ni idea.

—Fui a un partido —le dije. Me marché con Dee en la media parte porque nos aburríamos como ostras—. El fútbol americano no es lo mío.

Esperaba que después de decirle algo así se marchara, porque el fútbol era como una religión por aquí... Sin embargo se apoyó contra la taquilla, a mi lado, y cruzó los brazos por encima del pecho.

—Yo... me preguntaba si tenías algún plan para el sábado.

Se me fue la vista al cartel rojo y negro que colgaba por encima de su cabeza. El sábado era el baile. Se me secó la garganta como a un animal acorralado y abrí los ojos más de lo normal.

—No, no hago nada el sábado.

—¿No vas a ir al baile? —me preguntó.

No sabía si era demasiado patético decirle que no tenía con quién ir, así que decidí negar con la cabeza.

Simon parecía aliviado.

—¿Te gustaría que fuéramos... juntos?

Lo primero que pensé fue que no. Apenas lo conocía y, además, pensaba que era de ese tipo de tíos que saldrían con la típica animadora cañón, así que no me interesaba en absoluto. Pero ir con Simon al baile tampoco implicaba necesariamente que fuera a casarme con él o que quisiera algo con él. Sólo íbamos juntos a un baile. Justo entonces pensé en la cara que pondría Daemon cuando supiera que tenía pareja para el baile. Era patético, pero me moría de ganas de ser testigo de ese momento...

Le dije que sí, nos dimos los números de teléfono y así quedó la cosa. Iba a ir al baile, por lo que necesitaba encontrar un vestido para la ocasión. Mamá se pondría muy contenta... Se lo conté todo a Dee a la hora de la comida, pensando que se alegraría porque iba a ir al baile con pareja.

—¿Simon te ha pedido que vayas con él al baile? —Dee no daba crédito. Hasta dejó de comer durante cinco segundos enteritos—. ¿Y le has dicho que sí?

Asentí.

—Sí, ¿pasa algo?

—Bueno, es que Simon tiene mala fama —respondió Carissa mirándome por encima de la montura de las gafas—. Se lo conoce como «el democrático».

—Porque quiere montárselo con todo el mundo —aclaró Lesa—. Pero, oye, da igual. Es mono. Me gustan sus brazos.

—Que tenga mala reputación no quiere decir que yo tenga que pasar a engrosar la lista de sus conquistas. —Aparté la lechuga con el tenedor. Hoy había pastel de carne, y no pensaba tocarlo—. Además, a sido bastante mono al pedírmelo.

—Kimmy y él rompieron hace una semana o así —dijo Carissa—, porque por lo visto le estaba poniendo los cuernos con Tammy...

Claro, Kimmy era el nombre de la animadora en cuestión.

—¿Es que sólo le gustan las chicas cuyos nombres terminan en «y»?

Lesa se rió.

—Como el tuyo... Ah, cuanto futuro veo en vuestra relación...

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, haz lo que quieras. Ahora podremos ir todas a comprar vestidos este fin de semana. —Carissa dio unas palmaditas—. ¡Ah, y quizás podamos ir juntas en coche! Qué divertido, ¿no? ¿Te animas tú también, Dee?

—¿Cómo? —Dee pestañeó. Carissa le repitió la pregunta y Dee sintió con la mirada perdida—. Sí, seguro que a Adam no le importa.

Quedamos en ir juntas el sábado a Cumberland. Lesa y Carissa estaban tan emocionadas que casi daban saltitos en la silla. Dee no parecía demasiado animada ni contenta. Y, lo más raro de todo, no se acabó su plato ni se comió la mitad del mío...

Cuando acabaron las clases, tuve que ir a la parte trasera del aparcamiento porque había llegado tarde aquella mañana. El aparcamiento estaba situado en paralelo al campo de fútbol americano, vacío en ese momento. Aparcar ahí era un rollo total. El viento helado que venía de las montañas soplaba con toda su fuerza en aquella zona del aparcamiento.

—¡Katy!

Me volví; reconocí aquella voz grave al instante. El corazón se me aceleró y dejé de notar el viento. Me puse a retorcer el asa de la mochila mientras esperaba a que se acercara a mí.

Daemon se paró justo delante de mí y me colocó bien el asa.

—Que buen ojo tienes para elegir dónde aparcar.

Aquel gesto espontáneo me descolocó, así que tardé unos instantes en responder.

—Ya.

Llegamos hasta mi coche y, mientras lanzaba mi mochila en el asiento de atrás, Daemon esperó a mi lado. Tenía las manos metidas en los bolsillos y aspecto preocupado.

Sentí un revoloteo en el estómago.

—¿Te pasa algo? ¿Ha ocurrido algo con...?

—No. —Daemon se pasó la mano por el pelo—. No ha pasado nada... cósmico.

—Menos mal. —Suspiré aliviada, apoyándome en el coche, junto a él—. Me habías asustado.

Se volvió hacia mí, de repente, estábamos tan cerca que apenas nos separaban unos centímetros.

—Tengo entendido que vas a ir al baile con Simon Cutters.

Me aparté un mechón de pelo que me estaba dando la lata, porque el viento no hacía más que despeinármelo todo el rato.

—Qué rapidez.

—Pues sí, aquí en seguida nos enteramos de todo muy rápido. —Alargó una mano hacia mí para apartarme el mechón de pelo de la cara y colocármelo detrás de la oreja. Me rozó la mejilla con los nudillos. Aquel brevísimo contacto me trajo de vuelta aquel hormigueo familiar, además de un escalofrío que para nada tenía que ver con el viento—. Pensaba que te caía mal.

—Bueno, no es mal chico —respondí. Unos muchachos comenzaban a calentar en el campo y se preparaban para correr—. Es simpático, y me lo pidió.

¿No era así como funcionaban las cosas? Asentí. No me contestó enseguida y saqué las llaves del coche.

—¿Tú vas a ir al baile?

Daemon se acercó a mí todavía más. Me rozaba el muslo con la rodilla.

—¿Acaso te importa que yo vaya o no?

—No, la verdad.

Se inclino hacia mí.

—No tendrías que ir con alguien sólo porque te lo haya pedido.

Miré le manojos de llaves y pensé si sería una buena arma arrojadiza.

—No sé que tiene que ver esto contigo, la verdad.

—Eres amiga de mi hermana; por eso tiene que ver conmigo.

Lo miré, boquiabierta.

—Es el pensamiento más patético que he escuchado jamás. —Empecé a rodear el coche, pero me detuve al llegar al capó—. ¿No tendrías que estar más preocupado por lo que hace Ash, por ejemplo?

—Ash y yo no estamos juntos.

Una parte de mí, la más ilusa y tonta, se alegró por la noticia, negué con la cabeza y me dirigí a la puerta del conductor.

—Ahórrate la saliva, Daemon. No pienso dejar de ir al baile con Simon sólo porque a ti no te parezca bien.

Soltó un exabrupto entre dientes y me siguió.

—No quiero que acabes metida en un lío.

—¿De qué hablas? —Abrí la puerta con un gesto brusco.

Daemon sostuvo la puerta y arqueó una ceja.

—Conociéndote, no puedo imaginar en que clase de líos puedes meterte.

—Ya, claro... Seguro que Simon va a dejarme un rastro que atraiga a vacas asesinas en vez de a alienígenas asesinos. Déjame pasar, anda.

—Pero qué tozuda eres, Kat —me espetó Daemon con cara de enfado—. Ese tío tiene muy mala fama; quiero que tengas mucho cuidado con él.

Me quedé mirándolo un instante. ¿Era posible que estuviera de verdad preocupado por mi bienestar? Aparté de inmediato ese pensamiento de la cabeza.

—No va a pasar anda, Daemon. Puedo cuidarme yo solita.

—Vale. —Soltó tan rápido la puerta que no me dio tiempo a apartar la mano—.

Kat...

Demasiado tarde. Me había pillado los dedos con la puerta. Grité por el intenso dolor que sentí en la mano y que se me propagó por el brazos.

—¡Ay! —Agiré la mano para intentar calmar el dolor. El dedo índice me sangraba. Los demás iban a acabar morados e hinchado como salchichas. Las lágrimas comenzaron a deslizarse mejillas abajo—. ¡Por Dios, qué dolor!

Sin mediar palabra ni advertirme, Daemon me rodeó la palma con la mano. Sentí una oleada de calor que se extendía desde las puntas de los dedos hasta llegar al codo. En apenas un instante el dolor había desaparecido.

Estaba boquiabierta.

—¿Daemon?

Nos miramos. Me soltó la mano como si la mía que quemara.

—Mierda...

—¿Has...? ¿Vuelvo a tener un rastro? —Me limpié la sangre del dedo. Tenía la piel rosada, pero la herida ya estaba completamente curada.

Tragó saliva.

—Es muy... débil. No creo que no traiga ningún problema. Casi no lo veo, pero puede que...

—¡Ni hablar! Si casi no se ve no pasará nada. No necesito que me hagas de canguro otra vez. —Mi respiración era irregular y tenía un nudo en la garganta—. Puedo cuidarme yo solita.

Daemon me miró un instante.

—Tienes toda la razón; siempre que no andes cerca de ninguna puerta de coche, claro. Por ahora, ya has durado más que cualquier humano que haya sabido de nuestra existencia.

No me quitaba de la cabeza aquellas palabras, que me volvieron una y otra vez a la mente durante el resto de la noche y el sábado siguiente. Era la humana que sabía de su existencia que más había durado... No podía evitar preguntarme cuándo llegaría mi hora.

Después de comer fui con Dee a buscar a las chicas. No tardamos casi nada en llegar a Cumberland y encontrar la tienda de vestidos a la que querían ir, The Dress Barn. Yo pensaba que apenas les quedaría nada, pero lo cierto es que tenía los percheros llenos de vestidos.

Carissa y Lesa tenían claro el tipo de vestido que querían... Uno bien ajustadito. Dee se debatía entre varios rosas y llenos de volantes. Yo quería uno que no me hiciera parecer un lazo andante ni que hiciera las delicias de las abuelas.

Dee eligió para mí un modelo de inspiración griega ceñido en la cintura y

vaporoso alrededor de cadera y piernas. Tenía un escote festoneado un poco atrevido, pero nada comparado con los modelitos que se estaban probando Lesa y Carissa.

—Lo que yo daría por tener un pecho así —dijo Lesa entre dientes, indignada al ver el escote de Carissa, que casi dejaba entrever el ombligo—. No es justo, tengo mucho culo y nada de tetas.

Carissa se miraba en el espejo mientras Dee se probaba un vestido rosa hasta las rodillas. Carissa se recogió el pelo con las manos y sonrió ante su reflejo.

—¿Qué os parece, chicas?

—Estás cañón —le dije. Y era verdad. Tenía el cuerpo en forma de guitarra, equilibrado y perfecto.

Dee salió del probador. Estaba realmente preciosa con aquel vestido rosa de finísimos tirantes que tan bien le envolvía la espigada silueta. Se miró, asintió con la cabeza y volvió a meterse en el probador.

Lesa y yo nos miramos.

—Nuestra opinión no ha sido necesaria.

—Pues no, porque la verdad es que no hay nada en este mundo que no le quede bien a Dee. —Puso los ojos en blanco y cogió el vestido que quería probarse.

Llegó mi turno y me probé el vestido. Desde luego, debía reconocer que Dee tenía muy buen ojo para la moda. Aquella prenda hecha para mí: era perfecta para mi tipo. Tenía un sujetador interior, con lo que podía estar junto a Carissa y sentir que no era una niña pequeña. Me di la vuelta para mirarme la espalda. No me quedaba nada mal.

—Tendrías que recogerte el pelo —dijo Dee, apareciendo de repente detrás de mí. Alargó una mano, me recogió el pelo en una coleta alta y me la enroscó a modo de moño alto—. Tienes un cuello de cisne muy bonito: enséñalo. Si quieres, puedo peinarte y maquillarte.

Asentí. Sería divertido.

—Muchas gracias, Dee. La verdad es que nunca pensé que este vestido pudiera quedarme bien.

—Cualquiera de estos vestidos te quedaría perfecto. —Dee me soltó el pelo—. Ahora necesitas zapatos. —Hizo un gesto hacia los estantes de zapatos—. Yo creo que te quedaría bien algo rojo o un tono discreto. Y cuantas más tiras tenga, mejor.

Les eché un vistazo a los zapatos y pensé en unas sandalias de tacón que tenía en casa. Seguro que el vestido iba a costarme todo el dinero que mamá me había dado encantada aquella mañana. Aun así, elegí unos rojos de tacón absolutamente divinos.

De repente, una desagradable sensación me invadió. Eché un vistazo a mi alrededor. Las chicas seguían en la parte trasera de la tienda, mirando bolsos, y la dependienta estaba detrás del mostrador. La puerta se abrió y repicó por el viento.

La dependienta levantó la vista y frunció el ceño. Negó con la cabeza y volvió a

enfrascarse en la lectura de su revista.

Me dio un escalofrío al mirar más allá de los maniqués del escaparate, hacia el exterior. En medio de la acera había un hombre que miraba hacia el interior de la tienda. Llevaba el oscuro pelo echado hacia atrás y estaba muy pálido. Sus rasgos quedaban ocultos prácticamente en su totalidad por unas enormes gafas de sol que resultaban innecesarias en un día tan nublado como aquel. Vestía tejanos oscuros y chaqueta de cuero.

Y me aterrorizaba.

Me moví y fingí que estaba mirando un vestido detrás de uno de los percheros. Entonces levanté la vista y miré por encima de la prenda.

El hombre seguía allí.

—¿Qué narices...? —dije entre dientes. O estaba esperando a que alguien saliera de la tienda o era un tío raro. O un Arum, que también podía ser. No quería pensar en esta última posibilidad. Eché un vistazo a la tienda, que estaba casi vacía, y me decidí por la segunda opción: era un tío raro.

—¿Qué haces? —Lesá salió del probador cerrándose la cremallera de un vestido rosa de corte sirena que le daba más curvas a su físico aniñado—. ¿Por qué te escondes detrás de ese vestido?

Quise señalar hacia el acosador, pero, cuándo miré hacia el escaparate, el hombre había desaparecido.

—Por nada —carraspeé—. ¿Habéis acabado ya?

Asintió, de modo que fui al probador para cambiarme. Mientras pagábamos nuestros vestidos no dejé de mirar una y otra vez hacia el escaparate. Aquella desagradable sensación no se marchaba y me acompañó hasta llegar al coche de Dee. Esperaba que en cualquier momento aquel tipo saliera de la nada y me diera un susto de muerte.

Doblamos con cuidado los vestidos y los colocamos en el maletero mientras Carissa y Lesá se acomodaban en los asientos de atrás. Dee cerró el maletero y me miró con una sonrisa.

—No te lo he dicho antes porque seguro que habrías cambiado de opinión y no te habrías quedado el vestido.

—¿Decirme qué? —Fruncí el ceño—. ¿Me hace el culo grande?

Se rió.

—No, no; estás espectacular.

—¿Y entonces?

Me sonrió maliciosa.

—Bueno, es sólo que... el rojo es el color favorito de Daemon.

CAPITULO 22

La noche del baile estaba nerviosísima. Una parte de mí quería llamar a Simon y cancelar la cita, especialmente porque desde el primer momento rechazó la idea de ir todos juntos en coche a la celebración, pero mamá me había comprado el vestido y Dee había hecho un excelente trabajo poniéndome guapa.

Me había rizado y recogido el pelo para que se me viera el cuello. Había soltado y colocado estratégicamente algunos rizos cerca de las sienes y sobre los hombros. Además, había vaporizado una especie de esencia de vainilla con purpurina sobre el recogido, de modo que al girarme el pelo brillaba y se veía muy sedoso. Dee también me había perfilado los ojos con una sombra ahumada marrón. Creo que además me puso pestañas postizas, porque las mías nunca habían sido tan largas y espesas. El toque final que me aplicó antes de que se marchara a reunirse con Lesa fue el brillo de labios, que les dio un tono de rubí perfecto.

Me miré en el espejo antes de bajar y sentí que ante mis ojos tenía a una extraña. Me dije que tenía que maquillarme más a menudo.

Mamá se puso a llorar tan pronto como me vio.

—Ay, cielo, estás preciosa... —Se acercó a mí para abrazarme pero se detuvo—. No quiero estropear nada; espera, que cojo la cámara.

Ni siquiera alguien como yo tenía derecho a estropearle ese momento a mamá, de modo que esperé a que volviera y me hiciera una docena de fotos. Llevaba puesto el uniforme del hospital, y era curioso verla de esa guisa haciendo fotos.

—Y ese tal Simon... —empezó a decir, arrugando la frente—, nunca me habías hablado de él.

«Ya empezamos», pensé.

—Somos amigos y nada más. No tienes de qué preocuparte.

Me miró con cara de preocupación materna.

—¿Y qué ha pasado con le vecino, Daemon? ¿No quedaste con él un par de veces?

Me encogí de hombros. Era una conversación que ni siquiera quería iniciar con mi madre.

—Somos enemigos amistosos o amigos que se odian, lo que mejor te parezca.

—¿Cómo? —Arqueó una ceja.

—Nada. —Suspiré, mirándome la mano. No quedaba ni rastro de la herida en el dedo. Aunque sí tenía un pequeño rastro, según me había dicho—. Somos amigos.

—Pues qué pena, hija. —Alargó la mano para colocar un rizo en su lugar—.

Parecía tan buen chico...

¿Daemon, buen chico? Como que no. El rugido de un motor interrumpió nuestra conversación. Me acerqué a la ventana y eché un vistazo. Madre mía. La camioneta de Simon tenía el tamaño de un submarino.

—¿Por qué no has ido a cenar, como te dijo Dee? —me preguntó mi madre mientras preparaba la cámara para la segunda tanda de fotos.

Como Simon había dicho que no a lo de ir todos juntos en coche, yo había dicho que no a la cena. Simon venía a casa a buscarme, cosa que no me emocionaba en absoluto, pero encontrarnos en el baile directamente parecía bastante absurdo. Eso por no mencionar que él tenía las entradas.

No le respondí porque fui a abrir la puerta. Ahí estaba Simon, vestido con esmoquin. Me sorprendió ver que tenían trajes de su talla. Tenía los ojos un poco vidriosos, y se le fueron directamente a mi cuerpo de tal manera que las mejillas se me pusieron del color del vestido.

—Estás cañón —me dijo sacando uno de esos ramilletes que se anudan a la muñeca.

Me estremecí al oír el carraspeo de mi madre. Cogí el ramillete, me aparté y dejé que Simon entrara.

—Mamá, te presento a Simon.

Simon entró y le estrechó la mano a mi madre.

—Ya veo de dónde le viene a Katy su hermosura.

Mi madre arqueó una ceja. No estaba nada receptiva y no parecía muy impresionada con Simon.

—Qué simpático eres.

Me acerqué a su lado mientras me anudaba el ramillete. Menos mal que no era uno de esos que se ponían con un alfiler. Simon aguantó bien el trago de que mi madre nos hiciera miles de fotos. Me agarró de la cintura con el brazo y sonrió a la cámara.

—Ay, casi se me olvida. —Mamá desapareció en la sala de estar y volvió con un chal negro de encaje. Me lo pasó por los hombros—. Por si tienes frío.

—Gracias —le dije, más agradecida por tener algo con lo que taparme de lo que ella pudiera imaginar. Antes me sentía cómoda con el vestido, pero desde que Simon había empezado a babear con mi escote me sentía incómoda enseñando tanta piel.

Mientras Simon esperaba fuera, mamá me apartó un instante.

—No te olvides de llamarme cuando vuelvas a casa. Si pasa cualquier cosa me llamas, ¿vale? Esta noche trabajo en Winchester. —Miró hacia la puerta, frunciendo el ceño—. Pero puedo salir antes si quieres.

—Mamá, no pasa nada. —Me acerqué a ella y la besé en la mejilla—. Te quiero.

—Y yo, cielo. —Me acompañó a la puerta—. Estás preciosa.

Salí de casa antes de que se pusiera a llorar por segunda vez. Para entrar en la camioneta era necesario saber escalar. Me sorprendí a mi misma logrando subir sin necesitar una escalera plegable.

—Madre mía, estás como un tren. —Simon se llevó un caramelo mentolado a la boca antes de echar marcha atrás para salir del vado de delante de casa.

Esperaba que no tuviera intención de utilizar esos caramelos mentolados más tarde.

—Gracias. Tú también estás muy favorecido.

Y hasta ahí llegó nuestra conversación. Simon no era precisamente un as en el arte de la retórica. Qué sorpresa. El trayecto hacia el instituto se me hizo muy largo y tenso. Me aferraba a mi chal como si no hubiera un mañana. Simon me echaba una ojeada, me sonreía y se llevaba otro caramelo mentolado a la boca.

Tenía unas ganas inmensas de llegar al baile.

Cuando llegamos al aparcamiento, descubrí el por qué de aquella ingesta desaforada de caramelos de menta. Se sacó una petaca de bolsillo del interior de su esmoquin y le dio un buen trago antes de ofrecérmela.

Había estado bebiendo. Qué mal empezaba la noche. Decliné la oferta y mentalmente empecé a buscar modos alternativos de regresar a casa después del baile. No me importaba que la gente bebiera, pero sí que lo hiciera alguien que conducía.

Simon volvió a colocarse la petaca en el bolsillo interior, indiferente a mi negativa.

—Espera, te ayudo a bajar.

Bueno, que detalle. No sabía como narices iba a conseguir bajar... Abrió la puerta y sonrió.

—Gracias.

—¿Quieres dejar el bolso aquí? —me preguntó.

Ni en broma. Negué con la cabeza y me colgué el minúsculo bolso de la muñeca. Simon me ofreció su mano y me ayudó a bajar de la camioneta. Tiró con demasiada fuerza y acabé dándome de bruces contra su pecho.

—¿Estás bien? —me preguntó sonriendo.

Asentí, intentando ignorar la repugnante sensación que empezaba a notar en el estómago.

Desde fuera de la camioneta se oía perfectamente el retumbar de la música que venía del gimnasio. Nos detuvimos delante de las empañadas puertas y Simon me atrajo hacia sí con un abrazo forzado.

—Me alegra que quisieras venir al baile conmigo. —El aliento le olía a caramelos mentolados y a alcohol.

—A mí también —le dije, intentando creérmelo. Le coloqué las manos sobre el

pecho y me aparté de él—. Tendríamos que entrar.

Sonrió y apartó los brazos. Una de sus manos se deslizó por mi espalda, por encima de la curva de la cadera. Me puse muy tensa y me dije a mí misma que era un accidente. Tenía que serlo; no podía estar metiéndome mano de forma tan flamante. Ni siquiera habíamos empezado a bailar.

La temática del baile era el otoño: del techo colgaban hileras de hojas otoñales, que también cubrían las puertas. Había cuernos de la abundancia llenos de hojas en las esquinas y en el escenario, además de calabazas.

Tan pronto como entramos, los amigos de Simon nos rodearon. Algunos me miraron y chocaron las cinco con él sin ninguna discreción. Parecía que, como de repente se había dado cuenta de que tenía tetas, ya era una tía guay. Los tíos pueden ser bastante infantiles si se lo proponen. Mientras se pasaban la petaca que Simon había llevado, saludé a las acompañantes de los demás chicos. Todas eran animadoras. Qué diversión.

Eché una ojeada a la multitud y vi a Lesa con su acompañante.

—Ahora mismo vuelvo.

Antes de que Simon pudiera detenerme, salí a toda prisa hacia ella. Se volvió al ver que su pareja hacía un gesto en dirección a mí. Sonrió.

—Estás increíble. —La música estaba muy alta y tuve que gritar para que me oyera.

—¡Tú también! —Me dio un abrazo rápido y después se apartó—. ¿Se está portando bien?

—Hasta ahora parece que sí. ¿Te importa que lo deje aquí? —Coloqué mi chal y mi bolso sobre la mesa. Lesa negó con la cabeza—. Se lo han currado con la decoración, ¿eh?

—Pero sigue siendo un gimnasio. —Lesa se rió—. Tiene ese olor característico...

Era verdad. Carissa se unió enseguida a nosotras, arrastrándonos a la pista de baile sin nuestros acompañantes. No me importó; bailamos juntas, haciendo el tonto y riéndonos sin parar. Lesa se animó con un baile subidito de tono en plan de cachondeo y Carissa, en cambio, se decantó por un baile ochentero.

Vi a Dee hablando con Adam cerca del escenario. Me despedí de las chicas y me acerqué a mi amiga.

—¡Dee!

Se volvió hacia mí. Los ojos le brillaban bajo las cegadoras luces.

—Hola.

Me paré en seco y los miré. Adam me sonrió tenso antes de desaparecer entre la gente que bailaba.

—¿Va todo bien? —Le cogí la mano y se la apreté—. ¿Has llorado?

—¡No, no! —Se secó la mejilla con el dedo meñique de la mano que tenía libre

—. Es que... no creo que Adam quisiera venir conmigo, ni que yo quisiera venir al baile. Y todo es tan... —Negó con la cabeza y liberó la otra mano—. Bueno, ¡lo que importa es que estás verdaderamente preciosa! ¡Ese vestido es para morirse!

Me entristecí mucho por ella en aquel momento. No me parecía justo que no pudiera elegir con quien ir al baile. Especialmente teniendo en cuenta que la sección masculina de los Luxen no se caracterizaba por su amabilidad y su buen talante... Debía de ser como ir al baile con un hermano, ya que todos se conocían desde pequeños.

—Oye —le dije cuando se me ocurrió una idea—, ¿por qué no pasamos de todo esto, alquilamos una peli, compramos helado y la vemos con los vestidos puestos? Puede ser divertido, ¿no? Podemos alquilar *Braveheart*, que te encanta.

Dee se rió y los ojos se le llenaron de lágrimas al abrazarme.

—No, vamos a pasárnoslo bien aquí, en el baile. ¿Cómo va con tu acompañante? Miré alrededor y no lo vi.

—Pues seguramente estará como una cuba.

—Oh, no. —Se apartó un mechón de pelo. Lo llevaba suelto y se lo había alisado: le caía sobre los hombros como si fuera una oscura cortina de agua—. ¿Está muy pedo?

—Creo que todavía no, pero... ¿Podréis llevarme vosotros a casa en coche?

—Pues claro que sí. —Empezó a arrastrarme hacia la pista de baile—. Luego iremos a lo de las hogueras. Si quieres, puedes venir con nosotros, pero si lo prefieres te dejamos en casa.

Simon no me había dicho que después había una fiesta. Quizá tenía suerte y se olvidaba de mí. Dee y yo rodeamos la pista de baile de la mano. Casi había renunciado a buscar a Lesa entre la multitud, pero de repente me quedé completamente quieta.

En una mesa con tablero de cristal, brillaba una vela que proyectaba un resplandor sobre los marcados pómulos de Daemon e iluminaban sus carnosos labios. Ash no estaba con él; la verdad es que me importaba un pimiento dónde estuviera.

Daemon me miraba con tal intensidad que, sin darme cuenta, di un paso atrás, sin dejar de mirarle. En mi estómago sentí un deseo que me recorrió el cuerpo con la velocidad de un relámpago, propagando un intenso calor. Era un sentimiento que no se podía explicar, provocar o copiar aunque se quisiera.

Entonces apareció Simon. Me cogió de la mano y me apartó de Dee, llevándome a la pista de baile. No había que bailar agarrado en aquel momento, pero aún así el me rodeo la cintura con su enorme brazo, clavándome la petaca en las costillas.

—Has desaparecido sin decirme nada —me dijo rozándome la oreja con los labios y rociándome el cuello de vapores etílicos—. Pensaba que me habías abandonado.

—No, vi a mis amigas y me fui. —Intenté apartarme, pero no podía—. ¿Y tus amigos?

—¿Qué? —gritó. No me había oído porque la música estaba otra vez muy alta—. Hay una fiesta esta noche cerca de los terrenos, todo el mundo va a ir. —Una de sus manos descansaba en la parte inferior de mi espalda, y su dedo pulgar prácticamente en el inicio de mi trasero—. Tendríamos que ir.

Maldita sea.

—No lo sé. Tengo toque de queda —le grité mientras intentaba librarme de su mano.

—¿Y eso? Si esta noche es el baile... Hoy toca salir de fiesta.

Ni me molesté en contestarle, estaba demasiado ocupada quitándome sus manos de encima. No dejaba de manosearme. Bailamos otra canción antes de que pudiera zafarme, gracias a Carissa, que vino a rescatarme.

Toda parecía ir de mal en peor. Espié a Ash, que parecía de mal humor, sentada junto a Daemon, quien a su vez no apartaba la vista del suelo. Después de algunos bailes y pausas para ir al aseo, acabé otra vez junto a Simon.

Para ser humano, no se le daba nada mal aparecer de la nada y sin hacer ruido.

No apestaba a alcohol, pero se le iban las manos cada vez más. Lo tenía completamente pegado a mí, como una lapa. Empezaron a entrarme sudores fríos cuando una de sus manos se le resbaló de mi hombro y esquivó mi pecho por muy poco.

Me aparté de golpe y lo miré con cara de pocos amigos.

—Simon.

—¿Qué? —Me miró como si nunca hubiera roto un plato—. Lo siento, se me ha resbalado la mano.

La otra mano se le resbaló también cerca de mi trasero. Aparté la vista, pensando en qué hacer. Necesitaba esfumarme. Y rápido.

—¿Puedo? —preguntó una voz grave detrás de mí.

Simon puso los ojos como platos y me di la vuelta. Allí estaba Daemon, mirándolo con cara de pocos amigos, como retándolo a que dijera que no.

Pasaron unos tensos segundos y Simon me soltó.

—Justo a tiempo. Ahora mismo iba a ir a beber algo.

Daemon arqueó una ceja y me miró.

—¿Bailas?

No sabía que tramaba, de modo que le puse las manos en los hombros con delicadeza.

—Qué sorpresa.

No dijo nada mientras me rodeaba la cintura con el brazo y me cogía la mano con la suya. La música se volvió más lenta, hasta convertirse en una melodía que hablaba

de un amor perdido y recuperado. Me perdí en aquellos ojos tan extraordinarios, sorprendida al ver que me rodeaba en sus brazos con tanta... ternura. El corazón me latía con fuerza y sentía un hormigueo intenso por todo el cuerpo. Seguro que me sentía así por el baile, por llevar aquel vestido, por lo bien que le quedaba el esmoquin...

Me atrajo más hacia él.

Dentro de mí sentía emoción y miedo. Las luces se le reflejaban en los oscuros cabellos.

—¿Lo estás pasando bien con... Ash?

—¿Y tú con tu amiguito el pulpo?

Me mordí el labio.

—Qué simpático eres, como siempre.

Se rió entre dientes cerca de mi oído. Sentí escalofríos.

—Hemos venido los tres juntos: Ash, Andrew y yo. —Me puso la mano encima de la cadera y yo sentí algo completamente distinto a lo de antes. Sentí un hormigueo por debajo de mi vestido de gasa. Daemon carraspeó y apartó la mirada—. Estás... muy guapa, por cierto. Demasiado guapa para estar con ese idiota.

Me sonrojé y bajé la vista.

—¿Te has tomado algo?

—Pues no, la verdad. ¿Por qué me lo preguntas, si puede saberse?

—Porque nunca me dices nada agradable.

—*Touché* —suspiró. Daemon se acercó un poco más y volvió la cabeza. Me rozó la mejilla con la mandíbula y me sobresalté—. No voy a morderte, y tampoco a manosearte; puedes relajarte.

El comentario ingenioso que pensaba soltarle se me murió en los labios cuando apartó la mano de mi cadera y me colocó la cabeza con delicadeza sobre su hombros. Cuando mi mejilla le rozó el hombro, sentí un torbellino de sensaciones. Colocó otra vez la mano en la parte baja de la espalda y nos movimos despacio, al compás de la música. Pasó un rato y empezó a tararear algo y yo cerré los ojos. Aquel momento no era agradable; era increíble.

—Ahora en serio, ¿qué tal va tu cita?

Sonreí.

—Bueno, el chico se toma demasiadas confianzas.

—Eso es precisamente lo que me imaginaba yo. —Volvió la cabeza y, por un instante, su barbilla descansó sobre mi pelo. Levantó la cabeza—. Ya te lo advertí.

—Daemon —le dije en voz baja, sin querer echar a perder el momento. Me sentía muy arropada, tranquila—: lo tengo bajo control.

Se rió.

—Ya, claro, gatita. Por eso movía las manos a una velocidad de vértigo, ¿no?

Empezaba a preguntarme si es humano o no.

Me puse tensa y abrí los ojos. Conté hasta diez. Cuando iba por el tres, hablé de nuevo.

—Tendrías que salir de aquí y marcharte mientras esté distraído. —Noté que me apretaba la mano—. Si quieres, puedo decirle a Dee que se convierta en ti...

Me sorprendió aquel comentario, por lo que me aparté y lo miré.

—¿Y que le meta mano a tu hermana te da igual?

—Dee puede cuidarse solita. Pero ese tío es demasiado para ti.

Dejamos de hablar, sin hacerles ningún caso a las parejas que nos rodeaban. No daba crédito a lo que acababa de decirme.

—¿Perdona? ¿Que es demasiado para mí?

—Escúchame: he venido en coche hasta aquí, así que puedo decirle a Dee que cuando vuelva con Adam te acompañen a casa. —Parecía que lo tuviera todo perfectamente planeado. Me miró con cara de incredulidad—. No me digas que estás pensando en ir a la fiesta con ese idiota.

—¿Y tú, vas a ir? —Le pregunté, apartando la mano. La otra la tenía todavía en su pecho, y el seguía rodeándome la cintura con el brazo.

—Da igual lo que yo haga o deje de hacer. —Sus palabras estaban teñidas de frustración—. No vas a ir a la fiesta, y punto.

—No tienes derecho a decirme lo que puedo hacer, Daemon.

Entrecerró los ojos, pero aun así podía ver el brillo fantasmagórico que empezaba a formarse en ellos, eclipsándole las pupilas.

—Dee te llevará a casa y te juro que si tengo que cargar contigo al hombro para sacarte de aquí, lo haré.

Apreté los dedos que tenía sobre su pecho en un puño.

—Inténtalo si te atreves, me gustaría verlo.

Sonrió. Los ojos empezaron a brillarle en la oscuridad.

—Ya sé que te gustaría.

—Lo que tú digas —le respondí, haciendo caso omiso de como empezaban a mirarnos todos. Por encima de su hombro vi al señor Garrison. Nos observaba, cosa que jugaba en mi favor—. Tú eres el que va a montar una escenita si me sacas de aquí a la fuerza.

Cualquiera medianamente normal se habría asustado ante tal situación, y yo también, teniendo en cuenta de lo que Daemon era capaz. Pero no tenía ningún miedo.

—Por si no te has enterado, tu querido profesor alienígena nos está mirando ahora mismo. ¿Qué crees que va a pensar cuando vea que cargas conmigo para sacarme de aquí?

Sentí que se ponía tenso.

Sonreí, satisfecha al ver que tenía razón.

—¿Ves como tengo razón? —le dije.

Entonces hizo algo que me sorprendió: me sonrió.

—Siempre te subestimo, gatita.

Simon apareció subrepticamente en escena antes de que pudiera regodearme en mi victoria.

—¿Lista para marcharte? —me preguntó Simon, mirándonos—. Todos se van ya a la fiesta.

Daemon me decía con la mirada que no escuchara lo que me decía, y precisamente por eso le dije que sí iría. Nadie controlaba mi vida por mí. Yo era la única que tenía la última palabra.

CAPITULO 23

Los terrenos de los que me había hablado Simon quedaban a tres kilómetros de Petersburgo, en dirección opuesta a mi casa. Eran, literalmente, unos inmensos maizales ya cosechados. Unas enormes balas de heno cubrían el paisaje hasta donde alcanzaba a ver por el reflejo anaranjado y rojo de la hoguera. La combinación de heno y fuego no podía traer nada bueno.

Alguien golpeaba un barril a lo lejos.

Me corrijo: la combinación de heno, fuego y cerveza no podía traer nada bueno.

Simon no me había puesto la mano encima desde que habíamos llegado al maizal, con lo que me sentía bastante satisfecha con la decisión que había tomado, a excepción del problema que cabo de mencionar. Me llevó por el maizal hacia la hoguera.

—Las chicas están por ahí. —Señaló hacia otro lado de la hoguera, donde varias chicas se sentaban juntas y compartían unos vasos de plástico rojo—. Ve a saludarlas, diles algo.

Asentí. No tenía ninguna intención de hablar con ellas.

—Iré a pillar algo de bebida. —Se inclinó hacia mí y me dio un apretón en los hombros antes de marcharse. En cuanto llegó al barril de cerveza, saludó a otro chico igual de corpulento que él chocando las palmas y soltando un berrido.

Había bastante gente congregada alrededor del fuego y esparcida por el cercano bosque. Alguien había aparcado una furgoneta allí en medio, con las puertas abiertas, y había puesto la radio a todo trapo. Era casi imposible oír nada. Me tapé bien con el chal y me puse a andar en busca de alguna cara conocida. Me alegró ver a Dee con los trillizos Thompson. A su lado, Carissa y Lessa compartían una manta. No había ni rastro de Daemon.

—¡Dee! — la llamé, apartándome de una chica que caminaba dando tumbos con sus zapatos de tacón—. ¡Dee!

Se volvió y, segundos después, agitó una mano con todas sus fuerzas. Avancé en dirección a ella y justo entonces apareció Simon con dos vasos en la mano.

—Dios mío —le dije, dando un paso atrás—. Me has asustado.

—Pues no sé por qué, te estaba llamando.

—Lo siento. —Acepté el vaso y arrugué la nariz al reconocer el agrio olor. Le di un sorbo. El sabor no era mucho mejor que el olor—. Con todo este ruido no se oye nada.

—Ya lo sé. Además, casi no hemos tenido tiempo de hablar. —Simon me rodeó

los hombros con su brazo, tambaleándose ligeramente—. Y eso no me gusta. Llevo toda la noche intentando hablar contigo. ¿Te ha gustado el ramillete que te he traído?

—Es muy bonito, muchas gracias. —Y lo era; combinaba rosas rojas y rosas—. ¿Lo compraste en el centro?

Asintió y engulló el contenido de su vaso mientras nos alejábamos del camión.

—Mi madre trabaja en la floristería; lo hizo ella.

—Qué guay. —Tiré de él suavemente y con cuidado para no derramar la cerveza—. ¿Tu padre trabaja en la ciudad?

—No, viaja a Virginia cada día. —Tiró el vaso al suelo y sacó la petaca—. Es abogado —presumió mientras le quitaba el tapón con una mano—. Se ocupa de las demandas por lesiones. Mi hermano es médico; trabaja en el centro.

—Mi madre es enfermera, y también trabaja en Virginia. —Concentraba toda mi energía en ponerme bien el chal, que se me caía todo el rato de los hombros—. ¿Ya sabes a qué universidad vas a ir? —le pregunté, esforzándome por buscar un tema del que hablar. Cuando no se convertía en un pulpo no era un mal chaval.

—Iré a la Universidad de Virginia, con mis colegas. —Frunció el ceño al ver que no había tocado mi bebida—. ¿No bebes?

—No; quiero decir, sí bebo. —Le di un sorbo al vaso para demostrárselo. Sonríe y apartó la vista. Empezó a hablarme de los amigos que querían ser policías en vez de ir a la universidad. Cuando no miraba, tiraba el contenido del vaso al suelo.

Simon seguía haciéndome preguntas. Cada cinco minutos nos interrumpía algún amigo suyo para hablar con él. Tiré casi toda la cerveza al suelo, con lo que Simon me rellenó el vaso varias veces. Me dijo que me quedara donde estaba mientras iba a buscar más cerveza al barril. Cuando iba ya por mi tercer falso vaso, Simon debía de pensar que estaba pedo, pero por lo menos así conseguía quitármelo de encima un rato.

Antes de que pudiera darme cuenta, nos habíamos alejado bastante de los demás y de la hoguera. Casi estábamos en el bosque. Cada vez era más difícil caminar, en parte por el suelo, que era irregular, y en parte por mis tacones. Además, era difícil caminar teniendo el peso de Simon al lado.

El chico puso la espalda recta y, al apartar el brazo de mis hombros, se llevó el chal consigo. Se cayó al suelo, por detrás de mí, y no pude distinguirlo entre la oscuridad de la maleza.

—Mierda —dije dándome la vuelta y entrecerrando los ojos para buscarlo.

—¿Qué? —preguntó. Simon empezaba a arrastrar las palabras.

—El chal... Se me ha caído. —Caminé hacia atrás, en dirección a la hoguera.

—Bueno... Estás mejor sin él —me respondió—. Con ese vestido estás para comerte.

Lo miré por encima del hombro con cara de enfado antes de darme la vuelta y

mirar hacia... la negrura más absoluta. No se veía nada.

—Ya, bueno, es de mi madre, y me matará si lo pierdo.

—Lo encontraremos; ahora no te preocupes por eso.

De repente, me rodeó la cintura con un brazo y me atrajo hacia él. Aquel gesto me pilló por sorpresa y se me cayó el vaso de cerveza. Solté una risita nerviosa y me zafé.

—Creo que será mejor que vaya a buscarlo.

—¿No puede esperar? —Simon dio un paso hacia mí, y entonces me si cuenta de que estaba atrapada entre él y un árbol—. Estábamos hablando y, además, hace rato que quiero hacer algo...

Miré hacia la hoguera. Estaba demasiado lejos.

—¿El qué?

Me puso la mano en el hombro y me sostuvo con fuerza. Aquella vez sentí no sólo repulsión, sino algo más que me dejó un amargo sabor en el paladar, igual que cuando el Arum me habló en el exterior de la biblioteca. Simon se acercó más a mí y a la vez me empujó hacia él mientras bajaba la cabeza.

Me quede helada un segundo, y eso fue todo lo que tardó en hundir sus labios en los míos. Me inundó un sabor a mentolados y cerveza. Emitió un sonido y avanzó todavía más. Yo tenía ya la espalda contra el árbol. Intenté apartarlo dándole un empujón, pero él seguía acercándose más y más. Apreté tanto los labios mientras me besaba que no podía respirar. Le puse las manos en el pecho y empujé con fuerza hasta que logré que apartara los labios.

—¡Simon! Te estás pasando —le dije mientras recuperaba el aliento. Intentaba liberarme, pero no había manera de sacárselo de encima.

—Venga ya, no me estoy pasando... —Su mano se movía a tientas entre el árbol y yo, hasta que al fin encontró mi espalda y me agarró para que no me moviera.

Intenté apartarme, furiosa.

—¡No he venido aquí para esto!

Simon se rió.

—Todo el mundo viene aquí para esto. Mira, los dos hemos bebido y nos lo hemos pasado bien. No pasa nada. No se lo diré a nadie si no quieres. Todos saben que lo hiciste con Daemon en verano.

—¿Qué? —chillé—. Simon, déjame...

Sus babosos labios me interrumpieron. Me metió la viscosa lengua en la boca y me entraron ganas de vomitar. El corazón se me aceleró y en ese momento me arrepentí de no haber escuchado a Daemon y de no haber querido irme a casa. Aquel tío era demasiado para mí.

Logré apartar la cabeza.

—¡Simon, para!

Y en ese momento paró. Me apoyé contra el árbol y de dejé caer, confundida y sin aliento. Se oyó el ruido de alguien chocando contra el suelo y un grito de dolor.

Alguien se inclinaba sobre Simon, que estaba tumbado en el suelo, y lo agarraba del cuello de la camisa.

—¿Es que te has vuelto sordo o no entiendes su idioma?

Reconocí al instante el tono grave y airado. Era el mismo que Daemon había utilizado el día que arreglé el jardín de casa. Aquella voz gutural transmitía peligro. Respiraba agitadamente mientras miraba al chico, que estaba muerto de miedo.

—Oye, tío, lo siento... —Simon arrastraba las palabras. Le agarró la muñeca a Daemon—. Yo pensaba que ella...

—¿Que ella qué? —Daemon lo agarró y lo puso en pie—. ¿Pensabas que «no» quería decir «sí»?

—¡No! ¡Sí! Yo creía...

Daemon levantó la mano y Simon... se quedó quieto. Tenía los brazos extendidos y las palmas de las manos abiertas delante de la cara. La sangre que brotaba de su nariz se le había quedado congelada encima de la boca abierta. Tenía los ojos como platos y no parpadeaba. En su rostro se reflejaban los efectos del alcohol combinado con el miedo.

Daemon había congelado a Simon. Literalmente.

Di un paso adelante.

—Daemon, ¿qué...? ¿Qué has hecho?

No me miró. No apartaba los ojos de Simon.

—No tenía más opción que hacerle esto o matarlo.

No me cabía ninguna duda de que era capaz de matarlo. Le toqué el brazo a Simon. Parecía de verdad, pero estaba tieso. Como un cadáver. Tragué saliva.

—¿Está vivo?

—¿Tendría que estarlo? —me contestó.

Nos miramos con comprensión y arrepentimiento.

Daemon tensó la mandíbula.

—Está bien. Es como si estuviera durmiendo.

Simon parecía una estatua. Una estatua de un borracho pervertido.

—Madre mía, qué follón. —Di un paso atrás y me rodeé con los brazos—. ¿Cuánto tiempo va a quedarse así?

—Todo el tiempo que yo quier —me contestó—. Podría dejarle aquí y que los ciervos se le mearan encima y los cuervos se le cagan.

—Pero... sabes que no puedes hacer eso, ¿verdad?

Daemon se encogió de hombros.

—Tienes que devolverlo a la normalidad, pero antes me gustaría hacer algo.

Daemon arqueó una ceja, presa de la curiosidad.

Respiré hondo (todavía notaba el sabor a cerveza y mentolados) y le di un buen patadón en la entrepierna. Simon no reaccionó, pero ya lo notaría más tarde.

—¡Que dolor! —Daemon no pudo contener la risa—. Quizá si tendría que habérmelo cargado. —Frunció el ceño al verme la cara. Se volvió hacia Simon y agitó la mano.

El chico se cayó hacia delante y se llevó las manos a la entrepierna.

—Mierda.

Daemon echó a Simon hacia atrás.

—No quiero verte nunca más, y te juro que si te atreves siquiera a mirarla, será lo último que hagas en tu puta vida.

Simon se puso blanco como el papel. Se pasó una mano por la nariz para secarse la sangre mientras nos miraba a Daemon y a mí de hito en hito.

—Katy, lo siento...

—¡Vete de aquí! —bramó Daemon, dando un paso hacia delante.

Simon se marchó a toda prisa, tropezando y cojeando entre los arbustos. Entre nosotros se hizo un silencio absoluto. Hasta la música parecía haberse acabado. Daemon se dio la vuelta e hizo un amago de marcharse. Me quedé quieta, tiritando.

Daemon iba a dejarme allí, sola.

No lo culpaba. Me lo había advertido y yo no le había escuchado. Sentí que estaba a punto de llorar de rabia y frustración.

Pero entonces regresó con mi chal. Me lo dio y dijo algo entre dientes. Cogí el chal con manos temblorosas y vi que le brillaban los ojos. ¿Cuánto rato había estado así? Sentí en mí su intensa mirada.

—Ya lo sé —susurré mientras me tapaba con el chal el vestido desgarrado—. Por favor, no lo digas.

—¿Qué es lo que no quieres que no diga? ¿Que ya te lo advertí? —Parecía enfadado—. Ni siquiera yo soy tan capullo para decirte algo así. ¿Te encuentras bien?

Asentí y respiré hondo.

—Gracias.

Daemon volvió a soltar otro exabrupto entre dientes y se acercó a mí. Me puso algo alrededor de los hombros que olía a él y me daba calor.

—Toma —me dijo con tono áspero—. Póntela. Así no se te verá... nada.

Bajé la vista. El chal de encaje no bastaba para tapar el cuerpo del vestido, hecho trizas. Me puse roja y metí los brazos en las mangas de su chaqueta. Se me hizo un nudo en la garganta y sentí que tenía ganas de llorar. Estaba enfadada con Simon y conmigo misma; y también avergonzada. Me aferré a la chaqueta. Daemon nunca iba a perdonármelo. En ese momento no me decía nada, pero seguro que se lo guardaba para después.

Daemon me rozó la mejilla con los dedos y me apartó un mechón de pelo,

colocándomelo detrás de la oreja.

—Venga —me susurró.

Levanté la cabeza. En sus ojos había una dulzura que no esperaba. El nudo de la garganta desapareció. ¿Iba a ser amable conmigo?

—Te llevaré a casa.

Aquella vez no me lo dijo con arrogancia ni como fuera una orden. Eran simples palabras, nada más. Le dije que sí. Después de lo que acababa de suceder, supuse que volvía a tener un rastro y no quería más problemas. Y entonces me di cuenta de algo.

—Un momento.

Daemon me miró de tal modo que pensé que iba a sacarme de allí a la fuerza.

—Kat...

—¿No es Simon quien tiene un rastro ahora?

Si aquella idea se le había pasado por la mente, la verdad es que no parecía importarle en absoluto.

—Sí.

—Pero...

En un abrir y cerrar de ojos, Daemon está frente a mí.

—Ahora no es problema mío.

Y entonces me cogió del brazo. No me lo apretaba, pero sí lo sostenía con firmeza. Nos quedamos en silencio mientras avanzábamos hacia su todoterreno, aparcado cerca de la carretera principal. Algunos coches tenían los cristales empañados. Otros, incluso se movían. Cada vez que miraba a Daemon veía que tenía los ojos entrecerrados y que apretaba la mandíbula.

Me sentía muy culpable. ¿Y si los Arum seguían merodeando por la zona y seguían el rastro de Simon? Era un tarado y un violador en potencia, pero... ¿Qué serían capaces de hacerle? No podíamos dejarlo allí; era peligroso.

Daemon me soltó y abrió la puerta del copiloto. Me metí en el coche. Solté la tira del bolso de mi muñeca y lo puse en el asiento, a mi lado. Observé a Daemon mientras daba la vuelta al coche y le mandaba un mensaje a alguien.

Daemon entró al fin y me miró, enigmático.

—Le he dicho a Dee que ya te llevo a casa yo. Cuando llegué me dijo que te había visto pero que no conseguía encontrarte.

Asentí y cogí el cinturón, pero no lograba moverlo del sitio. Tiré de él con fuerza, por toda la frustración que sentía en aquel momento.

—¡Mierda!

Daemon se inclinó hacia mí y me apartó los dedos del cinturón. En un lugar tan pequeño no había demasiado espacio para maniobrar y, antes de que yo pudiera protestar, ya estaba poniéndome el cinturón. Me rozó la mejilla con la mandíbula, y después con los labios. Nos rozamos por accidente varias veces pero, aún así, me

costaba respirar.

Daemon me pasó el cinturón por el estómago y me rozó con los nudillos la parte frontal del vestido. Me moví bruscamente en el asiento.

Él me miró, sorprendido. Yo también lo estaba. Nuestros labios casi se rozaban. Su aliento era cálido y dulce. Embriagador. Sus ojos se posaron en mis labios y el corazón se me alteraba por momentos.

Ninguno de los dos se movió. Aquellos instantes parecía una eternidad.

Y entonces, con un clic, encajó el cinturón y volvió a su asiento con la respiración agitada. Apretó con fuerza el volante unos minutos mientras yo intentaba recordar lo importante que era respirar con normalidad y no inspirar aire a borbotones.

Sin mediar palabra, arrancó el coche. Entre nosotros se hizo un extraño silencio. El camino a casa fue una tortura. Quería darle las gracias por ayudarme y preguntarle qué iba a hacer con Simon, pero tenía la sensación de que la conversación no acabaría bien.

Acabé apoyando la cabeza en el asiento y haciéndome la dormida.

—¿Kat? —me dijo cuando estábamos en la mitad del trayecto.

Fingí que no le oía. Sabía que era infantil, pero no sabía que decirle. Daemon era un misterio absoluto para mí. Cada acción suya entraba en contradicción con la anterior. Sentía que me miraba, y me costaba no reaccionar. Me costaba tanto como ignorar lo que sucedía entre nosotros.

—¡Mierda! —exclamó Daemon, dando un frenazo.

Abrí los ojos como platos. En medio de la carretera había un hombre. El todoterreno se detuvo con brusquedad: el cinturón se me clavó dolorosamente en el hombro y me echó hacia atrás. De repente se apagó el motor del coche; también las luces. Todo.

Daemon habló en un lenguaje dulce y musical. Ya lo había escuchado antes: el día en que el Arum me atacó en la biblioteca.

Reconocí de inmediato al hombre que estaba en la carretera. Llevaba los mismos tejanos oscuros, gafas y chaqueta de cuero que el día que estuvo espiándome desde el exterior de la tienda de ropa. Entonces apareció otro hombre, prácticamente idéntico al anterior. No vi de dónde salía; parecía una sombra que hubiera emergido de los árboles. Y en ese momento surgió de la nada un tercero, que se colocó detrás del primero. No se movían.

—Daemon —susurré. Mi corazón latía desbocado—. ¿Quiénes son?

Una luz cegadora y blanca le iluminó los ojos.

—Arum.

CAPITULO 24

El miedo crecía en mi interior tan rápido que no me dejaba reaccionar. Me sentía mareada; adormecida. ¿Cómo podía sentirme así cuando en mi interior experimentaba mil y una sensaciones?

Daemon buscó algo con la mano en la pernera del pantalón. Se oyó un sonido parecido al del velcro al separarse y sacó un objeto largo, oscuro y brillante. Sólo cuando me lo puso en las manos me di cuenta de que era una especie de cristal oscuro con forma de daga. Aquel objeto se había moldeado de manera que tuviera una punta afilada en un extremo y una empuñadura de cuero en el otro.

—Esto es obsidiana: cristal volcánico. La punta está tan afilada que podría cortar cualquier cosa —me explicó rápidamente—. Es lo único en este planeta capaz de matar a los Arum, además de nosotros. Es su kryptonita.

Lo miré mientras rodeaba con los dedos la empuñadura de cuero.

—¡Venga, guapito de cara! —gritó el Arum que encabezaba la comitiva. Su voz era afilada como una cuchilla y, a la vez gutural. Tenía un marcado acento extranjero—. ¡Sal a jugar!

Daemon hizo caso omiso de la provocación y me puso las manos en las mejillas.

—Escúchame, Kat: cuando te diga que corras, corre, y pase lo que pase no mires atrás. Si alguno de ellos te persigue, lo único que tienes que hacer es clavarle la obsidiana en cualquier parte del cuerpo.

—Daemon...

—No. Cuando te diga que corras, tienes que correr, Kat. Dime que lo entiendes.

Había tres de ellos y sólo un Daemon. Las probabilidades no eran demasiado buenas para él.

—¡No lo hagas, por favor! Ven conmigo...

—No puedo. Dee está en la fiesta. —Nuestros ojos se encontraron un instante—. Tienes que correr cuando yo te lo diga.

Y entonces se volvió, suspirando, y abrió la puerta del coche. Daemon recuperó de repente toda su chulería: la sonrisa burlona, aquella que tantas veces querría haberle borrado de la cara de un guantazo, volvió a sus labios.

—Caramba —dijo Daemon—. Sois igual de feos que los humanos en vuestra forma natural. Pensaba que eso era imposible. ¿Habéis estado viviendo en una cueva o algo así? ¿Echáis de menos un poco de sol?

El Arum que estaba delante, probablemente el líder, gruñó.

—Qué arrogante eres; como todos los Luxen. Ya veremos dónde acaba tu

arrogancia cuando absorbamos tus poderes.

—Ya te lo digo yo: acabara en mi zapato —le contestó Daemon, apretando con fuerza los puños.

El líder parecía perplejo.

—Acabará ahí porque te lo meteré por el culo. —Daemon sonrió y los Arum reaccionaron emitiendo un silbido—. Un momento, vuestra cara me suena. Ah, claro, que tonto soy. Me suena porque me he cargado a vuestro hermano, mira que no acordarme... ¿Cómo se llamaba? Para mí todos sois iguales.

Los Arum empezaron a parpadear: sus cuerpos aparecían y desaparecían; adoptando forma humana, luego volviéndose sombras, y así sucesivamente. Puse la mano en la manivela de la puerta y apreté con fuerza la daga. El corazón me iba tan deprisa que todo a mi alrededor parecía ir muy despacio.

—Despojaré a tu cuerpo de su esencia —gruñía el Arum— y me suplicarás clemencia.

—Ya, igual que hizo tu hermano, ¿no? —respondió Daemon con tono frío y seco—. Él sí que suplicó por su vida. Lloró como una niña pequeña antes de que acabara con él.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Los Arum gritaron al unísono: era un bramido impregnado de viento y de muerte. Me quedé sin respiración.

Daemon extendió las manos y se oyó un gran rugido por debajo del coche. La carretera comenzó a moverse y los árboles, a agitarse. Se oyó un crujido inmenso, como el retumbar de un trueno, seguido de otros más. La tierra parecía moverse y retumbar.

Miré por la ventana y ahogué un grito. Había árboles que estaba siendo arrancados del suelo por aquella fuerza. Sus raíces lanzaban montañas de tierra húmeda al aire, que se llenó de un intenso olor a campo.

Virgen santa. Daemon era quien desplazaba aquellos árboles.

Uno de ellos fue a parar directamente contra la espalda de un Arum, que acabó tirado en el suelo. Los árboles caían uno tras otro; algunos acabaron en la carretera. De aquel modo era imposible que ningún conductor pudiera llegar hasta nosotros. Las ramas volaban por el aire como si fueran dagas. Los otros dos Arum lograron esquivarlas. Aparecían y desaparecían mientras iban acercándose más a Daemon. Las ramas los atravesaban cuando se transformaban en sombras.

Sentí que la tierra temblaba bajo el todoterreno. A mi lado, el arcén empezaba a cuartearse y salía volando en enormes pedazos, que se volvían naranjas por el calor y acababan siendo lanzados hacia los Arum.

Dios mío. La próxima vez me lo pensaría muy seriamente antes de enfadar a Daemon.

Los Arum esquivaban los pedazos de asfalto y los árboles a la vez que lanzaban

unos enormes pegotes de lo que parecía ser aceite. Cuando estos caían sobre el asfalto, lo quemaban. El olor a alquitrán lo invadió todo.

Daemon ya no era más que una luz cegadora; un ser que no era humano, sino de otro mundo. Hermoso y aterrador a la vez. El resplandor se extendía por las alargadas extremidades, formando una enorme bola de energía que emitió un sonido y llegó hasta la carretera. Los cables de alta tensión que había encima de la carretera crujieron y estallaron. Los Arum se volvieron sombras, pero estas no podían esconderse de la luz que emanaba Daemon. Los veía acercarse a él lentamente. Uno de ellos se fue hacia un lado, persiguiéndolo.

Daemon juntó las manos y la explosión que siguió agitó el coche. Un rayo de luz salió de él y fue directo hacia el Arum más cercano, mandándolo por los aires. Por un instante recuperó su forma humana: las gafas de sol se le hicieron añicos. Las piezas salieron volando por los aires, suspendidas. Se oyó otro estruendo y el Arum estalló en una miríada de lucecitas parpadeantes. Uno menos.

Daemon extendió un brazo y otro Arum se apartó unos metros, pero salió disparado y dio unas cuantas vueltas en el aire, aunque consiguió aterrizar en cuclillas.

«Corre.» Oí aquella voz en mi cabeza. «Corre, Kat. ¡No mires atrás, corre!»

Abrí la puerta del coche y salí dando un traspié. Me caí de rodillas al suelo. Me agazapé en la cuneta y me estremecí al oír los aullidos de los Arum. Conseguí llegar al primer árbol que todavía se sostenía en pie y me detuve. El instinto me decía que debía salir corriendo, como me había ordenado Daemon, pero no podía dejarlo allí. No podía marcharme.

El corazón me iba a mil por hora. Me di la vuelta. Los dos Arum que quedaban rodeaban ahora a Daemon. Tan pronto eran unas sombras que se cernían sobre él como recuperaban aquella forma humana imponente.

Unos espesos pegotes de aceite pasaron a toda velocidad junto a Daemon, evitando por muy poco el halo de luz que lo rodeaba. Parte de aquella masa aceitosa fue a aparar contra un árbol que había al otro lado de la carretera, partiéndolo en dos.

Daemon respondió a la ofensiva lanzándoles unas esferas de luz que viajaban por el aire a gran velocidad, creando paredes de llamas que se disipaban cuando no golpeaban a algún Arum. Estos no eran más rápidos que Daemon, pero conseguían esquivar cada uno de sus proyectiles. Había lanzado ya unos treinta, y eso empezaba a hacer mella en su apariencia lumínica: el tiempo que transcurría entre proyectil y proyectil cada vez era mayor. Me acordé de lo que me dijo después del incidente del camión: usar sus poderes lo agotaba. No podía aguantar así demasiado tiempo.

El terror me invadió cuando vi que se acercaban cada vez más a Daemon y que empezaban a envolverlo en sus sombras casi por completo. En ese momento se formó una bola de lenguas de fuego que salió disparada hacia los Arum, pero que erró en su

objetivo y acabó deslizándose, inofensiva, sobre el asfalto.

Uno de los Arum desapareció por completo mientras el otro iba lanzándole pegotes de aceite sin cesar a Daemon, una y otra vez, sin detenerse. Daemon desaparecía y volvía a aparecer para esquivar los proyectiles. Se movía tan rápido que tenía la sensación de estar viendo aquella escena bajo una luz estroboscópica.

Daemon estaba totalmente concentrado en esquivar los proyectiles que provenían de uno de los Arum, y no vio al otro reaparecer detrás de él. Aquellos brazos de sombra rodearon lo que parecía ser la cabeza de Daemon y lo golpearon de modo que este acabó de rodillas en la cuneta de la carretera. Me puse a llorar, pero mi lamento quedó ahogado por las risas de los Arum.

—¿Estás listo para suplicar? —se burló el Arum que tenía delante de él, que ya había recobrado su forma humana—. Espero que sí. Me encantaría escuchar de tus labios un «por favor» mientras te quito todo lo que posees.

Daemon no respondió, pero su luz chisporroteó y se volvió más intensa.

—Así que vas a quedarte calladito hasta el final, ¿eh? —dijo adelantándose el Arum. Levantó la cabeza—. Baruck, ha llegado la hora.

Baruck obligó a Daemon a levantarse.

—¡Ahora, Sarefeth!

Una parte de mi cerebro desconectó en ese momento. Me moví sin pensar y comencé a correr hacia aquellos seres, haciendo completamente lo contrario de lo que me había ordenado Daemon. Mientras subía a toda prisa por la cuneta, sentía el calor que desprendía la obsidiana que llevaba en la mano. Quemaba tanto como brasas de carbón. Se me rompió un tacón al enredarse en unas ramas caídas, pero no me importó y seguí avanzando.

Aquel no era un acto de valentía, sino de desesperación.

Sarefeth se convirtió en una sombra que alargó un brazo y golpeó a Daemon en el centro del pecho. El grito desgarrador de Daemon me atravesó y convirtió el miedo que sentía en rabia y desesperación. La luz de Daemon se intensificó y se volvió cegadora. El temblor de tierra fue sobrecogedor.

Estaba ya muy cerca de Sarefeth. Impulsé el brazo hacia atrás, con la obsidiana en la mano, y di un salto hacia delante para clavárselo con toda la fuerza de mi cuerpo. Esperaba hallar resistencia, notar la piel y los huesos, pero la obsidiana traspasó limpiamente la sombra, como si Sarefeth no estuviera hecho más que de humo y aire, y me caí de rodillas al suelo.

Sarefeth se echó hacia atrás y apartó el brazo de Daemon. Giró sobre sí mismo y me buscó con los brazos. Me aparté hacia atrás como pude, cayéndome en el intento. La obsidiana me brillaba con fuerza en la mano, rebosante de energía.

En ese momento, Sarefeth se detuvo. Empezaron a desprenderse de su cuerpo unos fragmentos que se convertían en segmentos de sombra que se desplazaban

lentamente hacia el cielo, oscureciendo las estrellas hasta que desapareció por completo.

Baruck liberó a Daemon, dando un paso atrás. Por un instante recuperó su forma humana: llevaba tejanos oscuros y una chaqueta. Tenía una expresión de horror en el rostro y no apartaba la vista de la obsidiana que yo sostenía en la mano. Me miró tan sólo un segundo, y durante ese segundo vi la sed de venganza reflejada en sus ojos. Un instante después invocó a la oscuridad y se convirtió en una sombra. Huyó hacia el otro lado de la carretera como si fuera una serpiente que se pierde en la noche.

Me abrí paso a trompicones entre las ramas y pedazos de calzada para llegar hasta Daemon. No había cambiado de forma y mantenía todavía su apariencia lumínica, por lo que no sabía donde podía tocarlo ni si estaba gravemente herido.

—Daemon —le susurré mientras me ponía de rodillas, que todavía me sangraban, delante de él. Todo me temblaba: los labios, las manos...—. Daemon, por favor, dime algo.

La luz se volvió más intensa y noté una oleada de calor, pero no se movió ni dijo nada; ni siquiera sentí que susurraba en mis pensamientos. ¿Qué pasaría si alguien aparecía de repente? ¿Cómo iba a explicar todo aquello? ¿Y si estaba muriéndose? Sentí que estaba a punto de ponerme a llorar.

¡Mi móvil! Podía llamar a Dee, ella sabría que hacer. Empecé a ponerme en pie cuando sentí una mano en el hombro.

Me volví y vi que era Daemon, en su forma humana. Estaba de rodillas e inclinaba la cabeza, pero me sostenía con fuerza.

—¡Daemon! ¡Dios mío! ¿Estás bien? —Me arrodillé y le acaricié la mejilla con la mano—. ¡Dime que estás bien, por favor!

Levantó la cabeza, colocando su mano sobre la mía.

—Recuérdame —me dijo antes de quedarse callado un instante— que no te haga enfadar nunca más. ¡La leche! ¿Eres agente secreto en tus ratos libres?

Me reí y lloré a la vez antes de abrazarlo y casi tirarlo al suelo de espaldas. Enterré el rostro en su cuello y me empapé de su olor. No le quedó otra alternativa que abrazarme. Me recorrió la espalda con sus brazos y hundió una mano en los rizos que se me habían soltado del moño.

—No me has hecho caso —susurró contra mi hombro.

—Nunca te hago caso. —Lo abracé con más fuerza todavía. Tragué saliva y me aparté un poco para ver aquel rostro tan cansado pero tan hermoso—. ¿estás herido? ¿Puedo hacer algo?

—Ya has hecho suficiente, gatita. —Se puso de pie y me ayudo para que hiciera lo mismo. Respiró hondo y miró a su alrededor—. Tenemos que salir de aquí antes de que venga alguien.

Dudaba que aquello fuera a servir de algo... Parecía que por allí hubiera pasado

un tornado pero, de repente, Daemon dio un paso atrás y agitó la mano. En un abrir y cerrar de ojos, levantó los árboles caídos de la carretera, limpiándola por completo sin apenas esfuerzo.

—Vámonos —me dijo.

De camino al coche, recordé que todavía tenía la obsidiana en la mano. El motor se puso en marcha tan pronto como Daemon giró la llave, para alivio de los dos.

—¿Estás bien? ¿Tienes alguna herida? —me preguntó.

—No, me encuentro bien. —Estaba temblando—. Sólo que... todo esto es demasiado, ¿sabes?

Se rió, pero acto seguido le dio un golpe al volante, furioso.

—¡Tendría que haber sabido que vendrían más! Siempre viajan de cuatro en cuatro. ¡Maldita sea!

Apreté con fuerza la obsidiana mientras miraba hacia la carretera. El efecto de la adrenalina empezaba a disiparse, e intentaba digerir todo lo que había pasado aquella noche.

—Sólo había tres Arum.

—Sí, porque maté al primero. —Se sacó el teléfono del bolsillo—. Y seguro que estaban muy enfadados por ese motivo.

Habíamos matado a dos más, con lo que supe que el Arum que faltaba estaría fuera de sí. Qué bien; alienígenas enfadados. Era todo tan surrealista que me entró la risa floja y tuve que obligarme a cerrar la boca.

Daemon llamó a Dee y le ordenó que reuniera a los Thompson para que fueran todos juntos con el señor Garrison hasta que amaneciera. A diferencia de los Luxen, que eran más fuertes de día, los Arum eran más fuertes por la noche. Daemon le resumió lo sucedido y le oí decir a Dee que yo estaba sana y salva.

—Kat, ¿de verdad que te encuentras bien? ¿Estás segura? —me preguntó después de colgar, preocupado.

Asentí. estaba viva. Daemon estaba vivo. Habíamos sobrevivido, pero no podía dejar de temblar ni se me borraba de la cabeza el grito desgarrador de Daemon.

Daemon quería que pasara la noche en su casa, y no por ningún motivo extraño, sino por la amenaza real que se cernía sobre nosotros. Había otro Arum merodeando por la zona y, hasta que pudieran localizarlo, era más seguro para mí quedarme con él. Por segunda vez aquella noche, no discutí. No me engañé a mí misma pensando que me lo pedía porque estaba preocupado por mí. Me lo pedía por necesidad.

Llamé a mi madre para decirle que me quedaba con Dee. Al principio protestó, pero al cabo de un rato se dio por vencida. Daemon me llevó a la habitación de invitados en la que me había despertado la mañana siguiente a que me revelara su verdadera naturaleza. Parecía que hiciera siglos de todo aquello.

Desde que llegamos a su casa, Daemon estaba muy callado. Tenía la cabeza en

otra parte. Me dejó en la habitación de invitados y me dio unos pantalones de franela bastante gastados y una camiseta que parecía ser de Dee. Me cambié a toda prisa de ropa en el cuarto de baño de invitados. Me quité el vestido, que estaba hecho trizas, y lo tiré en su papelería. No quería volver a verlo ni en pintura.

El agua caliente no lograba calmar el dolor que sentía. Jamás me había sentido tan mal. Me dolían todos los músculos y no podía pensar por el cansancio. Salí de la ducha con las piernas temblorosas y, a pesar del calor que hacía en el cuarto de baño, tenía mucho frío.

Pasé una mano por el cristal empañado y me sorprendió la imagen que me devolvió el espejo. Tenía los ojos abiertos como platos, unas mejillas pálidas como el papel y unos pómulos demasiado marcados. Yo sí que parecía una alienígena.

Me reí y al segundo me estremecí. Mi propia risa me asustó por lo ahogada y horrible que me parecía en el silencio del cuarto de baño.

Baruck volvería a por nosotros. ¿Por qué otro motivo iba a estar tan callado Daemon? Sabía que el Arum buscaría venganza, pero él no podía hacer nada. Y yo ni siquiera podía planteármelo.

—¿Va todo bien? —preguntó Daemon a través de la puerta cerrada.

—Sí. —Me pasé rápido los dedos por el pelo húmedo, apartándome algunos mechones de la cara—. Sí —repetí. Me puse la ropa que me había dado y sentí que se me pasaba un poco el frío. Olía ligeramente a detergente y a hojas frescas.

Daemon estaba sentado en el borde de la cama cuando regresé al dormitorio. Parecía cansado, y también muy joven. Se había puesto unos pantalones de chándal y una camiseta.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió.

—Cuando usamos nuestros poderes parece que... perdemos una parte de nosotros mismos. Nos cuesta recuperarnos. Cuando salga el sol, me encontraré mucho mejor. —Se quedó callado y me miró—. Siento mucho que hayas tenido que pasar por esto.

Me quedé quieta delante de él. Las disculpas no abundaban en su vocabulario. Y sospechaba que lo que iba a decirme a continuación, tampoco.

—No te he dado las gracias —me dijo, levantando la vista para mirarme—. Tendrías que haberte marchado de allí, Kat. Te habrían... matado en un abrir y cerrar de ojos. Pero en cambio volviste y me salvaste la vida. Gracias.

Me quedé sin habla. Lo miré.

—¿Puedes dormir conmigo esta noche? —Me froté los brazos—. No voy a intentar nada contigo, es sólo que...

—Ya lo sé. —Se puso de pie y frunció el ceño—. Voy a comprobar que todo está en orden y vuelvo ahora mismo.

Me metí en la cama y me tapé con el edredón hasta la barbilla antes de quedarme

mirando el techo. Cerré los ojos y esperé a oír los pasos de Daemon. Abrí los ojos y lo vi en el umbral de la puerta, observándome.

Me había colocado en un lateral de la cama, dejándole espacio de sobra. Mientras nos mirábamos, un extraño pensamiento se me pasó por la cabeza: ¿alguna vez habría compartido cama con alguna humana? Mira que pensar en eso... Las relaciones con los humanos no estaba prohibidas, pero no tenían mucho sentido. Y después de todo lo que había pasado, ¿por qué pensar en eso?

Daemon cerró la puerta, comprobó que las ventanas estuvieran bien cerradas y se metió en la cama sin abrir la boca. Cruzó los brazos sobre el pecho, igual que yo. Nos quedamos así, mirando el techo. El corazón me iba a mil por hora; quizá por todo que había pasado, o quizá por tener a Daemon tan cerca. No sabía por qué, pero mi cuerpo estaba alerta y notaba su respiración; el calor que emanaba de su cuerpo. Y el mío necesitaba envolverse en ese calor.

Pasé los dedos por el borde de la manta, y se hizo un silencio tenso. Después, contra mi voluntad, me volví para mirarlo. Daemon me devolvió la mirada con una sonrisa.

—Qué... raro, ¿no? —Me reí.

Sonrió todavía más y se le formaron unas arruguitas alrededor de los ojos.

—Pues sí, ¿no?

—Sí —dije cogiendo aire. Me entró la risa floja. Reírme no me parecía bien, después de todo lo que había pasado, pero no podía contenerme. Una vez empecé, ya no pude parar. Acababa de tener una cita con un violador en potencia y después nos habían atacado una horda de alienígenas que casi acaba con Daemon. De locos.

Le pegué la risa a Daemon. Se me escaparon unas lágrimas y Daemon dejó de reírse para secarme las lágrimas con el dedo. Me calmé y lo miré. Apartó los dedos, pero no dejó de mirarme.

—Lo que has hecho esta noche ha sido... increíble —murmuró.

Sentí una alegría dulce.

—Siempre estoy al acecho. Oyes, ¿seguro que no estás herido?

Daemon esbozó su famosa sonrisa torcida.

—No, me encuentro bien. Y todo gracias a ti. —Se movió para apagar la lamparita de noche.

Pensé en algo que decir en aquella oscuridad.

—¿Y ahora brillo?

—Como si fueras un árbol de navidad.

—¿Y no sólo la estrella?

La cama se movió un poco y sentí que me rozaba el brazo con la mano.

—No; brillas mucho más. Es como si estuviera mirando directamente al sol.

Qué raro era todo aquello. Alargué la mano para mirármela y sólo alcancé a ver

su contorno en la oscuridad del cuarto.

—Pues vas a tener problemas para dormir —bromeé.

—La verdad es que me reconforta. Me recuerda a mi gente.

Giré la cabeza y el seguí allí, echado sobre su costado, mirándome. Sentí un revoloteo en el pecho.

—Nunca me habías dicho nada sobre la obsidiana...

—Pensé que no sería necesario. Mejor dicho: deseaba que no lo fuera.

—¿Puede haceros daño a vosotros?

—No. Y antes de que me preguntes que cosas pueden dañarnos, quiero que sepas que es algo que no solemos decirles a los humanos —me respondió—. Ni siquiera el Departamento de Defensa lo sabe. La obsidiana anula los poderes de los Arum. Al igual que gran parte de la energía que producimos rebota en Seneca Rocks por acción de cuarzo beta, lo que hace la obsidiana es... ya sabes, fracturar la luz.

—¿Puede utilizarse cualquier cristal como arma contra los Arum?

—No, sólo los de ese tipo. Supongo que tiene que ver con su capacidad de cambiar de temperatura; Matthew me lo explicó una vez, pero no le escuché, la verdad. Sé que la obsidiana puede matarlos. Por eso la llevamos siempre encima, escondida. Dee lleva una en el bolso.

—No puedo creer que haya matado a alguien.

—No era una persona: has matado a un alienígena malvado que te habría matado sin dudarlo un segundo y que iba a matarme a mí —añadió mientras se pasaba la mano por el pecho, ausente—. Me has salvado la vida, gatita.

Saber que aquel personaje era malvado no me hizo sentir mejor.

—Fuiste como Snowbird —dijo Daemon al fin.

Cerraba los ojos y su rostro parecía tranquilo. Era la primera vez que me hablaba con tanta franqueza.

—¿Y eso?

Sonrió.

—Podrías haberme dejado morir y salir corriendo, como te pedí. Pero volviste y me ayudaste. No tenías por qué hacerlo.

—No... no podía dejarte allí. —Evité mirarlo a los ojos—. No habría sido correcto. Y jamás habría podido perdonármelo.

—Ya lo sé. Ahora duerme un poco, gatita.

Estaba cansada, agotada, pero sentía que el hombre del saco se escondía tras la puerta.

—¿Y si el último Arum viene a por nosotros? —Me quedé callada un instante. Sentí un nuevo temor—. Dee está con el señor Garrison: él sabe que yo estaba contigo cuando te atacaron. ¿Y si me entrega al Departamento de Defensa? ¿Y si...?

—Chist —murmuró Daemon. Me buscó la mano con la suya y me rozó con sus

dedos. Era apenas una caricia, pero la sentí por todo el cuerpo—. No volverá. Todavía no. Y no dejaré que Matthew te entregue.

—Pero...

—Kat, no se lo permitiré, ¿vale? Te lo prometo. No voy a dejar que te pase nada.

Sentí de nuevo aquel revoloteo, pero esta vez parecía que una docena de mariposas había emprendido el vuelo a la vez. Intenté acallar aquella sensación. Dejando al margen las cuestiones alienígenas, Daemon y yo éramos como imanes que se repelían. Había ciertas cosas que no podía sentir hacia él, y sin embargo aquel maldito revoloteo no cesaba.

«No voy a dejar que te pase nada»

Sentí un revoloteo en el pecho. El contacto con su piel quemaba y aquellas palabras me llenaban de un deseo inesperado que me sobrepasaba. Me sentía bien a su lado. Mi cuerpo se relajaba. Segundos, minutos más tarde, quizá, me quedaba dormida al lado del único chico al que no soportaba.

Antes de caer presa del sueño, lo último que pensé fue si al día siguiente me despertaría al lado de ese Daemon o del Daemon que era un cretino.

CAPITULO 25

Cuando me desperté a la mañana siguiente, el sol coronaba la cima de las montañas que rodeaban el valle. Ya no estaba en mi lado de la cama... Madre mía, ni siquiera estaba en la cama. esta repanchingada encima del pecho de Daemon, y teníamos las piernas entrelazadas debajo del edredón. Él me rodeaba la cintura con el brazo con firmeza y yo tenía la mano encima de su estómago. Sentía el constante y potente palpitar de su corazón bajo la mejilla.

Me quedé en aquella posición sin poder respirar.

Estábamos abrazados en la cama, como si fuéramos amantes.

Una oleada de calor me embriagó y apreté los puños con fuerza. Mi cuerpo era totalmente consciente de su presencia. De cómo mi cuerpo encajaba con el suyo, del modo en que sus caderas se hundían en las mías, de lo firmes que eran sus abdominales...

Mis hormonas estaban totalmente alteradas. Sentía que por las venas me recorría un calor que me invadía todo el cuerpo. Por el momento, dejé volar la imaginación. No pensé en que pertenecíamos a dos especies diferentes, por que en realidad yo no veía a Daemon como un ser diferente, sino que fantaseé con que nos gustábamos.

En ese momento, Daemon se movió. Yo estaba boca arriba y él intentaba acomodarse mejor. Enterró el rostro en el espacio que quedaba entre mi cuello y mi hombro y se acurrucó. Virgen Santa... Su cálido aliento me embargaba y me provocaba escalofríos. Su brazo me rodeaba la cintura con firmeza y cada vez apretaba más y más su pierna entre las mías. Casi no podía respirar.

Daemon murmuró algo en un idioma desconocido. Era una lengua dulce y bonita. Mágica. De otro planeta.

Podría haberlo despertado, pero no lo hice sin saber demasiado bien por qué. La emoción que sentía por le contacto con su piel era más fuerte que todo lo demás.

Daemon tenía una mano en ele borde de mi camiseta, y los dedos encima del pedazo de piel que había entre el borde de la camiseta y la cinturilla de los pantalones de pijama. La mano empezaba a abrirse paso por debajo de la camiseta, a través de mi estómago, en la parte en que este comienza a descender. El pulso se me desbocó. Me rozó las costillas con la punta de los dedos. Su cuerpo se movió y sentí su rodilla contra mí.

Ahugué un grito.

Daemon se quedó quieto. Ninguno de los dos se movió. El minuterero del reloj marcaba los segundos.

Me estremecí.

Levantó la cabeza. Unos ojos como piscinas de hierba líquida me miraron, confundidos. Rápidamente se despejaron y se volvieron punzantes.

—¿Buenos días? —Mi voz sonó como un crujido.

Se incorporó rápidamente con ayuda de sus fuertes brazos, sin dejar de mirarme. Respiró hondo, y no vi que soltara el aire. Algo sucedió entre nosotros; algo que no se podía definir con palabras. Entrecerró los ojos. Tuve la extraña sensación de que en aquel momento evaluaba la situación y pensaba que yo era la culpable de aquel sobeteo matutino tan agradable.

Como si fuera culpa mía.

Sin mediar palabra, desapareció. La puerta se abrió y se cerró detrás de él y casi ni pude verlo.

Me quedé allí, quieta, mirando el techo, con el corazón a mil por hora. Las mejillas me ardían y sentía demasiado calor en el cuerpo. No sé cuánto tiempo paso antes de que la puerta volviera a abrirse, esta vez a una velocidad normal.

Dee asomó la cabeza. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿Vosotros... habéis...?

Era curioso que, con todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas, esa fuera la primera pregunta que me hacía.

—No —respondí. Apenas reconocí mi propia voz. Carraspeé—: es decir, hemos dormido juntos, pero no hemos hecho nada, sólo hemos dormido.

Me di la vuelta y enterré la cara en la almohada, que todavía estaba caliente y olía a él.

Si alguien me hubiera dicho alguna vez que un sábado por la tarde iba a estar con media docena de alienígenas en la misma sala, le hubiera dicho que dejara las drogas. Y, sin embargo, ahí estaba yo, sentada en un sofá reclinable en casa de los Black, pero lista para salir corriendo de allí en caso necesario.

Daemon estaba apoyado en el brazo del sillón, con los brazos cruzados en el pecho. Sobre ese mismo pecho me había despertado yo aquella mañana... Sentí que una oleada de calor me subía por la garganta. No habíamos hablado desde entonces. Ni una palabra. Mejor, la verdad.

Sin embargo, nadie había pasado por alto dónde se había sentado. Dee tenía una extraña expresión de satisfacción en el rostro, mientras que Ash y Andrew parecían bastante enfadados. Que Daemon actuara como si fuera mi perro guardián no los desconcertaba tanto como que yo estuviera presente en aquella reunión.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —preguntó el señor Garrison.

—Está más iluminada que una bola de discoteca —me dijo acusadoramente Ash—. Seguro que se la ve desde Virginia.

Lo dijo de una manera que parecía que, en vez de estar envuelta en luz, tuviera la

cara llena de granos con pus. La miré con cara de mala leche sin ningún disimulo.

—Estaba conmigo cuando los Arum decidieron atacar —respondió tranquilo Daemon—. Ya sabes que la cosa se puso... fea. Era imposible ocultar lo que pasaba.

El señor Garrison se pasó la palma de la mano por la sien.

—Daemon, no me esperaba esto de ti. Pensaba que serías más cuidadoso y tendrías más vista.

—¿Y qué narices tendría que haber hecho? ¿Dejarla K.O. antes de que nos atacaran los Arum?

Ash arqueó una ceja. Por cómo me miraba deduje que para ella no habría sido una mala idea.

—De todos modos, Katy ya sabía lo nuestro cuando empezaron las clases —añadió Daemon—. Y tenéis que creerme si os digo que hice todo lo posible para que no se enterara de nada.

Uno de los Thompson cogió aire.

—¿Hace tiempo que lo sabe? Pero ¿cómo los has permitido, Daemon? ¿Todo este tiempo nuestras vidas han estado en las manos de una humana?

Dee puso los ojos en blanco.

—Andrew, relájate. Está claro que no le ha dicho ni una palabra a nadie.

—¿Que me relaje? —La cara de mala leche de Andrew hacía juego con la de Ash. Ahora ya era capaz de distinguir a Andrew porque llevaba un pendiente en la oreja izquierda, a diferencia de Adam, que no había abierto la boca—. Si esta tía es una...

—Cuidadito con lo que vas a decir —dijo Daemon con tono grave pero contenido—, porque puede que sin saber por qué te estalle un rayo en la cara.

Puse los ojos como platos, igual que el resto de los presentes en la sala. Ash tragó saliva y volvió la cara, que le quedó cubierta por la de pelo rubio.

—Daemon —dijo el señor Garrison, dando un paso adelante—, ¿amenazas a uno de los tuyos por ella? No me esperaba esto de ti.

Se puso tenso.

—Eso no es exactamente así.

Respiré hondo.

—No voy a decirle nada a nadie. Sé el riesgo que correríais tanto vosotros como yo misma. No tenéis nada de qué preocuparos.

—¿Y quién se supone que eres para que confiemos en ti? —preguntó el señor Garrison, entrecerrando los ojos—. No me malinterpretes, estoy seguro de que eres una buena chica; eres lista y parece que tienes la cabeza bien amueblada, pero este tema es muy serio: es una cuestión de vida o muerte para nosotros. De libertad. Y no podemos permitirnos el lujo de confiar en un humano.

—Ayer me salvó la vida —dijo Daemon.

Andrew se rió.

—Venga, ya, Daemon. Creo que los Arum debieron de darte un buen golpe en la cabeza. Es imposible que un humano pueda salvarnos la vida.

—¿Se puede saber qué te pasa? —bramé, incapaz de controlarme—. Te comportas como si fuéramos completamente inútiles e incapaces de hacer nada. Vosotros tendréis poderes, pero eso no implica que nosotros seamos organismos unicelulares.

Adam ahogó una risita.

—Me salvó la vida —repitió Daemon mientras se ponía de pie y atraía la atención de todos—. No atacaron tres Arum, hermanos del que yo maté. Pude destruir a uno de ellos, pero los otros dos me doblegaron. Me tenían inmovilizado y habían empezado a quitarme los poderes. Esta sentenciado.

—Daemon —intervino Dee, pálida como el papel—, no nos explicaste nada de eso.

El señor Garrison parecía dudar.

—No entiendo como pudo ayudarte. Es humana y los Arum son poderosos, amorales y malvados. ¿Cómo va a poder una simple chica enfrentarse a ellos?

—Le di la daga de obsidiana que llevaba y le pedí que se marchara de allí.

—¿Le diste la daga en vez de usarla? —Ash no daba crédito—. ¿Por qué? —Me miró—. Si ni siquiera te cae bien...

—Puede, pero no iba a dejar que muriera sólo porque no me caiga bien.

Me estremecí. Aunque aquello tuviera que darme igual, sentí que algo me abrasaba el pecho.

—Pero podían haberte herido —protestó Ash, con miedo en la voz—. Podían haberte matado porque le diste tu mejor arma a ella.

Daemon suspiró y volvió a sentarse en el reposabrazos del sillón.

—Yo podía defenderme de otras maneras; ella no. Y no se marchó corriendo de allí, como le pedí. En vez de eso, volvió y mató al Arum que estaba a punto de acabar conmigo.

Empezaba a tener dolor de cabeza.

—Eso es absolutamente increíble; una pasada de verdad —intervino Dee, mirándome—. No tenía por qué haberlo hecho.

—Fue un gesto muy valiente —dijo Adam con la vista clavada en la alfombra—. Es lo que cualquiera de nosotros habría hecho.

—Pero eso no cambia el que ella sepa de nuestra existencia —intervino Andrew, mirando a su hermano con cara de malas pulgas—. Y no podemos decirle nada a ningún humano.

—No se lo dijimos —repuso Dee, agitándose con nerviosismo—. Pasó... sin más.

—Ya, claro, como la última vez.—Andrew puso los ojos en blanco y se volvió

hacia el señor Garrison—. Eso no se lo cree nadie.

El señor Garrison negó con la cabeza.

—Después del fin de semana del día del Trabajo me dijiste que pasó algo pero que ya te habías ocupado del tema.

—¿Qué pasó? —preguntó Ash. Era obvio que todo aquello era nuevo para ella—. ¿Todo esto tiene que ver con la primera vez que brillaba?

Me sentía como una luciérnaga.

—¿Qué pasó? —preguntó Adam con curiosidad.

—Pues que casi me atropella un camión. —Esperé la inevitable miradita de «pero mira que eres corta». Ajá. Efectivamente llegó. Ash se quedó mirando a Daemon con los ojos como platos.

—¿Y tú paraste el camión?

Asintió.

A Ash le cambió la cara. Miró hacia otro lado, triste.

—¿No podías habérselo dicho? ¿Y desde entonces lo sabe?

Supuse que no era el mejor momento para decir que yo ya tenía ciertas sospechas.

—No se asustó —intervino Dee—. Nos escuchó, entendió por qué era importante no decir nada y ya está. Todo iba bien hasta ayer por la noche. Que nosotros seamos Luxen nunca ha representado un problema para ella.

—Pero me engañaste... Los dos me engañasteis. —El señor Garrison se apoyó contra la pared, en el espacio comprendido entre el televisor y una estantería atestada de libros—. ¿Cómo voy a confiar ahora en vosotros?

Sentí un dolor detrás de los ojos.

—Mirad, entiendo el riesgo que corremos. Y mucho más que cualquiera que esté en la sala —dijo Daemon mientras se frotaba la zona del pecho en la que el Arum lo había golpeado—. Pero lo hecho, hecho está. Tenemos que seguir adelante.

—¿Contactando con Defensa, por ejemplo? —preguntó Andrew—. Seguro que sabrán que hacer con ella.

—Mira, Andrew, haz eso y verás que, aunque todavía no estoy totalmente recuperado, puedo patearte el culo.

El señor Garrison carraspeó.

—Daemon, las amenazas sobran.

—¿Seguro? —respondió Daemon.

Se hizo un silencio en la sala. Creo que Adam estaba de nuestra parte, pero era obvio que ni Andrew ni Ash nos apoyaban. Cuando el señor Garrison intervino al fin me costó mirarlo a la cara.

—No creo que estemos haciendo lo correcto —declaró—, pero no voy a entregarte al Departamento de Defensa. No lo haré a menos que tú me des algún motivo. Cosa que creo que no harás, aunque con los humanos nunca se sabe; sois

unas criaturas tan volubles... Nuestra identidad y nuestros poderes deben quedar protegidos a toda costa: eso creo que lo entiendes. —Carraspeó y se quedó callado un instante—. Estás a salvo, aunque nosotros no lo estemos.

Estaba claro que tanto Andrew como Ash estaban en desacuerdo con la decisión tomada por el señor Garrison, pero prefirieron no insistir más. Intercambiaron una miradita y cambiaron de tema. Se habló entonces del cuarto Arum.

—No esperará. La paciencia no es su fuerte —observó el señor Garrison, sentándose en el sofá—. Puedo ponerme en contacto con los demás Luxen, aunque no sé si sería buena idea. Puede que nosotros confiemos en ella, pero los demás no lo harán.

—Además, tenemos el problemilla de que ahora mismo parece una bombilla de un megavatio con patas —señaló Ash—. Qué más da que no digamos nada; tan pronto como ponga un pie en el centro, todo el mundo sabrá que ha pasado algo muy gordo.

La miré con cara de pocos amigos.

—Ya, bueno, no sé qué se supone que tengo que hacer al respecto.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Daemon—. Cuanto antes se libre del rastro, mejor para nosotros.

Ya, claro. Lo que quería era librarse de ser mi canguro otra vez.

—¿Y qué más da eso ahora? —replicó Andrew, poniendo los ojos en blanco—. Lo primero es ocuparse del asunto del Arum. Seguro que la ve, esté donde esté. Ahora mismo estamos todos en peligro. Cualquiera que se encuentre cerca de ella lo está. No podemos esperar más: tenemos que salir en busca del último Arum.

Dee negó con la cabeza.

—Si hallamos la manera de quitarle el rastro, conseguiremos tiempo para encontrar al Arum. Nuestra prioridad es librarla del rastro.

—Pues yo digo que la llevemos en coche a un campo, en medio de la nada, y la dejemos allí —dijo Andrew entre dientes.

—Gracias —le dije mientras me pasaba los dedos por las sienes—. De verdad que aprecio tu ayuda.

Me sonrió.

—Oye, que yo sólo comparto mis sugerencias.

—Andrew, cállate —le espetó Daemon.

Andrew puso los ojos en blanco.

—Una vez le quitamos el rastro, Katy estará a salvo —insistió Dee mientras se echaba el pelo hacia atrás con cara de preocupación—. Los Arum no tienen nada en contra de los humanos, de verdad. Sarah... se vio atrapada en una situación que nada tenía que ver con ella.

En aquel momento se pusieron a debatir sobre lo que era prioritario hacer: si

encerrarme en algún lugar (cosa que no tenía sentido, porque mi aura se veía de todos modos desde el exterior) o quitarme el rastro de algún modo que no implicara matarme. Y de verdad creo que Andrew pensaba que era una opción razonable. Capullo.

—Se me ha ocurrido algo —intervino Adam. Todas las miradas se centraron en él—. La luz de su rastro es consecuencia de nuestro poder, ¿no? Y nuestro poder es consecuencia de la concentración de energía. Cuando usamos nuestros poderes, nos debilitamos, ¿verdad?

El señor Garrison pestañeó, interesado.

—Creo que sé a dónde quieres ir a parar.

—Pues me parece que yo no —dije entre dientes.

—Nuestros poderes se debilitan cuanto más los usamos, cuanta más energía utilizamos. —Adam se volvió hacia Daemon—. Creo que los rastros que dejamos en otros deben funcionar del mismo modo, pues no son más que energía residual que dejamos en alguien. Lo que tenemos que hacer es que ella use su propia energía para agotar la que la rodea. Puede que no desaparezca por completo, pero de este modo bajará a niveles que no provocarán que todos los Arum que estén en la tierra nos localicen.

No entendí casi nada de lo que dijo, pero el señor Garrison parecía bastante satisfecho. Asentía con la cabeza.

—Eso tendría que funcionar.

Daemon se rascó el pecho con cara de duda.

—¿Y cómo vamos a hacer que use su energía?

Andrew sonrió desde el otro lado de la sala.

—Podríamos llevarla a un descampado y perseguirla con nuestras camionetas. Sería la mar de divertido.

—Me cago en...

La risa de Daemon interrumpió mi exabrupto.

—No creo que sea buena idea. Sería divertido, pero los humanos son frágiles.

—Y qué tal si te doy un buen patadón en el culo con mi frágil pie —protesté enfadada. Sentía un martilleo en la cabeza que me impedía apreciar sus bromas de mal gusto. Aparté a Daemon del reposabrazos del sillón y me puse de pie—. Me voy a beber algo. Ya me avisaréis cuando lleguéis a alguna solución que no implique matarme en el proceso.

La conversación siguió cuando me marché de la sala. No tenía sed, pero debía salir de allí y alejarme de ellos. Estaba de los nervios. Entré en la cocina y me pasé una mano por el pelo. El silencio alivio por unos instantes el martilleo que sentía en la cabeza. Cerré los ojos con fuerza hasta que empecé a ver lucecitas de colores.

—Me imaginaba que estarías en la cocina.

Me sobresalté al oír la tranquila voz de Ash.

—Perdona —me dijo mientras se apoyaba contra la encimera—; no quería asustarte.

No sabía si creérmelo.

—No pasa nada.

Vista de cerca, Ash era tan guapa que me entraron ganas de perder diez kilos de golpe y salir corriendo a comprar maquillaje. Y ella lo sabía: la delataba la manera en que alzaba el mentón, tan segura.

—Supongo que debe de ser difícil asimilar de golpe tanta información y encima enfrentarte a los de ayer.

La observé con cautela. Aunque parecía que no intentaba arrancarme la cabeza, no pensaba perderla de vista.

—Ha sido... diferente.

Una sonrisa frágil se asomó a sus carnosos labios.

—¿Qué dice esa serie de la tele? «La verdad está ahí fuera», ¿no?

—Lo decían en *Expediente X* —señalé—. Desde que descubrí lo vuestro, he querido ver *Encuentros en la tercera fase*. Parece la película sobre alienígenas más realista de todas.

Sonrió otra vez antes de mirarme a los ojos.

—No pienso fingir que somos amigas ni que confío en ti, porque no es así. Me tiraste un plato de espaguetis por la cabeza. —Me estremecí al recordarlo, pero siguió hablando—: Vale, puede que me portara como una lagarta, pero tienes que entenderme. Son todo lo que tengo y haría cualquier cosa para protegerlos.

—Nunca haría nada que los pusiera en peligro.

Se acercó más a mí y luché por no dar un paso atrás. Me mantuve firme.

—Ya lo has hecho. ¿Cuántas veces te ha ayudado Daemon, poniendo en riesgo a los nuestros y nuestros poderes? El hecho de que estés aquí ya nos pone en peligro.

Sentí una punzada de rabia.

—Yo no he hecho nada y, además ayer...

—Ayer le salvaste la vida a Daemon. Vale. Genial. Bien por ti. —Se pasó el pelo, impecablemente liso, por detrás de la oreja—. Claro que nadie hubiera tenido que salvarle la vida si tú no hubieras guiado a los Arum hasta él. Y si crees que tienes algo con Daemon, olvídalo.

Por el amor de Dios.

—Mira, yo no tengo nada con Daemon.

—Pero te gusta, ¿no?

Sonreí burlona y cogí una botella de agua de la encimera.

—Pues no, la verdad.

Ash ladeó la cabeza.

—A él sí le gustas.

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—No le gusto, tú misma lo has dicho antes.

—Me equivocaba. —Cruzó los brazos y me observó con detenimiento—.

Despiertas su curiosidad. Eres diferente. Algo nuevo. A los chicos, incluso a los nuestros, les gusta tener juguetitos nuevos.

Le di un trago a la botella.

—Bueno, pues este juguetito no tiene la menos intención de caer en las manos de nadie. —Por lo menos cuando ese «nadie» está despierto, claro—. Y sobre los Arum...

—Los Arum lo matarán —dijo sin alterarse un ápice—. Por tu culpa, humana del demonio. Lo matarán por protegerte.

CAPITULO 26

—Cielo, ¿seguro que te encuentras bien? —Mamá asomó la cabeza por encima del sofá y frunció el ceño. Llevaba toda la mañana igual—. ¿Necesitas alguna cosa? ¿Un poco de sopita? ¿Un abrazo? ¿Un beso?

Me reí.

—Mamá, no me pasa nada.

—¿Seguro? —preguntó, tapándome los hombros con una manta de ganchillo—. ¿Pasó algo en el baile, hija?

—No, mamá. —Si obviaba el billón de mensajes que me había enviado Simon, disculpándose por su actitud, y el ataque alienígena que vino después. No; no había pasado nada de nada—. Estoy bien.

Estaba cansada después de pasarme casi todo el sábado rodeada de extraterrestres cabreados. Dos de ellos no confiaban en mí y otro pensaba que yo iba a suponer el final de Daemon. Adam no me odiaba, pero tampoco era especialmente amable conmigo. Me había escapado antes de que llegaran las pizzas que habían encargado. Ash tenía razón: ellos eran una familia y yo sencillamente no encajaba allí.

Cuando mamá se marchó a trabajar, me tapé con la manta e intenté quedarme en casa viendo una peli en la tele, pero resultó que iba de una invasión extraterrestre. En este caso, no eran seres de luz sino insectos gigantes devorahumanos. Me dio mal rollo y cambié de canal.

Llovía a cantaros. Tanto que casi no se oía nada más que el sonido de la lluvia. Sabía que Daemon andaba cerca. Lo estaría hasta que descubrieran una manera de que mi rastro desapareciera. Todas sus sugerencias tenían que ver con el ejercicio extremo al aire libre, cosa que era imposible llevar a la práctica hoy.

El sonido de la lluvia me reconfortaba. Al cabo de un rato empezaron a cerrárame los ojos. Estaba a punto de quedarme dormida cuando alguien llamó a la puerta y me sobresalté.

Aparté la manta y fui hacia la puerta. No creía que los Arum fueran por ahí llamando a las puertas, por lo que abrí. Allí estaba Daemon, quién apenas se había mojado a pesar de que llovía tanto que se formaban cortinas de agua detrás de él. Apenas tenía un par de gotas en la camiseta de manga larga que llevaba puesta. Seguro que había usado su velocidad alienígena. ¿Y qué narices hacía con pantalones de chándal?

—¿Qué pasa?

—¿Vas a invitarme a entrar o no? —me preguntó.

Apreté los labios con fuerza antes de apartarme y dejarle pasar. Pasó a mi lado y empezó a mirar en las habitaciones.

—¿Se puede saber qué buscas?

—Tu madre no está, ¿no?

Cerré la puerta.

—Como ves, su coche no está en la entrada.

Entrecerró los ojos.

—Tenemos que conseguir que desaparezca tu rastro.

—Está diluviando. —Pasé a su lado y cogí el mando de la tele para apagarla. Daemon fue más rápido: la tele se apagó sola antes de que pudiera apretar el botón—. Mira que eres fantasma —dije entre dientes.

—Me han llamado cosas peores. —Frunció el ceño y después se rió—. ¿Se puede saber que llevas puesto?

Bajé la vista y me puse roja como un pimiento. Lo que no llevaba seguro era sujetador. ¿Cómo podía haberme olvidado de ponérmelo?

—Déjame en paz.

Se rió otra vez.

—¿Qué son, lo enanitos de Blancanieves?

—¡Pues no! Para que lo sepas son los enanitos de Santa Claus y me encantan estos pantalones de pijama porque me los regaló mi padre.

Su sonrisa de satisfacción se atenuó.

—¿Los llevas porque te recuerdan a él?

Asentí.

No dijo nada. Se limitó a poner las manos en los bolsillo frontales de los vaqueros.

—Mi gente cree que, cuando morimos, nuestra esencia ilumina las estrellas del universo. Parece una tontería creer algo así, pero cuando miro al cielo por la noche me gusta pensar que al menos dos de esas estrellas son mis padres. Y otra de ellas es Dawson.

—No es ninguna tontería. —Me quedé en silencio, sorprendida por lo conmovedora que era aquella presencia. ¿Acaso no creemos nosotros lo mismo, que nuestros seres queridos velan por nosotros desde el cielo?—. Quizá otra estrella sea mi padre.

Me miró y nuestros ojos se encontraron un instante antes de que los apartara.

—Bueno, la verdad es que esos enanitos son bastante sexys.

Y de ese modo se ponía punto y final a un momento serio y profundo.

—¿Se os ha ocurrido algún otro modo de eliminar el rastro?

—La verdad es que no.

—Tenéis pensado que haga ejercicio, ¿no?

—Bueno, es un modo de lograr que desaparezca.

Me senté en el sofá. Mi irritación iba en aumento.

—Pues ya ves que hoy poco hay que hacer.

—¿No te gusta salir cuando llueve?

—Como estamos a finales de octubre y hace frío, pues no, la verdad es que no me gusta nada. —Cogí la manta y me la puse en el regazo—. No pienso salir ahí fuera a correr.

Daemon suspiró.

—No podemos esperar, Kat. Baruck está ahí fuera. Cuanto más esperemos, más peligroso será.

Sabía que estaba en lo cierto, pero, aún así, no creía que salir a correr y pelarme de frío con la lluvia torrencial que caía fuera la mejor solución.

—¿Y qué pasa con Simon? ¿Les hablaste a los demás de él?

—Andrew se encarga de vigilarlo. Ayer tuvo partido, así que casi todo su rastro ha desaparecido. Lo que prueba que nuestra idea funciona.

Lo miré. En vez de ver su expresión seria, en aquel momento veía la del día anterior, antes de que se diera cuenta de que estaba en la cama conmigo. Sentí un calor repentino. Malditas hormonas.

Buscó algo y sacó el puñal de obsidiana.

—Esta es otra razón por la que he venido a verte.

La negra obsidiana brilló al colocarla sobre la mesilla de café. No se había vuelto de color rojo, como cuando estaba cerca de los Arum.

—Quiero que te la quedes, por si acaso. Llévala en la mochila, en el bolso o lo que sea que lleves.

—¿En serio?

Daemon evitó mirarme a los ojos.

—Sí. Aunque consigamos deshacernos de tu rastro, llévala siempre contigo. Por lo menos hasta que nos libremos de Baruck.

—¿No la necesitas tú más que yo? ¿Y que hay de Dee?

—No te preocupes por nosotros.

Era muy fácil decirlo. Contemplé la obsidiana y me pregunté cómo demonios iba a esconder eso en la mochila.

—¿Crees que Baruck sigue merodeando por aquí?

—Está cerca, sí —aseguró—. El cuarzo beta disimula nuestra presencia, pero sabe que estamos aquí. Que yo estoy aquí.

—¿Crees que va a ir a por ti? —Sentí un nudo en el estómago sin razón aparente al pensar en eso.

—Maté a dos de sus hermanos y te di un arma con el que matar al tercero. —No parecía demasiado alterado con la idea de que un extraterrestre loco andaba por ahí

buscándolo para matarlo. La verdad es que los tenía bien puestos. Era algo que me gustaba de él—. Los Arum son criaturas vengativas, gatita. No parará hasta encontrarme. Y te utilizará a ti para encontrarme, sobretodo después de ver que acudiste a mi rescate. Llevan suficiente tiempo en la Tierra para darse cuenta de lo que implica eso. Que serás una debilidad.

—No soy ninguna debilidad. Puedo defenderme solita.

No me respondió, pero la intensidad de su mirada me abrasó por dentro. La seguridad que yo tenía en mí misma empezó a desmoronarse. Yo era una debilidad para él, y quizá incluso Dee lo pensara. El resto de los Luxen, seguro.

Pero yo maté a un Arum... cuando este estaba de espaldas a mí, claro. Tampoco había utilizado ninguna técnica ninja.

—Bueno, no hablemos más del tema. Tenemos cosas que hacer —me dijo mientras miraba a su alrededor—. No sé que podemos hacer para quitarte ese rastro... Quizás podrías ponerte a dar saltos, ¿no?

Ponerme a saltar sin sujetador... Como que no. No le hice ni caso y abrí la tapa del ordenador en la mesilla de café para echarle un vistazo a mi última entrada. Había gravado un vídeo para la sección de «In My Mailbox» ayer, después de llegar a casa. Necesitaba recuperar la seguridad que me daban los libros y entrar en mi blog para saber cómo se sentía una teniendo una vida «normal». Sólo tenía dos libros de los que hablar, por lo que no tardé mucho en gravarlo. Tenía una pinta horrible. ¿Por qué se me había ocurrido hacerme coletas?

—¿Qué miras? —preguntó.

—Nada. —Hice el amago de cerrar la tapa, pero esta no se movió—. Oye, haz el favor de no usar ese poder raro tuyo con mi ordenador: me lo vas a romper.

Arqueó una ceja, divertido, y se sentó a mi lado. Seguía sin poder cerrar la tapa. Y el ratón no se movía. No podía ni cerrar la maldita página. Me incliné hacia delante para que no lo viera y Daemon ladeó la cabeza.

—¿Esa eres tú?

—¿A ti qué te parece? —gruñí.

Una sonrisa se le dibujó en el rostro.

—¿Te grabas a ti misma?

Respiré hondo y solté el aire despacio.

—Por cómo lo dices parece que esté haciendo algo guarro.

Daemon emitió un sonido gutural.

—¿Es eso lo que haces?

—¡Anda, que ya te vale! ¿Me dejas que cierre el ordenador, por favor?

—Quiero verlo.

—¡No! —Me horrorizaba que Daemon pudiera verme haciendo el friki con mis libros. No iba a entenderme ni de coña.

Daemon me miró de soslayo. Miré con recelo hacia la pantalla. La flechita empezó a moverse sola y le dio al *play*.

—Maldito seas tú y tus poderes extraterrestres.

Unos segundos más tarde, el video se puso en marcha y allí estaba yo, en mi paraíso friki, enseñando portadas de libros delante de mi *webcam* cutre. Aparecían algunos puntos de libro y hasta hacía publicidad subliminal de la Diet Pepsi. Menos mal que por lo menos no salía cantando.

Me quedé allí sentada, de brazos cruzados, a la espera de la retahíla de comentarios chulescos. Nunca había odiado tanto a Daemon en toda mi vida. Ninguno de mis conocidos le prestaba la más mínima atención a mi blog: los libros era una pasión que compartía sólo con mis amigos virtuales. Y no con Daemon. Me ponía de los nervios que viera mis vídeos.

Por fin se acabó.

—Incluso en el video brillas —me dijo con tono serio.

Asentí sin abrir la boca. Y esperé.

—Si que te gustan los libros, ¿no? —Como no le dije nada, cerró la tapa del ordenador sin tocarla—. Qué graciosa.

Me volví para mirarlo.

—¿Graciosa?

—Sí, es graciosa la emoción que transmites al hablar de libros —respondió, encogiéndose de hombros.

Me quedé sin palabras.

—Pero, por muy graciosa que estés con coletas, eso no va a hacer que desaparezca tu rastro. —Se puso de pie y se desperezó. La camiseta se le subió y no pude evitar que se me fueran los ojos—. Tenemos que quitártelo como sea.

No daba crédito. No se había reído de mí y todavía no sabía cómo reaccionar. Acababa de ganarse unos cuantos puntos positivos.

—Cuanto antes consigamos que tu rastro desaparezca, menos tiempo tendremos que pasar juntos.

Puntos positivos que acababan de esfumarse.

—Mira, si tanto te desagrada estar cerca de mí, ¿por qué no viene otro de los tuyos? La verdad es que preferiría estar con cualquiera de ellos, incluso con Ash, antes de estar contigo.

—Tú no eres su problema. —Me miró fijamente—. Eres problema mío.

Solté una risita amarga.

—No soy problema tuyo.

—Sí que lo eres —aseguró—. Si hubiera conseguido que Dee me escuchara y no se hiciera amiga tuya, nada de esto habría pasado.

Puse los ojos en blanco.

—No sé que decirte. Ahora mismo no podemos hacer nada para cambiar las cosas, así que será mejor que demos este día por perdido y nos ahorremos el duro trance de tener que respirar el mismo aire.

Me miró con cara de póquer.

—Me olvidaba, tú no tienes que respirar oxígeno. Error mío. —Me puse de pie. Me moría de ganas de que se marchara—. ¿No puedes volver cuando haya dejado de llover?

—No. —Daemon se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos—. Quiero que zanjemos ya este tema, gatita. Estar todo el día preocupado por ti y por los Arum no es nada divertido. Tenemos que solucionarlo ya mismo. Y tenemos varias alternativas para ello...

Apreté con fuerza los puños.

—¿Cómo qué?

—Bueno; si te pasas más o menos una hora dando saltos el rastro se te irá. —Bajó la vista y algo brilló en sus ojos—. Puede que quieras cambiarte antes.

La necesidad de taparme me apremiaba, pero resistí. No pensaba permitir que me intimidara.

—No pienso pasarme una hora dando saltos.

—Bueno, pues entonces puedes correr por la casa y subir y bajar escaleras. —Se quedó un momento callado. Su sonrisa se volvió libidinosa cuando nuestros ojos se encontraron—. Y siempre nos queda el sexo. Tengo entendido que consume mucha energía.

No daba crédito. Sentí un torbellino de emociones: tenía ganas de reírme en su cara, me ofendía que sugiriera algo tan ridículo y a la vez a una parte de mí ser le gustaba la idea. Lo peor era que aquello no tenía ninguna gracia.

Daemon esperó.

—Ni en sueños, chaval. —Di un paso adelante y lo señalé con el dedo índice—. Ni aunque fueras el último... Anda, que no puedo decir «el último humano sobre la faz de la Tierra».

—Gatita —musitó, con una advertencia en los ojos.

No le hice caso.

—Ni aunque fueras el último ser con aspecto humano sobre la faz de la Tierra. ¿Ahora lo entiendes? ¿*Capiche*?

Ladeó la cabeza y varios mechones se le deslizaron sobre la frente. En su sonrisa había peligro, pero yo no pensaba callarme. Estaba decidida.

—Además, no me atraes nada. —Mentira podrida—. Pero vamos, nada de nada. Eres...

De repente Daemon estaba delante de mí, a apenas unos centímetros de mi rostro.

—¿Qué soy?

—Ignorante —contesté, dando un paso atrás.

—¿Y qué más? —Él dio un paso adelante.

—Prepotente, controlador... —Di otro paso atrás, pero él seguía invadiendo mi espacio personal y más—. Y un... cretino.

—Venga ya, gatita, seguro que puedes hacerlo mejor. —Su voz era cada vez más grave a medida que se acercaba a mí. Casi ni la oía por culpa de la lluvia y de los latidos de mi corazón—. Todavía no me creo que no te sientas atraída por mí.

Me obligué a reír.

—No me atraes en absoluto.

Daemon dio otro paso más y mi espalda chocó contra la pared.

—Mientes.

—Estás demasiado seguro de ti mismo. —Respiré hondo, pero todo olía a él y sentía algo raro en el estómago—. Ya te he dicho que eres un arrogante. Eso no me mola nada.

Daemon me puso las manos en las mejillas y se inclinó hacia mí. A un lado tenía una lámpara y, al otro, la tele. Estaba atrapada. Sentía su aliento sobre mis labios.

—Cada vez que mientes, te pones roja.

—No...

No era la respuesta más elocuente que había dado en mi vida, pero era lo mejor que se me ocurrió en aquel momento.

Deslizó las manos pared abajo y las detuvo junto a mis caderas.

—Yo creo que piensas en mí todo el tiempo. Sin parar.

—Estás mal de la cabeza. —Me apreté contra la pared. Casi no podía respirar.

—Seguro que hasta sueñas conmigo. —Bajó la vista hacia mis labios y sentí que se despejaban—. Seguro que escribes mi nombre en tus libretas, una y otra vez, rodeado por un corazoncito.

Me reí.

—En tus sueños, Daemon. Eres la última persona a la que...

Daemon me besó.

No hubo espacio para la duda. Sus labios estaban sobre los míos y dejé de respirar. Se estremeció y de su garganta salió un sonido que era mitad quejido mitad gruñido. Sentí escalofríos de placer y el pánico me invadió al ver que me besaba con más intensidad, separándome los labios. Ya no pude pensar en nada más. Me aparté de la pared y sellé el minúsculo espacio que quedaba libre entre nosotros apretándome contra él y entrecerrando los dedos en su pelo; era tan suave y sedoso... Sentí que me encendía y que el corazón me iba a explotar. El abanico de emociones que experimentaba era enloquecedor. Me asustaba y me excitaba a la vez.

Me rodeó las caderas con sus manos y me levantó como si estuviera hecha de aire. Enredé mis piernas en su cintura y nos movimos hacia la derecha, tirando una

lámpara por el camino. Ni pensé en eso. Una luz estalló en algún lugar de la casa. El televisor se encendía y se apagaba sin cesar. Nuestros labios no se despegaron en ningún momento; no teníamos suficiente. No estábamos devorando; nos ahogábamos el uno en el otro.

Hacía meses que lo esperábamos y vaya si había merecido la pena. Y yo quería más.

Bajé los brazos y tiré de su camiseta, pero estaba atrapada debajo de mis piernas. Me contorneé para poder poner los pies sobre el suelo. Conseguí llegar hasta su camiseta y tirar de ella. Daemon se apartó un instante para que pudiera pasársela por la cabeza y lanzarla a un lado.

Sus manos se deslizaron por mi cabeza y me atraieron de nuevo a sus labios. Se oyó un chasquido en la casa. Algo posó con la electricidad y empezó a oler a quemado. Pero todo me daba igual. Comenzamos a movernos hacia atrás. Me puso las manos por debajo de la camiseta y me recorrió la piel con ellas. Sentí que la sangre me bombeaba a gran velocidad. Mis manos hicieron lo mismo. Tenía los abdominales duros y firmes; muy marcados.

Y en ese momento mi camiseta acabó en el suelo, junto a la suya. Estábamos piel contra piel. La suya parecía vibrar, llena de energía. Le recorrí el torso con las manos hasta llegar al botón de los tejanos. Con las piernas toqué el sofá y acabamos cayéndonos sobre él en un remolino de piernas y brazos. No dejábamos de explorarnos; nuestras caderas se tocaban. Creo que susurré su nombre y entonces sentí que me abrazaba con más fuerza, apretándome contra su pecho y recorriendo el espacio que quedaba entre mis piernas con las manos. Estaba sumergida en un mar de sensaciones primitivas.

—Eres tan bonita... —contra mis labios hinchados. Y entonces empezó a besarme de un modo que no dejaba espacio al entendimiento. Allí sólo había deseo y sensaciones, nada más. Le rodeé las caderas con las piernas y lo atraje más hacia mí, diciéndole lo que quería con mis suaves quejidos.

Nuestros besos se volvieron más espaciados y tiernos. Parecía que estuviéramos conociéndonos a un nivel más íntimo. Estaba agitada y confusa. Me había pillado con la guardia baja, pero aún así mi cuerpo me pedía más que besos y caricias. Y yo sabía que él también quería más. Su cuerpo se agitaba igual que el mío. Era fácil perderse en él; perderse en la conexión que teníamos. El mundo, el universo, dejó de existir.

Y entonces Daemon se quedó quieto y se apartó. Respiraba agitado mientras levantaba la cabeza. Abrí los ojos, sorprendida. Tenía las pupilas blancas. Le brillaban desde dentro.

Respiró hondo. Tuve la sensación de que pasó una eternidad en el lapso de tiempo en que se quedó mirándome con los ojos muy abiertos. Recobró la compostura, la luz desapareció y apretó la mandíbula. Volvía a tener la máscara puesta: aquella sonrisa

arrogante que tanto me disgustaba empezaba a dibujársele en los labios hinchados.
—Ahora ya casi no brillas.

CAPITULO 27

Odiaba a Daemon Black; si es que se llamaba así de verdad. Lo odiaba con la misma fuerza que la de mil soles juntos. «Ahora ya casi no brillas», me había soltado antes de recoger su camiseta del suelo y marcharse de casa.

El muy cabrón se había cargado mi portátil.

El olor a quemado venía de allí. Al parecer, su libido alienígena tiene un efecto directo en casi todos los aparatos eléctricos. Así que ahora debía recurrir a los ordenadores del instituto para poder actualizar mi blog. Vaya lata. Además, me había pasado una hora después de conseguir levantarme del sofá cambiando bombillas. Por suerte, la tele no estaba frita.

Lo que si estaba frito era mi cerebro. ¿En qué narices estaba pensando? ¿Qué acababa de hacer? Supongo que la discusión debió ser el desencadenante. Nos habíamos peleado tanto que esa debía ser la razón de que nos enrolláramos de repente, con tanta intensidad. Y yo sabía que no estaba tan indiferente como fingía. Lo que había pasado no era teatro.

Mi rastro se había vuelto mínimo, para sorpresa de todos. A ver cómo explicaba aquello. Seguro que estaba impaciente por contárselo a todos.

Lo odiaba.

No sólo porque había probado que yo mentía, ni porque me había dejado sin portátil hasta mi cumpleaños; tampoco por avivar las sospechas de Dee al ver que mi rastro casi había desaparecido, sino por lo que me hacía sentir. Y encima conseguir que lo dijera en voz alta.

Si pensaba darme un golpecito con el boli otra vez, iba a ser yo quien lo entregara directamente a los Arum.

Mi móvil sonó en la mochila mientras iba hacia el coche, agazapada para protegerme del viento que soplaba con fuerza por debajo de Seneca Rocks. No tuve que mirarlo para saber que era un mensaje de Simon. Llevaba una semana entera mandándome mensajes de disculpa. No se atrevía a hablarme en clases ni en público; no después de que Daemon lo amenazara. De momento, no pensaba perdonarlo. Estuviera bebido o no, no era excusa para que se comportara como un gilipollas que no acepta un no por respuesta.

—¡Katy!

Me sobresalté al oír la voz de Dee. Me puse la mochila al hombro, me volví y esperé.

Como de costumbre, Dee estaba preciosa. Llevaba unos tejanos oscuros ajustados

y un jersey fino de cuello alto. El pelo azabache le brillaba y los ojos le resplandecían. Era sencillamente espectacular. En el rostro tenía una franca sonrisa que se difuminó al llegar junto a mí.

—Hola. Creía que no ibas a pararte —me dijo.

—Perdona, estaba pensando en otra cosa. —Me puse a caminar de nuevo, mirando mi coche de reojo—. ¿Qué tal estás?

Dee carraspeó.

—¿Me estás evitando, Katy?

Los había estado evitando a todos; cosa que era bastante difícil porque eran mis vecinos, mis compañeros de clase y de comedor. Echaba de menos a Dee.

—No.

—¿En serio? Pues desde el sábado no has estado demasiado comunicativa —señaló—. El lunes no te sentaste con nosotras a comer porque dijiste que tenías que estudiar para un examen, y ayer creo que no me dijiste ni dos palabras seguidas.

La culpa me reconcomía por dentro.

—He estado un poco... a mi aire.

—Es demasiado para ti, ¿verdad? Lo que somos... —me dijo con una vocecilla casi de niña—. Tenía miedo de que pasara esto. Somos unos monstruos y...

—No sois ningunos monstruos —le respondí con total seguridad—. Sois mucho más humanos de lo que creéis.

A Dee aquello pareció aliviarla. Se puso delante de mí.

—Los chicos siguen buscándole la pista a Baruck.

Pasé a su lado y abrí la puerta del coche. La obsidiana se movió en el compartimento de la puerta. Si la llevaba en la mochila me sentía como una asesina en potencia, y por eso había preferido dejarla en el coche.

—Bien.

Asintió.

—Van a seguir buscándolo y controlándolo todo, aunque tanto Simon como tú casi no tenéis rastro. —Dee se quedó en silencio un momento—. La verdad es que me gustaría saber como te lo quitaste tan rápido...

El estómago se me revolvió.

—Bueno; hice mucho... ejercicio.

Arqueó las cejas.

—Katy...

—Bien —respondí rápido—, me alegro de que Simon ya no tenga rastro, especialmente porque no tiene ni idea de todo esto, así que supongo que son buenas noticias, si olvidamos lo baboso que fue...

—Te estás yendo por las ramas, Katy —me dijo con una sonrisa en el rostro.

—Sí, es verdad.

—¿Qué hace mañana? —me preguntó, esperanzada—. Es sábado y, además, Halloween. Quizá podríamos alquilar algunas pelis de miedo, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Le prometí a Lesa que iría a repartir caramelos con ella. Vive en un terreno, lejos, por eso... —Vi que Dee me miraba dolida. ¿Qué estaba haciendo? Pasar de una amiga por culpa del idiota de su hermano no era propio de mí—. Puedo ir a tu casa luego y ver alguna peli si tú quieres.

—¿Si yo quiero? —dijo entre dientes.

Me acerqué a ella y la abracé.

—Pues claro que quiero. No te olvides de comprar toneladas de palomitas y caramelos. Es una orden.

Dee me devolvió el abrazo.

—No hay problema.

Me aparté, con una sonrisa.

—Bueno, pues te veo mañana. ¿A qué hora te va bien que vaya?

—Un momento. —Me cogió del brazo. Tenía los dedos muy fríos—. ¿Qué ha pasado entre Daemon y tú?

Puse cara de póquer.

—No ha pasado nada, Dee.

Me miró recelosa.

—Te conozco, Katy. Tendrías que haberte pasado toda la tarde corriendo para que se te quitara todo el rastro de una vez.

—Dee...

—Y Daemon está más insoportable de lo normal. Entre vosotros ha pasado algo. —Se apartó el pelo de la cara, pero los rizos volvían a tapársela una y otra vez—. Ya sé que la última vez me dijiste que no había pasado nada, pero...

—En serio: no ha pasado nada. Te lo prometo. —Me metí en el coche y me obligué a sonreír—. Te veré mañana por la noche.

No me creyó. Yo tampoco me lo creía, pero ¿qué iba a hacer? Admitir lo que había pasado entre Daemon y yo no era algo que quisiera compartir con su hermana.

Cada vez que llegaba Halloween echaba de menos ser una niña para disfrazarme y comer toneladas de caramelos. Lo único que podía hacer ahora era... comer toneladas de caramelos. Bueno, tampoco estaba tan mal.

Lesa se rió al ver que sacaba otra bolsa de chocolatinas.

—¿Qué pasa? —Le di un codazo—. Es que me encantan...

—Ya, y también te encantan los Kit Kat, los chicles, los bombones...

—¡Mira quién fue a hablar! —Hice un gesto hacia la montaña de envoltorios que tenía a sus pies, en el escalón—. ¡Tú tampoco has parado! ¿Eh, bonita? Pareces una aspiradora.

Nos quedamos calladas al ver que un niño subías los escalones vestido como uno de los Kiss. Que elección más rara...

—¡Truco o trato! —gritó el pequeño.

Lesá le hizo unas cuantas carantoñas y le dio bastantes chokolatinas.

—Está claro que no has venido por los niños... —me comentó mientras observaba como el pequeño se marchaba con una carretilla hacia sus padres.

Me metí un caramelo en la boca.

—¿Por qué lo dices?

—¿Te ha parecido mono el niño que acaba de marcharse? —Apartó el bol para que no cogiera más chokolatinas y caramelos.

Me encogí de hombros.

—Supongo, no sé. Olía un poco a... niño.

A Lesá se le escapó una carcajada.

—¿Te gustan los niños?

—Me dan miedo. —Una momia y un vampiro se acercaron a nosotras. Lesá les hizo carantoñas hasta que se marcharon—. Especialmente los más pequeños —añadí con cara de mala uva al ver que ya no quedaban más chokolatinas de almendra—. Hacen ruiditos y tal, y no sé de qué hablan, pero tu hermano pequeño es bastante mono.

—Mi hermano pequeño se hace caca encima.

Me reí.

—Ya, claro, ¿será porque sólo tiene un año?

—Bueno; por lo que sea, pero da bastante asquito. —Le dio algunos caramelos a un vaquero del Lejano Oeste que tenía la cabeza travesada por una flecha. Qué bien—. Oye, ¿qué te pasa últimamente, por cierto?

—¿Qué? —Con mis habilidades de ninja conseguí hacerme con unos Smarties—. A mí no me pasa nada.

—Pero si está más claro que el agua... —Estaba todo tan oscuro que no le veía bien los ojos. En su barrio no creían en las farolas—. A ver, esta última semana pareces sacada de alguna novela de adolescentes con problemas como las que leo...

Puse los ojos en blanco.

—No es verdad.

Me dio un golpecito con la rodilla.

—No has hablado con nadie. Y has estado especialmente distante con Dee. Y es muy raro, porque sois buenas amigas.

—Y seguimos siéndolo. —Suspiré, entrecerrando los ojos y mirando a la oscuridad. Distinguía las siluetas de padres e hijos caminando por las calles—. No estoy enfadada con ella, ni nada de eso. Cuando acabemos aquí con las chokolatinas, me voy a verla a su casa...

Lesá agarró el cuenco.

—¿Pero?

—Pero algo pasó con su hermano —le confesé. Sentía la necesidad de hablar con alguien de lo que había sucedido.

—¡Lo sabía! —exclamó—. ¡Madre mía, tienes que contármelo todo! ¿Os habéis besado? Un momento... ¿os habéis acostado?

Una madre vestida de hada la miró mal mientras apartaba a su hijo del porche de Lesa.

—Lesá, tía, tranquilízate.

—Lo que tú digas; pero, oye, tienes que contármelo todo. Te odiaré eternamente si no lo haces. ¿A qué huele?

—¿Cómo? —Arrugué la frente.

—Ya me entiendes; parece que Daemon tenga que oler muy bien.

—Ah... —Cerré los ojos—. Sí, huele muy bien.

Lesá suspiró, embelesada.

—Quiero todos los detalles ya mismo.

—Bueno, tampoco hay tanto que contar... —Cogí una hoja del suelo y la retorcí. Al recordar sus labios, sentí un picor en los labios—. Vino a casa el domingo pasado y nos besamos.

—¿Y ya está? —Parecía muy decepcionada.

—Chica, no me he acostado con él. Jesús... Pero fue todo bastante... intenso. —Tiré la hoja al suelo y me pasé la mano por el pelo, echándomelo hacia atrás—. Estábamos discutiendo y, de repente... ¡pum! No estábamos morreando.

—Vaya... Qué morbo, ¿no?

Suspiré.

—Sí, la verdad. Pero de repente se marchó a su casa.

—Claro; eso es que sentís una pasión tan grande que es explosiva y no pudo soportar el calor...

La miré con cara de póquer.

—No sentimos nada, Lesá.

Lesá no me hizo ni caso.

—Me preguntaba cuanto tiempo ibais a aguantar con el rollo ese de ser archienemigos...

—No tenemos ningún rollo de ser archienemigos —dije entre dientes.

—¿Sobre qué discutíais?

¿Cómo podía explicárselo? No podía decirle que acabamos besándonos porque le había dicho que no me atraía y él necesitaba quitarme el rastro... Como que no.

—¿Katy?

—Creo que su intención no era besarme —anuncié al fin.

—¿Qué? ¿Entonces qué pasó, que se resbaló y sus labios fueron a parar a tu boca? Eso pasa porque tiene que pasar.

Me reí.

—No. Creo que no quería porque después parecía bastante enfadado. De hecho, lo estaba.

—¿Le mordiste la lengua o algo? —Lesa se echó el pelo hacia atrás mientras fruncía el ceño—. Tiene que haber un motivo por el que se enfadara después...

Como se estaba haciendo tarde y los niños comenzaban a escasear, cogí el cuenco de chucherías y empecé a escudriñar lo que quedaba.

—No lo sé. A ver, no hemos hablado del tema. Se fue, y desde entonces lo único que ha hecho ha sido darme golpecitos con el boli en clase.

—Seguramente porque lo que quiere es darte golpecitos con otra cosa. —Me soltó aquella burrada y se quedó tan pancha.

La miré con cara de sorpresa.

—¡No puedo creer que acabes de decir eso!

—Ay, chica... —Agitó la mano en el aire para quitarle importancia—. No ha vuelto con Ash, ¿verdad? Quiero decir, que no salen...

—Salen y no salen; ya lo sé. Me parece que no están juntos, pero, vaya, me da igual. —Me metí otro caramelo en la boca. A ese ritmo iba a salir rodando del porche de Lesa—. Es sólo que...

—Te gusta. —Lesa acabó la frase por mí.

Me encogí de hombros mientras me hacía con otra chocolatina. Puede que me gustara... O puede que simplemente me atrajera, cosa que era obvia porque había estado a punto de acabar completamente desnuda...

—Es rarísimo, de verdad. Es la persona que más me saca de mis casillas de todo el planeta pero... Bueno, no quiero hablar del tema. —Agarré otra chocolatina—. En fin. Oye, ¿y tú qué tal con Chad?

—Estás cambiando de tema. A mí no me engañas.

Sin mirarla, agarré el cuenco con fuerza.

—Salisteis ayer por la noche, ¿no? ¿Te besó? ¿Huele bien?

—La verdad es que sí, huele muy bien. Me gusta su colonia, creo que es de la misma marca de la que lleva mi padre, pero no huele igual, porque eso sería horripilante.

Me reí. Nos quedamos un rato charlando y después me marché a casa. Dee había decorado toda la casa con calabazas. Cuando me fui no había ninguna... Me dijo que la siguiera hacia el interior. Olía a algo raro.

—¿A qué huele? —Arrugué la nariz.

—Estoy cocinando pepitas de calabaza —contestó—. ¿Las has probado?

Negué con la cabeza.

—No. ¿A qué saben?

—A calabaza.

Efectivamente, tenía las pepitas puestas en una bandeja; pero esta no estaba dentro del horno. Las estaba cocinando con sus manos. La mesa de la cocina, cubierta por papel de periódico, estaba llena de manchurroneos de calabaza.

—Voy a tomarte prestadas las manos durante el invierno, cuando se me llene el parabrisas de hielo.

Dee se rió.

—Y yo te ayudaré encantada.

Sonreí y fui a ver qué películas había alquilado. Miré los lomos y se me escapó la risa.

—Madre mía, Dee, estas pelis son totales.

—Ya sabía yo que iba a gustarte que combinara toda la saga de *Scream* con la de *Scary Movie*. —Movía las manos por encima de la bandeja del horno. Las semillas se movían y saltaban y el olor a canela inundó el aire—. Ya veremos la saga de *Halloween* otro día.

Miré hacia la puerta.

—Esto... ¿Está Daemon en casa?

—No. —Cogió la bandeja y colocó las semillas dentro de una bola decorada con murciélagos y calaveras—. Ha salido con los chicos para ver si así Baruck aparece.

No llevamos las pelis y las cosas de picar a la sala de estar y pensé en lo que acababa de decirme.

—¿Han salido para ver si así aparece? ¿Quieren pelear con él?

Un DVD salió volando de la pila y fue a parar a su mano.

—No te preocupes. Adam y Daemon están echando un vistazo por el centro. Matthew y Andrew han ido a buscarlo por los campos. No les pasará nada.

Sentí una extraña agitación en el estómago.

—¿Estás segura?

Dee sonrió.

—No es la primera vez que lo hacen. Ya saben lo que tienen que hacer: no les pasará nada, de verdad.

Me acomodé en el sofá e intenté no preocuparme. Me costaba, especialmente porque había visto el odio que se reflejaba en los ojos de Baruck en primera persona. Dee se sentó a mi lado y probé las semillas de calabaza. No estaban mal. Habíamos visto la primera peli de *Scream* cuando sonó su móvil.

Dee levantó la mano, la agitó y el móvil salió volando de la mesa y fue a parar a su mano. Respondió poniendo los ojos en blanco.

—Daemon, espero que me llames para darme buenas noticias, porque estamos...

—De repente, puso los ojos como platos y se levantó de un brinco. Apretaba con

fuerza el puño—. ¿Qué quieres decir?

Sentí que el estómago se me revolvía mientras la veía agitarse nerviosa en torno a la mesilla de café.

—¡Katy está aquí, pero el rastro es casi imperceptible! —Se hizo una pausa y entonces Dee palideció—. Vale. Ten cuidado. Te quiero.

Tan pronto como colgó el teléfono, me puse de pie.

—¿Qué pasa?

Dee me miró fijamente.

—Es Baruck. Lo han encontrado. Y viene hacia aquí.

CAPITULO 28

Aquello no implicaba necesariamente que viniera hacia nosotras, sino que se dirigía a esta zona, pero había muchas probabilidades de que fuera así. Por eso Dee rondaba por toda la sala de estar como si fuera un tigre enjaulado. No tenía miedo, pero estaba lista para el combate.

—Si Baruck viene aquí, ¿podrás enfrentarte a él? —le pregunté.

La mirada de Dee era férrea; se había convertido en una persona totalmente diferente. Parecía una especie de princesa guerrera con mala leche. ¿Por qué nunca había visto esa parte de su personalidad?

—No soy tan rápida ni tan poderosa como mi hermano, pero seré capaz de aguantar el fuerte hasta que Daemon llegue.

Se me cayó el alma a los pies. Aguantar el fuerte no bastaba. ¿Y si Daemon no llegaba a tiempo? Dee se paró delante de la ventana, tensa. Me di cuenta de golpe de que todo lo que me había dicho Daemon era verdad: yo era un lastre para Dee; una debilidad. Pero no iba a permitirlo.

—Mi rastro es lo suficiente fuerte para que me vea aquí, en tu casa.

Se quedó callada.

—Supongo que no.

—¿Y desde la carretera o desde el bosque podría verme?

Se hizo otra pausa.

—Katy, no lo sé, pero pienso detenerlo antes de que llegue hasta ti.

—No; tengo una idea. —Di un paso adelante y casi tiro la montaña de DVDs—. Es una locura, pero puede que funcione.

Me miró con recelo.

—¿Qué?

—Si haces que mi rastro se vuelva más fuerte, podré llevármelo lejos de aquí. Así no vendrá y Daemon...

—Ni hablar —me dijo, inquieta—. ¿Te has vuelto loca o qué?

—Quizá —respondí mordiéndome el labio—. Mira, es mejor que quedarnos aquí sentadas. Existe el riesgo de que yo lo guíe hasta vuestra casa, ¿no te das cuenta? Entonces jamás estaréis a salvo. Tengo que llevármelo lejos de aquí.

—No. —Dee negó con la cabeza—. No pienso permitirlo, puedo luchar.

—Pero ¡yo no puedo hacer nada! No puedo enfrentarme a él. ¿Y qué pasa si escapa y va a buscar refuerzos? ¿Qué pasa si le dice a los demás dónde vivís? —Las palabras de Daemon resonaron en mi cabeza. «Eres una debilidad.» Pero no para

Daemon, sino para su hermana. Y eso no podía permitirlo—. Baruck sabe que soy tu punto débil. Por eso tienes que quedarte. Si Baruck nos encuentra juntas, me usará para destruirte. Lo mejor que podemos hacer es que yo atraiga al Arum a otra parte y que los chicos vayan a mi encuentro, en el campo. Así acabaremos con él.

—Katy...

—¡No acepto un no por respuesta! No tenemos demasiado tiempo. —Fui hacia la puerta y cogí las llaves y el móvil—. Venga, haz eso con la luz y las bolas de fuego. La última vez funcionó. Iré hacia... hacia el lugar de la fiesta. Dile a Daemon que voy para allá. —Dee se quedó mirándome y tuve que gritarle—: ¡Vamos!

—Esto es una locura. —Dee negó con la cabeza, pero se apartó y comenzó a volverse borrosa. Un segundo más tarde había adquirido su verdadera forma: una bella silueta de luz. «Esto es una locura.» Me susurró su voz en mis pensamientos.

—¡Date prisa! —Ya no podía esperar.

Extendió los brazos y se le formaron dos esferas de una luz chisporroteante. Salieron disparadas por la sala de estar, haciendo que explotaran las lámparas y la tele, pero acabaron rebotando contra las paredes de forma inofensiva. El aire se cargó de electricidad y se me erizó el vello del cuerpo.

—¿Brillo ya? —le pregunté.

«Como el sol.»

Bueno, mi truco había funcionado. Respiré hondo y asentí.

—Llama a Daemon y dile adónde voy.

«Ten cuidado, por favor.» Su luz empezó a volverse más débil.

—Y tú también. —Me di la vuelta y salí corriendo hacia mi coche antes de pensarme dos veces lo que estaba haciendo.

Porque la verdad era que mi plan era una auténtica locura; lo más descabellado que había hecho en toda mi vida. Mucho más que darle una estrella a una novela, pedirle una entrevista a un autor con el que me moría de ganas de quedar o besar a Daemon.

Pero era lo único que podía hacer.

Metí la llave para arrancar el coche con manos temblorosas. Di marcha atrás en el vado, esquivando por apenas unos centímetros el Volkswagen de Dee. Pisé el acelerador y salí a la calle principal con un buen chirriar de ruedas. Me agarraba al volante como si fuera una abuela, pero conducía como si estuviera en una carrera de Fórmula 1.

No dejaba de mirar el retrovisor mientras llegaba a la carretera principal, como si esperara ver al Arum en cualquier momento, pero, cada vez que miraba, la carretera seguía vacía.

¿Y si mi plan no había funcionado? ¿Y si Baruck iba de todos modos a casa de Dee y la encontraba allí? El corazón se me salía por la boca. Qué idea tan estúpida

había tenido. Mi pie vacilaba en el acelerador. Por lo menos no podría utilizarme para llegar hasta Dee.

Mi teléfono móvil sonó en aquel momento desde el asiento del copiloto. ¿Número desconocido? Estuve a punto de no cogerlo, pero al final respondí.

—¿Diga?

—¿Estás loca o qué narices te pasa? —me gritó Daemon por el teléfono. Me estremecí—. Esta tiene que ser la locura más...

—¡Cállate, Daemon! —protesté. Lo neumáticos invadieron un poco el otro carril—. Lo hecho, hecho está. ¿Y Dee? ¿Está bien?

—Sí, Dee está bien, pero ¡tú no! Hemos perdido a Baruck, y como Dee me ha dicho que ahora brillas como la luna llena, seguro que anda detrás de ti.

El miedo hizo que el corazón se me disparara.

—Bueno, esa era la idea.

—Te juro por todas las estrellas del firmamento que cuando te vea te vas a enterar. —Daemon se quedó callado un instante. Respiraba muy aceleradamente—. ¿Dónde estás?

Miré por la ventanilla.

—Casi he llegado al sitio de la fiesta. No veo a Baruck por ninguna parte.

—Pues claro que no lo ves —respondió con dureza—. Está hecho de sombras y de noche, Kat. No lo verás hasta que él quiera.

Ay, Dios.

—No puedo creer que hayas hecho algo así —me dijo.

El mal genio se me disparó por culpa del miedo.

—Oye, mira, no me hables así. Me dijiste que yo era una debilidad, una carga. Y no quería que Dee sufriera por mi culpa. ¿Qué habría pasado si hubiera aparecido en vuestra casa? Tú mismo me dijiste que me utilizaría en su contra. ¡Es lo mejor que podía hacer! ¡Así que no seas tan cretino!

Se hizo un silencio tan largo que creí que había colgado el teléfono. Sin embargo, habló al fin con voz crispada.

—Pero nunca te dije que tenías que hacer algo así, Kat. Jamás.

Su voz me daba escalofríos. Miré hacia las formas borrosas de los árboles. Respiré hondo, pero el se me quedó encallado.

—Que yo haya hecho esto no es culpa tuya.

—Sí lo es.

—Daemon...

—Lo siento, Kat. No quiero que nadie te haga daño... No podría vivir con eso. —Se hizo otro silencio, que me sirvió para asimilar lo que me decía—. No cuelgues el teléfono. Voy a ver dónde puedo dejar el coche e iré a buscarte. Sólo tardaré unos minutos. No salgas del coche.

Asentí mientras paraba el coche en mitad del terreno. La luna empezó a esconderse detrás de una nube y cualquier asomo de claridad desapareció. No veía nada. Sentí una desagradable sensación en la boca del estómago. Me incliné, cogí la daga de obsidiana y la apreté con fuerza.

—Vale, quizás no haya sido la mejor idea del mundo...

Daemon soltó una carcajada sombría y dura.

—No me digas.

Apreté los labios y miré el retrovisor.

—Bueno, eso que decías de no poder vivir con...

De repente vi una sombra que parecía mucho más sólida que las demás. Se movía por el aire y era espesa como el aceite. Resbalaba por los árboles y se extendía por el suelo. Algo trepó hacia la parte trasera del coche y se deslizó por el maletero. Se me secó la boca y los labios se me despegaron.

La temperatura de la obsidiana comenzó a subir.

—¿Daemon?

—¿Qué?

El corazón me iba a mil.

—Creo que...

El cierre automático se desbloqueó y mi puerta se abrió. Grité. De repente ya no tenía el teléfono en la mano: estaba volando por los aires en dirección al suelo y por poco pierdo la obsidiana. Sentí un intenso dolor en el brazo y en el costado al ocultar la daga detrás de mí, ya en el suelo.

Levanté la vista y vi unos pantalones negros y el borde de una chaqueta de cuero. Mis ojos no me engañaban: vi la cara pálida, la marcada mandíbula y las gafas de sol que cubrían los ojos del Arum a pesar de que era de noche.

Baruck sonrió.

—Nos vemos otra vez.

—Mierda —dije entre dientes.

—Dime —intervino, agachándose y cogiéndome un mechón de pelo. Ladeaba la cabeza al hablar, moviéndose hacia delante y hacia atrás como si fuera un pájaro—: ¿dónde está?

Tragué saliva mientras me arrastraba hacia atrás como podía.

—¿Quién?

—No te hagas la lista conmigo. —Se acercó y se quitó las gafas. Las puso dentro de la chaqueta. Sus ojos eran unas órbitas negras—. ¿Es que todos los humanos sois igual de idiotas?

Me costaba respirar. La daga sólo funcionaba en su forma verdadera, y empezaba a quemarme la mano a través de la empuñadura de cuero.

—Quiero al que mató a mis hermanos.

«Daemon.» Todo el cuerpo me temblaba. Abrí la boca pero no me salieron las palabras.

—Y tú... tú mataste a uno de ellos para protegerlo a él. —El Arum desapareció, pero perdí mi oportunidad porque, antes de que pudiera moverme, apareció justo delante de mí—. Llévame hasta él o haré que me supliques que te mate.

Negué con la cabeza y apreté con más fuerza la obsidiana.

—Que te jodan.

Desapareció, transformándose en un grupo de sombras oscuras y retorcidas. Al intentar ponerme en pie grité de dolor. Blandí la obsidiana y la dirigí al centro de aquella masa oscura. La hoja brillaba y se había vuelto roja como una brasa ardiente.

Pero la hoja no llegó a su objetivo.

Un brazo de humo me atrapó antes. El contacto con aquel ser hizo que se me helaran los huesos. Dentro de mi cabeza oí su desagradable voz, entrometiéndose en mis pensamientos, como una serpiente. «¿Creías que iba a picar con ese truco? Por favor...»

Se giró y oí el crac antes de sentir el dolor. Los dedos me temblaron y la obsidiana cayó al suelo, rompiéndose en miles de esquirlas, como si no fuera más que un frágil cristal. Grité con todas mis fuerzas al sentir la oleada de dolor.

«Esto es por mi hermano.»

Una mano tenebrosa me rodeó el cuello y me levantó del suelo.

«Y esto, por molestarme.»

Baruck me empujó hacia atrás. Me di un golpe fuerte contra el suelo y me deslicé varios metros por encima del maíz aplastado. Aturdida, miré hacia el oscuro cielo.

«Dime dónde está.»

Cogí aire, me puse de pie y empecé a correr hacia los árboles. Sostenía el brazo contra el pecho para protegerlo y corría con todas mis fuerzas. Mis zapatillas retumbaban contra la dura tierra, la aplastada hierba y las hojas caídas. No miré atrás: no era buena idea. Avancé por el bosque, golpeándome contra las ramas bajas durante el recorrido. Tuve un *déjà vu* al tropezarme con algunas raíces en aquel terreno irregular.

Baruck apareció de la nada, envuelto en un mar de sombras. Su forma se solidificó ante mí, desequilibrándome. Me paré y me di la vuelta. También estaba allí. Me tiró al suelo.

—¿Ya has quedado tranquila? —Una sonrisa cruel se le dibujó en los pálidos labios—. ¿O quieres correr más?

Me eché hacia atrás en medio del barro mientras intentaba respirar. Estaba aterrorizada, y eso no me ayudaba a tener el control de la situación. Me estaba quedando sin tiempo.

Baruck arremetió contra mí. No llegó a darme con el brazo, pero salí disparada

por los aires y me estrellé contra el suelo dándome un fuerte golpe. El aire abandonó mis pulmones y sentí que se me clavaban en la piel algunas piedrecillas a través de los vaqueros.

El Arum se inclinó hacia mí y me agarró la melena con el puño. Me mordí los labios para no llorar cuando empezó a arrastrarme por el suelo. El vaquero se me rompió por las rodillas y el dolor empezaba a ser insoportable. Estaba segura de que iba a arrancarme cada pelo de la cabeza mientras me arrancaba a tiras la piel de las rodillas.

Tiró otra vez de mí con fuerza y grité.

—Uy. —Paró en seco—. Siempre se me olvida lo frágil que es tu especie. No querría arrancarte la cabeza en un descuido. —Su propio comentario le hizo reír—. Bueno, todavía no.

Lo agarré de los brazos con la mano sana, para intentar que el tirón me doliera menos, pero apenas noté el cambio. Me arrastró por un camino lleno de ramas, raíces y pedruscos. Me dolían todos los músculos del cuerpo y me encorvé. Empezaba a marearme. No tardaría mucho en sucumbir al dolor.

—¿Qué tal va por ahí abajo? —Preguntó en busca de conversación. Baruck me propulsó hacia arriba y sentí una punzada de dolor que me recorrió el cuello y la espalda—. Ah, nada mal, por lo que veo. —Volvió a pararse y noté la distancia que me separaba del suelo. Estábamos cerca del bosque otra vez. Se inclinó sobre mí—. Dime dónde está.

Apoyé la maltrecha mano en el suelo, jadeando.

—No.

Levantó una bota y me la clavó en el costado. Supe que me había roto algo. Y que era algo importante, porque un líquido caliente empezaba a recorrerme el cuerpo por debajo de la camiseta.

«Dímelo.»

Me estremecí y me hice un ovillo. La frialdad de aquel ser me helaba el alma.

Se acercó más.

«Hay cosas mucho peores que el castigo físico. Quizá eso hará que te entren ganas de hablar.»

Baruck me agarró del cuello otra vez y me levantó hasta ponerme de puntillas. Se acercó y me atrajo hacia él. Tenía su cara a sólo unos centímetros y me estaba matando.

«Puedo hacerme con tu esencia; secarte hasta que se te pare el corazón. Yo no gano nada con eso, pero imagínate el intenso dolor inacabable que sentirás. Dime dónde está.»

No lo hacía por valentía, pero no pensaba permitir que encontrar a Daemon. Si Baruck lo vencía, Dee sería la siguiente y yo jamás podría vivir con ese

remordimiento. No era tan débil y no quería ser una carga. No podía.

No abrí la boca.

Se apartó y me clavó la mano en el diafragma. Sentía aquella mano tenebrosa dentro de mí, helando cada célula de mi ser. Estaba cada vez más cerca. El aire escapó de mis pulmones en una ráfaga dolorosa.

Y ya no pude respirar más.

Los pulmones se me cerraban a medida que el absorbía todo el aire que me quedaba. La quemazón que sentía en la garganta y en los pulmones se volvió rápidamente un dolor intenso que se apoderaba de mis extremidades. Todas las células de mi cuerpo gritaban, pedían que alguien aliviara aquel dolor. El corazón, como protesta, empezó a fallarme. Estaba robándome no sólo el oxígeno, sino la energía misma que me mantenía con vida. Empezaba a perder fuerzas y el pánico que sentía no me ayudaba. No notaba las manos y el brazo que tenía sano me colgaba inerte a un lado del cuerpo. Todo se ralentizó y el dolor empezó a remitir un poco. Sentí que su mano abandonaba mi cuello, pero no podía moverme. Su poder me tenía atada a él mientras se alimentaba de mi energía.

Me dijo algo, pero yo ya no lograba distinguir las palabras. Estaba tan cansada y me sentía tan pesada... Sólo el intenso dolor que sentía en la boca del estómago evitaba que me dejara llevar por completo. Los ojos se me cerraban y noté que él volvía a inhalar mi aire. Un profundo dolor me paralizó.

Sentí que algo se rompía en mi interior, como una cuerda cuando se vuelve demasiado fina. Se rompió y se curvó a gran velocidad. Por detrás de los párpados explotó un fogonazo de luz y por unos instantes no vi nada. Un poderoso rugido me invadió los oídos. La Muerte había venido a buscarme.

La Muerte parecía enfadada, dolida y desesperada. Era injusto que me recibiera así después de todo lo que me había pasado... ¿No podía recibirme con los brazos abiertos y con imágenes de papá esperándome?

De repente, una figura apareció de la nada y chocó contra nosotros. Salí despedida por los aires y acabé en el suelo, tirada de cualquier manera. Abrí los ojos y allí estaba, agazapada como un animal delante de mí.

Aquella figura era Daemon, y gruñía enfadado mientras se ponía de pie como un ángel vengador bañado en una luz celestial.

CAPITULO 29

La risa enloquecida de Baruck retumbó dentro de mi cabeza.

—¿Has venido a morir con ella? Perfecto. Me pones las cosas mucho más fáciles, porque creo que a ella ya me la he cargado.

Daemon ensombrecía los violentos movimientos de Baruck, desdibujándose y adquiriendo su verdadera forma. La forma con la que era vulnerable.

—Por cierto, tenía un sabor interesante. Diferente, diría yo —detalló para provocarlo—. No sabe como un Luxen, pero no está mal.

Daemon se abalanzó sobre Baruck y lo lanzó varios metros en el aire con un poderoso estallido de luz que surgía de su brazo.

—Estás muerto.

Baruck se incorporó, atragantándose por la risa.

—¿Crees que vas a poder conmigo, Luxen? He acabado con otros más poderosos que tú.

El gruñido de rabia de Daemon no me dejó escuchar ninguna palabra más. Le lanzó otra explosión de luz y sentí que la tierra temblaba mientras intentaba poner los codos en el suelo. Cada movimiento que realizaba, por muy pequeño que fuera, hacía que me estremeciera de dolor. Sentía lo mucho que le costaba latir a mi corazón. Veía estallidos de luz que se enfrentaban a la oscuridad del Arum. Intercambiaban golpes sin llegar al suelo.

De los dedos de Daemon salían unas bolas de luz naranja que pasaban al lado de Baruck y se esfumaban antes de chocar contra los árboles. El mundo se había vuelto dorado y ámbar. Noté una oleada de calor. Algunas ascuas crepitaron en el aire y se desvanecieron antes de llegar al suelo.

Cada ataque hacía que temblara el suelo y que yo acabara de bruces contra la húmeda hierba con un gruñido. Me apoyé en los codos para levantarme y vi una veta de luz que avanzaba por encima del campo, como si fuera una estrella fugaz, con la diferencia de que avanzaba a una velocidad vertiginosa.

La luz fue a parar entre Daemon y Baruck, y se volvió frágil al llegar a mí. Unas cálidas manos me cogieron de los hombros y me levantaron.

—Katy, Katy, háblame —suplicó Dee—. ¡Háblame, por favor!

Intenté hablar pero no me salieron las palabras.

—Dios mío... —Dee lloraba amargamente. Las lágrimas le resbalaban por el hermoso rostro e iban a parar a mi pecho, que apenas emitía ningún sonido. Me abrazó con fuerza mientras gritaba el nombre de su hermano.

Daemon apareció a la vez que Baruck, a quien le bastó una mirada para enviarnos un relámpago de tiniebla que hizo diana en Dee, quién gritó de dolor y acabó de rodillas en el suelo. Levantó la vista. Los ojos le brillaban y se le habían vuelto de un blanco intenso.

Se puso en cuclillas y su forma humana empezó a desvanecerse hasta convertirse en pura luz.

Daemon respondió con más dureza y la tierra retumbó. Baruck esquivó el ataque de Daemon y fue a por Dee, quien gritó furiosa y le plantó cara.

Pero Baruck volvió a atraparla y, durante unos segundos, un manto de oscuridad la engulló, lanzándola instantes después contra el suelo. Daemon arremetió contra Baruck y lo lanzó contra el suelo con tanta rabia que hizo que las ramas se agitaran y las hojas se cayeran como en una lluvia macabra. El aire estaba cargado de electricidad.

Lo sentí en los huesos. Gemí y luché por ponerme de pie y respirar. No iba a morirme así. Y mis amigos tampoco.

Dee se había puesto de pie y parpadeaba. De la nariz le salía un reguero de sangre. Agitó la cabeza y avanzó a duras penas.

Vi a cámara lenta lo que iba a pasar a continuación. Me acerqué a toda prisa mientras Daemon miraba a su hermana por encima del hombro. Baruck alargó entonces el brazo, preparado para lanzar otro chorro de aquella materia oleosa. Vi el árbol partiéndose a la mitad antes mis ojos, como en un fogonazo.

Avancé a toda prisa y me abalancé sobre la forma de luz que era Dee justo en el momento en que Baruck soltó el chorro de energía. La oscuridad me rodeó y entonces oí un grito aterrador que no era mío. Y en ese momento volé. Vi el cielo ante mis ojos, y las estrellas y la oscuridad giraban a mi alrededor con un ritmo incesante. El mundo brillaba.

Me di un golpe seco al aterrizar y supe que era demasiado tarde.

Un cuerpo chocó contra el suelo junto al mío. Un brazo flácido y delgado me cayó encima. Era Dee. No había conseguido salvarla... El brazo se volvió muy ligero y menos... sólido. Su luz me inundaba. La pena me atravesaba el corazón como una cuchilla. No se movía, pero su pecho sí.

Daemon, preocupado, se dio la vuelta y cometió un error fatal. «Lo matarán por protegerte», me había dicho Ash. Baruck echó el brazo hacia atrás y proyectó una explosión que le dio de lleno en la espalda a Daemon. Este salió volando por los aires, cambiando de aspecto de manera intermitente. Aterrizó a sólo unos metros de nosotras.

Baruck se rió y mutó a su forma espectral.

«Tres por el precio de uno.»

Las lágrimas me abrasaban los ojos mientras guarecía el rostro contra la húmeda

hierba. Daemon intentó sentarse, pero no pudo y acabó cayendo de espaldas contra el suelo, con gesto de gran dolor.

«Se acabó. Los tres moriréis.» Baruck avanzó hacia nosotros.

Daemon se volvió para mirarme y nuestros ojos se encontraron. Vi tanto arrepentimiento en esa mirada... Su rostro se volvió borroso, irreconocible. No era capaz de mantener su apariencia humana. Segundos más tarde, adoptó su forma verdadera: la de un hombre recubierto por la luz más hermosa e intensa posible.

Extendió un brazo hacia mí y se le formaron unos dedos. Con el corazón roto, acerqué la mano y mis dedos desaparecieron bajo la luz. Sentí calor en los dedos y la ligera presión de su mano contra la mía. Me la apretó con fuerza, en un intento de tranquilizarme, y tuve que ahogar un sollozo en la garganta.

La luz de Daemon parpadeaba, pero empezó a recorrerme el brazo, envolviéndome en aquel agradable calor. Como el día del primer ataque Arum, mi cuerpo comenzó a sanar solo.

Daemon estaba gastando lo que le quedaba de energía para salvarme.

—¡No!—grité, aunque lo único que se oyó fue un gruñido. Intenté apartar la mano, pero Daemon no me la soltaba. No sabía lo que yo había hecho... Estaba demasiado mal para que me salvara; tenía que utilizar su energía para salvarse a sí mismo. O a Dee...

Le supliqué con los ojos, pero él me apretó la mano todavía con más fuerza.

No era justo. Aquello no estaba bien. No se merecían aquel final. Y yo tampoco... Y Daemon... seguía sin entender el por qué de todo aquello. ¿Por qué tenían los Arum aquella sed de poder? ¿Justificaba acaso todas las vidas perdidas? Aquella injusticia me desgarraba por dentro. Una corriente de energía empezó a crecer en mi interior y a propagarse por todo mi cuerpo.

No pensaba morir así. Y Daemon y Dee tampoco iban a morir en medio de un campo de Virginia Occidental, perdido de la mano de Dios. Con la energía que Daemon había insuflado en mí, conseguí sentarme y coger a Dee de la mano sin soltar la de Daemon. Quería que se levantaran, que lucharan.

Baruck se acercó a Daemon. Quería acabar con él primero; era el más poderoso de los tres. Se pasaría horas torturándolo. Y yo no era más que una miguita para él.

La mano de Daemon flaqueó y su luz se volvió más intensa cuando la sombra de Baruck lo rozó.

Y entonces sucedió algo inesperado.

Una luz lo recorrió por dentro. Brillaba tanto que tuve que entrecerrar los ojos. El rastro de luz trazó un arco en el cielo, chisporroteante. Encontró a su otra mitad al reconocer al ser que yacía a mi lado: Dee también brillaba intensamente, a pesar de estar inconsciente. Su luz surcó el cielo y conectó con la de Daemon.

Baruck se quedó quieto.

El arco de luz vibró y, de repente, salió disparado hacia el centro de mi pecho. Sentí que el impacto me lanzaba contra el suelo, pero... lo que sucedió fue que me elevó de él. Estaba suspendida en el aire y sentía que el pelo me flotaba en el vacío. Entre los tres habíamos conseguido formar una energía que resplandecía y crepitaba. Por el rabillo del ojo vi que los dos hermanos recobraban su forma humana. Dee se desplomó en el suelo, con un quejido, y Daemon intentaba ponerse de rodillas, volviéndose hacia mí.

Yo... flotaba en el aire. Por lo menos, eso es lo que sentía. Pero en ese momento no pensaba en eso ni en lo que hacía Daemon. Sólo pensaba en acabar con Baruck.

Quería que se marchara, que desapareciera de la faz de la Tierra y no quedara ni rastro de su presencia. Lo deseé con una intensidad que jamás había experimentado antes. Cada fibra de mi ser pensaba en él. Saqué todas las emociones que tenía en mi interior: todos los miedos, todas las lágrimas derramadas por papá, todos los momentos de mi vida en los que fui una simple espectadora.

Aquella energía me recorrió por dentro hasta llegar al centro de mi ser. Grité con todas mis fuerzas y la solté. La cuerda se rompió y sentí que algo sucedía en mi interior.

Un relámpago explotó por encima de nosotros. Lo sentí salir de mí, y oí el crujir de los árboles a su paso. Los recios robles, incapaces de esconderse ante su furia, se quebraron en dos. Aquel fogonazo atravesó a Daemon y a Dee y se dirigió a su objetivo sin vacilar: le dio de lleno a Baruck en el pecho.

Su forma espectral se agitó. Se oyó un chasquido y la luz explotó, envolviéndolo por completo.

Daemon se echó hacia atrás y se protegió de la explosión. La luz se volvió más intensa para después atenuarse, y, sin mediar palabra, Baruck dejó de existir. Daemon bajó el brazo lentamente y observó perplejo el lugar que antes ocupaba el Arum. Se volvió hacia mí.

—¿Kat?

No me había dado cuenta, pero estaba echada en el suelo. Empecé a ver el cielo borroso. No sabía lo que había pasado ni lo que había hecho, pero sentía que la energía abandonaba mi cuerpo y, junto a ella, algo más importante se marchaba también.

No sentía nada, y exhalé, cansada. El sonido que hizo el aire al salir de mis pulmones era preocupante, pero todo me daba igual. Estaba envuelta en la oscuridad. Era una oscuridad cálida que me adormecía; muy diferente de la del Arum.

Daemon se dejó caer sobre las rodillas, a mi lado, abrazándome.

—Vamos, Kat, dime algo; métete conmigo.

A lo lejos oía a Dee, poniéndose de pie y con el pánico reflejado en la voz. Sin apartar la vista, Daemon me acarició el rostro y dijo algo:

—Dee, vete a casa ahora mismos. Llama a Adam: no anda lejos.

Dee se rodeaba la cintura con las manos y por la inclinación de su cuerpo supe que se había roto algunas costillas.

—¡No quiero irme, sangra sin parar! Tenemos que llevarla a un hospital.

¿Estaba sangrando? Vaya, no me había dado cuenta. Noté que tenía los labios y la nariz mojados, y sentí una extraña humedad alrededor de los ojos, pero no me dolía. ¿Lloraba? ¿Era sangre? Sentía que Daemon me rodeaba con sus brazos, pero todo parecía tan lejano...

—¡Vuelva a casa ahora mismo! —gritó Daemon mientras me apretaba con más fuerza. Su voz, sin embargo, era más dulce—: Por favor, vete. No le pasará nada. Sólo necesita... unos minutos.

Qué mal se le daba mentir. No iba a ponerme bien.

Daemon le dio la espalda a su hermana y me apartó los mechones de pelo de la cara. Sólo cuando Dee se había ido me habló con dulzura.

—Kat, no vas a morirte. No te muevas no hagas nada. Confía en mí y relájate. No luches contra lo que va a pasarte.

Observé a Daemon mientras bajaba la cabeza. Descansando la frente sobre la mía, su forma humana desapareció y tomo su forma verdadera. Cerré los ojos por la intensidad de su luz. El calor era excesivo para mí. estaba muy cerca.

«Aguanta. No te vayas.» Oí su voz. «Aguanta.»

Me dejé llevar y sentí que me sostenía la cabeza con las manos. Daemon exhaló profundamente contra mis labios. Sentí que su calor se propagaba dentro de mí, por la garganta primero y después por los pulmones, llenándome de un precioso calor. No había mejor modo de abandonar el mundo.

Como un globo que se infla paulatinamente, empecé a recuperarme. Los pulmones se me llenaban de aire a medida que su calor me recorría cada vena de mi cuerpo, y sentí un hormigueo en los dedos. La presión que notaba en la cabeza comenzaba a disminuir. Me sumergí en la embriagadora sensación que me poseía. Mis sentidos comenzaron a procesar de nuevo lo que sucedía a mi alrededor y poco a poco me alejé del mundo gris en el que había caído.

Siguió hasta que conseguí moverme, todavía abrazada a él. Me agarré a sus brazos y lo seguí para que me guiara más allá de aquel oscuro abismo. Lo busqué a ciegas, rozando sus labios con los míos. El mundo estalló en un mar de sensaciones que se agitaban, sin que yo lograra comprender lo que pasaba. Y esas sensaciones parecían no pertenecerme sólo a mí.

«¿Qué estoy haciendo? Si descubren lo que he hecho... Pero no puedo perderla. No puedo.»

Respiré con dificultad. Sabía que lo que oía en mi cabeza eran los pensamientos de Daemon. Me hablaba de modo diferente; parecía que sus sentimientos y sus ideas

bailaban a mi alrededor. El miedo me acechaba, como también lo hacía algo más dulce y más poderoso que el miedo.

«Por favor. Por favor... No puedo perderte. Abre los ojos. Por favor, no me dejes.»

«Estoy aquí.» Abrí los ojos. «Estoy aquí.»

Daemon se echó hacia atrás. La luz palideció lentamente, marchándose de mi cuerpo y regresando al suyo.

—Kat. —Aquel susurro me hizo sentir escalofríos. Seguía sentado y yo descansaba contra su pecho. Sentía que el corazón le latía muy deprisa, a la misma velocidad que el mío, en perfecta sincronía.

Todo lo que nos rodeaba me parecía más... claro.

—Daemon, ¿qué has hecho?

—Necesitas descansar. —Se quedó callado. Tenía la voz ronca y cansada—. Todavía no estás bien. Tardarás unos minutos, creo. Nunca había curado a alguien a este nivel.

—En la biblioteca me curaste —murmuré—. Y en el coche...

Inclinó la cabeza cerca de la mía.

—Sólo eran algunos morados y un esguince. Esto es muy diferente.

El brazo roto apenas me dolió al levantarlo. Volví la cabeza hacia él y nuestras mejillas se rozaron. Lo miré sorprendida mientras los árboles caídos nos rodeaban en un perfecto círculo. Miré hacia el suelo y vi el lugar en el que había estado Baruck. Lo único que quedaba era la tierra abrasada.

—¿Cómo he podido hacer eso? —susurré—. No lo entiendo.

Enterró la cabeza en mi cuello y respiró hondo.

—Debo de haberte hecho algo al curarte. No sé el qué. No tiene sentido, pero algo debe de haber pasado cuando nuestras energías se han unido. No tendría que haberte afectado, porque eres humana.

Empezaba a dudar.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

—Bien. Cansada, ¿y tú?

—Igual.

Lo observé en silencio mientras su dedo pulgar me recorría el mentón y llegaba hasta mi labio inferior.

—Creo que por el momento lo mejor es que sea nuestro secreto. No hablemos con nadie de lo que ha pasado mientras te he curado ni de lo que has hecho, ¿vale?

Asentí, pero me quedé quieta cuando sus manos me recorrieron el rostro y me quitaron los restos de tierra de la batalla.

Una marea de olas negras se posó sobre su frente y en el rostro se le dibujó una sonrisa que llegó hasta sus ojos, volviéndolos de un verde intenso. Me acarició las

mejillas y se inclinó hacia mí. No pude evitar pensar en lo que había oído mientras nuestros labios se rozaban. Sus labios eran increíblemente suaves y rebosaban ternura. Llegaban hasta mi interior y me desbocaban el corazón. Fue un gesto inocente, íntimo, que me quemó por dentro cuando inclinó mi cabeza hacia atrás y exploró mis labios como si fuera la primera vez que nos besábamos. Y quizá era así. Fue un beso de verdad.

Cuando al fin se apartó, se rió, inseguro.

—Parece que sí. —Miré cada centímetro de su cansado rostro—. Y tú, ¿te has recuperado?

Se rió.

—Casi.

Respiré hondo, un poco mareada.

—¿Y ahora, qué?

Una sonrisa cansada se le dibujó en los labios.

—Nos vamos a casa.

CAPITULO 30

Me dio mucha rabia no poner ninguna entrada en «Waiting on Wednesday», pero todavía faltaban algunas semanas para mi cumple y, aunque Dee me dejaba su ordenador, no quería usarlo para escribir en mi blog. Me fui de morros a la nevera de Dee, cogí un refresco y volví a la sala de estar.

A los alienígenas no les ganaba nadie comiendo.

—¿Quieres más pizza? —preguntó Dee mientras me ofrecía el último trozo con un ansia que me hacía pensar que ella y Adam tenían que replantearse su relación.

Negué con la cabeza. Dee había comido lo suficiente como para alimentar a un pueblo entero, y yo, la verdad, no tenía hambre. Comer mientras Dee y Adam me miraban fijamente me resultaba incómodo y fastidioso. Creo que Dee no se daba cuenta, y Adam en ese momento estaba a punto de preguntarme algo más sobre lo sucedido aquella noche con Baruck.

La versión que todos conocían era que Daemon había matado a Baruck y que yo no estaba tan malherida como Dee pensaba. No sé como lo hizo, pero Daemon había logrado convencerla de que simplemente estaba aturdida. Los miré.

Pero había sido yo. Había matado a alguien. Otra vez.

Me sorprendió no sentir tanto malestar ni tanto miedo como la primera vez. En los últimos dos días había llegado a comprender en cierto modo mis acciones. Estaba aceptándolas (con mis dudas), y eso me ayudaba a seguir adelante, aunque jamás pudiera olvidar lo sucedido.

Era él o mis amigos y yo.

Ese capullo alienígena tenía que desaparecer.

Todos seguían observándome. Pues qué bien.

Dee se sentó a mi lado y le dio un sorbo a su refresco. No sé si la convenció la versión de los hechos que le dio su hermano, pero supo que pasaba algo cuando volví con Daemon a la mañana siguiente... Y no se equivocaba.

Chocó su pierna contra la mía para que le hiciera caso.

—¿Cómo estás?

Si me hubiera dado un dólar por cada vez que me había preguntado eso, ahora tendría un portátil nuevo. No es que no supiera que tenía que dar gracias por estar viva y que debería sufrir estrés postraumático, pero la verdad es que me encontraba perfectamente bien. Sentí que era capaz de escalar una montaña o correr una maratón. No quería darle muchas vueltas a aquel tema porque ya había flipado demasiado últimamente con todo lo que me había sucedido.

Alguien carraspeó, sacándome de mi ensimismamiento. Levanté la vista y vi que Dee y Adam me miraban expectantes. No recordaba lo que me habían dicho.

—¿Qué?

Dee sonrió con demasiado entusiasmo.

—Sólo queríamos saber cómo te encuentras y cómo lo llevas... ¿estás preocupada por si vienen más Arum?

—¿Crees que vendrán más? —le contesté de inmediato.

—No —declaró Adam para tranquilizarme. Desde lo de Baruck había empezado a hablarme. Las cosas había cambiado para bien... aunque Ash y Andrew eran harina de otro costal—, no lo creemos.

Me moví en el sofá, inquieta. Me picaba todo. No sabía cuanto tiempo más iba a ser capaz de estar allí, con ellos mirándome como si fuera un experimento que hubiera salido mal.

—Me has dicho que Daemon iba a volver pronto, ¿no? —Adam se sentó en el sillón reclinable.

Dee me miró y después dirigió la vista a Adam.

—Llegará en cualquier momento.

No había vuelto a ver a Daemon desde aquella mañana. Le había preguntado a Dee unas cuantas veces adónde se había marchado, pero no me contestaba, así que me había dado por vencida.

Los dos se pusieron a hablar de lo que iban a hacer en Acción de Gracias, festividad que tendría lugar en sólo unas semanas. Yo puse la mente en blanco, como llevaba haciendo los últimos tres días. Era curioso: no podía concentrarme en nada, era incapaz. Parecía que me faltara una parte de mí.

Sentí un calor en la piel, como si soplara una cálida brisa. Vino de la nada. Levanté la vista para ver si alguien más la había sentido, pero seguían enfrascados en la conversación. Me agité en el sofá mientras esa sensación se intensificaba.

Se abrió la puerta de la casa de Dee, y me quedé sin respiración.

En unos segundos, Daemon había entrado en la sala. Llevaba el pelo enmarañado y tenía ojeras. Sin mediar palabra, se sentó en el sofá. Las pestañas le cubrían los ojos, pero aún así sentía su mirada.

—¿Dónde has estado? —pregunté con una voz demasiado chillona.

Se hizo el silencio mientras dos hermosos pares de ojos más me observaban. Me puse como un tomate y me eché hacia atrás, sintiéndome como una mema total. Me crucé de brazos y no despegué los ojos de las manos. Qué torpe había sido, ahora yo era el centro de atención.

—Hola, cariño. Pues mira, me he ido de fiesta y de putas. Ya sabes lo que me gusta desfasarme.

Apreté los labios.

—Gilipollas —dije entre dientes.

Dee gruñó.

—Daemon, no seas idiota.

—Sí, mamá. Me he pateado todo el Estado con otro grupo de Luxen para asegurarme de que no hay ningún Arum más —dijo Daemon. Sentí que su voz aplacaba una necesidad extraña que sentía en mi interior a la vez que me moría de ganas de darle un puñetazo.

Adam se inclinó hacia delante.

—No queda ninguno más, ¿no? Le hemos dicho a Katy que no tiene de qué preocuparse...

Daemon me miró un instante.

—No hemos visto a ninguno.

Dee soltó un gritito, contenta, y dio unas palmaditas. Se volvió hacia mí, y esta vez me sonrió de verdad.

—¿Lo ves? No tienes de qué preocuparte. Se ha acabado.

Sonreí.

—Qué alivio...

Oí que Adam le preguntaba a Daemon sobre el viaje, pero me costaba entender lo que decían. Cerré los ojos. Cada célula de mi ser sentía a Daemon; como el día que nos besamos en mi casa, pero a otro nivel.

—¿Katy? ¿Sigues con nosotros?

—Eso creo. —Me obligué a sonreír para no disgustar a Dee.

—¿Os habéis pasado con ella haciéndole un millón de preguntas? —preguntó Daemon, suspirando.

—¡No! —exclamó Dee antes de reírse—. Bueno, quizá un poco...

—Me lo imaginaba —dijo Daemon entre dientes mientras estiraba las piernas.

No pude detenerme y me volví hacia él. Nos miramos fijamente. El aire pareció cargarse de electricidad y subió la temperatura. La última vez que lo había visto nos habíamos besado. Y no sabía en que situación estábamos ahora.

Noté que Dee se movía y carraspeaba.

—Adam, me he quedado con hambre...

Este se rió.

—¡Eres peor que yo!

—Es verdad. —Dee se puso en pie de un salto—. Vamos a Smoke Hole. Creo que hoy tienen pastel de carne casero. —Pasó a mi lado, se inclinó sobre Daemon y le dio un beso en la mejilla—. Me alegro de que hayas vuelto. Te he echado de menos.

Daemon sonrió a su hermana.

—Yo a ti también.

Cuando la puerta se cerró detrás de Adam y Dee, solté el aire que había estado

conteniendo en los pulmones.

—¿De verdad que todo esto está controlado? —le pregunté.

—Casi todo. —Estiró un brazo y me paso los dedos por la mejilla. Daemon respiró hondo—. Joder.

—¿Qué?

Se acomodó en el sofá, acercándose más a mí y rozándome con la pierna.

—Tengo algo para ti.

Me pilló desprevenida.

—¿Va a explotarme en la cara o algo así?

Se echó hacia atrás, riéndose, y metió la mano en el bolsillo delantero del tejanero. Sacó una bolsita de cuero y me la dio.

Tiré de las cuerdecillas, curiosa, y vacié el contenido de la bolsa en la palma de la mano. Lo miré y, al ver que sonreía, el corazón me dio un vuelco. Era un fragmento de obsidiana de poco más de cinco centímetros, pulida y moldeada con forma de colgante. Me pareció que vibraba al entrar en contacto con mi piel. Su tacto era frío y agradable. Colgaba en su parte superior de una delicada cadena de plata y tenía el otro extremo pulido en una forma de punta.

—Parece increíble —empezó a decir Daemon—, pero algo tan pequeño puede perforar la piel de un Arum y matarlo. Cuando notes que se calienta, sabrás que un Arum anda cerca aunque no lo veas. —Cogió la cadena delicadamente, sosteniendo el cierre—. Me ha costado un montón encontrar un fragmento como este, porque la hoja se fue al cuerno... No quiero que te la quites, ¿vale? Por lo menos cuando... Bueno; llévala casi siempre.

Aturdida, me aparté la melena del cuello para que pudiera ponerme la cadena. Cuando la cerró, lo miré fijamente.

—Gracias... por todo.

—No pasa nada. ¿Te ha dicho alguien algo sobre tu rastro?

Negué con la cabeza.

—Creo que, después de la pelea, les parece normal que lo tenga.

Daemon asintió.

—Ahora mismo brillas como un cometa. Tendremos que librarnos de ese rastro o volveremos a estar como al principio...

Sentí un calor creciente en mi interior. Y no del bueno.

—¿Y cómo estábamos al principio, exactamente?

—Bueno, ya sabes... condenados a estar juntos hasta que el rastro desapareciera. —Apartó la mirada.

¿Condenados a estar juntos? Clavé los dedos en la pernera de los pantalones.

—¿Después de todo lo que he hecho por vosotros, es una condena tener que estar cerca de mí?

Daemon se encogió de hombros.

—¿Sabes qué? Que te den, colega. Gracias a mí Baruck no encontró a tu hermana. Y casi muero por lo que hice. La culpa de que tenga un rastro es tuya: tú me curaste. No es culpa mía.

—¿Entonces es mía? ¿Qué tendría que haber hecho, dejar que murieras? —Sus eran dos piscinas de esmeraldas. Brillaban con fuerza—. ¿Es eso lo que habrías querido?

—¡Qué pregunta más idiota! No me arrepiento de que me hayas curado, pero no pienso consentir que siempre estés dándome una de cal y otra de arena.

—Creo que protestas demasiado teniendo en cuenta que te gusto. —Sonrió maliciosamente—. Parece que intentes convencerte de lo contrario.

Respiré hondo y exhalé despacio. Me costaba decírselo, porque una parte de mí lo deseaba, pero lo hice:

—Creo que lo mejor es que me dejes en paz para siempre.

—Me temo que no puedo.

—Otro Luxen puede vigilarme o lo que sea —protesté—. No tienes por qué ser tú.

Me miró intensamente.

—Eres responsabilidad mía.

—No soy nada tuyo.

—Sí que lo eres.

Me moría de ganas de darle un bofetón.

—Me repugnas.

—No es verdad.

—De acuerdo. Quiero quitarme ya este rastro y que me dejes en paz. Ahora mismo.

Sonrió con malicia.

—Podemos enrollarnos otra vez... Parece que la última vez funciono, ¿no?

A mi cuerpo le encantó la idea. Pero a mí no.

—Ya, claro. Como que va a pasar eso otra vez.

—Sólo era una sugerencia.

—Una que nunca... sucederá —pronuncié muy despacio cada palabra, intencionadamente— otra vez.

—No me digas que no te gustó tanto como...

Le di un golpe en el pecho. Él se rió y yo empecé a apartarme, pero... Un momento. Estaba apretando la mano contra su pecho mientras lo miraba fijamente.

Daemon arqueó una ceja.

—¿Me estás metiendo mano, gatita? Creo que me gusta por donde empiezan a ir las cosas...

Era una sensación bastante agradable... Pero eso no era lo que quería decirle. Su corazón latía con fuerza debajo de mi mano, un tanto acelerado. Pum, pum, pum... Me llevé la mía al pecho y noté que mi corazón también hacía pum, pum, pum.

Empecé a sentirme mareada.

—Nos late el corazón... a la vez. —Los dos corazones se habían sincronizado y empezaban a desbocarse—. Pero... ¿cómo puede ser?

Daemon se puso pálido como el papel.

—Mierda...

Levanté la vista y nos miramos fijamente. El aire se llenó de tensión y parecía que iban a saltar chispas. Mierda... Desde luego.

Me puso una mano encima de la mía y me apretó.

—Bueno... no te preocupes. A ver... creo que he hecho que te transformaras en algo y esto que nos pasa con el corazón no hace sino confirmar que estamos conectados. —Sonrió—. Podría ser peor.

—¿Qué es lo que podría ser peor, exactamente? —pregunté, aturdida.

—Que estemos juntos... No está tan mal. Podría ser peor. —Se encogió de hombros.

Pensé que no lo había entendido bien.

—Un momento, ¿crees que tenemos que estar juntos porque una conexión extraterrestre rarísima nos ha conectado? Pero si hace dos minutos te estabas quejando por estar condenado a estar conmigo...

—Ya, bueno, tampoco estaba quejándome. Sólo decía que teníamos que estar juntos. Esto es diferente, y además yo te atraigo.

Lo miré con recelo.

—Me reservo lo último que has dicho para luego, pero ¿estás intentando decirme que quieres estar conmigo porque te sientes... obligado?

—No diría que me siento obligado... Me gustas.

Me quedé mirándolo. Recordé lo que me había dicho mientras me curaba. En parte pensaba que lo que Daemon sintió era verdad, pero que también podía haberlo dicho como consecuencia de lo que fuera que hubiera hecho para curarme. Y no era una idea nada descabellada, al ver lo que me decía ahora.

Daemon frunció el ceño.

—Ay, ay, ay... Conozco esa miradita. ¿Qué estas pensando?

—Que es la declaración de atracción más penosa que he escuchado en mi vida —le dije, poniéndome en pie—. Qué patético, Daemon. ¿Me estás diciendo que quieres estar conmigo sólo por lo que ha pasado?

Puso los ojos en blanco y también se levantó.

—Nos gustamos, Kat. Lo sé. Es absurdo que sigamos negándolo.

—Ya, y esto me lo dice el chico que me dejó sin camiseta en el sofá y se marchó

tan tranquilo, ¿no? —Negué con la cabeza—. No nos gustamos y punto.

—Vale, tendría que disculparme por lo que hice. Perdona. —Daemon dio un paso adelante—. Nos atraíamos antes de que te curara. Y no puedes decirme que es mentira porque tú... siempre me has atraído.

Di un paso atrás.

—Que yo te atraiga es una razón igual de patética que la del rastro para decirme que quieres esta conmigo.

—Bueno; es más que eso. —Se quedó callado—. Sabía que ibas a traerme problemas desde que llamaste a mi puerta la primera vez.

Me reí con frialdad.

—Ya, pues yo pienso lo mismo, pero eso no justifica esa especie de doble personalidad que tienes.

—Pues yo esperaba que sí la justificara, pero está claro que no... —Sonrió—. Kat, sé que te atraigo. Sé que yo...

—Que tú me atraigas no basta —le contesté.

—Nos llevamos bien.

Lo miré con cara de póquer.

Sonrió de nuevo, separando los labios y mostrando unos dientes blanquísimos.

—A veces, no me digas que no...

—No tenemos nada en común —protesté.

—Tenemos mucho más en común de lo que tú crees.

—Lo que tú digas.

Daemon me cogió un mechón de pelo y se lo enredó en el dedo.

—Sabes que estás deseándolo...

El recuerdo del dulce beso que nos habíamos dado en el campo regresó. Presa de la frustración, recuperé mi mecho e intenté no perder el norte.

—Tú no sabes lo que yo quiero: no tienes ni idea. Quiero estar con alguien que de verdad quiera estar conmigo, y que no se sienta obligado por algún extraño sentido de la responsabilidad.

—Kat...

—¡No! —interrumpí, apretando con fuerza los puños. «Adelante, Kat, no seas una simple espectadora.» No pensaba quedarme mirando la vida pasar; lo que significaba que no iba a sucumbir ante Daemon. Y mucho menos cuando sus razones para querer estar conmigo eran tan patéticas—. No, lo siento. Llevas meses comportándote como un cretino conmigo, y no tienes derecho a decir que te gusto de repente y olvidar todo lo que ha pasado. Quiero estar con alguien que me quiera tanto como mi padre quiso a mi madre. Y tú no eres esa persona.

—¿Cómo puede saberlo? —Lo ojos le brillaban como joyas.

Negué con la cabeza y me fui hacia la puerta de atrás, pero Daemon se me

adelantó y se puso frente a la puerta, bloqueándome la salida.

—¡Cuántas veces te he dicho que odio que hagas eso!

No se rió ni soltó una carcajada, como habría sido lo habitual. Me miraba con los ojos muy abiertos, brillantes; abrasadores.

—No puedes seguir fingiendo que no quieres estar conmigo.

Podría intentarlo, aunque, en lo más profundo de mi ser yo quería estar con él. Pero no quería que estuviera conmigo porque estábamos condenados a estar juntos o porque tuviéramos una conexión paranormal o algo parecido. A veces había visto a su yo de verdad. Y ese sí que me gustaba. Yo podría estar con ese Daemon. Podría amarlo. Pero nunca se quedaba mucho tiempo a mi lado: siempre le podían el sentido de la obligación hacia su familia y su especie. Me entristeció ese pensamiento y apreté los labios con fuerza.

—No estoy fingiendo —le respondí.

Me buscó con la mirada.

—Mientes.

—Daemon...

Me puso las manos en las caderas y me atrajo hacia sí con delicadeza. Sentí su aliento cálido muy cerca de la sien.

—Si yo quisiera estar... —Se quedó callado y apretó las manos—. Si yo quisiera estar contigo... me lo pondrías difícil, ¿no?

Levanté la cabeza.

—No quieres estar conmigo.

Curvó los labios, formando una sonrisa.

—Creo que... puede que sí quiera.

Sentí que a una parte de mi cuerpo le complacían aquellas palabras. Sentí que el pecho se me inflamaba y algo revoloteaba en mi interior.

—Decir «creo que» y «puede que sí» no es lo mismo que decir que lo sabes.

—Tienes razón, pero es un principio. —Bajó los párpados, ocultando los ojos—. ¿No te parece?

Pensé en el amor que sentían mis padres el uno por el otro y me aparté mientras negaba con la cabeza.

—No me basta.

Daemon me miró y suspiró.

—Me lo vas a poner muy difícil.

No le dije nada. El corazón me iba a mil por hora cuando esquivé a Daemon y fui hacia la puerta principal.

—¿Kat?

Respiré hondo y le miré.

—¿Qué?

Una sonrisa pícaro se le asomó a los labios.

—¿Te das cuenta de que me encantan los retos?

Me reí entre dientes y me volví hacia la puerta mientras le dedicaba un gesto grosero con el dedo corazón.

—Y a mí, Daemon; y a mí.

MATERIAL ADICIONAL

**No te pierdas las escenas desde el punto
de vista de Daemon**

CAPITULO 1

No llames a mi puerta

Maldije entre dientes y apreté la frente contra el frío cristal de la ventana.

Aquello no iba acabar bien. De ningún modo.

Durante todos estos años, la casa de al lado ha estado deshabitada, pero ahora teníamos vecinos. Una chica adolescente. Fantástico. Seguro que Dee iba a ponerse más pesada que una vaca en brazos...

Y nadie podía resistirse a mi hermana. Su optimismo es tan contagioso... Además, es un sol.

Me obligué a apartarme de la ventana. Bostecé mientras me rascaba la mandíbula. Podría ser peor, decidí. Podría habernos tocado un chico como vecino, y entonces habría tenido que encerrar a Dee en su cuarto.

Lo ideal habría sido una chica con aspecto de chico. Pero no, nuestra vecina no se parecía en nada a un tío.

Moví la mano para encender la tele y zapeé hasta que encontré una reposición de *Paranormal Hunters*. Ya había visto ese episodio, pero siempre me divertía ver a los humanos salir corriendo de sus casa porque creían haber visto algo brillante. Me quedé un rato tirando en el sofá, con las piernas sobre la mesita de café, mientras intentaba quitarme de la cabeza a la chica de piernas bronceadas y trasero perfecto.

La había visto cuatro veces.

Tres veces, el mismo día que se mudó. Cargaba con unas cajas más grandes que ella, y tres veces había hecho una estupidez que merecía un castigo.

La había ayudado.

Ella no lo sabía, claro, pero yo había reducido el peso de las cajas para que no se cayera. Pero no tendría que haberlo hecho. No podía ser tan imprudente.

Ayer salió a toda prisa hacia un coche y sacó una montaña de libros del maletero. La cara se le iluminó de alegría, como si en vez de estar delante de un montón de simples libros estuviera ante un millón de dólares.

Había tenido muy poca... cabeza. ¿En qué estaba pensando? No podía exponerme así.

Hacía mucho calor en casa, así que agarré la camiseta por detrás y me la pasé por la cabeza. La tiré al suelo y me rasqué distraído el pecho. Últimamente, desde que la nueva vecina se había trasladado a la casa de al lado, casi siempre iba sin camiseta por casa.

Antes de que pudiera darme cuenta, atravesé la sala de estar y acabé pegado otra

vez contra la ventana. La verdad es que no quería darle demasiadas vueltas al por qué de mi acción.

Aparté la cortina y fruncí el ceño. Ni siquiera había hablado con ella: me sentía como un acosador mirando por la ventana, al acecho... ¿Qué esperaba exactamente? ¿Verla? ¿O prepararme para el inevitable encuentro?

Y si Dee me viera se echaría a reír.

Y si me viera Ash, me arrancaría los ojos y enviaría a mi vecinita a la estratosfera. Aunque Ash y yo llevábamos meses sin salir, sabía que ella esperaba que acabáramos juntos tarde o temprano. No porque ella lo quiera de verdad, sino porque es lo que se espera de nosotros... Así que seguro que no le gustaría verme con nadie más. Le tengo cariño, y siempre hemos sido amigos, igual que con sus hermanos.

Capté un movimiento por el rabillo del ojo. Me volví y vi que se cerraba la puerta del porche de la casa de al lado. Mierda.

Me di la vuelta y la vi saliendo del porche.

Me pregunté adónde iría. No había demasiado que hacer por la zona, y no creo que conociera a nadie... En la casa de al lado sólo entraban y salían ella y su madre, que tenía un horario un poco raro.

La chica se quedó quieta delante de su coche y se pasó las palmas de las manos por los pantalones. Vaya piernas. Se me escapó una sonrisa.

De repente, la chica empezó a caminar hacia la izquierda. Estiré la espalda y aparté la cortina. Me quedé sin respiración un instante. No no podía estar viniendo hacia aquí. ¿Para qué? Si ni siquiera Dee sabía que tenía una vecina de su edad. No tenía motivos para...

Virgen Santa. Venía hacia aquí.

Solté la cortina, me aparté de la ventana y me volví hacia la puerta de entrada. Cerré los ojos y conté los segundos. Los humanos eran un peligro para nosotros. Estar cerca de ellos era un riesgo; si teníamos demasiada relación con ellos, el humano acababa siempre con un rastro. Y eso era especialmente peligroso para esta chica, porque Dee estaba desesperada por tener una amiga «normal». Como vivía al lado iba a resultarme imposible controlar las horas que pasaría con ella...

Además, me había pasado dos días mirándola por la ventana. Creo que eso también era un problema.

A mi hermana no iba a pasarle lo mismo que a Dawson. No podría soportar perderla. Fue una chica humana quien lo arrastró a la perdición, guiando a los Arum directamente a él. Era algo que había pasado demasiadas veces entre los nuestros. No quería decir que fuera enteramente culpa del humano, pero las cosas siempre acababan igual. No podía permitir que nadie pusiera en peligro a Dee, consciente o inconscientemente. En absoluto. Alargué la mano y lancé la mesilla por el aire, pero la detuve antes de chocara contra la pared. Respiré hondo y la dejé en el suelo.

Alguien llamó a la puerta despacio, casi con suavidad. Mierda.

Solté el aire. No debía responder; pero, sin darme cuenta, caminé hacia la puerta y la abrí. Sentí una oleada de aire caliente que transportaba un suave olor a melocotón y vainilla.

Me encantan los melocotones.

Bajé la vista. Era bajita: más de lo que esperaba. Su cabeza me llegaba al pecho. Quizá por eso lo miraba tan fijamente. O quizá porque no llevaba la camiseta puesta.

Como me estaba pegando un buen repaso, sin disimular, supuse que yo podía hacer lo mismo. ¿Por qué no? La que había venido a mi casa era ella...

La chica no era especialmente guapa. No era ni rubia ni morena. Tenía la melena larga y era bajita; medía menos de metro setenta seguro, aunque tenía unas piernas larguísimas; de infarto, y no dos alfileres, como las de las chicas de por aquí. Me costó bastante apartar la vista de sus piernas.

Me fijé en su camiseta: «MI BLOG ES MEJOR QUE TU VLOG». ¿Qué leches significaba eso? ¿Por qué estamparse eso en una camiseta? Lo peor de todo es que las palabras «BLOG» y «MEJOR» quedaban bastante ajustadas... Tragué saliva. Mala señal.

Me costó todavía más apartar la vista de allí.

Tenía la cara redonda, la nariz respingona y una piel muy suave. Seguro que tenía los ojos castaños y grandes.

Aquello era una locura, pero sentía que sus ojos recorrían detenidamente mis caderas y ascendían hasta llegar a mi cara. La chica respiró hondo, y aquel gesto dejó en segundo plano el mío.

No tenía los ojos castaños, sino de un gris pálido, grandes: su mirada era clara e inteligente. Eran muy bonitos. Incluso alguien como yo sabía admitirlo.

Aquello me cabreaba. Estaba de mal humor por todo: ¿por qué le había pegado un buen repaso? ¿Y qué narices hacía ella en mi puerta? Fruncí el ceño.

—¿Necesitas algo?

No me contestó. Parecía pedirme con los ojos que la besara en esos labios tan carnosos. Sentí un calor en la boca del estómago.

—¿Hola? —Noté que en mi voz había un matiz de enfado, deseo, cabreo y más deseo. «Los humanos son débiles. Son un riesgo. Dawson murió por culpa de una humana... exactamente igual que esta.» No dejé de repetírmelo una y otra vez. Apoyé la mano en el marco de la puerta, clavando los dedos contra la madera al inclinarme hacia ella—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

Esa pregunta pareció sacarla de su ensimismamiento y dejó de mirarme. Se le pusieron las mejillas coloradas y dio un paso atrás. Bien. Se marchaba. Eso era exactamente lo que yo quería: que se diera la vuelta y se marchara de allí pitando. Me pasé una mano por el pelo y miré por encima de su hombro. Volví a mirarla. Seguía

allí.

Esa chica tenía que sacar aquel hermosos trasero de mi porche antes de que hiciera algo estúpido... como sonreír al ver que se ponía roja. Era sexy.

—Te lo voy a preguntar...

Se puso todavía más roja. Madre mía.

—Me... me preguntaba si sabías dónde estaba la tienda más cercana. Me llamo Katy, me he mudado a la casa de al lado —dijo, señalando hacia su casa— hace un par de días...

—Ya lo sé. —Te observo desde hace dos días, como un acosador en potencia.

—Bueno, es que me preguntaba si alguien podía decirme por dónde se llega antes a alguna tienda y quizá algún sitio que venda plantas.

—¿Plantas?

Entrecerró los ojos un poco y me obligué a no ceder ante las emociones y a seguir con mi cara de póquer. Jugeteaba con el dobladillo de sus pantalones cortos.

—Sí, es que tengo un jardín delante de...

Arqueé una ceja.

—Ya.

Ahora me miraba recelosa y la irritación comenzaba a hacer mella en la chica, que se ponía más colorada. Aquello me divertía. Sabía que estaba comportándome como un capullo, pero disfrutaba secretamente del brillo de rabia que empezaba a formársele en los ojos, provocándome. Y aquellas mejillas coloradas de la rabia me... gustaban. Realmente tengo un problema. Me recordaba algo que...

La chica lo intentó de nuevo.

—Bueno, verás, tengo que comprar algunas plantas...

—Para el jardín; ya lo he pillado. —Apoyé la cadera contra el marco de la puerta y me crucé de brazos. Casi me estaba divirtiendo.

Respiró hondo.

—Me gustaría saber donde puedo encontrar comida y plantas. —Su tono era el mismo que empleaba yo unas mil veces al día con Dee. Qué adorable.

—¿Sabes que en este pueblo no hay nada más que un semáforo y gracias, ¿verdad? —Y en ese momento sucedió: el brillo se transformó en un fuego ardiente y yo tenía que esforzarme para que no se me escapara una sonrisa. Aquella chica no era solo mona; era mucho más. Lo sentía en el estómago.

Me miraba atónita.

—Bueno, sólo quería saber por dónde tenía que tirar. Veo que no he venido en el mejor momento.

Pensé en Dawson y levanté la comisura del labio. Se acabaron los jueguecitos. Tenía que zanzar aquello, y rápido. Por Dee.

—Nunca será un buen momento para que vengas a llamar a mi puerta, niña.

—¿Niña? —repitió con los ojos como platos—. No soy ninguna niña, tengo diecisiete años.

—¿Ah, sí? —Como si no me hubiera dado cuenta de que era toda una mujer... No tenía nada de niña, pero, como decía Dee, se me daba de pena relacionarme con la gente—. Pues parece que tengas doce. Bueno, no; trece. Mi hermana tiene una muñeca que me recuerda a ti, con los ojos grandes y la expresión vacía.

Abrió la boca y me di cuenta de que quizá me había pasado un poco. Bueno, lo hacía por el bien de todos. Si me odiaba, no se acercaría a Dee. Solía funcionar con casi todas las chicas. Con la mayoría.

—Oye, vale; perdona por molestarte. No te preocupe: no volveré a llamar a la puerta de tu casa, créeme. —Empezó a darse la vuelta, pero no fue lo suficientemente rápida para que yo no viera aquel brillo repentino en sus ojos grises.

Mierda. Era el gilipollas más grande del mundo. Y Dee se pondría de los nervios si viera lo mal que me estaba portando. Solté unos cuantos exabruptos por lo bajo y la llamé.

—Eh.

Se paró en el último escalón pero no se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Ve a la carretera 2 y gira cuando llegues a la 220 en dirección norte; te llevará a Petersburg. —Exhalé mientras deseaba no haberle abierto la puerta—. Foodland está justo en el centro; lo verás seguro. Bueno, quizá a ti te cueste encontrarlo. Creo que está al lado de una ferretería. Allí encontrarás cosas para tus plantas.

—Gracias —musitó antes de añadir—, gilipollas.

¿Me había llamado «gilipollas»? Me reí. Su respuesta me divertía.

—Eso no es propio de una señorita, gatita.

Katy dio la vuelta con un respingo.

—Nunca vuelvas a llamarme así.

Supuse que le había tocado algún punto débil... Me aparté de la puerta.

—Es mejor que llamarle «gilipollas» a alguien, ¿no? Qué visita más estimulante. La recordaré mucho tiempo.

La chica apretaba los puñitos con fuerza. Creo que tenía ganas de darme un puñetazo. Y creo que me habría gustado... La verdad es que no estoy demasiado bien de la cabeza.

—¿Sabes qué? Tienes toda la razón. Mira que llamarte gilipollas... Esa es una palabra que no te define bien —me dijo sonriente—: «subnormal» te pega más.

—Conque «subnormal», ¿eh? —Que me gustara aquella chica era tan fácil...—. Eres un encanto.

Katy me hizo un gesto grosero con el dedo anular.

Me reí otra vez y bajé la cabeza.

—Qué fina eres, gatita. Seguro que tienes una buena selección de gestos y de apodosos interesantes que dedicarme, pero no me interesan.

Parecía que sí los tenía. En parte me decepcionó ver que se daba la vuelta y se marchaba. Esperé allí hasta que abrió la puerta del coche.

—¡Hasta luego, gatita! —exclamé al ver que se moría de ganas de patearme el trasero.

Cerré la puerta detrás de mí, me apoyé contra ella y me reí otra vez. Pero esta vez la risa se quebró en un quejido. Por un momento había visto lo que brillaba en aquellos ojos grises conmovedores, además de la rabia y la perplejidad. El dolor. Se me revolvió el estómago al ver que había herido sus sentimientos.

Pero lo hacía por el bien de todos. Puede que me odiara... tenía que odiarme. Así se alejaría de nosotros. Avisaría a Dee y punto. Las cosas debían ser así: aquella chica podía traernos problemas. Era un problema que había llegado a nuestra puerta, envuelto y con lazo.

Y lo peor de todo es que era del tipo de problemas que me gustaban.